



LAJOS ZILAHY

EL DESERTOR



Lectulandia

Entre las obras de Lajos Zilahy conocidas hasta ahora en España y que han situado a este gran novelista húngaro entre los autores predilectos de nuestro público, *El desertor* contiene, ella sola, valores más que suficientes para cimentar la fama de un escritor. En *El desertor* describe Lajos Zilahy, con el trasfondo de la guerra europea de 1914-18, las reacciones de sus personajes frente al hecho bélico y, lo que es más importante, las consecuencias que éste tiene en lo concerniente a sus sentimientos de amor, de odio, de venganza, de sacrificio con respecto a los seres que se mueven en la órbita de su vida. Si el relato que Lajos Zilahy hace en *El desertor* de la vida de los combatientes supera las narraciones de Remarque y de Johanssen, el análisis de los sentimientos, la descripción psicológica de los personajes apenas tiene parangón en la literatura moderna. No en vano Lajos Zilahy, intérprete genial del alma *magyar*, es considerado hoy día uno de los escritores más leídos de todo el mundo.

Lectulandia

Lajos Zilahy

El desertor

ePUB r1.0

Pepotem2 10.11.13

Título original: *A Szokeveny*
Lajos Zilahy, 1930
Traducción: F. Oliver Brachfeld

Editor digital: Pepotem2
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

I

A través de la abierta ventana de la iglesia se difundían la voz del órgano y el majestuoso canto del coro. En el jardín de la iglesia florecían los castaños de Indias; su floración se produjo de improviso, casi de un día a otro, como si en las perfumadas horas de la noche primaveral una bandada de diminutas hadas hubiese llegado, quién sabe de dónde, para ocuparse en poner, una al lado de la otra, en las verdes hojas, una multitud de tiendecillas cuneiformes de color blanco y rosa. Bajo los rayos del sol que se difuminaban por entre las nubes saturadas de tempestad, el perfume cálido e intenso de las matas de saúco impregnaba la húmeda atmósfera, dulce y olorosa, de lluvia.

Era el día de San Gotardo del año 1898.

Por la ventana una golondrina penetró en la iglesia y como no encontrase camino de regreso, empezó a revolotear por debajo del blanco techo.

Había terminado el salmo y mientras gemía el órgano, profiriendo los últimos y solemnes acordes, subió el pastor al púlpito. El tema de la sagrada oración era profano, puesto que demostraba la sentencia del Libro de los Proverbios: *«Así como la plata se prueba en el crisol y el oro en el horno, de igual modo el hombre es probado según su fama...»*, y durante la predicación la mayor parte de los devotos miraban continuamente hacia lo alto, en dirección al techo.

La golondrina describía allí amplias elipses oscilantes y sus pequeños chillidos de susto caían de lo alto como gotitas de miel.

Su aparición trastornó y emocionó a la vez a los fieles y, de un modo más especial, a los estudiantes que se habían sentado en el coro alrededor del órgano. De repente salió volando un sombrero, pero la golondrina describió una rápida, ligera y graciosa curva y esquivó aquel ataque.

Desde los bancos que ocupaban los artesanos, partieron numerosas miradas de desaprobación, dirigidas a los estudiantes. Aquel acto les pareció una impiedad, porque el sombrero había sido arrojado por el hijo del pastor, István Komlóssy, estudiante de tercer curso en el Instituto, y el joven, para alejar de sí toda sospecha, fingía escuchar la predicación de su padre, con el rostro inspirado y los ojos entornados.

Terminado el oficio divino, los estudiantes se precipitaron ruidosamente por la escalera de madera y como si fuesen abejas, salieron por el soportal posterior de la iglesia, para tomar el sol.

En el jardín, Komlóssy celebró un breve consejo de guerra con Zsibai, el hijo del abogado. Decidieron ir aquel día al bosque de Varjas. Aquellos vagabundeos dominicales constituían los días más hermosos de su vida. Se llevaban la comida y sólo regresaban a casa al obscurecer. Descubrían nuevas regiones ignoradas: bosques,

prados, marjales y manantiales. En aquella estación primaveral, bajo las aguas apacibles del campo Gyilkos, había un numeroso coro de pájaros enamorados. El viejo Gereben, pescador de antigua estirpe, a cambio de un puñado de tabaco les prestaba con gusto su barca y ellos, durante muchas horas, remaban errantes, por entre las matas que sobresalían del agua y visitaban los rincones secretos y misteriosos del cañaveral, que a impulso del viento parecía haberse convertido en numerosas arpas. Iban armados de saetas y hondas, y desde una vez en que Zsibai consiguió matar de una pedrada, que arrojó con la honda, un pato silvestre, su orgullo de cazador adquirió proporciones insoportables. Y llegó a fabricarse nada menos que un cañón: bien es verdad que no era muy voluminoso y que podía llevarlo perfectamente debajo del capote, mas, a pesar de todo, era un cañón. Llenó un tubo de hierro, de dos palmos de longitud, de pólvora de caza que robó a su padre, la cargó luego con balas de plomo y con él soñaba cazar ciervos, porque en el bosque de Varjas también se habían visto alguna vez aquellos rumiantes. El último fue descubierto cosa de cuarenta años atrás. Tuvo la fortuna de verlo el viejo Kenesei, el ingeniero de la sociedad hidráulica, que era un gran cazador, pero que, según se decía, a veces modificaba la verdad a su gusto. Pero eso no impresionaba a Zsibai ni bastó para modificar sus proyectos.

Komlóssy tenía entonces doce años y Jani Zsibai había cumplido los trece.

Se dirigieron, pues, a la caza del ciervo. Al principio procuraban no alejarse del terraplén de la vía del ferrocarril, pero en cuanto hubieron salido de la población, tomaron la carretera, después de informarse por medio del peón caminero acerca del emplazamiento del bosque de Varjas, que aun desconocían y al que su imaginación poblaba de cosas fantásticas y maravillosas. A los dos lados de la carretera se extendía el color verde y amarillo de los campos de trigo y de colza. Entre los sembrados, acá y acullá, brillaban fríos espejos de agua, residuos de la nieve invernal. Murmuraba el viento a su alrededor, entonando una leve melodía. Empujaba hacia arriba a las cornejas, haciéndolas volar a determinada altura y en la tierra producía leves ondulaciones en los espejos acuáticos. En algún lugar lejano desembocó, de repente, un tren directo, muy rápido y con un aullido silbante desapareció casi como por arte de magia, en el horizonte, cual si se precipitara al infinito.

Con el rostro muy serio, como exigía la importancia de la empresa, los dos muchachos avanzaban por la carretera. A veces una corneja asustada emprendía el vuelo desde uno de los mojones que había a lo largo del camino. Komlóssy, en determinados momentos, empuñaba la honda y disparaba una piedra. Zsibai, por el contrario, no se interesaba entonces por la caza menor. Estrechaba bajo el capote su cañón y pensaba en los deseados ciervos. Llegaron a un gran jardín rodeado por una tapia. Después de celebrar breve consejo, resolvieron penetrar en él. Zsibai, que era excelente gimnasta, se encaramó a los hombros de Komlóssy y llegaba ya al borde

superior de la cerca, para izarse sobre ella, cuando, de repente, apareció un hombre que con un diluvio de furiosas maldiciones los puso en fuga. Los dos echaron a correr desesperados y en la rápida retirada Zsibai apenas tuvo tiempo de salvar el cañón. Cuando se vieron, al fin, seguros y jadeantes por la carrera, tomaron asiento en un foso y decidieron sitiar el misterioso y tapiado parque, que aun excitaba más su imaginación.

—Debe de ser un vedado —observó Zsibai, que se veía ya ante un majestuoso ciervo.

Reanudaron el camino con la intención de penetrar, como fuese, en el jardín. Komlóssy estaba excitado, no tanto por la pasión del cazador, como por la idea de que aquella empresa ofrecía algún peligro. Y nada como este último lo atraía por las sensaciones emocionantes y embriagadoras que le proporcionaba.

Tuvo éxito la segunda tentativa. Se acercaron andando a gatas, llegaron al muro de cerca y con agilidad simiesca se encaramaron a la parte superior y luego saltaron desde la altura de dos metros, para hundirse hasta las rodillas en un montón de hojas secas. Estaban ya dentro del recinto. De momento no se atrevieron a moverse, por temor de ser descubiertos, pero luego, despacito, se internaron por él, amparándose cautelosos en los árboles que encontraban. No se veía a nadie. De repente y en una mata que tenían delante, algo se movió con ruido y ellos se arrojaron de cara al suelo.

—El ciervo... —susurró Zsibai, que ni por un momento abandonaba su idea fija.

Permanecieron largo rato con el oído atento y el corazón palpitante. Y de repente apareció la cabeza gris cenicienta de un enorme can de raza inglesa.

—Es un perro —suspiró Komlóssy, desilusionado.

La situación parecía peligrosa, porque era de temer que el perro descubriera su presencia. No se les ocurrió la idea de que pudiera morderlos. Zsibai, por otra parte, y en situaciones críticas semejantes, tenía una fe ilimitada en su cañón.

Afortunadamente, aquella vez no fue necesario recurrir al arma mortífera, porque el perro, aguzando sus recortadas orejas, se detuvo a mirarlos con atención.

—Perrito... guapo... —dijo Komlóssy al animal que casi parecía un ternero por el tamaño.

Luego continuaron en sus intentos de trabar amistad con el animal, llamándolo con toda suerte de nombres cariñosos y dirigiéndole suaves silbidos. Komlóssy le mostró un gran pedazo de pan untado con mantequilla, que el perro, después de un instante de reflexión, acabó por aceptar. Pero como era un animal enorme, no se contentó con lo que había tragado y profirió un ladrido incierto y poco tranquilizador, para demostrar que tomaría con gusto otro pedazo de pan igual. Los muchachos no se atrevieron a estropear la amistad que ya existía entre ellos y el can y, así, todas sus provisiones desaparecieron en las fauces del animal. En compensación, fue sellado de un modo definitivo el pacto de amistad.

Sentíanse ya en el parque como si estuviesen en su casa propia y el dueño les hubiese invitado. Y la conducta del can parecía confirmar por completo aquel sentimiento.

Llegaron a un camino ancho. De repente, oyeron un ruido sospechoso y, otra vez, se arrojaron de cara al suelo. Zsibai preparó su cañón, decidido a disparar contra los agresores, en caso de que se viese atacado.

Por el camino avanzaba un elegante cochecillo, del que tiraba un poney, guiado por una niña de angelical belleza. Quizá tenía ocho años. Con su manecita enguantada sostenía las riendas, imitando el ademán que, sin duda, viera muchas veces en las personas mayores. En el asiento posterior del cochecillo iba una señora de voluminoso cuerpo, que llenaba por completo el vehículo, cuyos muelles rechinaban bajo su peso. Aquella mujer enorme daba la impresión de una persona adulta que se esfuerza en sentarse en un lugar estrecho, como, por ejemplo, una jofaina. En su rostro se veía que aquel paseo en coche incómodo no le gustaba demasiado y que se resignaba a la fuerza. Sin duda era la institutriz de la niña, con la cual conversaba continuamente en un lenguaje por completo desconocido de los dos amigos, quienes sólo llegaron a darse cuenta de que aquello no era alemán.

A corta distancia del cochecillo iba a pie un palafrenero encargado de vigilar el caballito y evitar todo peligro para el caso de que se mostrara díscolo. Pero tal precaución era, sin duda, superflua, porque el poney no parecía dispuesto a realizar actos imprudentes. Trotaba indiferente y resignado a su suerte.

Los dos muchachos, tendidos de cara al suelo, entre las matas, observaban la escena, conteniendo la respiración, Komlóssy quedó muy impresionado al ver aquella niña sentada en el pescante, con el busto erguido y el brazo extendido; a veces volvía ligeramente la cabeza, dándose mucha importancia, y su voz de pajarillo gorjeaba al hablar con su gorda compañera.

—*Mammi m'a dit ce matin que nous irons demain à la ville... As-tu entendu...?*

Aquel lenguaje extranjero aun hacía más misteriosa a la niña. Su traje era tan fino y elegante, que Komlóssy nunca viera otra cosa igual. Llevaba un sombrero de paño blanco, por debajo del cual sus cabellos de color castaño claro descendían hasta los hombros. Aquellos cabellos sedosos relucían y aun parecían brillar. La capita de color rojo cinabrio se destacaba de un modo notable en la sombra verde oscura del camino. En las facciones y en la mirada de la niña se observaba una extraña seriedad, una distinción innata.

Zsibai, en cambio, admiraba mucho más al poney. ¡Quién tuviera un caballo! Aquél había sido siempre el más querido de sus ensueños. Además, el poney le parecía perfecto. Y pronto, en su enfervorizada mente empezó un fatigoso trabajo y esbozó innumerables proyectos audaces y fantásticos, que tendían al mismo fin: hallar la manera de hacerse dueño de aquel caballito. A fuerza de estrujarse el cerebro

y de ponderar el pro y el contra, desde todos los puntos de vista, consiguió poner en claro todos los detalles de la empresa: cómo desengancharía el caballo del cochecillo y de qué manera lo sacaría de la cuadra, en una noche oscura y silenciosa. Sólo quedaba por resolver un problema y en vano pensaba y volvía a pensar en ello, a fin de encontrar la solución. Se trataba, simplemente, de cómo conseguiría franquear la cerca en compañía del caballo.

Mientras tanto, el cochecillo había pasado por delante de ellos. Los muchachos lo siguieron con mirada llena de nostalgia, porque aquel pequeño vehículo los atraía como si fuese una visión mágica. Komlóssy había quedado hechizado por la niña y Zsibai, en cambio, se enamoró del poney.

La niña llevó el cochecito a la plazuela que se abría ante la cancela y que estaba rodeada por soberbios arriates, cuyas flores resplandecían a los rayos del sol primaveral. Unas blancas gradas de piedra conducían a la terraza del castillo. Todo eso fascinó a los dos muchachos, con la intensidad de las visiones fantásticas que suelen poblar únicamente el mundo de los ensueños. En el centro de la plazuela susurraba un surtidor, cuyas cristalinas gotas salían disparadas a una altura inverosímil, para caer, convertidas en mil perlas iridiscentes, en la taza inmensa del surtidor. En torno de aquel chorro de agua se erguían extrañas figuras de piedra, de color negro verdoso: eran formas extrañas de hombres desnudos, que, desvergonzadamente, mostraban las partes más secretas de sus cuerpos y que con muecas risueñas recibían las gotas de agua que les salpicaban el rostro. En las encrespadas ondas del agua, donde las gotas que caían de lo alto se pulverizaban cantando, agitábanse ágiles naves multicolores, esbeltos barcos de vela. Alguno que otro podía medir hasta medio metro.

La sección del parque por la cual habían ido errantes hasta entonces era un bosque salvaje, una diminuta selva virgen. Pero allí, frente al castillo, todo aparecía ordenado con el arte maravilloso de la jardinería inglesa: la hierba había sido cortada con minuciosa simetría y ni una sola hoja caída alteraba la regularidad de su manto verde; sobre la hierba se erguían gruesos castaños de Indias centenarios, que extendían sus gruesas ramas como si fuesen enormes brazos humanos.

La atención de los dos muchachos veíase tan solicitada por aquel espectáculo, que ni siquiera se dieron cuenta de que los seguía alguien. Era un hombrón de bigotes rojizos y rostro punteado por numerosas manchas; llevaba un traje de caza de color verde oscuro y en el cuello lucía un distintivo, formado por unas hojas de encina, pero de plata. De repente y con la mayor calma, extendió las manos y agarró por las muñecas a los dos muchachos que se habían olvidado de todo, en la intensa contemplación de las maravillas que los rodeaban.

Komlóssy y Zsibai al observar aquel ataque inesperado, estuvieron a punto de desmayarse del susto. Aterrados, miraron a aquel hombre, cuyo aspecto no era

tranquilizador. Sus muñecas estaban rodeadas por las manos de aquel sujeto, como si fuesen dos crueles esposas de acero.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó amenazador. Ninguno de los dos supo contestar, pues el susto les estrangulaba la garganta.

—¿Cómo habéis entrado?

—Por la puerta de la verja —contestó Komlóssy, que casi se había repuesto del miedo.

—No es verdad —gritó aquel hombre—. Por la verja no habéis podido entrar, porque está cerrada. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Por la verja —repitió Zsibai, haciendo suya la respuesta de Komlóssy.

—Seguidme —ordenó el hombre del traje verde, que, sin duda, era un criado.

Y, sin soltarlos, se encaminaron al castillo.

Mientras tanto, la niña se había apeado ya del cochecillo y observaba la escena con curioso interés, al lado de su institutriz.

El doméstico condujo a los dos muchachos prisioneros a la secretaría del castillo. Allí y ante una mesa escritorio, estaba sentado un señor viejo, que llevaba gafas.

—Señor secretario, acabo de sorprender en el parque a estos dos muchachos.

El señor secretario miró atentamente a Zsibai y a Komlóssy, de pies a cabeza.

—¿Cómo habéis entrado? —preguntó también, mientras contraía las cejas.

Los muchachos permanecieron mudos, porque no habrían podido pronunciar una sola palabra. Con los ojos muy abiertos miraban al señor secretario, porque aquella nueva situación les parecía mucho más peligrosa que las anteriores.

—¿Cómo habéis entrado? —preguntó de nuevo el señor de las gafas.

Y su voz fue más seca y amenazadora que la vez primera.

—Hemos entrado por la verja —dijo por fin Zsibai, con voz que demostraba muy poca seguridad.

—Sin duda han saltado la cerca —observó el servidor.

Komlóssy volvió, de pronto, la cabeza y lo miró de arriba a abajo. De aquel modo quería dar a entender su deseo de no contestar a tan infame calumnia.

El perro los había seguido hasta la oficina y se sentó sobre su cuarto trasero, pero aun así era tan alto como los dos muchachos.

—¿Y no os ha dado miedo que os destrozara el perro? —preguntó, extrañado, el viejo secretario.

Los muchachos no contestaron: no querían hacer traición al perro, el cual, gracias a los buenos bocados que le dieron, había olvidado el cumplimiento de su deber.

Empezó entonces el interrogatorio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el secretario, señalando a Zsibai con su dedo.

—János Varga —contestó Zsibai con voz firme, mirando a la cara al secretario.

—¿Qué curso estudias?

—Asisto a la cuarta clase elemental católica.

En realidad estudiaba ya en el Instituto, y las clases elementales las había seguido en la escuela protestante.

—¿Y tú, cómo te llamas? —preguntó el secretario a Komlóssy.

Éste, durante el interrogatorio de Zsibai, había buscado en su memoria, pero no se le ocurrió ningún nombre. Por esta razón contestó evasivamente:

—¿Por qué?

—Si no me dices cómo te llamas, te entregaré a los gendarmes. —Se volvió a Zsibai, y añadió—: ¿Cómo se llama tu amigo?

—Samú Weiss —contestó Zsibai, que, en aquella situación, conservaba su serenidad. Y añadió—: Pero él asiste a la escuela hebrea.

El secretario se inclinó hacia un papel, hasta el punto de tocarlo casi con la punta de la nariz y anotó cuidadosamente los dos nombres y las escuelas indicadas.

Había entrado la niña en la habitación. Komlóssy, a causa de la emoción que sentía, no lo había notado. Ella permanecía inmóvil, al lado de la puerta abierta. Miraba a los dos muchachos con expresión de terror y de asco, porque nunca había visto a dos malhechores de tal calaña. Con la mirada examinaba su ropa desde la punta de sus zapatos hasta la parte superior de la cabeza.

Komlóssy se sintió muy angustiado, al observar aquel examen. De un modo particular sentía vergüenza por sus zapatos porque, para las excursiones dominicales, su madre le obligaba a ponerse lo peor que tenía. Por esta razón se volvió ligeramente a un lado, con la esperanza de que su calzado no fuese tan visible. Mientras tanto dirigió una mirada a los piecitos de la niña, cual si quisiera comparar. Ella llevaba unos calcetines blancos como la nieve, y finos zapatos de charol, en los que no se habría podido descubrir ni una sola mota de polvo. Komlóssy sentía el deseo latente y confuso de iniciar una conversación cualquiera con la niña, a fin de explicarle que era hijo de una familia de señores, que su padre era el pastor protestante y que en su casa también tenía calzado excelente.

Mas, por el momento, aquél era un deseo inasequible y, por otra parte, peligroso, porque si hubiese confesado su nombre verdadero, habría tenido graves disgustos en la escuela. Momentáneamente, la presencia de ánimo de Zsibai había salvado la situación.

De vez en cuando Komlóssy volvía la cabeza y se esforzaba en dirigir a la niña una mirada acariciadora y lánguida. Pero halló una expresión tan fría y repelente en la hermosa criatura, que, al fin, renunció a continuar la prueba.

Mientras tanto volvió a empezar el interrogatorio.

—¿Qué llevas en la mano? —preguntó el secretario a Zsibai, señalando el cañón.

—Un portaplumas —contestó el muchacho, después de breve reflexión.

El secretario le quitó el cañón. Y lo examinó atentamente. Por fortuna, tenía

aspecto de un verdadero portaplumas y no parecía un cañón. Por esta causa, lo devolvió al muchacho. Luego se dirigió al criado, ordenándole:

—Regístreles los bolsillos.

El doméstico, con aire solemne, empezó un minucioso registro. Vació los bolsillos de los dos muchachos. A Komlóssy aquello le habría importado poco, pero le daba mucha vergüenza tal humillación en presencia de la niña.

De los bolsillos de Zsibai salieron a luz, uno tras otro, los siguientes objetos: medio panecillo, tres cigarrillos de la marca más barata, un largo cordel, un lápiz sin punta, una caja de fósforos y, por fin, un libro titulado *El héroe de las selvas africanas*, en cuya cubierta, rota y sucia, se descubría la figura de un cazador de los Trópicos, en el momento en que un enorme leopardo negro se disponía a devorarlo. El servidor sacó de los bolsillos de Zsibai incluso su pañuelo y lo dejó en el borde de la mesa: parecía un objeto provisto de resorte y estaba tan sucio que Komlóssy se sonrojó de vergüenza por su amigo. En sus propios bolsillos encontraron la honda que el secretario calificó como arma de tiro y secuestro.

—Informaré a los directores de vuestras escuelas, con objeto de que os castiguen según merecéis —exclamó al fin, pronunciando tal sentencia.

Luego el secretario, con ademán muy elocuente, confió los dos muchachos al doméstico.

La niña continuaba al lado de la puerta, sin duda muy conturbada por aquel suceso insólito. Komlóssy, mientras se dirigían a la salida, trató, una vez más, de encontrar su mirada, pero no lo consiguió. El criado los empujaba hacia la verja. Cuando Komlóssy se volvió, pudo ver que la niña se dirigía a toda prisa a la escalera, probablemente para informar a sus padres de aquel suceso emocionante.

—Si vuelvo a veros por aquí os arrancaré las orejas —amenazó el servidor cerrando a su espalda la gran puerta de hierro.

Así y de un modo ignominioso terminó aquel día, destinado a la caza del ciervo. Y lo más desagradable de la historia fue que el perro se había comido todas sus reservas alimenticias y ellos se vieron obligados a emprender el largo regreso con el estómago vacío.

Una vez lejos del castillo, Zsibai se volvió para mirar atrás.

—Volveremos —exclamó jactancioso.

Pero quizá él mismo no creyó sus palabras. Las pronunció por decir algo y a fin de disipar el malhumor que se había apoderado de ambos.

A partir de aquella excursión llena de aventuras, el ánimo de Komlóssy se agitó a impulso de dos sentimientos distintos. Lo roía una sensación de vergüenza por la humillación sufrida y durante largas semanas no pudo olvidar la mirada que la niña dirigió a sus zapatos. Pero, al mismo tiempo, su vida se llenó de algo maravilloso, que lo mantenía casi de un modo constante en un estado estático. Su fuerza

imaginativa se había intensificado de tal manera, que si, por ejemplo, en la lección de canto, su hermosa voz sonora se elevaba por encima de todas las demás y dirigía el coro, o bien, si lograba en la escuela contestar mejor que sus compañeros o en la sala de gimnasia conquistar la admiración de los demás con algún ejercicio arriesgado en la barra fija, parecíale siempre que con cualquiera de aquellos éxitos se aproximaba cada vez más a la niña. Nacieron en él y llenaron su vida la voluntad, la energía, la fantasía y los proyectos grandiosos. Ya no se sentía nunca solo, y fantaseaba con diálogos imaginarios entre él y la niña, inventaba diversas situaciones y en todas ellas siempre desempeñaba un papel ventajoso e imponente.

Averiguó que el castillo era propiedad del conde Palmeri-Ahnberg. La pequeña condesita se llamaba Bea, lo cual quería ser un diminutivo de Beata.

¡Cuántas veces repitió para sí aquel nombre suave como el soplo del céfiro! Sentía que sólo aquel nombre raro y jamás oído hasta entonces era digno de semejante niña.

Un día se dirigió al encuentro del doctor Pórchalmi, en cuya biblioteca había una gran enciclopedia, en veinte volúmenes, y le dio a entender que la necesitaba, a fin de procurarse datos para un estudio que llevaba a cabo acerca de Pedro Pázmány^[1]. El doctor se conmovió al enterarse de aquella extraordinaria actividad, dirigió alabanzas al muchacho y puso la enciclopedia a su disposición.

Ante todo, Komlóssy buscó en la letra «P» el nombre de Palmeri-Ahnberg. Entre las numerosas expresiones que no llegó a comprender, halló lo que más le interesaba: que la familia se jactaba de un pasado de más de ocho siglos de noble abolengo y los troncos de su árbol genealógico desembocaban en ciertas familias de príncipes reinantes de Alemania. Luego buscó la palabra *graf* (conde), pero después de haber leído su significado y la explicación, no quedó más informado que antes, y la cabeza le daba vueltas confusas, por la multitud de diversas gradaciones de aquel título nobiliario: *Stallgraf*, *Pfalzgraf*, *Deichgraf*, *Holzgraf*, *Freigraf* y *Markgraf*. De todo esto dedujo que ser conde significaba algo extraordinario, poderío y dignidad sobrehumana.

Intentó procurarse datos y noticias de la vida íntima y familiar del castillo, pero tales tentativas fracasaron. En la pequeña población nadie se comunicaba con la familia del conde.

Sobre todos los libros y cuadernos había escrito o mejor dibujado con hermosa caligrafía el nombre: «*Condesita Bea Palmeri-Ahnberg*». Una vez también escribió como sigue: «*Bea Komlóssy, nacida condesa Palmeri-Ahnberg*». Con el rostro encendido arrancó el cuaderno de las manos de Zsibai que, casualmente, lo había tomado de la mesa, y luego pasó largo rato sintiendo intensas palpitaciones. Infinitas veces repetía aquel nombre en alta voz, buscando en el sonido de las letras un significado oculto. Compró una botellita de tinta de oro y una tarjeta ilustrada, en la

que se representaban dos palomas que juntaban el pico. Dirigió la tarjeta: «A la *graciosísima condesita Bea Palmeri-Ahnberg*», y debajo de las dos palomas escribió una frase que había tardado muchos días en componer: «*El que piensa en ti, te envía un saludo; adivina quién es*».

No se atrevió a consignar su nombre; y, sin embargo, acarició la inútil y dulce esperanza de recibir una respuesta, aun sabiendo que ello era imposible.

II

El padre del reverendo pastor Péter Komlóssy vivía en el presbiterio con la familia de su hijo. El anciano, que ya tenía ochenta y cinco años, sirvió en la guerra de la independencia de 1848 con el grado de capitán del ejército en la división de Pöltenberg. Tenía paralizado el brazo izquierdo, porque en el sitio del Castillo de Buda un proyectil le fracturó el codo.

Jamás se quitaba de la calva cabeza, ni siquiera de noche, su viejo casquete de seda. De uno de los bolsillos de su larga chaqueta colgaba un pañuelo azul desvaído, y del otro el cordón de la bolsa de tabaco. Calzado con sus zapatillas de suela de algodón, se dirigía algunas veces al jardín, pero, corrientemente, tosía y carraspeaba al lado de la estufa. Sostenía en la mano, que más parecía una rama seca que una parte viva de un cuerpo humano, un matamoscas de oxidado mango y con él, a veces, agitaba el aire a su alrededor. Si pronunciaba alguna palabra, su voz salía profunda y árida del pecho, semejante a un silbido o gruñido, como si fuese producida por una vieja máquina humana que, en vez de una membrana ocultase en el pecho un disco metálico.

Si los nietos lo molestaban con sus peticiones, se golpeaba con los nudosos dedos la frente y las sienes, cual si quisiera despertar la memoria y, poniendo una pierna sobre la otra, empezaba a referir la historia de la guerra contra los austríacos. A su hijo Péter, a quien hizo estudiar la carrera de presbítero, no le dio otra herencia que el odio contra los austríacos y los Habsburgos.

Péter Komlóssy, con su hermosa y espaciosa frente, el rostro moreno y la mirada firme, cuando emitía desde el púlpito la voz sonora en la blanca nave de la iglesia, hubiese podido fácilmente negar diez y aun quince de sus cincuenta años. Esta ilusión se debía, ante todo, a sus juveniles cabellos. Poseía una cabellera densa, rizada y espesa. Su llameante pasionalidad y el fuego que surgía de sus palabras, eran más dignos de un tribuno que de un simple pastor de pueblo.

Pero en su casa se volvió un hombre viejo, aficionado a la pipa y a discutir con su mujer. Sus frases, entonces, no eran más que una explosión furibunda y sonora. Estallaban como los fuegos artificiales, pero no hacían daño a nadie. En el presbiterio la vida conyugal transcurría serena y quizá pudiera decirse feliz, si cabe imaginar la felicidad en un pueblo lleno de polvo del «Alföld»^[2] en una casa oprimida sin cesar por el peso de los problemas familiares.

El reverendo pastor era en extremo popular entre sus fieles, a los que sabía infundir no sólo la fe, sino su convicción política. Por esto era mayor el odio que despertó en sus adversarios políticos, quienes veían en él a un presbítero analfabeto que hacía una política sin conciencia. Una vez el periódico gubernamental, durante las luchas electorales, se acordó de él en los siguientes términos: «Subió entonces a la

tribuna el pastor Péter Komlóssy, que, en breve, logró persuadir a su escaso auditorio de que era la personificación de la ignorancia aulladora».

Eso no respondía a la verdad. Por lo menos en lo que se refiere al número de los oyentes, porque los cronistas suelen dividirlos o multiplicarlos por diez, según sean o no de su partido.

Tampoco había de creerse la insinuación que ponía en duda las convicciones políticas del pastor, porque toda palabra que salía de su boca nacía en lo más profundo del alma. De su posición política no obtenía ningún beneficio; cuando matriculó a sus dos hijos para el curso superior, le habría sido más cómodo obtener unas becas del Estado, porque los pastores protestantes en Hungría no han tenido jamás en sus arcas talegas llenas de oro. Pero, naturalmente, las becas sólo eran concedidas a los hijos de los adheridos al partido gubernamental.

En cierta ocasión István, el menor de los dos, estuvo a punto de ser expulsado del Instituto.

—¿Qué has hecho, pequeño inconsciente? —gritó el pastor.

—Nada en absoluto, papá —juró y perjuró el muchacho, poniéndose la mano en el pecho para dar mayor vigor a sus palabras—. Quieren expulsarme de la escuela porque, durante la clase del señor director, se figuraron que hablaba en voz alta con Zsibai. Pero no es verdad...

El pastor creyó advertir en aquel asunto una maquinación política, porque el director estaba adherido al partido gubernamental. Recurrió a la dirección del Instituto con una larga carta de protesta, lamentando con duras palabras la injusticia de que su hijo había sido víctima, pero el director puso a su disposición los detalles de la encuesta, según los cuales buen número de testigos comprobaron que «István Komlóssy, alumno de la segunda clase, entornó la puerta de la sala de física, poniendo encima de ella un vaso lleno de agua, de modo que cuando el señor director, que no recelaba nada, quiso entrar, cayó sobre su cabeza el vaso de arcilla, que se destrozó, y el agua penetró por el cuello de la ropa...». Ésta era una falta grave y mucho más teniendo en cuenta que el director acababa de ser nombrado consejero regio^[3]. Además, también el bedel había declarado contra el muchacho, diciendo que le pidió prestada la escalera para colocar el vaso, con la excusa de que iba a reparar el timbre del aula.

Gracias a las súplicas de la madre se salvó el imprudente muchacho de que lo pusieran inmediatamente de aprendiz en una herrería. Pero, desde aquel momento, aun su familia lo excluyó de su benevolencia. Fué relegado a comer en una mesita separada, y durante algunas semanas recorrió las habitaciones del presbiterio con la mirada torva del delincuente castigado.

Sándor, el mayor, nunca dio ninguna molestia. Era un muchacho quieto y obediente, y gozaba de ventajas particulares, porque su hermano menor siempre

mantenía en la casa una atmósfera de escándalo.

En lo referente a la acusación de que el reverendo pastor fuese «la personificación de la ignorancia aulladora», según consignó el escritorzuelo traidor del partido vienés, en el periódico subvencionado por el Gobierno, seguramente en su maligna y exagerada impresión tal vez hubiese un fondo de verdad.

El reverendo pastor creyó superfluo dar contenido y consistencia al poderoso don intuitivo concedido por Dios y por su raza, por medio de raros y diligentes estudios. Creía, con la mayor firmeza, en su propia convicción política y aquella fe le bastaba. Jamás pedía a sus hijos que le dieran la lección, porque temía, en la historia y en la geografía, y especialmente en las matemáticas, la posibilidad de hacerse traición, revelando hasta qué punto se habían alejado de su memoria. Así los dos muchachos vivieron siempre convencidos de que el padre, que sabía ejercer sobre ellos una gran autoridad, tenía en las puntas de los dedos todas las ciencias y que, de presentarse la ocasión, habría podido dar un revolcón en un examen, y uno tras otro, a todos sus profesores.

No cuidaba demasiado de la educación de sus hijos. Alguna vez echaba un vistazo por su habitacioncita, donde una mesa manchada de tinta y llena de inscripciones grabadas con cortaplumas, veíase cubierta de cuadernos, de pedacitos de pan y de restos de libros. István, en tales ocasiones, cerraba los ojos y empezaba a «empollar» en voz alta, fingiendo no haber notado la entrada de su padre, porque estaba absorto en el estudio; y esto era evidente señal de una conciencia mala, porque en la estancia se percibía una ligera humareda de cigarrillos.

Sándor, en cambio, se ponía en pie y decía:

—Papá, Pista^[4] ha fumado otra vez...

El reverendo pastor fruncía el ceño y miraba a István, que no se atrevía a levantar los ojos del libro, en tanto que en su nuca se advertía el temor que experimentaba. Si se hubiese visto obligado a dejar el portaplumas más allá de la mesa, quizá no hubiese tenido fuerza para ello.

Sándor, con expresión devota e inspirada en el rostro, permanecía ante el padre, en espera de oír alabanzas por haber revelado aquel acto prohibido.

Pero el padre, en cambio, lo atravesaba con su mirada y, rabioso, le decía:

—¡No quiero acusones!

Y salía de la habitación. Sándor volvía a su puesto abrumado, en tanto que István continuaba inclinado sobre la mesa y, sin pronunciar palabra, doblaba con los dedos el ángulo de una página de la gramática latina. Así permanecía hasta que recobraba la presencia de ánimo y podía pensar en lo sucedido; entonces, sin mover el cuerpo ni tomar impulso, hacía volar a través de la mesa de estudio una bofetada que daba en la cara de su hermano, y Sándor acudía llorando al lado de su madre.

Poco a poco y tácitamente, se estableció una predilección recíproca entre Sándor

y su madre y entre István y su padre. En esta situación se reflejaba también la diferencia de puntos de vista políticos, porque la esposa del pastor no veía con buenos ojos aquellas actividades de su marido.

No conseguía comprender cómo las personas honradas y los buenos húngaros fuesen capaces, a veces, de ir al encuentro de la muerte por la política. Era una suerte que su marido fuese pastor, porque, de otro modo, y con el carácter que el Cielo le diera, se habría pasado el día entero con la espada en la mano. La buena señora oía con exclamaciones de desdén los más tempestuosos episodios de las elecciones parlamentarias, de las riñas sangrientas en la hostería, de las cuestiones caballerescas entre los señores y las detenciones por motivos políticos. Hablaba siempre en alta voz o gritaba, y eso requería por su parte un esfuerzo superfluo en absoluto; a veces el sonido de su voz era parecido al que se provoca pellizcando la cuerda de un violín, pues siempre se elevaba demasiado en el tono.

Durante las elecciones esperaba a su marido con angustia mortal, porque él volvía a la casa a altas horas de la noche, con el rostro inflamado, fatigado, casi embriagado y enronquecido.

La reverenda señora se atormentaba en vano en busca de la razón, para ella misteriosa, de aquellas luchas. Algunas veces se proponía resolver aquel misterio para ver, finalmente, con alguna claridad, e interrogaba al doctor Pórchalmi, el médico de la casa, que, en aquella época, curaba la tos ferina a la pequeña Mariska.

—Dígame, querido doctor, ¿por qué se arman todas esas trifulcas?

Al doctor le complacía mucho que lo escucharan. Tenía la costumbre, mientras hablaba, de hacer voltear en el aire sus lentes, que sostenía por el cordoncillo al que estaban sujetos; y los cristales trazaban en el aire círculos resplandecientes.

—La base del dualismo austrohúngaro —empezaba a explicar el doctor— es, como ya sabe usted, la *sanción pragmática*. Y ésta es una constitución que...

La esposa del pastor escuchaba atenta y con la cabeza hacía señales de comprensión; pero, en realidad, después de la primera proposición, había perdido ya, definitivamente, la esperanza de comprender algo de aquella confusa mezcla de términos latinos, que el doctor introducía en su discurso y que, sin duda, no eran necesarios para aclarar el sentido de las palabras, aunque servían mejor para que brillase su enorme cultura.

Por esta razón empezaba a estrujarse el cerebro en busca de una excusa adecuada que pusiera término a la prolija explicación del doctor.

En cuanto se refería a la política, había llegado tan sólo a la verdad fácilmente comprobable de que la gran actividad de la oposición de su marido, no era absolutamente útil ni a él ni al porvenir de sus hijos. Su mayor y más secreto deseo era poder estrechar alguna amistad con la esposa del gobernador civil, de la que fue compañera de escuela. Y aquella amistad se había hecho imposible a causa de las

actividades políticas de su marido.

Asimismo toda la parte culta de la población pertenecía al partido gubernamental, de modo que la vida social de la esposa del pastor se limitaba a la compañía de las familias del abogado Zsibai, del maestro Kosa y de otras personas de rango inferior, cosa que la hacía vivir en secreta amargura. Los intereses políticos le exigían que hiciese visita a las familias de los artesanos y a los ricos ciudadanos, y esto la humillaba. Pero ni aun estos motivos de descontento la impulsaban a atacar la paz familiar.

Sin embargo, había decidido que, aun en el caso de no poder conseguirlo por sí misma, salvaría a toda costa a sus hijos de los peligros probables de la política. En Sándor había conseguido, sin grandes esfuerzos, imponer su influencia; pero István, en lo que se refería al mundo íntimo de sus pensamientos y de sus ideas, parecía sentir, de un modo instintivo, que las palabras de su madre carecían de toda profundidad de contenido. El muchacho, aunque no tenía un concepto aproximado de las cosas, se había dedicado, de todo corazón, a compartir los sentimientos de su padre y de su abuelo.

Formaba también parte de la familia una chiquilla que tenía un año y medio menos que István. Le llamaban Maska, derivado de Mariska. Y, así, cuando alguien preguntaba cómo se llamaba, su lengüecilla se detenía largamente sobre la primera letra y, en cambio, pronunciaba las demás con gran rapidez: Mmmaska...

Maska era la personificación de la abulia; su vacilante naturaleza se revelaba en los rápidos cambios de amistad con respecto a sus hermanos; como débil caña expuesta al viento, se doblaba bajo la influencia momentánea o continua del más fuerte. No conocía la ira y no sabía odiar: era una criatura nacida para el sacrificio. Cuando uno de sus hermanos chillaba o lloraba, ella improvisaba de repente un acompañamiento adecuado y lo superaba con sus propios aullidos, en tanto que las lágrimas, copiosas y sinceras, le regaban el mofletudo rostro. Dividía, generosa, su corazón y su alma entre sus hermanos, pero con la comida no admitía bromas. Amaba desmedidamente a su propio estómago y con frecuencia ello se advertía a pesar de su carácter. Con pequeñas astucias y sutiles truhanerías, buscaba la manera de asegurarse la ventaja en la distribución de la comida. El resultado de esa táctica se manifestaba también en su aspecto exterior: era regordeta y fuerte, y bajo sus calcetines blancos se redondeaban, poderosas, dos sólidas pantorrillas arañadas y heridas en mil lugares. Pero las circunstancias de la vida se fijaron de modo que la mayor parte de su tiempo lo pasaba en compañía de István y, constantemente, se veía comprometida en situaciones en las que debía abrazar el partido de aquel hermano o sufrir con él un castigo merecido, como cómplice de sus hazañas. Por esta razón era la única persona de la casa a quien István honraba con sus confidencias. También aquella vez, fue la única que conoció las aventuras de su hermano en el castillo

encantado del conde, si bien el relato que le hizo István no correspondió en absoluto a la verdad, porque le refirió que en unión de Zsibai pasaba por casualidad por delante del castillo y que frente a la verja se hallaba la condesita Bea con su madre y que las dos le invitaron a merendar y así pasaron toda la tarde en el castillo.

Después de hacer jurar a Maska que guardaría el secreto, le refirió exactamente los detalles de la conversación, dejando transparentar que su presencia y su comportamiento habían causado una impresión excelente en la niña. Maska, con los ojos desorbitados, escuchó atentamente aquella historia.

Pero el mismo István creía ya con firmeza todo lo que dijera a Maska. En la escuela de baile se retiraba aburrido a un rincón y desde allí contemplaba con sincera lástima y con despectiva superioridad a los muchachos y a las muchachas que bailaban, reían y se divertían, sin saber nada ni sospechar tampoco su secreto. Y aquel sentimiento le daba el dulce tormento de la belleza inverosímil y de la lejanía inasequible.

Una tarde, se llenó la casa de huéspedes. Eran el abogado Zsibai y algunos señores desconocidos para él, que llegaron de otra población. El abuelo ocupaba la cabecera de la mesa. Fumaban, bebían y hablaban de política. De pronto oyó el nombre del conde Palmeri-Ahnberg. Fingió no prestar atención a lo que decían, pero, en realidad, sus fibras más recónditas se estremecieron a causa de una agitación increíble.

—También ése es un traidor como los demás. —Pronunció tales palabras el abuelo, que añadió—: Nuestros magnates no sienten ninguna solidaridad ni comulgan con los ideales de la nación. La mayor parte de ellos tienen un nombre alemán y ni siquiera saben hablar el húngaro con decencia. Una vez tuve ocasión de hablar con ese conde. Pues bien, habla el húngaro como un estañador^[5].

El abogado Zsibai, con voz tonante, aumentó la dosis:

—¡Llévese el diablo a toda su raza! En sus manos están los destinos de la nación. Si alguien pronuncia ante ellos el nombre de un Habsburgo, se inclinan en el acto hasta el suelo. Basta que les prometan el Toisón de Oro, para que estén dispuestos a vender el honor del país.

Todos aprobaron aquella vehemente acusación.

Al día siguiente. István volvió a casa del doctor Pórchalmi y buscó qué cosa era el Toisón de Oro.

Creía ciegamente cuanto decían su abuelo y su padre. Él mismo se figuraba odiar ya al conde y con las alas del sentimiento la pequeña Bea ocupó un lugar más elevado y más lejano en el firmamento de su imaginación.

Un día fue con su padre a un pueblo. Regresaron ya anochecido, en coche. Reinaba la obscuridad. De repente, algo extraño le llamó la atención. En la carretera acudía a su encuentro un grupo de jinetes que llevaban antorchas encendidas, de

modo que la oscuridad nocturna se llenaba de una luz rojiza y humeante. Detrás de aquellos portadores de antorchas volaba una carroza tirada por cuatro caballos. En el brillante pelaje de los cuatro soberbios animales negros resplandecía la luz con reflejos purpúreos. En el alto pescante había un hombre barbudo que guiaba el coche. En uno de sus ojos brillaba un monóculo y su rostro parecía metálico.

—¿Quién era aquel señor? —preguntó cuando hubo pasado el cortejo.

—El conde —contestó su padre con tono de malhumor, sin añadir una palabra más.

Durante largo tiempo no vio a Bea. Una tarde la descubrió en un lugar en donde jamás pensara encontrarla. Guiada por el profesor Pompersky, toda la clase de István había salido al aire libre, porque Pompersky, fiel a sus principios pedagógicos, daba las lecciones de botánica al aire libre y en presencia de la Naturaleza. De repente, dos jinetes al galope atravesaron el prado con la velocidad del rayo, frente a los ojos de los alumnos. Eran Bea y su palafrenero. Aquella vez montaba un verdadero caballo y no un poney. Su cabellera, de color leonado, ondeaba al viento como si fuese una llama. La visión duró apenas un instante, pero bastó para que István, aquella noche, permaneciese despierto hasta el amanecer, interrogando, con los ojos desorbitados, la oscuridad de su habitación.

III

Visitó Budapest por primera vez cuando fue para ingresar en la Universidad. La grandiosa capital le produjo una impresión maravillosa, porque la imaginó muy distinta, aunque no habría podido decir cómo. Creyó encontrar allí otro aire, otros colores, otras voces y otros hombres, más grandes, más investidos de autoridad, más poderosos. Tuvo la primera desilusión en cuanto llegó y pudo ver a Zsibai que lo esperaba en la estación. Su amigo llevaba el mismo traje gris que usó en el último año de Instituto.

En términos generales, tuvo la impresión de que en la capital únicamente los edificios eran más amplios y que, dentro de ellos, los hombres le parecían más pequeños, insignificantes y grises. ¿O sería aquella su verdadera realidad? Quizá el espejo cóncavo de la vida provinciana dé mayor grandeza a los hombres.

Desde los primeros días, todo eso le dio una sensación de inquietud. Zsibai, que lo había precedido en un año en su viaje a Budapest, lo llevó a visitar todas las cosas notables. En su programa figuraban el Museo de Bellas Artes, el Real Conservatorio de Música y una casa de tolerancia de la que Zsibai era cliente habitual.

Aun corría el verano y los primeros días de septiembre, de modo que se podía ir por las calles sin abrigo y pasear hasta el alba por los jardines públicos y por el Parque Inglés. Zsibai tenía diecinueve años, y Komlóssy, dieciocho.

Habitan juntos en un cuartito situado a corta distancia de la ópera. Zsibai se reservó la cama y Komlóssy dormía en el diván. En la habitación había pocos muebles y aun éstos tenían un aspecto poco agradable. El dinero abundaba aún menos pero, sin embargo, los dos muchachos creían ser los dueños de la ciudad.

Una mañana, mientras iba de un lado a otro solo, por las calles del centro, contemplando los escaparates, entró por casualidad en un portón abierto y en una de las paredes vio expuestos los mejores retratos de un fotógrafo. Había allí pruebas en colores y ampliadas, que representaban a ilustres personajes en el vistoso traje de gala húngaro; ministros, gobernadores civiles, diputados; o bien señoras que vestían trajes suntuosos, con diademas y maravillosas joyas; archiduquesas y señoras de la más alta aristocracia.

Al pie de una de aquellas fotografías leyó rápidamente este nombre: *Condesita Bea Palmeri-Ahnberg*. Era realmente la misma y él la reconoció difícilmente porque, en aquel retrato, parecía tener, por lo menos, veinte años, cuando quizá no había cumplido quince. Tal vez el vestido le hacía parecer de mayor edad. El corazón del joven empezó a latir con violencia. Desde el ancho sombrero, una cinta descendía hasta el pecho de la niña, que volvía el rostro hacia el hombro izquierdo, como si mirase lejos, a algo determinado. Bajo la ligera tela del traje se adivinaban las mórbidas curvas de los hombros y las tenues rotundidades de los juveniles senos.

Contempló largamente el retrato con ojos ardientes y conteniendo la respiración. En el portón había una estrecha tira de espejo que llegaba casi al suelo y allí se miró. Era inútil forjarse ilusiones. En aquel ambiente de lujo y suntuosidad, él tenía una figura verdaderamente poco agradable. El traje negro que vestía era una herencia de su hermano mayor Sándor; los tacones de los zapatos estaban desgastados y su corbata aparecía deshilachada, así como el cuello de la camisa sucio. ¿Y el rostro? ¡Aquella cara verde, brillante de grasa y salpicada de diminutos granos!

Volvió a pasear sin objeto y con alguna sensación de vergüenza, cuando se detenía a contemplar los magníficos escaparates de las tiendas de artículos para señoras. Gracias a su ingeniosa imaginación, se vestía a sí mismo con la mayor elegancia, aunque, como se comprende, de acuerdo con los conceptos que podía tener de ella.

Desde entonces, no pasó un solo día sin que visitara aquel portón para contemplar largo rato la fotografía. Después de los mezquinos y torpes amores de las casas equívocas, después de la habitacioncita del estudiante, llena de muebles estropeados y deslucidos, donde el ambiente estaba constantemente corrompido por el olor de la ropa de la cama demasiado usada y de pedazos de pan, ya agrios, aquel escaparate de fotógrafo significaba para él, y a través del retrato de la joven, el paraíso de su infancia; y contemplando los personajes que vestían el traje de gala magyar y que se adornaban con espadas cuyas empuñaduras estaban llenas de piedras preciosas, y con nombres resplandecientes, el porvenir se le presentaba oculto por densa niebla, pero con una perspectiva determinada.

Estaba su alma saturada de las mil impresiones que irradiaban sobre él de todos los lados de la nueva vida, tan distinta de la anterior, cuando, de repente, una nueva y poderosa fuerza se insinuó en aquella vida, trastornándolo con tales tempestades y ataques de febril pasión como sólo la fantasía y el fanatismo de un joven de veinte años pueden conocer. Era como si todos los recuerdos de su infancia, las pálidas leyendas del abuelo, los entusiasmos de su padre, reapareciesen otra vez en su vida, para transformarse en realidad, corregidos y aumentados. Para él, la infancia fue el mundo de los cuentos y de las fábulas: con la mayor atención escuchó de labios del abuelo la historia de la guerra de la independencia, aun cuando no conocía demasiado a fondo las causas ni los orígenes; pero, sin embargo, absorbía deleitado aquel río turbulento de sentimientos. Su imaginación había recorrido los campos de batalla y vivió todos los detalles de la lucha; pero eso era como si durante toda su infancia hubiese fantaseado tan sólo acerca de la suerte de las figuras ensangrentadas y terribles, maravillosas y sobrehumanas, de novelas llenas de aventuras. Y al lado de tan gigantescas confusiones de misterio, la mayor parte de las almas infantiles se estremecen de voluptuosidad.

Y ahora, de pronto, inesperadamente, aquel mundo fabuloso estaba allí, a su alrededor y convertido casi en una realidad viviente. Manifestaciones, luchas callejeras. Movimiento de la juventud universitaria. La apasionada violencia de la juventud volvía a encontrarla en los oídos y en el corazón, como si fuese una diana. En el entusiasmo de los jóvenes, la ira y la amargura, largo tiempo reprimidas, tronaban luego violentas. Y no sólo en la Universidad, sino en todo el país parecía como si el corazón de la nación se hubiese transformado en un polvorín grandioso, en torno del cual serpentearan amenazadoras lenguas de fuego.

Por las calles de Budapest se desarrollaba una verdadera batalla. Guardias a caballo cargaban contra la multitud derribándola y pisoteándola, y el centelleo metálico de las espadas se obscurecía con la sangre humeante. Era la guerra en su tremenda y magnífica realidad; más poderosa y ardiente no la había imaginado nunca, ni siquiera en su infancia. Aquel vendaval de las almas se dirigía contra Austria y los Habsburgos y contra los que habían traicionado la causa magyar a fin de continuar siendo fieles siervos del emperador austríaco. En la lejanía de los decenios, la figura de Kossuth^[6] parecía asumir proporciones gigantescas. Continuó la guerra de independencia, pero en las plazas de las ciudades húngaras surgieron monumentos en memoria de Kossuth y jamás una nación tan pequeña dedicó un número mayor de estatuas a un hijo suyo. El pensamiento, que era el instinto verdadero de la Nación, fue sofocado por la violencia, pero eso despojó a los corazones de su dura coraza y se condensó en aquellas bronceas estatuas armadas de espadas como si, verdaderamente, en la tierra magyar hubieran crecido millones de desnudos aceros, inmóviles aunque amenazadores. Tal pensamiento habíase encendido también en el sentimiento que entonces agitaba el corazón nacional.

El emperador austríaco había enviado a Hungría un Gobierno en la persona de uno de sus generales. Pero la Nación rechazó el pago de los impuestos y el reclutamiento de los soldados. El gobierno del general había movilizad, contra la oposición húngara, incluso las calles, e inscribió en su programa el sufragio universal y secreto y, gracias a este medio, opuso a la lucha nacional a los socialistas y a las diversas nacionalidades. Todos los enemigos del milenarismo sentimiento magyar volvían a verse unidos en un solo haz. En septiembre de 1905, y con el pretexto de una manifestación pública, los socialistas arrojaron al suelo y vilipendiaron la bandera nacional tricolor.

La juventud universitaria salió a la calle. Al lado de Zsibai, Komlóssy participó con toda su alma en aquella lucha. Intervinieron en todas las manifestaciones y asistieron a todas las asambleas. Quizá cuando, a altas horas de la noche, volvían fatigados, István se decía que en sus discursos utilizó las mismas frases y expresiones que, tiempo atrás, oyera en labios de su abuelo. Los dos estaban ronc, porque habían pasado el día entero recorriendo las calles, blandiendo los bastones, con los

rostros y los corazones inflamándose, tomando parte en los aullidos de la multitud y exclamando:

—¡Mueran los generales viejos! ¡Mueran los traidores! ¡Mueran los socialistas traidores! ¡Viva la guerra de la independencia!

Una tarde habíase reunido en la estación una multitud inmensa. Era el lunes, 25 de septiembre. La multitud esperaba a los jefes de la oposición que habían ido a Viena para exponer al emperador austríaco los postulados de la nación, a fin de restablecer así la calma. Pero su viaje resultó inútil. Cuando apareció el tren y los jefes de la oposición comparecieron ante la gente, la espaciosa cúpula de cristales de la estación se vio sacudida por un inesperado huracán de vivas, gritos y aplausos. Alguien pronunció un discurso de salutación. Los dos amigos estaban un poco separados, confundidos con la multitud de los estudiantes. A partir de las primeras palabras del orador, se calmó un tanto el ruido ensordecedor y todos se esforzaron en oír alguna que otra frase. La agitación que mantenía tensos los nervios de Komlóssy llegó entonces al colmo de la exasperación y, abriéndose paso, el joven se dirigió a los jefes de la oposición, gritando:

—¡Seremos los primeros en las barricadas!

Hubo un silencio intenso y momentáneo. Aquello parecía cómico, pero también conmovedor en aquel joven desconocido, que, con el rostro inflamado, el cabello en desorden y la mirada fija, estaba frente a todos, como obsesionado. Pero su voz clara y emocionante penetró en el corazón de los presentes. Después de un breve instante de sorpresa la multitud recogió sus palabras y, como si soplara un huracán, mil voces aullaron a la vez:

—¡Seremos los primeros en las barricadas!

Aquel momento se imprimió en su memoria para toda la vida. Fué su primer éxito, la primera ocasión en que pudo comprobar que la palabra de un solo hombre puede arrastrar el corazón de millares de seres humanos; aquél fue el instante en que, con la rapidez del rayo, surgió el misterioso hilo conductor que guía al alma de la multitud como si fuese la mecha en un barril cargado de dinamita. Y adivinó que aquél era el más grande y sublime sentimiento humano.

Al salir de la estación, Zsibai, sinceramente emocionado, y quizá algo envidioso, le estrechó calurosamente la mano.

—Te felicito, amigo. Te has conducido de un modo magnífico.

Otros se reunieron a su alrededor: personas desconocidas le estrechaban la mano y lo abrazaban. Muchos lo saludaron como si fuese un orador que hubiera obtenido un éxito notable. Y él permanecía allí, confuso entre la multitud, con una sonrisa incierta en los labios y el corazón tembloroso. En lo profundo del alma sentía el irresistible deseo de llorar y se preguntaba por qué no estaría allí su padre o, por lo menos, su abuelo. Mas, aparte de Zsibai, no veía a su alrededor ninguna cara

conocida o amiga. Pero, de repente, tuvo una alegría inmensa y una sorpresa muy grande; entre la multitud de los que aplaudían aparecieron de pronto los jefes de la juventud, a quienes apenas conocía de vista. Aquel joven alto, de afeitado rostro, estudiante de medicina y en el que no sólo veía al ideal de la belleza masculina, sino también al de la intrepidez batalladora y la energía del jefe, se acercó a él, y apoyando una mano en su hombro, exclamó:

—¡Bravo, joven, muy bien!

De regreso a su casa, István se repitió muchas veces aquellas palabras. Y, una vez en su habitacioncita, se dedicó a escribir cartas, aunque, corrientemente, nunca se decidía a tomar la pluma, de no tratarse de un caso excepcional. Pero, aquella vez, escribió una larga carta al abuelo, otra a su padre y también otra a su madre y aun escribió otra larga misiva a Maska refiriendo en todas ellas y con el mayor detalle lo que acababa de ocurrir. Y mientras describía la situación política general, para dar mayor énfasis y color a la narración, consignó con algunas variantes uno o dos párrafos del artículo de fondo del periódico de la tarde.

«Sería una modestia tonta e inútil —escribió en la carta dirigida a su padre — si callara lo que me ha sucedido...».

Y, después de haber descrito la escena, continuó:

»El jefe de la oposición acudió a mi encuentro, me abrazó, y dijo: «Grandes cosas espera de ti la nación en lo futuro. Dios te proteja y te guíe, joven amigo».

Prescindiendo de las exageraciones contenidas en el texto, István olvidó mencionar que aquel jefe de la oposición sólo era el jefe de la juventud, un estudiante de Medicina. Y a consecuencia de aquella definición imprecisa, tal parte de su carta habría podido interpretarse muy bien en el sentido de que el mismo Kossuth o bien el conde Albert Apponyi le habían dirigido aquellas cálidas palabras.

También escribió una larga carta a su hermano mayor. Sándor cursaba entonces el tercer año de Derecho, pero estudiaba en una universidad provinciana. Fué deseo de la madre que los dos muchachos no viviesen en la misma ciudad, pues temía que la compañía de István pudiera ser peligrosa para Sándor. Deseaba que este último pasara sus años juveniles en otro ambiente político distinto de aquel en que vivían los demás hombres de la familia. Y pretendía que Sándor llegara a ser partidario del Gobierno. Naturalmente, el padre habría de ignorarlo porque, de lo contrario, sería capaz de renegar de su hijo.

—A tu padre dile siempre que no te interesa la política.

Así aconsejaba la madre a su Sándor, quien, por otra parte, sentía ya grande inclinación a renegar de las creencias políticas de su padre. Durante los años pasados en la universidad vivió con un pariente de su madre, funcionario de Hacienda, que era ferviente partidario del Gobierno.

István estaba muy bien enterado de todo eso, pero, sin embargo, se sintió inclinado a darle cuenta, por medio de una larga carta, de los sucesos ocurridos en las dos últimas semanas. Como es natural, tampoco en esta carta pensó en ocultar o disminuir el éxito logrado. Calculaba que la descripción de los sucesos y de su ardiente participación serían capaces de impresionar a Sándor y tal vez pudieran ser causa de que, en adelante, siguiese el buen camino.

Al día siguiente comunicó a Zsibai que se disponía a hacer una visita a un pariente suyo. No era cierto, puesto que en Budapest no tenía a ninguno. En cambio se dirigió al jardín público, donde el sol de septiembre derramaba sobre la copa de los árboles una luz maravillosa. Un vientecillo cálido y ligero había hecho caer ya algunas hojas doradas.

Con los brazos cruzados a la espalda paseó largo rato a la sombra de los árboles y, paseando, buscaba palabras y se esforzaba en pronunciarlas a media voz y aun prestaba oído, medía, palpaba y gustaba la música, la energía, las modulaciones y el sabor de sus palabras, de unas palabras grandilocuentes, enérgicas, capaces de conmover las piedras y hacer estremecer las almas. Se imaginaba tener delante a una inmensa e ilimitada multitud de hombres de los que sólo podía ver las cabezas, una multitud inmensa como la que recientemente vio en un partido de pelota, y que también en aquella ocasión ejerció en él una impresión misteriosa. Y al resonar el trueno de sus últimas palabras, veía todas las miradas fijas en sus ojos y sentía todas las almas estremecidas por la corriente que produjo su propia alma.

Así formó un discurso, el primero de su vida, aunque nadie se lo había encargado. Por el momento parecía muy improbable que aquella oración fuese jamás pronunciada en público. En aquella época apenas había un estudiante de Derecho que no compusiera discursos políticos, pero solamente los que habían conquistado el puesto de directores de los movimientos de la juventud, tenían ocasión de pronunciarlos y éstos eran muy pocos. No debe entenderse, sin embargo, que los discursos fuesen raros, porque los jóvenes directores de aquellos movimientos políticos agarraban por los cabellos cualquier ocasión de hablar.

—Hermanos húngaros: Ha llegado el momento en que vosotros, hijos de una nación milenaria, libre e independiente, quitéis de vuestro cuello el infame yugo de Austria y de los Habsburgos que, desde hace muchos siglos, os envían al matadero para salvar de la ruina su vacilante trono. Todas las fisuras de ese trono han sido rellenadas y recompuestas con vuestra sangre...

Había llegado a esta parte del discurso cuando su trabajo mental fue interrumpido

y distraído por Grünfeld, compañero de universidad y uno de los más violentos agitadores. A veces resultaba exagerado. Si tomaba parte en cualquier manifestación, era capaz de empezar a aullar cuando no había ninguna necesidad de ello, y en los momentos en que tampoco lo exigía la situación de ánimo de la multitud.

Komlóssy había podido ya observar que Grünfeld, al expresar de tal manera su entusiasmo, no gritaba tanto en servicio de la idea como para que los comerciantes y sus empleados que, al pasar una de aquellas manifestaciones, se asomaban furiosos a las puertas de los establecimientos, pudieran ser testigos de cómo él manifestaba su ardimiento. Sin embargo, Komlóssy sentía amistad por Grünfeld porque era un buen muchacho, todo corazón y entusiasmo. Pero hablaba demasiado. Y aun entonces empezó a referirle, con elocuencia que amenazaba ser interminable, la historia del conflicto que había surgido entre él mismo y Komoróczy.

—¿Esperas a alguien? —preguntó inesperadamente al observar que su amigo no le hacía caso.

—Sí —contestó Komlóssy en tono evasivo.

Grünfeld pensó entonces que, al amparo de aquel monosílabo, debía de ocultarse algún asunto femenino.

Tres días después recibió las respuestas a sus cartas. El abuelo, con su escritura de letras grandes como cabezas de gorrion, se limitaba a escribirle estas palabras: «*Muy bien, hijo, adelante*».

El padre se mostró menos lacónico. En su carta resumía la situación política, comparándola e ilustrándola con los sucesos más importantes de su propia vida, y aun dirigía una mirada retrospectiva a los episodios sueltos de la historia de la nación, casi para justificar su confesión de fe política. La carta terminaba con la siguiente frase: «*Eres sangre de mi sangre y alma de mi alma. Adelante*».

La madre empezaba así su carta:

«Querido hijo: Ayer hablé con Hudák que está dispuesto a arreglar a tu medida el traje negro de papá, porque ya es muy estrecho para él. No cobrará más de seis florines. Envíame, pues, tus medidas. No compres zapatos en Budapest, porque aquí Csengös los hace más baratos. Creo que con el abrigo del año pasado podrás tirar ese invierno».

En toda la carta no había una sola palabra referente a la política, como si no hubiese recibido la carta de su hijo. Quizá la última frase hacía alguna alusión con estas palabras: «*Guárdate bien hijo mío. Sé prudente y no hagas ninguna tontería*».

Maska añadió algunas palabras a la carta de su madre. Escribía trazando unas letras muy redondeadas: «*Querido Pityu^[7], recibe los besos de Maska*». Todas las cartas iban incluidas en un solo sobre para ahorrar el gasto del franqueo.

Al mismo tiempo recibió también una carta de Sándor: «*Creo que Ferenc Deák^[8] es por lo menos tan genial como tú o Zsibai. Hungría, sin la cultura alemana y sin los Habsburgos, sería menos que nada...*».

Rabioso, rasgó la carta.

Por la noche de aquel mismo día, jueves, la juventud universitaria se había reunido en su estado mayor en la gran sala de la Mensa^[9]. De repente, llegó la noticia telefónica de que los socialistas —que seducidos por las promesas de sufragio universal del Gobierno anticonstitucional se habían puesto frente a la resistencia nacional— hacían una demostración ante la sede del Partido de la Independencia y trataban de asaltar la puerta de entrada.

Al oír esta noticia se originó una extraordinaria agitación entre los estudiantes. A la carrera se dirigieron a la sede del Partido Independiente, ante la cual se había agrupado una enorme y tumultuosa multitud.

—¡Muera la bandera tricolor! —exclamaban algunas roncadas voces.

Pocos instantes después se originó una verdadera batalla entre la multitud y los estudiantes. Primero se limitaron a arrojar piedras, después se levantaron bastones sobre las cabezas y, por fin, hubo furibundos encuentros cuerpo a cuerpo. También se dispararon algunos revólveres. Komlóssy se batía con su corto bastón, que no tardó en romperse, de modo que, al fin, se vio obligado a hacer uso de los puños.

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Pega duro! —gritaba a su lado Zsibai con voz ronca. Luego la multitud los alejó uno de otro. Habían transcurrido pocos minutos y, de pronto, sobre el empedrado se oyó el ruido ensordecedor de los caballos al galope, y de una calle lateral desembocó un pelotón de guardias a caballo. Los socialistas estaban de parte del Gobierno, y, por esta razón, los guardias, con el pretexto de restablecer el orden, atacaron ante todo al grupo de los estudiantes universitarios.

—¡Quitaos los números! —ordenó un oficial de los guardias.

Del pecho de éstos, que iban montados a caballo, desaparecieron las chapas metálicas en forma de media luna, donde figuraba su respectivo número. Cuando la policía atacaba a la multitud en ocasiones semejantes, con la espada desenvainada, siempre utilizaba aquel medio para que nadie pudiese identificar a los guardias más brutales.

El ataque de los jinetes dispersó en pocos minutos a los estudiantes, aunque eso, naturalmente, sólo se consiguió derramando alguna sangre. Komlóssy recibió un sablazo en la mano izquierda, que levantó para defender la cara. Acudió en seguida la ambulancia para prestar socorro. Diez o doce camillas estaban ya en fila sobre el adoquinado y, en ellas, yacían pálidos y con los ojos asustados aquellos jóvenes de veinte años en quienes el miedo, impreso en sus facciones, daba a entender que, en ellos, se había apagado ya todo el entusiasmo por la idea y de que sólo les atormentaba el pensamiento de que habrían podido resultar muertos o mutilados por

toda la vida. En las camillas también estaba tendido algún socialista y todos ellos eran muy jóvenes, casi unos niños. A Zsibai no le ocurrió nada. Tan sólo debajo de los cabellos tenía un chichón del tamaño de una nuez causado por un bastonazo. Zsibai no lo mostró a nadie y se lo palpaba a escondidas con la mayor cautela por debajo del sombrero, cuando nadie lo miraba. El médico de la ambulancia vendó la herida de Komlóssy y así su mano izquierda quedó envuelta por una gran cantidad de algodón hidrófilo. Íntimamente Komlóssy sintió una intensa alegría; por lo demás, la herida no era grave. En cuanto se restableció la actividad, los estudiantes volvieron a la Mensa, donde el suceso fue discutido calurosamente. Algunos, más violentos, propusieron asaltar durante la noche el edificio de la Capitanía general de policía para proclamar la revolución. Pero los más prudentes se opusieron a tan loco proyecto. Mientras tanto, desde los hospitales, se recibían continuamente noticias telefónicas acerca del estado de los heridos. Hacia la medianoche se comunicó el primer fallecimiento. El muerto era Lajos Grünfeld, estudiante de primer año de Derecho. La noticia causó gran consternación. Después de largas discusiones, los estudiantes decidieron organizar un imponente cortejo el día del entierro. Y se proponían erigir el catafalco de Grünfeld en la plaza que había delante del Parlamento, donde se pronunciarían también los discursos fúnebres.

Al día siguiente, István no se movió de su habitación. Permaneció tendido en la cama con mucha fiebre a causa de la herida. Pensaba con envidia en Zsibai que, por la mañana, pudo ya salir y tomar parte en las turbulentas discusiones del estado mayor. Ciertamente organizarían un entierro grandioso en honor de Grünfeld y aun cabía la posibilidad de que la muerte del mártir impulsara a todo el país a la revolución.

Apenas había transcurrido un mes desde su llegada a Budapest y, sin embargo, le habían sucedido ya muchas cosas en tan pocas semanas. Reflexionaba acerca de los sucesos de los últimos días que, con el ardor de la fiebre, se le aparecían aun más grandiosos y dotados de mayor belleza. Recordó a Grünfeld y su reciente encuentro en el jardín público. El sino de aquel amigo le pareció bellísimo y sublime, y deseó para sí mismo una muerte semejante. ¿Habría sufrido mucho? Según una versión que llegó hasta él, un guardia le partió en dos el cráneo de un sablazo, aunque otros le dijeron también que la punta del arma le había atravesado el corazón.

Zsibai volvió a su casa a última hora de la noche absolutamente derrengado. Manifestó que había pronunciado un discurso, pero Komlóssy no lo creyó. Le dijo que al día siguiente, a las diez de la mañana, llevarían el ataúd de Grünfeld a la plaza del Parlamento y que, después de la ceremonia fúnebre, lo acompañarían al cementerio.

Al día siguiente, István aun tenía fiebre, pero sin embargo, salió, porque, aun moribundo, hubiese asistido a aquel desfile. Al llegar a la Plaza del Parlamento,

vieron que estaba negra de gente, porque había allí una multitud enorme que esperaba en silencio, como si sufriera una enorme opresión. Pocos minutos después de las diez apareció el fúnebre cortejo de los estudiantes vestidos de negro. Seis jóvenes, que avanzaban con lentos pasos, llevaban a hombros el ataúd de Grünfeld. Cuando el cortejo llegó cerca de él, pudo creer que la fiebre lo hiciese víctima de una ilusión o de una broma macabra, porque no pudo creer lo que estaba viendo. Agarró el brazo de Zsibai, y, estremecido de horror, murmuró:

—Tú... Mira allí...

—Chitón... —replicó Zsibai para obligarlo a callar.

Miraba con desorbitados ojos a los jóvenes que llevaban el ataúd. El que estaba a la izquierda, y el primero en la fila, era... Lajos Grünfeld en persona. No, no era posible el error. Aquél era el mismo Grünfeld, de carne y hueso. Sostenía el ataúd mientras andaba con largos y vacilantes pasos. Su rostro tenía una expresión tétrica y fatigada, como de persona muy débil que carga con un peso demasiado grande.

—¿Pero quién es el muerto? —preguntó a Zsibai—. ¿Cómo se explica que Grünfeld esté ahí... vivo?

—Calla —susurró Zsibai, nervioso.

—Pero, ¿quién es el muerto?

—No grites. —Luego, cubriéndose la boca con la mano, susurró—: Han llenado el ataúd de arena.

Entonces empezó a comprender y sintió que su alma se llenaba de amargura.

—Eso es una indecencia —dijo, asqueado.

Zsibai le contestó con acento de mal humor:

—No comprendes nada. Conviene aprovechar todo lo posible para excitar la indignación del país y llevarlo a la revolución. Y el mejor medio para alcanzar esta finalidad es la muerte de un mártir. No es ésta una mala idea, te lo aseguro, querido amigo.

Luego, en voz baja, le contó que aquella comedia había sido ideada por Komoróczy. Grünfeld, a quien todos creían muerto, compareció inesperadamente en la Mensa; pasó la refriega en el café Emke, donde bebió algunos vasos de cerveza. Pero todo el programa de la ceremonia fúnebre estaba ya preparado y aun se había designado a los que habían de pronunciar las oraciones fúnebres. Al ver comparecer a Grünfeld vivo e ileso, a punto estuvieron de arrojarse contra él para agredirle. Entonces Komoróczy propuso la continuación de la comedia. Cinco estudiantes se ofrecieron a desempeñar el papel del muerto, pero Grünfeld no permitió que le arrebataran aquel puesto e insistió en que le correspondía tal derecho, puesto que se había difundido la noticia de que el muerto era él.

—Ha sido un buen hallazgo, amigo. Te aseguro que es una idea feliz —repitió Zsibai.

Pero a István no le gustó aquel engaño porque semejante comedia era, a sus ojos, una irrisión contra sus ideales, y la única cosa que lo calmaba un poco era la circunstancia de que, entre los organizadores del entierro que llevaban una gasa negra en el brazo, no vio a ninguno de los miembros del estado mayor. Aquéllos eran todos estudiantinos del primer año, verdaderos niños. Volvió, pues, la espalda a Zsibai para emprender el regreso a su casa. Vio la figura de Komoróczy que se erguía al lado del ataúd y oyó su voz poderosa de barítono que pronunciaba estas palabras:

—¡Pueblo húngaro! ¡Hermanos que lloráis! Aquí os habéis reunido para dar el último adiós al cadáver de un joven muerto bárbaramente por las armas de la tiranía...

Grünfeld se hallaba a un paso del ataúd, con la cabeza inclinada.

István no oyó ni vio nada más; aquella farsa no le interesaba. Sólo temía que se descubriese el fraude, lo cual perjudicaría gravemente la reputación de la juventud universitaria. Por fortuna, no se produjo ningún escándalo, porque los organizadores del entierro juraron y dieron su palabra de honor de que guardarían el secreto. Grünfeld, al día siguiente de su entierro, fue reconocido por un periodista mientras jugaba al billar con un oficial. Pero el periodista no divulgó la noticia y, así, la feliz idea de Komoróczy no tuvo consecuencias desagradables.

Por lo demás, aquel entierro sólo fue una pequeña broma de los estudiantes entre la masa de sucesos serios y graves. En las provincias, los comités, en sus sesiones públicas, se insurreccionaban uno tras otro con decisiones enérgicas e insultantes contra el Gobierno anticonstitucional.

El tres de octubre se celebró en el Ayuntamiento de Budapest una fiesta solemne, durante la cual se hizo entrega del nuevo gallardete de la juventud. Tomaron parte en la ceremonia los directores políticos. Antes de acudir a la fiesta, Zsibai propuso a Komlóssy que se vendara la mano y la suspendiera de un cabestrillo para entrar así en la enorme sala. Pero Komlóssy no le hizo caso. La herida estaba casi curada y ya no llevaba en la mano más que un ligero vendaje.

La sala de actos del Ayuntamiento estaba llena de gente; István tuvo la impresión de que penetraba en la atmósfera viva de la historia. ¿Acaso no estaban en la tribuna los grandes hombres políticos cuyo nombre pertenecía ya a la historia?

La fiesta empezó con el canto del himno nacional, seguido por un largo silencio vibrante de emoción. Extendido sobre la mesa estaba el nuevo gallardete de seda, en el cual, y bordadas en oro, se veían las letras V. M. H. Estas letras significaban oficialmente para el público: *Verünket Magyar Hazánkert!* (¡Nuestra sangre por nuestra Patria Magyar!). La juventud universitaria, en cambio, había decidido, y aun lo consignó en el acta de la asamblea, que aquellas tres letras significarían: *Vessen Minden Habsburg!* (¡Perezcan todos los Habsburgos!).

Uno de los jefes de la juventud subió a la tribuna y se detuvo al lado del

gallardete. En cuanto empezó a hablar, su voz resonó impetuosa y vibrante, y aun cuando se notaba que había aprendido el discurso de memoria, en sus palabras palpitaba un alma: temblaba en su voz una emoción medrosa, un llanto doloroso irreprimido y todos se conmovieron profundamente. El corazón que con sus llamas calentaba aquellas palabras, era el corazón puro, generoso y entusiasta de la juventud.

La impresión de aquella fiesta elevó nuevamente el alma de István a la altura de que descendiera después de la comedia del falso entierro. En adelante, ya la atmósfera sería cálida y excitada en todo el país. Los periódicos de la oposición escribían acerca del «Emperador Austríaco» artículos capaces de excitar el entusiasmo y en los que cada frase constituía un manifiesto crimen de lesa majestad. En una revista ilustrada aparecieron dos reproducciones, una al lado de otra; al pie de la primera se consignaba la fecha de 1278, y la escena representaba la época ocurrida seiscientos años atrás en que el rey húngaro Ladislao *el Cumano* salvaba la corona de los Habsburgos. En otro grabado se veía en cambio la sacra corona húngara sobre un almohadón de terciopelo y una pierna cubierta por el consabido pantalón de general, con el galón rojo, que se disponía a darle un puntapié; sólo se veía la extremidad de la pierna, pero tanto podía ser la del rey como la del general que fue encargado de pisotear la Constitución húngara. Y debajo de este último dibujo se consignaba la fecha: 1905.

La juventud de la Universidad y del Politécnico de Budapest se había puesto ya en contacto con los estudiantes polacos y croatas, cuyas diputaciones fueron recibidas en Budapest con el mayor entusiasmo; también desde las columnas del *Narodni Listy* dirigió un llamamiento a la juventud universitaria checa, gracias al cual ponía en guardia a sus colegas contra las maquinaciones austríacas y los incitaba a iniciar a su vez la lucha para conseguir su independencia nacional.

He aquí el texto de aquel documento^[10]:

«Al amanecer de la gran lucha os dirigimos nuestra palabra fraternal, porque vuestra nacionalidad está tanto o más oprimida que la nuestra propia por un poderío que, al parecer, ha sido enviado por el Omnipotente como flagelo para azotar a las naciones tristes y míseras, a fin de que reine la discordia entre ellas y se vea paralizado su esfuerzo por las continuas luchas fratricidas. Este poderío tiene una idea monstruosa, a la que se agarra con la misma energía del moribundo que se adhiere a la vida y gracias a la cual, en el curso de los siglos, ha pisoteado todas las flores en los campos de la libertad de las naciones, ha privado de su patria, ha desterrado y ha encerrado en la cárcel o ha mandado a la horca o al patíbulo a todos los patriotas que se atrevieron a combatir por la libertad, y ha sofocado en las tinieblas de las prisiones todo suspiro de libertad, suprimiendo para siempre

todos los corazones que deseaban palpar por su patria, y también hizo enmudecer numerosos labios. Esta idea, ese coloso que ha devorado ya a tantos de nuestros héroes y de nuestros mártires es, sencillamente, la idea de la Gesamt-Monarchie.

»Pero las naciones oprimidas despiertan y comprenden ya que no deben luchar entre sí, sino revolverse unidas contra el opresor común.

»Por consiguiente, y en santa concordia, iniciamos, en toda la línea, la lucha por nuestros antiguos derechos y sitiamos al poderío opresor, amenazándolo con nuestros postulados nacionales. Los millones de corazones que palpitan en las naciones pisoteadas, se confunden en la sagrada y común aspiración que, manteniendo intactos los límites territoriales actuales, una alianza de naciones libres e independientes, basada en la unión personal, substituya a la actual monarquía del absolutismo».

Tal era el texto del llamamiento directo a la juventud checa. Mientras tanto, se reproducían de un modo continuo las manifestaciones públicas. Los universitarios paseaban por las calles de la ciudad su nuevo gallardete y resonaba constantemente el grito: «¡Nuestra sangre por nuestra Patria Magyar!». Y también se oía el de: «¡Mueran todos los Habsburgos!». En aquellos desfiles, los estudiantes se pasaban el gallardete de una mano a otra, porque el estado mayor había dispuesto que cada uno de los estudiantes sostuviese el gallardete por espacio de un cuarto de hora, pues todos ambicionaban aquel honor.

Una noche de otoño, precisamente de noviembre, hacia las diez, le correspondió a Komlóssy el turno de llevar el gallardete. Se había convenido ya que lo llevaría a la avenida Andrásy, donde lo entregaría a Palotay. Les seguía una multitud de millares de personas, semejante a un hormiguero agitado, y de millares de bocas surgía un aullido espantoso:

—¡Mueran todos los Habsburgos!

De repente, y sin que se supiera de dónde, aparecieron al galope los guardias a caballo y, con el sable desenvainado, atacaron a la multitud. István no tuvo más que un propósito: salvar el gallardete. Huyó, pues, por un callejón lateral, mal alumbrado. Primero se figuró que lo seguían, porque oyó a su espalda un ruido semejante al de los caballos, pero no tardó en advertir que eran algunos de sus compañeros que lo siguieron en su fuga.

—¡Salva el gallardete! ¡El gallardete! —le gritó uno de los fugitivos.

Echó a correr como un loco, sin saber por qué ni dónde estaba, penetró por un portón abierto y, subiendo de cuatro en cuatro los escalones, avanzó por una escalera

obscura y llegó al último piso. Le seguían los demás. Penetró en unas habitaciones cuya puerta estaba abierta, sin abandonar el gallardete.

Llegó así a una habitación donde dos mujeres solas estaban sentadas a la mesa, cenando. Una era una graciosa niña y la otra una señora de mayor edad, probablemente su madre. En el centro de la mesa humeaba un plato de patatas con «paprika» y salchichas. En cuanto entraron violentamente en la estancia aquellos desconocidos, las dos mujeres, asustadas, se pusieron en pie.

Komlóssy, con énfasis patético y jadeando a causa de la carrera, exclamó:

—Señora, somos estudiantes de la Universidad. Haga el favor de ocultar nuestro gallardete, porque nos persiguen los guardias.

La señora comprendió en el acto la situación. Se volvió a la muchacha, y le ordenó:

—¡Erzsébet! Toma el gallardete y escóndelo en la despensa.

La muchacha lo tomó y se alejó y, mientras tanto, la señora rogó a los jóvenes que tomasen asiento. El gallardete estaba a salvo. Erzsébet entró, se detuvo en el umbral y miró a los jóvenes, curiosa, asustada y agitada.

Erzsébet tenía entonces dieciséis años.

IV

Al día siguiente por la tarde, el comité de defensa constitucional universitaria, celebró una sesión extraordinaria, en cuya acta se consignó un voto de gratitud a la señora Gubai, así como también a la señorita Erzsébet, su hija, que, como buenas patriotas, habían ayudado a la juventud a salvar el gallardete. Komoróczy propuso fijar una lápida conmemorativa en la despensa de la familia Gubai, donde se había ocultado el gallardete durante aquellas horas tempestuosas, pero la proposición fue rechazada, y, en cambio, aceptada por unanimidad la de elegir a István Komlóssy por haber salvado el gallardete, miembro del comité de defensa constitucional. Le encargaron organizar una diputación de algunos estudiantes que irían a entregar a las dos señoras la copia del acta y, al mismo tiempo, recogerían el gallardete.

Aquel fue uno de los días más hermosos de su vida. Al escoger a los miembros de la diputación, excluyó acto seguido a Pútnoki y a Komoróczy, porque los dos eran demasiado apuestos y famosos conquistadores de corazones femeninos. István, por su parte, había elaborado ya muchos proyectos grandiosos y febriles acerca de cómo podría conquistar a la hermosa Erzsébet. En la diputación comprendió a Zsibai porque no lo temía como competidor, a pesar de que le gustaba mucho referir aventuras en extremo románticas, aunque todos sabían muy bien que las había inventado. Por otra parte, y aun con la mejor voluntad del mundo, no se habría podido llamar a Zsibai un guapo muchacho. Sus trajes nuevos, que el padre le proporcionaba generosamente al comienzo del año escolar, apenas llegaban a Budapest iban a parar al «instituto de defensa contra los daños de las polillas», nombre con que había bautizado el Monte de Piedad. Así, aunque entonces era ya estudiante del segundo año, aun llevaba el mísero traje gris que usaba tiempo atrás cuando aun pertenecía al último año del Instituto. Y con aquel traje gris, abundante en manchas negras de grasa, se parecía más a un aprendiz de herrero que a un estudiante de la Universidad. Los complementos del traje hallábanse también en un estado lastimoso. Usaba la misma corbata hasta que se le quedaban los trozos entre las manos, cosa que le sucedía a veces cuando luchaba en la operación de hacer el nudo. Ya en su infancia, sus compañeros se burlaban de él por sus cabellos de color de azafrán y lo llamaban *El zorro*; y ahora, cuando tenía el rostro cubierto de granitos, no poseía nada que se pudiera considerar como atributo de la belleza varonil. Cuando se disponía a hacer visitas a una familia cualquiera en la que hubiese muchachas, su aseo consistía, principalmente, en reventarse numerosos granos ante el espejo hasta que la nariz y la frente quedaban cubiertas de grandes manchas rojizas.

Así, pues, Zsibai no constituía ningún peligro. Además de él, eligió como miembros de la diputación a Grünfeld y a Pataki. Éste parecía un muchacho de quince años y tenía la cara del color de una ciruela ácida. Grünfeld, con sus orejas de

murciélago, que, hacia el lóbulo, se adelgazaban hasta parecer transparentes, dando la impresión de que sobrepasaban en altura la extremidad de la cabeza, tenía aspecto de fauno moderno. Además, siempre olía a petróleo y a anchoas, porque era hijo de un pequeño droguero de Ferencváros, un barrio popular.

Komlóssy envió a la señora Gubai la carta siguiente:

«Distinguida señora: El comité de defensa constitucional, en sesión extraordinaria del 9 del corriente, pronunció un voto de gracias dirigido a usted y a su gentil hija Erzsébet por la generosidad y el patriótico entusiasmo con que nos ayudaron a salvar nuestro gallardete de las manos de los traidores que pisotean la libertad de la nación Magyar. Mañana, a las cinco de la tarde, una diputación entregará a su ilustre Señoría y a su gentilísima hija Erzsébet la copia del acta de la sesión. Al mismo tiempo, y con la debida solemnidad, nos haremos cargo del gallardete.

Reciba nuestros patrióticos saludos. — István Komlóssy de Nagyberek, estudiante de Derecho, miembro del Comité de Defensa Constitucional».

Aquella era la primera vez que, al lado de su nombre, consignaba el título: «Miembro del Comité de Defensa Constitucional». Le parecía que, con estas palabras, su vida había alcanzado de repente una altura que, pocas semanas antes, no hubiese podido soñar.

Decidió que al día siguiente, y al frente de la diputación, pronunciaría un discurso ante la señora Gubai y su hija, quizá el mismo que ya empezara a componer en el Jardín Público.

Esperó al siguiente día en estado de febril agitación. Él mismo llevó la carta a la casa de la señora Gubai, pero recomendó calurosamente a la portera que, en caso de ser preguntada, dijese que la carta la había llevado un mozo. La diputación se presentó a las cinco en casa de las señoras Gubai. En gracia a aquella sesión solemne, encontraron allí el jefe de la familia, señor Zdenko Gubai, que, a aquella hora, tenía la costumbre de jugar una partida de dominó en un café del vecindario.

Zdenko Gubai era un hombrecillo pequeño y rollizo, con los bigotes negros y el cráneo algo comprimido. Tocaba la trompa en la orquesta de la ópera y cuando, dieciocho años atrás, llegó a Budapest no sabía una sola palabra de húngaro. Entonces, aun se llamaba Grlühbetz. Conoció a su mujer en los pasillos de la ópera, por los cuales pasaba siempre, en los descansos de los ensayos, con su enorme trompa bajo el brazo cuando se dirigía al mostrador. En tales ocasiones, solía encontrar en las cercanías de la oficina de contabilidad a una muchacha esbelta que, según supo más tarde, se llamaba Erzsébet Pünköst, hija de Ferenc Pünköst, uno de los contables de la oficina de la ópera. Zdenko Grlühbetz no hablaba entonces más

que el checo, pero, un par de meses después, logró dar a entender a la muchacha su deseo de tomarla por esposa. Erzsébet se casó, pues, con el músico checo y se valió de todas sus fuerzas para convertir a Zdenko, que era un alma indiferente, en un buen húngaro. No le resultó muy fácil, porque Grlühbetz continuaba siendo patriota checo en el fondo de su corazón. Como resultado de sus esfuerzos, el marido se hizo *magyarizar* el apellido, transformándolo en Gubai. En cuanto a la lengua húngara, a pesar de los veinte años transcurridos desde entonces, seguía maltratándola de un modo horroroso. De aquel matrimonio nació Erzsébet, que ya de niña aprendió a tocar el violín porque había heredado de su padre la pasión por la música. Fue una combinación afortunada de la próspera naturaleza porque, lo demás, lo había heredado de su madre: la buena estatura, la esbeltez, la abundante cabellera de color castaño claro y el fuego intenso de los ojos, de mirada profunda y penetrante. El extraordinario poder de su mirada fascinó a Komlóssy cuando la vio por primera vez, pero Erzsébet no podía ser considerada una belleza. En la línea de sus labios había algo que recordaba a ciertos peces, como, por ejemplo, la carpa. Aquellos labios, que se plegaban hacia abajo, formando un semicírculo, expresaban una naturaleza muy lasciva. Su sonrisa era amplia y sana y, al reír, además de los dientes, descubría un poco las encías, pero no siempre su risa procedía del corazón. A veces las pasiones se reflejaban en sus facciones, sin el menor disimulo y con expresión malvada. Pero en vez de afearla, ello hacía más bien muy interesante su rostro. En comparación con el busto, tenía las piernas algo cortas.

La diputación de los cuatro, al llegar al descansillo del tercer piso, se detuvo un instante para descansar, pues, por economía, no habían hecho uso del ascensor^[11]. Allí celebraron un breve consejo de guerra y entonces Komlóssy comunicó a los miembros de la diputación su propósito de pronunciar un discurso. Zsibai acogió aquellas palabras con una mueca, porque, a su vez, tenía la intención de hacer lo mismo. Ya en la casa, y sin que se enterara su compañero, lo preparó y se lo aprendió de memoria. En el fondo del alma, empezaba a sentir alguna envidia de los éxitos de Komlóssy. En cambio, Grünfeld y Pataki aprobaron la idea sin reservas.

Entraron en la vivienda. En la puerta, los recibió el señor Gubai que, al parecer, sentíase muy honrado de recibir en su modesta morada a una diputación de la juventud universitaria, de la que tanto se leía en los periódicos. Pero, al mismo tiempo, su rostro reflejaba cierta desilusión. Nunca se había imaginado así a aquella diputación juvenil, pues se figuró ver un grupo de jóvenes guapos y presuntuosos, vestidos con trajes húngaros y con penachos en los sombreros. Sin embargo, haciéndose cargo de la solemnidad de aquellos instantes, se presentó a los estudiantes con rostro serio, comprendiendo su propia importancia.

—Gubai, *Profesor de música* —dijo, desgranando con pronunciación gangosa las palabras mientras les estrechaba la mano casi con violencia.

En el título que se había dado Gubai no había ninguna exageración porque, en realidad, sabía tocar muy bien varios instrumentos y, asimismo, daba lecciones de piano.

Hizo entrar a los jóvenes en la sala, donde la señora Gubai y su hija, vestidas con mucha elegancia, dada la solemnidad del caso, esperaban ante la mesa. Después de haber cruzado las presentaciones, se inició una conversación cordial. Las dos señoras se condujeron hospitalariamente y con mucha afabilidad y no se cansaban de ofrecer té y cigarrillos a los jóvenes. La señora Gubai, que tenía la voz cálida y agradable, llenaba la reducida estancia con un diluvio de palabras y el ambiente se hizo de tal modo íntimo y familiar que Komlóssy perdió desde el primer momento toda esperanza de pronunciar su discurso que empezaba con estas palabras: «*Hermanos húngaros: ha llegado el instante, mientras la milenaria constitución húngara...*».

No, aquellas hermosas y sublimes palabras no se adaptaban a la minúscula habitación de aquella vivienda burguesa, en la que Gubai, con los brazos cruzados a la espalda, paseaba nervioso, mientras repetía frases semejantes a las siguientes:

—Siéntense, sin cumplidos, como si estuviesen en casa...

La señora Gubai, dirigiéndose a su hija, le decía:

—Espera un poco y ya verás cómo te quito de la boca el cigarrillo, descarada.

Pero Erzsébet, al parecer, no oía la reprensión materna. Con las piernas cruzadas, se había sentado en una esquina del diván, y fumaba abandonándose a las dulces sensaciones de aquellos instantes excepcionales. Sus ojos buscaban continuamente la mirada de Komlóssy, por quien parecía sentir una admiración particular; y él, con el alma temblorosa, dábase cuenta de que en aquella estancia se iniciaba algo grande en su vida. La mirada de la joven lo atraía con extraña fascinación, como abismo terriblemente hermoso y mortal. Después de los numerosos sueños incorpóreos, con que había rodeado la figura de Bea, en el cuerpo de aquella joven se le presentaba ahora la realidad viva. En cuanto surgía la más mínima ocasión, se apresuraba a fijar la mirada en aquella muchacha, en la curva de sus hombros, en el bulto de sus diminutos senos, en sus rodillas, en sus maravillosos cabellos, de color castaño claro, y en la blanca mano de dedos ahusados que sostenía el cigarrillo con afectada elegancia. Y su mirada reflejaba la sed salvaje de su juventud. La muchacha, mientras servía el té, y quizá no de modo involuntario, lo hacía estremecer a veces con el ardiente contacto de sus rodillas. En otras ocasiones, él sentía el calor de la espalda de la joven o el perfume de su cutis le subía al rostro como una oleada embriagadora.

Grünfeld, que estaba sentado en un rincón de la estancia y ante una mesita de té, le hacía repetidos guiños para recomendarle que pronunciara su discurso. István meneó negativamente la cabeza. Tomó asiento en el diván al lado de Erzsébet y aunque la agitación le secaba la garganta, esforzándose en aparecer sereno y dueño de sí. Y casi en tono de superioridad, dirigió a la muchacha algunas preguntas sobre

asuntos pueriles. Erzsébet le habló de sus estudios en la Academia de música, y mientras hablaban de aquel tema, el «Profesor de música», que continuaba midiendo la estancia a grandes pasos, cosa que parecía una costumbre inveterada en él, discutía con los miembros de la diputación los problemas más salientes de la política. Y llegaron a la conclusión de que, ante los Habsburgos, eran comunes los intereses de las naciones húngara y checa. Y los jóvenes dieron cuenta del llamamiento directo de la juventud universitaria húngara a sus compañeros checos.

—Bien, muy bien —exclamó con tono enfático el maestro Gubai—. Y nosotros, checos, sabremos cumplir con nuestro deber.

Se sentía orgulloso de poder jactarse de su origen checo.

Luego, Komlóssy tomó parte en la conversación y consiguió formar una frase en la que, al hablar del movimiento universitario, pudo entretener estas palabras:

—Yo, como miembro del comité de defensa constitucional...

Zsibai y Pataki hablaban poco. En cambio, mostraban mayor habilidad al comer, especialmente el primero, que vació todos los platos de pastas para el té que tenía al alcance de la mano.

Mientras tanto, Erzsébet, con la excusa de que quería mostrarle su violín, llevó a Komlóssy a otra habitación. El joven dábase cuenta de que debería hacer o decir alguna cosa porque Erzsébet, que tenía el violín en la mano, después de algunas palabras inconexas, agotó en breve el tema acerca del instrumento que sirvió para dirigir la conversación. Pero lo cierto es que permaneció allí largos instantes, con la mirada fija en los ojos de la muchacha, sin que saliera una sola palabra de sus labios. Y solamente cuando Erzsébet volvió a guardar el violín en el estuche, le dijo:

—Espere, que la ayudaré...

Con gesto inhábil tocó la mano de la muchacha y ella correspondió con tal mirada que Komlóssy se vio obligado a bajar los ojos.

—Tócanos algo, Erzsébet —exclamó desde la otra habitación la señora Gubai, porque, sin duda no le agradó que su hija se hubiese alejado, a la chita y callando, en compañía de un joven. Erzsébet no se hizo rogar mucho. Su padre se sentó al piano y ella, después de apoyar el violín debajo de la barbilla, con largo y gracioso movimiento, deslizó el arco sobre las cuerdas. Komlóssy la miraba extasiado.

Después del improvisado concierto, empezaron los saludos de despedida. Sólo entonces recordó Komlóssy que aun no había entregado la copia del acta. Entregó, pues, el documento y acompañó el acto con algunas palabras que balbuceó de mala manera y con las que quitó valor a la importancia histórica de la visita. Pero ya no le interesaba aquello. Erzsébet sacó el gallardete de la despensa y los estudiantes se dirigieron a la salida. La señora Gubai, al despedirse de ellos, pronunció algunas frases para manifestar su esperanza de que tendría el placer de verlos alguna vez, pero su tono expresaba claramente que aquello sólo era un formulismo. Komlóssy, en

cambio, encontró el modo de susurrar al oído de Erzsébet:

—¿Cuándo volveré a verla?

—Escríbame —le contestó ella con una voz y una mirada que llegaron al corazón de Komlóssy como fluida oleada de miel.

—¡Caramba, qué bonita es esa Erzsébet! —exclamó Grünfeld mientras bajaban la escalera.

Zsibai, que fumaba el amargo cigarro que le ofreciera el dueño de la casa y que le obligaba a escupir con gran frecuencia, observó con aire de superioridad:

—A mí no me gusta.

Komlóssy guardó silencio.

La misma noche escribió a Erzsébet. Invitaba a ella y a sus padres a ir al teatro el sábado siguiente. Escogió aquel día porque aun faltaban seis que, según sus cálculos, bastarían para que llegase dinero de su casa. También escribió a su padre con este motivo. Le comunicó su elección como miembro del comité de defensa constitucional y le rogó que le enviase cuarenta florines para pagar sus cuotas de un semestre. No era verdad, pero aquella suma le serviría para sufragar los gastos extraordinarios que, sin duda, se originarían de su conocimiento con Erzsébet. Invitó a la joven Gubai a un diminuto palco del Teatro Király, porque Halász, periodista amigo suyo, le aseguró que, cuando lo necesitara, le podría proporcionar billetes a mitad de precio.

A vuelta de correo recibió la contestación de Erzsébet. Le dijo que fuese a buscarla el sábado por la tarde, a tomar una taza de té; luego irían al teatro. Añadía que si bien su padre no podría acompañarles, porque tocaba cada noche en la ópera, las acompañaría su tío Józsi. Komlóssy no tenía entonces la más mínima idea de quién pudiera ser aquel tío Józsi.

En contraste con la maravillosa puntualidad con que recibió la carta de Erzsébet, se hizo esperar durante una eternidad el envío del dinero por parte de su padre. Era viernes y no tenía ninguna noticia, aunque el giro postal habría podido llegar ya el jueves.

Pasó la mañana del sábado sumido en increíble agitación. Atormentado por la impaciencia, aguardó delante de su casa la llegada del correo. Compareció por fin el cartero, pero no tenía nada para él. Así, pues, y en el mejor de los casos, habría de esperar hasta el lunes.

A toda prisa, se dirigió a su habitación y despertó violentamente a Zsibai, que estaba dormido como un leño. Celebraron un agitado consejo de guerra, porque era preciso encontrar por lo menos diez florines antes de las cinco de la tarde y a toda costa.

Si alguien hubiese dicho a Zsibai que a las cinco de la tarde era preciso ocupar el Arsenal de Viena, con toda seguridad hubiera podido pronunciar diversas soluciones.

Pero, ante el problema que le planteaba Komlóssy, sentíase completamente desarmado y desorientado. Calculó, a toda prisa, y con sumo optimismo, el valor de los objetos empeñables que había en la habitación. Pero lo único que se podía tomar como base de cálculo, y de acuerdo con las normas del Monte de Piedad, era el reloj de plata de Komlóssy. Mas tampoco aquél proporcionaría la solución del difícil problema porque había sido comprado por Komlóssy por la suma de cuatro florines.

Cuando la situación les pareció definitivamente desesperada, Zsibai tuvo una idea luminosa:

—Espera un poco. Iré a casa de los Gubai a decirles que te has caído del tranvía. Has recibido solamente algunas lesiones internas. Te quedas en la cama y apostaré cualquier cosa a que Erzsébet vendrá a verte...

Komlóssy meneó la cabeza porque la idea no acababa de gustarle. Pensó, horrorizado, en la ropa de la cama y un estremecimiento recorrió sus venas al imaginarse a Erzsébet en el momento de entrar en aquella habitación, ante la cual habría sido difícil imaginar un albergue humano más desolado y bárbaro. El armario estaba sostenido por un ladrillo en uno de sus extremos, y la puerta no permanecía cerrada si no se le ponía delante una silla: de otro modo se empeñaba en estar abierta para ofrecer a las miradas de los curiosos el espectáculo, poco edificante, del guardarropa de Zsibai. La cama, indudablemente, fue alguna vez blanca, pero el barniz la abandonó desde mucho tiempo atrás, dejando sus superficies estriadas a lo ancho y a lo largo de líneas largas y negras. El paño que tapizaba el diván tenía abundantes manchas de grasa, como si hubiera servido de banco en una tocinería. Y, aparte del perchero y de la mesita coja, y la otra mayor, ya no había más muebles en la estancia.

Komlóssy, pues, no se presentó personalmente a los Gubai, ni tampoco de otro modo. La idea de lo que podría pensar la familia de Erzsébet de él lo dejó anonadado y abatido, hasta el punto de que ni siquiera le quedaba la facultad de encontrar una mentira. Se declaró, pues, vencido, y, por vez primera, observó que en la vida a veces se oponen al paso de un hombre abismos profundos y espantosos que no podemos franquear y en los que se derrumban todos nuestros deseos, proyectos y esperanzas.

Era una tarde de noviembre, gris y lluviosa. No pudo continuar en casa. Se dirigió a Buda y se sentó en la orilla del Danubio en un banco, sintiendo que cruzaban su mente tétricos proyectos de suicidio. Le parecía que todo se había derrumbado a su alrededor y que había perdido a Erzsébet para siempre.

Ignoraba entonces que las mujeres sólo se interesan por los hombres que huyen de ellas. Erzsébet, realmente, creyó que aquel joven estudiante de atrevido rostro y de ojos pardos y cálidos, la había olvidado ya. Tal vez otra muchacha se interpuso en su camino. Le escribió, pues, una carta apasionada y llena de reproches, que empezaba así: *«Querido Pista: No es bonito ni generoso por su parte haberme hecho pasar una*

noche tan triste...».

Llegó la carta el martes por la mañana y, un momento después, entró en la habitación el cartero que le traía un giro de veinte florines. En el curso de unos pocos minutos habíanse resuelto todos los problemas que tan terribles le parecieran. Le escribía su padre manifestándole su satisfacción por el hecho de que formara parte del comité de defensa nacional, pero añadía que el importe de las cuotas le parecía muy elevado. Le aconsejaba que no se expusiera demasiado, porque, dadas sus dificultades financieras, no habría podido afrontar grandes gastos. Su madre, al pie de la carta, añadió una apostilla desagradable: «*Abandona, hijo mío, esas estupideces y toma ejemplo de Sándor...».*

Aquel mismo día, por la tarde, se dirigió a casa de los Gubai, llevando un ramito de rosas. Les dijo que había enfermado inesperadamente y sufrió tal ataque de fiebre que ni siquiera tuvo la posibilidad de avisarlos. Tomaron el té y luego, a invitación de Erzsébet, la acompañó al cinematógrafo. Se presentó en la pantalla Psilander que, entre sus admiradoras, contaba también a Erzsébet, mas la joven, a pesar de su admiración por el astro de la pantalla, no separó su mano de la de Komlóssy que de tal manera pudo confundir las delicias de la imaginación con las pequeñas alegrías secretas y prohibidas de la realidad. Y mientras Psilander, con gesto fatal, estrechaba sobre el amplio pecho a la heroína y, con los ojos entornados y el rostro inspirado, sellaba sus labios con un beso salvaje y cinematográfico, las rosadas uñas de Erzsébet se clavaban instintivamente, y con estremecida pasión, en la carne de la mano de István.

Aquella misma noche besó a Erzsébet por vez primera. Cuando la acompañó a su casa estaba la puerta cerrada, y delante de ella, recibiendo el viento y la lluvia y en plena obscuridad, su boca por vez primera y con alguna violencia se puso en contacto con los carnosos y ardientes labios de Erzsébet.

—¡Oh, Pista! ¿Qué haces?... —exclamó Erzsébet que se guardó, sin embargo, de llamar al portero.

Con la enguantada mano oprimió la pared a cortísima distancia del timbre. Durante una hora entera se besaron en el hueco del portal y Erzsébet, de vez en cuando, volvía la cabeza y exclamaba:

—No comprendo cómo no viene el portero...

A partir de aquella noche se vieron casi todos los días. István se dirigía diariamente, por la tarde, a casa de los Gubai, y si por un instante se quedaban solos, se desarrollaba un violento duelo de besos en aquel diván, sobre cuyo único almohadón se delineaba una pálida mancha en forma de media luna. La había dejado la brillantina que usaba Gubai, quien, después de comer, tenía la costumbre de pasar media hora en aquel diván durmiendo la siesta.

Un día István declaró a la señora Gubai su intención de casarse con Erzsébet.

Expuso las circunstancias relativas a su familia con cierta prodigalidad algo exagerada con respecto a sí mismo y dijo que quería llegar a ser diputado en el Parlamento. La señora Gubai estaba convencida de que para ser diputado bastaba, sobradamente, con que se hubiesen terminado los estudios universitarios, de modo que acogió la declaración de Komlóssy con abundantes lágrimas de maternal alegría. El maestro Gubai se mostró más prudente y observó:

—Demasiado pronto, muchachos... Demasiado pronto...

Y dio un paseo a lo largo y a lo ancho de la estancia. No negó definitivamente su consentimiento, aunque había decidido que, en el caso de estar maduro el asunto, se habría opuesto con todas sus fuerzas a aquel matrimonio. Pero tenía la costumbre de no adoptar actitudes definitivas ante los acontecimientos; prefería aplazar y evitar la solución. Había destinado a su hija Erzsébet a Hajmeczki. Éste no era ya ningún joven, porque quizá había cumplido los treinta años y aun estudiaba la composición. Gubai lo consideraba el músico más genial de la Orquesta de la ópera.

Pocos días antes de Pascua, Komlóssy comunicó a sus padres la intención de casarse. No fue a pasar las vacaciones en su casa porque no quería alejarse de Erzsébet ni un solo instante. Su carta cayó allí como una bomba. El padre le contestó con una larga carta, llena de ásperas recriminaciones, declarando que aquélla era la peor infamia, porque no podía calificarse de otro modo el acto de un hombre que quiere casarse con una muchacha sin tener medios de mantenerla. En cuanto a la madre, sufrió sin duda tal excitación y tal acceso de rabia mientras escribía, que ni siquiera logró completar ninguna de las frases que había empezado. Aquellas proposiciones incompletas parecían imprecaciones y desesperadas peticiones de socorro.

«¡Hijo, hijo! ¿Cómo puedes pensar en eso? ¿Cómo serán los padres de esa muchacha cuando lo permiten? ¡Dios mío! ¡Quién hubiera pensado en algo por el estilo y que fueras capaz de no pedir consejo a tu madre! Sin duda Budapest te ha trastornado. Mejor sería que vinieses inmediatamente a casa...».

Incluso Maska le escribió una carta particular en la que no consiguió reunir un solo argumento contra el proyecto de matrimonio. Pero, por tres veces, repitió la misma exhortación: «*Pityu, por favor. Guárdate bien y no arruines tu vida*».

En la carta de Sándor había frases como ésta: «*Querido hermano: deseo hablarte en serio. Tu vida ha tomado un camino que no sólo te amenaza con una catástrofe irreparable, sino que también proporcionará profundas amarguras a tus padres y a todos los miembros de la familia*».

Semejante oposición sólo sirvió para decidir más aún el corazón y la voluntad de

István, aunque su situación no podía ser más desfavorable para la realización de sus deseos. Gubai había creído oportuno introducir en la casa, en calidad de antídoto, a su amigo Hajmeczki, el cual logró conquistar de tal modo la simpatía de la señora Gubai que ya se podía esperar muy poco de ella. István cada día observaba que en casa de los Gubai se hallaba en una situación cada vez más desfavorable. Con Erzsébet sólo se veía en secreto. Pero aquellos encuentros furtivos tenían una dulzura infinita. Decidió buscar en serio una ocupación que le asegurase un sueldo independiente. Se presentó a uno de los miembros del estado mayor de la juventud y le contó sinceramente que quería casarse. El joven creyó que aquello era muy natural y le prometió procurarle un empleo en un bufete de abogado. Y, en efecto, pocos días después, István recibió de él una carta en la que le recomendaba presentarse al abogado Gyula Tezárovich. La noticia lo llenó de alegría porque conocía ya el nombre de Tezárovich por haberlo leído en los periódicos. Era presidente del Círculo de la Independencia del distrito sexto y debía su fama de un modo especial al hecho de que la policía lo había detenido repetidas veces a causa de sus excesos.

El abogado acogió a Komlóssy con un cordial abrazo.

—No me digas nada. Te conozco muy bien y sé todo lo que se refiere a ti. Me consta que eres de los nuestros y, por tanto, me inspiras confianza. Siéntate. Y no me llames «señor abogado» porque de lo contrario te despido. Además, no me trates con demasiada ceremonia, ¿comprendes?

Tenía una voz cálida y apasionada y hablaba haciendo vehementes ademanes; estas cualidades se adaptaban muy bien a su aspecto romántico y anticuado. Llevaba una corbata con fleco, según la moda húngara. En el ojal, y aparte del distintivo del tulipán, llevaba otros de algunas sociedades deportivas. Al hablar se pasaba los dedos por entre los mechones de sus largos cabellos como si fuesen un peine, y aun cuando apenas había cumplido cuarenta años, empezaba a encanecer en las sienes.

Le explicó los asuntos en que se ocupaba en su bufete. Komlóssy no entendía nada de aquellos negocios y por eso no comprendió muy bien las explicaciones del abogado. Pero, sin embargo, creyó que el porvenir se le ofrecía lleno de maravillosa belleza y rico en promesas.

—Te daré un sueldo de treinta florines al mes. Pero eso no es todo. Mis principios consisten en que mis colaboradores participen también en las utilidades, y en un tanto por ciento que ya convendremos. Solamente así es posible pretender una colaboración fervorosa y apasionada. No quiero deslumbrarte con cifras hiperbólicas, pero, en el peor de los casos, podrás contar con certeza con una ganancia accesoria de cincuenta a sesenta florines mensuales. Eventualmente, más todavía. Ello depende, como es natural, de la diligencia con que trabajes.

Le dio diez florines de anticipo y quedaron de acuerdo en que István entraría a trabajar en el bufete el día primero del mes próximo.

Al salir de allí Komlóssy se dirigió inmediatamente al encuentro de Erzsébet para comunicarle la buena noticia, confiando en que, gracias a la importancia de su salario mensual, vencería la oposición de los padres.

Pero Gubai, a quien, mientras tanto, Hajmeczki había hecho ya alusiones muy transparentes, se mantuvo firme.

—Querido amigo —dijo a Komlóssy—, lo siento mucho, pero conviene que abandones ese proyecto...

Dos días después, Komlóssy consiguió convencer a Erzsébet de que se fugara con él. La muchacha abandonó la casa paterna sin llevarse más que un maletín con algunos efectos. Dejó una breve carta de apenas dos líneas; ni siquiera la echó al correo y, para que la encontrasen con mayor seguridad, clavó el billete abierto en el respaldo del diván, de aquel mismo diván donde había cambiado tantos besos con Komlóssy, y escribió: *«Obedeciendo a la voz de mi corazón, me alejo de vosotros. No os inquietéis porque ya seguiréis recibiendo noticias mías»*.

Alquilaron una habitación en la calle Sziv. La estancia daba a un patio, pero era muy limpia y estaba amueblada con sencillez y buen gusto. Ocupaban la nueva habitación bajo un nombre falso, como si fuesen unos recién casados. István adoptó el nombre de Lászlo Szodorai, que para el caso inventó Zsibai. Erzsébet se atribuyó el nombre de Vilma Szodorai, nacida Pongrátz.

Los primeros días de su unión transcurrieron en divina embriaguez porque en aquella habitación de la calle Sziv iniciaron una vida conyugal en plena regla. Pasaban la mayor parte del día en la cama y sólo para comer bajaban a la calle para ir a un pequeño restaurante de la vecindad donde algunas veces se presentaba Zsibai que, caballeroso, daba a Erzsébet el título de «señora».

El día primero del mes, Komlóssy empezó a trabajar en el estudio de Tezárovich. Desde el primer día aquello le pareció muy raro, porque ni siquiera llegó a ver al abogado. Para matar el tiempo tuvo la idea de estudiar los documentos guardados en el archivo. Pero sin duda Tezárovich tenía los documentos más importantes en la otra habitación. Pero aun en ésta no encontró ningún documento legal, sino gran cantidad de facturas impagadas. Se fijó entonces en que no funcionaba el teléfono; por un momento pensó que tal vez habían cortado los hilos en vista de que el abogado no pagaba, pero rechazó en el acto tal idea. No, no podía imaginarse tal cosa de Tezárovich.

Los días sucesivos los pasó también solo en el estudio, que estaba desierto por completo. Al principio se figuró que el abogado empleaba las mañanas dando vueltas por el Tribunal. Pero no acertaba a comprender por qué, por las tardes, se abstenía de ir a su bufete. Lo veía con frecuencia en el café vecino, donde jugaba a los naipes con unos individuos que tenían aspecto de comerciantes. Más tarde, se enteró de que Tezárovich pasaba las mañanas en su casa, durmiendo. Se enteró también de que solía

levantarse a las dos de la tarde y, al salir de su casa, se encaminaba directamente al café, donde tomaba tres huevos pasados por agua a guisa de comida.

Aquellos descubrimientos le causaron alguna inquietud. Llevaba ya dos semanas en el bufete y aún no había visto la sombra de un solo cliente. A su jefe lo vio muy pocas veces, de lejos, sentado en el café. Y, al parecer, había hecho voto de no cruzar el umbral de su despacho.

La situación del joven se agravaba por momentos. Con la esperanza de su gratificación extraordinaria, había adoptado un tren de vida que, sin duda, exigiría todo su dinero disponible. Cada noche llevaba a Erzsébet al teatro o al cine y algunas veces también iban a los conciertos. Llevaban una vida desordenada y salvaje, como si estuvieran aturridos por una ininterrumpida y suave embriaguez. De su casa, y aparte de los treinta florines mensuales, que recibía con regularidad, no le mandaban nada más, a pesar de sus repetidas peticiones y, aunque había hecho uso de todas las fuentes de su capacidad inventiva para dar una excusa a sus peticiones, no recibió siquiera un céntimo de más. Lo más monstruoso fue que Tezárovich le había arrebatado, a título de préstamo, los últimos diez florines que le quedaban.

—¿Tienes diez florines? —le preguntó en la calle, donde se encontraron casualmente—. Llevo en el bolsillo un billete de mil y no quisiera cambiarlo.

Había en su voz una superioridad y una serenidad tan fascinadora, que Komlóssy no titubeó un instante y le entregó cuanto le quedaba de su capital.

Transcurrió un mes entero en aquella atmósfera de tormentosa incertidumbre. Habían llegado ya al extremo de que no podían ir a comer al pequeño restaurante porque su dueño ya no quiso continuar concediéndoles crédito. Y llegó el día en que se vieron obligados a acostarse en ayunas.

Al día siguiente, al mediodía, cuando István volvió a casa, ya no encontró a Erzsébet. Sobre la colcha de la cama y sujeta con un alfiler, vio una carta que decía así: «*Vuelvo al lado de mis padres. No te apures, porque recibirás noticias mías*».

Veinticuatro horas después, Komlóssy volvió a ocupar su sitio en el diván de Zsibai que, en aquella situación, significaba para él el punto más seguro y sólido del globo terráqueo y ni siquiera se acercó al bufete de Tezárovich. Todos los días, y durante horas enteras rondaba la casa de Gubai. Una noche, por fin, vio a Erzsébet cuando entraba en ella, la siguió y, por fin, la alcanzó en el descansillo. Erzsébet se abrazó a su cuello y Komlóssy, estrechándola entre sus brazos, sintió que su propio rostro se humedecía de lágrimas.

A partir de aquel día siguieron encontrándose, aunque en secreto. Erzsébet había alcanzado ya el perdón de sus padres; dijeron a Hajmeczki que la muchacha había pasado cinco semanas en Praga en la casa de una tía paterna.

V

Zsibai se hallaba ante el espejo exprimiendo con ambiciosa diligencia los granitos que le afeaban el rostro.

—Hazme el favor de no volver a casa antes de las nueve —le dijo Komlóssy que se había tendido sobre el diván.

Zsibai no contestó. Tenía tanto tacto que jamás insistía cuando se trataba de aquellos asuntos. Conocía muy bien la razón de las palabras de su amigo. Alguna horquilla sobre el diván y el vulgar perfume que perduraba en la estancia por lo menos durante veinticuatro horas, revelaban la visita de Erzsébet.

En el fondo de su corazón envidiaba a su amigo. Él, hasta entonces, no había tenido ninguna amante. Y si bien acerca de todos los demás asuntos tenía la costumbre de vaciar su alma a oídos de Komlóssy, jamás le solía hablar de aquel detalle. Pero, en los últimos tiempos, cambió de táctica. Ya no decía a Komlóssy las acostumbradas mentiras con las que se pavoneaba ante sus amigos, sino que asumió, con respecto a él, la actitud de un caballero reservado y discreto. Mediante unas alusiones vagas, dejaba a su amigo en libertad de adivinar los grandes sucesos de su vida amorosa.

Zsibai llevaba pocos minutos ausente cuando entró Erzsébet. Tenía la costumbre de detenerse al lado de la puerta para quitarse el sombrero, que lanzaba al vuelo hasta la cama. Luego, de un salto, se arrojaba a las rodillas de Komlóssy; y en esta posición se referían los sucesos de los días en que no se habían visto.

Pero aquel día dio la vuelta a la llave y empezó a desnudarse con gran prisa, mientras balbuceaba con lamentable voz:

—Hemos de darnos prisa, querido mío. Apenas dispongo de diez minutos. Mamá me ha recomendado que esté en casa a las seis... Tenemos invitados. Además, he notado que están celosos...

Arrojó revueltas por la estancia sus prendas de ropa y pocos minutos después volvió a vestirse con la misma prisa. Se detuvo un instante cerca del espejo para ocultar debajo del sombrero algunos mechones rebeldes y mientras, con toda evidencia, sus pensamientos viajaban por regiones muy alejadas, dijo:

—Miércoles... el miércoles vendré a las cinco.

Le dio a toda prisa un beso y salió corriendo.

Komlóssy se quedó muy inquieto al observar aquella prisa. Una vez solo en su cuarto se vio asaltado por ideas sombrías y tormentosas. Con súbita decisión se puso el gabán y, al vuelo, bajó las escaleras. Al otro lado de la calle, Erzsébet tomaba el tranvía en dirección a Buda. István lo alcanzó y consiguió subir también. En todas las paradas observaba a los viajeros que se apeaban, pero ya era oscuro y por dos veces descendió también figurándose haber reconocido a Erzsébet en una de las figuras

femeninas que se alejaban.

Por fin, se apeó la joven e István la siguió de lejos. Se dirigió a toda prisa a la entrada de un cine, donde la esperaba un guapo muchacho, alto y elegante.

¡Pútnoki!

Saludó a Erzsébet inclinándose profundamente, le besó la mano y luego entraron.

István permaneció unos instantes petrificado y con la mano apoyada en la pared del edificio. Jamás sintió aquel deseo atroz de entregarse a la violencia y tampoco experimentó nunca tanta tristeza y tanto dolor. Así permaneció largo rato, inmóvil, atormentándose y obsesionado por la tentación de matar o de suicidarse.

Se dirigió a la taquilla y pidió una entrada. A duras penas consiguió dominarse cuando estaba ante la taquillera. Comprendía, con la mayor claridad, que iba a ocurrir algo tremendo... con toda seguridad habríase arrojado contra ellos para golpearlos... y poco le importaba lo que sucedería luego.

Pero en la obscura sala la multitud de los espectadores era presa de tan frenética hilaridad que se sintió aturdido. Max Linder, con su inseparable sombrero de paja, corría de un lado a otro por la pantalla, sin pantalones. Y en las primeras filas se oían las carcajadas argentinas de los niños.

Caído en el centro de aquella oleada de alegría, István sintió la ridiculez de sus propósitos truculentos y sanguinarios. Confuso, tomó asiento en su sitio y cada explosión de risa que llegaba hasta él como una onda explosiva, aunque refrigerante, parecía arrebatarse algo del alma. Si, por casualidad, se hubiese proyectado en la pantalla algún oscuro drama de amor, no había duda de que se produjera inevitablemente el escándalo que había presentido. Pero aquellas risas estridentes y violentas le hicieron el efecto de una ducha fría, que calmó el ardor de sus agitadas pasiones.

Cuando encendieron la luz, descubrió a Erzsébet y a Pútnoki en el fondo de un palco. Una vendedora de caramelos que sostenía en equilibrio el cestillo con la mano levantada por encima de la cabeza, le gritó al oído con sutil vocecita y prolongando las sílabas:

—Caramelos, señores... Chokolatines... dulces...

Hizo una seña a la muchacha para que se acercara.

—Lleva ese papel al palco de la izquierda y se lo das a aquella señorita del sombrero rojo.

Luego, y por una puerta lateral, salió del cine.

En el papel había escrito solamente estas palabras:

«Te aviso que han dado las seis. Sin duda en tu casa te esperan impacientes...».

Una vez en su cuarto se arrojó en el diván. Sentíase sofocado por el perfume que Erzsébet dejara en él y que aún se percibía en la atmósfera agria de la pequeña estancia. Por debajo de los párpados cerrados, veía cómo se confundían y retorcían

las cosas, y lo mismo que en los momentos de una gran catástrofe en la red de los nervios tensos se insinúan en ocasiones voces extrañas por completo, con fantástica lucidez le pareció oír, sin cesar, la cantinela de la vendedora de caramelos.

—Caramelos, señores... Chocolatines... dulces...

Todo aquello era inverosímil y horrendo, como la muerte.

Zsibai, mientras tanto, paseaba por la calle, lanzando miradas a las mujeres. Con la mayor envidia pensaba en Komlóssy y trataba de figurarse entonces lo que ocurría en la estancia, detrás de la puerta cerrada.

Ignoraba que su amigo estaba tendido en el envidiado diván, solo, con los ojos cerrados y el corazón sangrando, después de haber recibido la salvaje mordedura del amor desdichado.

Se sucedieron algunos períodos, durante los cuales y por espacio de meses enteros, no vio a Erzsébet, mas, aparte de aquellas largas separaciones, otros conflictos de menos importancia agitaban continuamente la vida de los dos. Ambos tenían una naturaleza impetuosa y explosiva y con la mayor facilidad se arrojaban a la cara aquellas palabrotas que, en la vida de los enamorados, se repiten con tanta frecuencia: «¡Ahora todo ha terminado!», pero que significan solamente que los enamorados son incapaces de vivir alejados uno de otro. Los que quieren separarse en realidad no dicen nada; huyen o se alejan poco a poco, se evitan y nunca gritan con la mano apoyada en el pomo de la puerta: «¡Ahora todo ha terminado!».

Ellos acababan siempre por volver uno al lado del otro. Y en los momentos de la reconciliación sentían aumentadas y agigantadas las excitaciones y los fugitivos goces de su amor tempestuoso, como si cada uno de aquellos momentos los recompensara de todas las desilusiones y amarguras que les produjo su amor.

István sólo tenía entonces veintiún años. Se inflamaba repentinamente y con impetuosa violencia ante cada una de las contrariedades de sus relaciones, cada vez más frecuentes, a medida que tropezaban con las pequeñas miserias de la vida. Aquellas violentas explosiones de sus sentimientos, amenazaban a veces con anonadarlo por completo. Después del incidente Pútnoki, compró un revólver y escribió sus cartas de adiós a la vida. Otras veces, en cambio, y después de una de tantas reconciliaciones, su vida se llenaba de luces, de tales esperanzas y resoluciones que no parecía sino que en su corazón y en sus venas se hubiese derramado de repente una oleada de alcohol inflamado.

Poco a poco llegó a adquirir la convicción de que Erzsébet nunca fue digna de su infinito amor. En ella no buscó una aventura ni un episodio agradable o unas efímeras relaciones, sino a la mujer que en la vida del hombre es la inspiradora sublime de todas las luchas y fatigas, que da reposo y consuelo al corazón y por la cual la vida llega a adquirir un alto significado. De haber encontrado una mujer que, en los

momentos de indiferente ligereza, de loca ilusión o de repentino amor, en los cuales el alma parecía derrumbarse entre sombríos pensamientos de muerte; si ella, entonces, se hubiera situado a su lado sosteniéndolo con la luz y el calor de su alma gentil y valerosa, quizá él supiera hallar en sí mismo la fuerza para llevar a cabo grandes acciones y ser alguien al fin. Pero la hija del músico checo no era una de aquellas mujeres, sino todo lo contrario.

Cuando en las tempestades de la vida, agobiado por una sombra más violenta, estaba a punto de ahogarse en ellas, Erzsébet, en vez de sostenerlo, aun lo empujaba hacia el fondo. Nunca supo seguir el variable camino de aquella alma impetuosa. Su femineidad, desprovista de espíritu, no encontraba en el amor un contenido ético. Hajmeczki tuvo la prudencia de abandonarla a tiempo; después de él, por la casa Gubai pasó un verdadero ejército de aspirantes a marido. La madre de Erzsébet, que, a su vez, tenía un amante en la persona del tío Józsi, no sabía o quizá ni siquiera deseaba poner orden en las complicadas vicisitudes galantes de su hija.

Komlóssy se daba cuenta muy clara de todo eso, pero el duelo anímico con aquella muchacha le había destrozado de tal modo los nervios y estaba tan absorto en sus propios pensamientos, que jamás fue capaz de romper definitivamente con ella.

En los días de las amargas desilusiones, en que todo le parecía sombrío y él se sentía desalentado, recordaba con frecuencia el amor de su infancia. Y una vez, cuando ya anochecía, y mientras experimentaba el dolor y la desesperación por haber visto a Erzsébet en la terraza de un café, acompañada de un hombre, se dirigió al centro y buscó la casa en cuyo zaguán estaba el escaparate del fotógrafo. Deseaba ver de nuevo el retrato de Bea. Lo impulsó el mismo sentimiento que experimenta el hombre perseguido por la suerte adversa y que se ve atraído por una necesidad súbita de entrar en la iglesia, donde no puso los pies por espacio de muchos años y, aprovechando el momento en que nadie lo mira, hinca las rodillas.

Buscaba allí un vago consuelo, mientras sentía a su alrededor la pulsación de otras vidas distintas de la suya propia y a las cuales no se adhería tanto fango ni tanta suciedad de palabras, que no estaban contaminadas de manchas espirituales ni del sabor amargo de un amor físico embrutecido. Hay existencias humanas rodeadas por los velos mórbidos de la belleza. Tal vez, para ellas, la felicidad no es más que nostalgia, pero las formas entre las cuales viven, no sólo significan el agua perfumada del baño y la blancura del lienzo o la finura de la tela del traje, la apacible elegancia de los movimientos o el placer de oír palabras escogidas, sino también una elevación sobre el polvo de la vida.

Cuando, en tiempos pasados, se dirigía a casa de los Gubai y subía la escalera mal alumbrada, saturada de olores desagradables, y pasaba por delante del corredor donde, a la puerta de la cocina, estaba el cubo de la basura, lleno de cáscaras de huevo, de limones exprimidos, de botes de hojalata que contuvieran conservas, de

retorcidas pieles de patatas, con frecuencia sintió el impulso de pensar en el día lejano en que, en compañía de Zsibai, vio con los ojos desorbitados la entrada del castillo condal, donde una grandiosa escalinata de piedra blanca conducía a la terraza y ante los arriates floridos que resplandecían a la luz del sol, silbaban o cantaban chorros de agua cristalina, cuya agua caía en las tazas como ducha sutil de polvo iridiscente; y más allá enormes tapices de hierba verdeaban bajo las frondosas ramas de los seculares castaños de Indias.

Al pensar en Erzsébet, en la vida de aquella muchacha y en cuanto la rodeaba, todo le pareció semejante al contenido del cubo de la basura. Y, repentinamente, el recuerdo, rodeado de mística luz, de su amor infantil, venía a atormentarlo con la nostalgia de una vida diferente y lejana.

Poco tiempo después, la casualidad le procuró otro encuentro con Bea.

Había ido a visitar a su familia y, en el viaje de regreso, se dirigió al vagón restaurante, cuyas mesas quedaban ocupadas una tras otra. Sólo en la mesa a la que se había sentado él, quedaban tres puestos libres. El camarero condujo allí dos señoras. Una de ellas era Bea y la otra una señora de más edad, probablemente su dama de compañía.

La reconoció en el acto. Nunca la había visto tan cerca. Estaba sentada frente a él y a tan corta distancia que se tocaban sus platos respectivos. Al parecer, ella aún no había notado la presencia del joven desconocido que tenía delante. Se esforzaba en ignorarlo, porque, sin duda, no se percataba que él la contemplaba con manifiesta curiosidad y admiración. Hablaba francés con su dama de compañía, pero sólo pronunciaba las palabras necesarias.

Komlóssy observaba la hermosa mano que ponía sobre el blanco mantel, al lado del plato y sobre la cual aún se descubrían las largas rayas rosadas que causó la costura de los guantes que se había quitado. Con la misma discreción, observaba a veces el rostro de la condesita. Las cejas, largas y oscuras, le impedían divisar el color de sus ojos, de mirada algo velada. La mirada de Bea no era tal como se la imaginara al contemplar la fotografía. No era tan hermosa o, por lo menos, no poseía aquella belleza inverosímil que le atribuyó la fantasía. Era un rostro germánico, frío, de huesos algo marcados y la boca maravillosamente dibujada; en torno de la nariz se advertía una indescriptible expresión de desprecio y daba la impresión de que siempre respiraba con algún asco.

Él seguía con la mayor atención los acompasados movimientos de las dos señoras, que tomaban su colación sin hacer el más mínimo ruido de platos o de cubiertos, como si quisieran ocultar aquella acción fisiológica por un acto de pudor. La condesita hizo de pronto un ademán con la mano, como si buscara el salero, Komlóssy observó que estaba oculto por una servilleta en una esquina de la mesa; alargó la mano y, cortésmente, se lo ofreció. Entonces lo miró Bea por vez primera.

Con pálida sonrisa en los labios le dio las gracias inclinando ligeramente la cabeza y Komlóssy sintió sus nervios invadidos por indefinible impresión. Mientras las señoras, terminada ya su colación, se disponían a salir, Komlóssy, con el rostro encendido, buscó su mirada para poder saludarla, pero ellas se pusieron en pie, sin darle ocasión de hacerlo y obraron con tal habilidad que su actitud no resultó ofensiva para él. Parecía que, en semejante trance, habían adquirido ya una experiencia admirable.

Unos meses después de aquel encuentro fortuito, leyó en un periódico que Bea se había casado con un aristócrata austríaco, cuyo nombre desconocía por completo.

VI

El reverendo pastor se presentó una tarde en casa del doctor Pórchalmi. La visita era insólita, porque el doctor sólo recibía a los pacientes en sus habitaciones de soltero en casos verdaderamente excepcionales.

Pórchalmi, sorprendido, miró al pastor por encima de las gafas.

—Sin duda tengo alguna enfermedad —dijo Péter, dejándose caer en el diván, cuyos muelles profirieron un estridente gemido. Y, con los ojos dilatados y la mirada fija en el doctor, continuó explicando—: Esta mañana, en el púlpito, experimenté un vértigo tal que temí caerme sobre el altar.

Pórchalmi empezó a examinarlo. Le auscultó el corazón y le golpeó el pecho, y mientras sus dedos, recorriendo la espalda de arriba a abajo, empezaban a buscar entre las costillas interiores, con acento indiferente le preguntó:

—¿Cuántos años tienes, Péter?

El reverendo, mientras miraba a un rincón de la estancia, contestó al doctor, que estaba a su espalda, deseoso de haberle visto la cara en aquel momento:

—Cincuenta y cinco.

Aquella pregunta, hecha con tono confidencial y en circunstancias insólitas, hizo nacer en su ánimo el pensamiento de la muerte.

Nunca se había sentido tan mísero, tan desprovisto de apoyo como en aquel momento y en aquella estancia saturada de olor de medicamentos, desnudo hasta la cintura y con los tirantes que le colgaban de los pantalones.

Pórchalmi continuaba a su espalda y, en voz baja, le hacía nuevas preguntas, de naturaleza más delicada, para informarse de la vida que el pastor llevó en su juventud.

—Espera, porque ahora voy a examinar la presión de la sangre —dijo el médico.

Y oprimió estrechamente el brazo del reverendo con un tubo de goma roja. Al terminar pronunció en voz alta esta frase:

—Será preciso que dejes de fumar.

El reverendo volvió a su casa con el alma atormentada por tristes pensamientos. No quiso confesar a su mujer que le habían prohibido fumar. Después de comer reclamó a grandes voces su pipa, como antes, pero no la encendió y paseaba por la habitación de un lado a otro, con la pipa apagada. Su esposa no se dio cuenta de nada porque el humo azul del tabaco no había disminuido, ya que el abuelo fumaba por dos.

Aquella gran renuncia sirvió de poco. Una mañana, mientras se ponía la estola para dirigirse a la iglesia, sintió tan intenso malestar que se vio obligado a tenderse en el diván de su estudio. Unos momentos después, con voz sofocada, llamó a su mujer, pero no lo oyó nadie. Le encontró el vicario cuando llegó de la iglesia para

informarse de lo que hubiera podido ocurrirle al reverendo, porque los fieles estaban cantando ya el décimo salmo y el púlpito continuaba desocupado. El pastor, con la estola sobre los hombros, estaba tendido en el diván. El birrete de terciopelo negro había resbalado hacia la frente y el libro de oraciones se hallaba en el suelo. Estaba muerto.

István se apeó del tren en el momento en que el cortejo fúnebre salía de la casa. Sándor había llegado a tiempo y entre los miembros de la familia se hallaba ya el prometido de Maska. Únicamente el abuelo no figuraba en el entierro, porque la tarde de noviembre era húmeda y ventosa. Dos carros transportaban las coronas que habían llegado en gran número. Entre ellas se destacaba una muy hermosa del comité del Partido de la Independencia y, en su cinta de seda azul, se leía la inscripción: «*Al fiel militante de la idea*».

Poco tiempo después del funeral, la viuda del pastor tuvo que dejar el presbiterio, porque éste era propiedad de la iglesia. Maska, que unas semanas más tarde contrajo matrimonio, se llevó a su nueva vivienda a su madre y también al abuelo, y no sólo obró así por amor filial, sino también por pereza, porque sentía un santo horror por todos los quehaceres domésticos y, en cambio, su madre no era capaz de permanecer un minuto inactiva. Su joven esposo, que era médico principiante, no se opuso a ello, porque quería mucho a su suegra y se enorgullecía del abuelo, que exhibía ante sus parientes, como si fuese un objeto raro, una reliquia preciosa que recibiera como dote inseparable de la mujer. En los últimos tiempos el abuelo daba ya señales de una apacible demencia senil. Aquel hombre, a quien nunca vio nadie sonreír, reíase entonces continuamente y, en una ocasión, fue sorprendido mientras, con la mayor galantería, estrechaba el trasero de la criada. En Navidad había cumplido noventa años.

Después de Año Nuevo, también Sándor se casó con la hija de aquel intendente de Hacienda, con quien lo relacionaban lejanos vínculos de parentesco. Su suegro tenía un primo secretario de Estado y, gracias a las relaciones de éste, el muchacho consiguió un empleo en el Ministerio de Hacienda y, a su vez, en compañía de su joven esposa, se estableció en Budapest.

De vez en cuando, István se dirigía a su pueblo natal, pero nunca permanecía allá más de un par de días; después de la muerte de su padre, sintió más intenso el afecto por su madre y también amaba mucho a Maska. Ésta parecía feliz. Ya había pasado el tiempo en que las muchachas suelen entregarse en cuerpo y alma a la caza del marido y ella no hizo nada por procurárselo, la suerte se lo proporcionó mucho mejor, en todos los aspectos, que el de cualquiera de sus amigas, las cuales no descansaron en busca de alguien que las llevase al altar. Y la profesión del marido, que se extendía hacia al campo odontológico, le proporcionaba buenas ganancias.

István, en su casa, no hablaba jamás de sus penas y conflictos con Erzsébet, de

modo que ya todos creían terminadas desde largo tiempo atrás sus relaciones con ella. Únicamente la madre, en secreto, estudiaba, muchas veces angustiada, el semblante de su hijo, y quizá cuando estaba sola y pensaba en él, lloraba por él, porque había observado que no gozaba de su habitual serenidad.

Sin embargo, nada nuevo había sucedido; la vida se detuvo alrededor del joven. Las bellas y grandiosas llamaradas de los movimientos universitarios habíanse apagado ya. En la vida política imperaba la paz, porque la Coalición llegó a formar Gobierno. Era un período de paz y de pactos y, para él, de desilusiones. Mientras tanto, había conseguido procurarse un empleo en un bufete de abogado, cosa que ya le hacía posible la existencia física, aunque de modo muy restringido. Transcurría su vida sumido en una apatía enervadora y entre continuos y sordos remordimientos, debido a que pasaba el tiempo y no acababa de decidirse a pasar los exámenes.

A los veinticuatro años, como ya no le fuese posible retardar más el servicio militar, entró en el ejército en calidad de voluntario. Fué a parar a una guarnición del Austria Inferior. En el regimiento de cazadores en que debía pasar su año de voluntario, sólo había dos jóvenes húngaros: él y Zsibai. El servicio militar los endureció, vigorizando en ellos todo lo que ya una vez nutriera la imaginación y las pasiones de la infancia y que en el tiempo de las agitaciones universitarias y las manifestaciones públicas inflamó también sus almas respectivas.

En el regimiento había un teniente llamado Rudolf Küberger, que sin la menor reticencia, manifestaba siempre su odio por los húngaros, y como entre los voluntarios eran ellos los únicos pertenecientes a aquella nación, se desahogaba a su costa.

—¡Ah! Los «*Kossuth-Hunde*» (los perros de Kossuth)...

Y los apelativos más cordiales que les dirigía eran el «*verfluchter Kerl*» (maldito individuo) y el «*Schweinskerl*» (cara de cerdo).

El teniente Küberger no imaginaba, siquiera aproximadamente, que el nombre de Kossuth, insultado por sus labios, hiciera estremecer a los dos jóvenes, aun en las más profundas intimidades de su corazón. Mientras permanecían cuadrados ante él, recibiendo la oleada de injurias, cambiaban disimuladamente rápidas ojeadas, y si Küberger hubiese comprendido el significado de aquellas miradas, no habría dormido por la noche muy tranquilo. Pero aquel odio, aquel desprecio por la nación magyar, no sólo era una característica del teniente Küberger, sino que todo el cuerpo de oficiales austríacos demostraba el mismo espíritu, y estaban persuadidos de que el pueblo húngaro constituía una bárbara nación balcánica que debería sentirse honrada de poder sacrificar el trigo de su tierra y la sangre de sus hijos en el excelso altar del militarismo austríaco.

Komlóssy y Zsibai pasaron completamente aislados el año de su servicio militar, porque apenas se comunicaban con sus compañeros de voluntariado. Llevaban su

origen magyar como una señal impresa en la frente, y constantemente circulaban por el cuartel como animales de raza distinta, en un recinto poblado de caballos o de bueyes que, a veces, contemplaban curiosos a los intrusos o los miraban con desconfianza y hostilidad.

Viéronse obligados a soportar vejaciones y molestias increíbles por parte de un sargento viejo, un tal Hemskerk, que tenía la cara llena de granos del tamaño de cerezas, ojos azules como la porcelana pintada y un par de bigotes amarillos como espigas maduras. Hemskerk era uno de los hombres más estúpidos que se pueda imaginar; pero, de un modo maravilloso, daba a su estupidez la forma y el traje de la disciplina militar. Esta última la ejercitaba molestando con las más raras imposiciones a los pobres diablos que caían bajo sus manos: así conseguía en pocos días que aun el recluta más tonto comprendiese que el máximo contenido de moral del servicio militar consistía en soportar con santa paciencia los caprichos y las vejaciones de los suboficiales.

Küberger y Hemskerk fueron para los dos jóvenes, y durante el año de voluntariado, otros tantos puñales afilados y aguzados que de continuo los amenazaban de cerca con sus mortíferas puntas. Acostumbráronse a guardarse sin cesar de aquellos puñales y a evitar sus heridas haciéndose tan pequeñitos como podían, aunque, mientras tanto, sofocaron interiormente una cólera feroz. Si en el patio del cuartel aparecía la figura del teniente Küberger o del sargento Hemskerk, los dos jóvenes se apresuraban a marcharse. Pero durante el servicio era ya imposible evitarlos. En ocasión de la revista de armas, los ojos de Hemskerk siempre conseguían descubrir alguna mota de polvo en los cañones de los fusiles, aun en el caso de que por dentro estuviesen resplandecientes como un espejo. Como es natural, aquellos granitos de polvo los hallaba, las más de las veces, en los fusiles de Komlóssy y de Zsibai. Así, los dos jóvenes eran casi inquilinos permanentes del cuartel; y una vez hubieron de pasar veinticuatro horas en el calabozo y con los hierros puestos. Aquel grave castigo no era absolutamente inmotivado, porque un sábado por la noche se escaparon del cuartel, y en el restaurante «Blumenstöckl», donde se celebraba el baile de los relojeros, con la cabeza calentada por los vapores del vino, quisieron despejar la sala de baile de todos los hombres que allí se encontraban, para que dejasen solas a las señoras, y empezaron a agitar por el aire sus bayonetas, con tan amenazadoras intenciones, que fue necesario llamar con urgencia a una patrulla, que consiguió desarmarlos.

Durante el año de voluntariado, Komlóssy no escribió una sola vez a Erzsébet. Creía saber que se había prometido con un actor, y además, en los días próximos a Pascua, Grünfeld, en una carta dirigida a Zsibai, en la que le reclamaba el pago de una antigua deuda de diez florines, comunicó que se había celebrado ya el matrimonio.

De su casa recibía muy pocas cartas. La madre solía escribirle únicamente cuando le enviaba algún paquete y dinero. En estas ocasiones, sus cartas estaban de tal manera manchadas de grasa por los fritos y las salchichas, que apenas se podían leer. También en los días de Pascua de Pentecostés, la madre le escribió:

«Querido hijo: El pobre abuelo murió ayer tarde. Comió tranquilamente con nosotros y luego, como todos los días, se dirigió al jardín. Y allí lo encontraron ya frío, en medio de una mata de frambuesas...».

Aquellas noticias de su casa le parecían mensajes de un mundo lejano e inverosímil.

Por las noches paseaba muchas veces con Zsibai por el patio del cuartel, y entonces, los dos jóvenes imaginaban proyectos ardientes. En cuanto estuvieran de regreso en Budapest, reorganizarían los movimientos universitarios, y se distribuían los papeles que les habría gustado desempeñar en aquella revolución que se propuso destruir el dominio de los Habsburgos.

Pero cuando regresaron a Budapest, los pequeños y mezquinos cuidados de la vida diaria apagaron otra vez la alta llamarada de grandes proyectos que se había encendido en sus almas.

Una noche —y corría ya el mes de diciembre—, en una salchichería de la calle, adonde entró para comprar una cena fría, Komlóssy encontró a Erzsébet. La joven correspondió a su saludo con fría y mesurada sonrisa. Pero, ante el mostrador del salchichero y mientras percibían el aromático vapor de las humeantes cabezas de cerdo ahumadas, sus miradas, cautas y circunspectas, se cruzaron varias veces.

Se acercó István y se estrecharon las manos. Durante unos minutos, una extraña conmoción los obligó a guardar silencio y, voluntariamente, dejaron que otros clientes que habían entrado después de ellos, los precedieran en sus compras.

—¿Te has casado? —preguntó él, por fin.

Erzsébet no contestó, pero meneó negativamente la cabeza.

Salieron. El tiempo era húmedo y fangoso, y caía una llovizna helada, pero eso no les daba ninguna molestia, y así pasaron más de una hora recorriendo una calle secundaria y desierta, sin saber dónde estaban ni adónde iban. Tales son los momentos de las grandes confianzas, de las confesiones cálidas, cuando una nueva luz inunda el alma y cada uno pasa revista a los errores propios y se siente dispuesto, con respecto al prójimo, a una sinceridad y a un perdón ilimitados. Erzsébet era parca en sus palabras y, al parecer, estaba muy triste. En torno de su boca, en otro tiempo sonriente y fresca, se dibujaban pequeñas arrugas de cansancio, como si sus labios se hubiesen marchitado.

Sin reticencias confesó que durante el tiempo de su actual noviazgo, había sido

víctima de amargas desilusiones y de atroces desengaños.

—¿Quieres cenar conmigo? —le preguntó István.

—Sí —respondió Erzsébet con el rostro iluminado por repentino rayo de felicidad.

Y se agarró del brazo de su enamorado de antaño.

Las pobres compras que hicieron en la salchichería, diéronles la más feliz y sabrosa cena que jamás hubieran tomado. La pequeña estufa de hierro difundía un agradable calor y la estancia se llenó del perfume de la piel y de los cabellos de Erzsébet. Luego ella quitó el servicio de la mesa, como si estuvieran ambos en su casa, y mientras continuaban hablando, se aproximó al lecho y lo descubrió.

—Créeme, los viejos son cada vez más insoportables... Mi madre, de día en día, se conduce de un modo más molesto y mi padre no ha podido perdonarme que no me casara con Hajmeczki. ¿No te he dicho ya que en Munich tuvo un gran éxito con un cuarteto?

Mientras hablaba así, tomó asiento en el borde de la cama y empezó a desnudarse, dejando al descubierto sus pequeños senos bien modelados, mientras se ponía una camisa de noche de István. Con aquella camisa de cuello cerrado, parecía un jovencuelo. Y, a su juicio, era lo más natural del mundo pasar aquella noche con István.

A partir de entonces se vieron ya todos los días. Aquel calor y aquella apacibilidad por la que Komlóssy sentía nostálgico deseo, nadie podía proporcionárselos como Erzsébet, con la tristeza que la desilusión experimentada en sus últimos amores imprimió en su alma y aun en sus facciones. Aquella tristeza conmovió y conquistó a Komlóssy. También él se sentía mortalmente fatigado, aunque no tenía más de veinticinco años. Y no vaciló largo tiempo. Sin avisar siquiera a su madre o a sus hermanos, se casó con Erzsébet. Únicamente se enteraron de la boda Zsibai y Grünfeld, que fueron sus testigos. Tomaron alojamiento en una pequeña vivienda de dos habitaciones y, por el momento, no sintieron ninguna preocupación material, porque la misma Erzsébet ganaba bastante dinero: durante el día daba lecciones de música y por las noches, en un cine del bulevar, acompañaba con el violín los dramas amorosos que hacían derramar copiosas lágrimas a las criadas y a las costureras sentimentales.

Transcurrió, tranquilo y apacible, el primer año de matrimonio. No solamente el amor daba contenido a sus vidas respectivas, sino también el trabajo ocupaba la mayor parte de su tiempo. Al décimo mes nació un chiquillo, al que Komlóssy, en memoria de su abuelo dio el nombre de Gerzson. El nuevo sentimiento de la paternidad profundizó aún más la vida de los dos. Erzsébet, en cambio, en el nacimiento del niño y luego en la lactancia y en todos los pequeños cuidados exigidos por su maternidad, sólo vio el aspecto desagradable de la vida.

Los disgustos empezaron al tercer año de su matrimonio. Uno tras otro reaparecieron los antiguos amores de Erzsébet y, entre ellos, también Hajmeczki, cuyo cabello había encanecido bastante. Así empezaron los altercados. Komlóssy ya no defendía el amor, sino el honor de su nombre y la pureza de su familia. No había conseguido procurarse una prueba de la infidelidad de su mujer, aunque repetidas veces ella no supo dar cuenta de sus ausencias durante tardes enteras.

Por último, y en la persona de un comerciante vienés, se presentó, implacable, la causa del divorcio. Komlóssy abandonó el domicilio conyugal. En su corazón no había ira ni rencor, sino una infinita desilusión.

No se separaron coléricos. Después de ocho años de áspera lucha, a István aun le quedaba en el corazón un pequeño sentimiento de triste amistad por Erzsébet, quizá únicamente por ser la madre de su hijo. Todos los domingos iba a visitarlos e incluso se mostraba amable y afectuoso con Erzsébet, de cuyas vicisitudes ya no se ocupaba. Todo el dinero de que podía disponer lo gastaba en su hijo.

Arrastraba otra vez la vida fatigado y desanimado, como si a su alrededor se hubiesen apagado todas las luces. Y aquella monotonía no se transformó, sino que, a lo sumo, se interrumpió gracias a las generosidades de la señorita Ernestina, la mecanógrafa del bufete de abogado, que, terminadas las horas de oficina, cuando el jefe se había marchado ya a su círculo, compartía con él aquel «amor» que hasta entonces reservó únicamente al señor abogado.

En medio de aquella apática indiferencia, triste miseria moral y material de su vida, se abrió ante él de repente la puerta de la guerra mundial, tronando y difundiendo fuego y llamas en todas direcciones.

VII

El 7 de noviembre, a las nueve de la noche y mientras, al pálido resplandor de la luna, hacía un servicio de patrulla en un bosque galitziano agitado por un verdadero huracán, vióse obligado a combatir a tiros de fusil contra una patrulla de cosacos. Él era ya subteniente. Apenas hubo estallado la guerra, ingresó en el regimiento de cazadores, donde sirviera en su año de voluntariado. No fue para ellos una agradable sorpresa enterarse de que la compañía de marcha con la cual debían dirigirse al frente estaba a las órdenes de Küberger, quien en el tiempo transcurrido había alcanzado el grado de capitán. Fueron enviados inmediatamente al frente ruso. Zsibai, en el tercer encuentro con el enemigo, resultó ligeramente herido de un tiro en el brazo, pero pocas semanas después fue enviado nuevamente a la línea de fuego.

La antigua aversión que Küberger sentía por ellos no disminuyó siquiera en el campo de batalla y no por casualidad fue Komlóssy encargado aquella noche de llevar a cabo el peligroso servicio de patrulla.

Cuando más allá de los oscuros árboles empezaron a resplandecer, de pronto, los tiros de fusil de los cosacos, y a tan poca distancia que se divisaban muy bien las llamas de color rojizo, sus hombres se dispersaron. Sólo quedaron en su sitio los muertos y los heridos graves. Él mismo cayó al suelo herido en un pulmón. Los cosacos se llevaron a los heridos, pero olvidaron a Komlóssy, porque cayó en una especie de foso excavado por la lluvia y había quedado casi oculto por un montón de hojas secas. Sin embargo, los caballos de los cosacos pasaron a tan corta distancia, que una herradura le imprimió una sangrienta huella en el muslo.

Durante toda la noche permaneció tendido entre las hojas de encina, saturadas de agua, que exhalaban un olor acre de tanino. En su agitado delirio febril se le aparecían en la mente los más pequeños detalles y recuerdos de su vida, sin ninguna coherencia y acompañados de extraños rayos de color azulado. Veía a su abuelo caer de espaldas sobre la mata de frambuesa y agarrar con la rugosa mano, surcada de oscuras y verdosas venas, la dura tierra del jardín. No como había sucedido en realidad, sino según imaginó muchas veces, de acuerdo con la breve descripción que le hiciera su madre. Veía a su padre como la última vez. Cuando fue a la estación, su padre le acompañó hasta la puerta de la casa, y al llegar a la curva del camino, él se volvió para saludarlo; pero tal vez el reverendo pastor no esperó aquel saludo desde lejos y le volvía ya la espalda para contemplar el soberbio follaje florecido de una acacia, alrededor de la cual zumbaban las abejas. Aquella era la última imagen que conservaba de su padre. Veía la mancha de brillantina en forma de media luna, en el almohadón del diván de color tabaco, donde el maestro Gubai solía dormir su siesta, después de comer y veía a Erzsébet que, al salir de la salchichería, iba a su lado con pasos ligeros por la oscura calle lateral, como graciosa y melancólica figura en

aquella ventisca. Veía los dientes negros y estropeados del profesor Pompersky y la hermosa mano de Bea, apoyada en el blanco mantel del vagón restaurante; y veía las conocidas letras de oro que en la máquina de coser de su madre indicaban el nombre de la fábrica, y los sauces en el extremo de su población natal se reflejaban en las claras aguas estancadas que acariciaba la brisa primaveral. Y veía lugares, objetos y rostros y oía voces y sonidos que la fiebre presentaba a su alma como incesante lluvia de chispas.

¿Así era la vida? ¿Merecía la pena de ser vivida? ¡Qué atroz y terrible era el pensamiento! ¡Morir así, sepultado entre las secas hojas de un bosque remoto! ¡Muerte heroica! ¡Qué falsa y mentirosa era esta frase! En ella no había más que una verdad: la muerte. Le habían disparado una bala por casualidad, sin que él hubiese querido o podido combatir con nadie... por algo... Sí, eso era obsesionante... ¿Por quién o por qué era preciso morir? ¿Por la patria? ¿Dónde estaba la patria? Tal vez Küberger sería su representación. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué había llegado a tal lugar? ¿O bien aquello había ocurrido del modo debido y todo era hermoso y bello y tal vez así habría de suceder? El mismo Zsibai fue a la guerra con mucho entusiasmo... Aun los políticos de la oposición y los periódicos del mismo partido estaban de acuerdo. Era preciso dejar a un lado todo sentimiento de odio, olvidar los rencores y marchar siempre adelante. Era muy difícil ver claro en aquellas cosas. Sentía la boca llena de sangre. ¿Hasta cuándo habría de permanecer tendido allí? ¿Cómo sería el instante de la muerte?

Perdió el sentido. Al día siguiente llegó una avanzada y hacia las ocho de la mañana lo encontraron sus soldados. Fué enviado al hospital y así pasó en Budapest el primer invierno de la guerra. Cuando, por último, pudo ponerse en pie, acudió al encuentro de su madre y a ver a su hijo. Al estallar la guerra, Marka le suplicó que le confiase el niño, porque ella no tenía hijos. Al principio Erzsébet se opuso, pero sin duda lo hizo para salvar las apariencias; luego dio su consentimiento con íntima satisfacción.

En Budapest también buscó a Erzsébet, pero no la encontró en su habitación, y nadie supo o pudo darle noticias o informes con respecto a ella. Alguien le dijo que la había visto pocas semanas antes, en Budapest, en compañía de un comerciante vienés.

También Sándor estaba en el frente. Maska, un poco más tarde, se quedó viuda. Su marido, que prestaba servicio de Sanidad en el frente serbio, cayó en la semana de Navidad. Estalló una granada sobre la ambulancia de campaña que tenía a su mando.

Cuando Komlóssy pudo salir del hospital fue provisionalmente adscrito al servicio interior y enviado a Viena, al Ministerio de la Guerra. En la oficina que le fue señalada trabajaba con él un capitán austríaco, hombre de barba negra muy espesa, que tenía un brazo paralizado. Llamábase Lusek; era oriundo del Tirol y

parecía ser un buen muchacho.

Si durante el trabajo podía concederse, de vez en cuando, una pequeña pausa, invariablemente mostraba a Komlóssy las fotografías de sus hijos. Tenía siete, aunque no contaba más que unos treinta y cinco años. Probablemente usaba aquella enorme barba negra sólo para dar mayor realce a su calidad de padre de familia numerosa. Sus ocupaciones en la oficina consistían principalmente en correr de un modo interminable por los largos pasillos, de una oficina a otra, en el edificio inmenso del Ministerio, con un fajo de expedientes debajo del brazo.

Komlóssy, en cambio, pasaba la mayor parte de las horas de oficina solo por completo, ante la mesa escritorio. Tenía poco trabajo, porque el capitán, como impulsado por incomprensible estímulo interior, se ocupaba de todo lo que caía bajo sus manos.

Una mañana Komlóssy encontró sobre su mesa un voluminoso expediente que había de registrar en el protocolo. Sobre la cubierta exterior y en grandes caracteres escritos con lápiz rojo, alguien había trazado estas dos palabras: «*Estrictamente confidencial*».

La idea de que la casualidad acababa de ponerle entre las manos una de las más secretas actas militares, excitó su curiosidad. Estaba solo en la oficina y como no pudiera resistir la tentación, empezó a hojear los papeles. Desde las primeras líneas se sintió oprimido por indescriptible ansiedad. Con el corazón palpitante continuó la lectura de aquellos documentos reservadísimos. Contenían los primeros relatos confidenciales acerca del espíritu dominante en los regimientos checos. Por ellos podía deducirse que los checos, terminado el primer año de guerra, sabían muy bien lo que querían. Y lo sabían todos; no sólo los oficiales, sino aun los mismos soldados, todo el pueblo. Komlóssy pensó en el llamamiento que diez años atrás dirigió la juventud universitaria húngara a sus compañeros checos.

Aquellos documentos secretos informaban que los checos, en la agitación de la guerra mundial, creían llegado el momento de pensar ante todo en su propia nación y no en los fines militares de la monarquía.

Aunque las relaciones de los espías estuvieran escritas en un tono de desdeñoso desprecio, sentíase que vibraba allí el alma de una nación dispuesta a levantarse. Con el corazón angustiado, comprendía que aquél era el camino que habría debido seguir también la nación húngara y con mayor derecho que los checos, porque el pueblo magyar, en el transcurso de los siglos, había sufrido mucho más que el pueblo checo bajo la dominación de los Habsburgos.

Así, pues, los checos se habían despertado. Los húngaros, en cambio... Su suerte pesaba en su propia alma de un modo espantoso. ¿Qué había sido de ellos, de él mismo, de Zsibai y de todos los demás? No parecía sino que una corriente fatal y terrible se hubiera apoderado de ellos, para impulsarlos hacia adelante.

Ocultó aquellos documentos en el cajón del escritorio, dejándolo entreabierto para poder verlos, y empezó a copiarlos. En el caso de que de repente entrase alguien en la oficina, cerraría el cajón. Pero se sumió de tal modo en aquel peligroso trabajo, que no pudo notar siquiera la entrada del capitán Lusek. Éste se detuvo a su espalda y dirigió una mirada al cajón entreabierto. Notó en el acto que Komlóssy hacía algo prohibido. Y gracias a la sorpresa, su voz tomó un tono alto y como si fuese un tenor de ópera exclamó casi cantando:

—*Was machst du, mein lieber Kamerad?* (¿Qué haces, mi querido camarada?).

Asustado, Komlóssy cerró precipitadamente el cajón. Lusek, sin mirarlo, lo abrió de nuevo, se puso bajo el brazo el fajo de documentos y en silencio salió.

Aquel día Komlóssy ya no volvió a verlo. La misma tarde recibió la orden de volver a su batallón. Lusek no lo había denunciado, pero creyendo necesario su alejamiento del Ministerio, inventó un pretexto cualquiera; quizá que era perezoso y que no respetaba las horas de oficina. Probablemente resolvió así el problema, para no causar graves contratiempos a su compañero, aunque obedeciendo al deber de conciencia que le imponía su cargo.

Sólo permaneció unas semanas en el cuartel, y luego fue mandado otra vez al frente ruso. Pero ya consideraba la guerra de distinto modo. Los falsos partes de guerra, los rimbombantes artículos de los periódicos y las frases de los discursos en el Parlamento, se le aparecieron, de repente, como efímeras pompas de jabón. En las horas libres empezó a escribir un diario, en el cual no sólo anotaba los sucesos del día, sino también sus pensamientos políticos. Y escribió frases como ésta: «En mi imaginación sólo veo un rostro: el de la nación checa, que ya se ha quitado la máscara y en él veo refulgir la resolución y la firme voluntad de salvar a toda costa, aun a cambio de la muerte, del patíbulo, de la traición, de la hipocresía, a la raza checa de esta estúpida matanza y de esa ruina cierta y segura. Los húngaros, en cambio, tienden los nervudos brazos arremangados a los generales del enemigo milenario y como ovejas se dejan cortar las venas para que su sangre fertilice los campos de patatas de Galitzia».

Agitábase en él un deseo confuso y angustioso de guiar a su raza por el camino de la liberación que ya seguía la nación checa. Mas no sabía cómo empezar. Aquel propósito superaba a sus fuerzas. A veces era presa de una rabia furiosa a causa de su propia impotencia. Cuando los oficiales húngaros estaban reunidos en los refugios, en aquellos rostros bronceados por el sol, viriles y leales, veía ya la señal de la muerte estúpida y sin objeto. Y sentía que aquella muerte equivalía al fin de toda su raza.

Había referido a Zsibai todo lo que le ocurrió en Viena. Aquellas noticias agitaron de tal modo el ánimo de Zsibai que a veces y durante horas enteras paseaba con los brazos cruzados a la espalda por los abrigos de las trincheras, como si fuese una fiera enjaulada. Su rostro había palidecido mucho. Y en cierta ocasión con voz ronca,

exclamó:

—Mi querido amigo, si la nación no se da prisa en comprender su propia situación, está perdida para siempre.

Fué a sentarse en un banco, al lado de Komlóssy, y así permanecieron largo rato silenciosos.

—Convendría hacer algo —exclamó Komlóssy.

Zsibai se encogió de hombros.

—¿Hacer algo? ¿Qué podemos hacer?

Y continuaron guardando silencio.

Así permanecieron largo rato, perdidos en aquella trinchera del frente galitziano, en un pequeño punto de aquel frente indeterminado, con la cabeza entre las manos y abrigados por sus capas descoloridas. Parecían dos míseras hormigas que se estrujaran el diminuto cerebro para estudiar cómo podrían dar la vuelta, levantar y extender en dirección opuesta una inmensa columna de piedra que hubiese caído en el suelo en posición poco satisfactoria para ellas.

VIII

Eran las seis de la tarde. La compañía de Komlóssy se había abrigado del huracán de las granadas rusas en el foso que flanqueaba la alta carretera. Más allá de ésta se elevaban tres colinas en cuyas vertientes estaban las trincheras rusas. Sobre el tono verde y uniforme de las colinas serpenteaban amarillos montones de tierra, enmarcando las interminables trincheras, defendidas por una séxtuple fila negra de alambradas.

A las diez de la mañana empezó el combate, y Komlóssy pudo alcanzar la carretera sólo a cambio de enormes sacrificios; la mayor parte de sus soldados pertenecían a la «Landsturm». (Milicia territorial) húngara, casi todos de unos cuarenta años, y durante aquel avance de dos kilómetros hasta la cuneta de la carretera, una espesa granizada de balas enemigas derribó a sesenta y siete en el campo de centeno.

De acuerdo con las órdenes recibidas, con su compañía habría debido asaltar la posición rusa en las vertientes de las colinas. Pero desde el lugar que habían alcanzado parecía ya imposible toda tentativa ulterior de avance. ¡Arrojarse contra los flancos de las colinas, contra un muro de alambradas, en un lugar donde el terreno no ofrecía la menor posibilidad de resguardarse! Y, para colmo, en una parte de las posiciones rusas, donde estaban situadas las ametralladoras a diez pasos una de otra, porque los rusos sabían muy bien que el enemigo quería romper sus líneas en aquel punto del frente.

A las seis de la tarde, tendido de cara en el foso de la cuneta de la carretera telefoneó a Küberger, el cual ya había alcanzado el grado de mayor y era el comandante del batallón. Le comunicó que en su situación ni siquiera un solo hombre habría podido alcanzar las alambradas rusas. Desde allí hasta la falda de la colina había aún una distancia de unos mil pasos, distancia más que suficiente para que las ametralladoras rusas pudiesen acabar con todos sus hombres, aunque avanzaran a paso de carrera.

Küberger escuchó aquel parte con manifiesta nerviosidad. Estaba persuadido de que aquel breve sector avanzado de las posiciones enemigas hubiera podido, gracias a su batallón, enderezar la línea del frente, y la más modesta condecoración que le correspondería sería, por lo menos, la Orden de Leopoldo.

—*Vorwärts!* (¡Adelante!) —aulló ante el micrófono por toda respuesta.

—*Unmöglich* (Imposible) —gritó Komlóssy, al replicar con acento aún más decidido.

—No admito objeciones. Cumpla la orden.

Komlóssy, con su mal alemán y ante el teléfono, gritó ya fuera de sí:

—*Dieses Befehl gewöhnliches Blutvergiessen!* (Esta orden es, simplemente, una

carnicería). Por un momento el aparato permaneció mudo. Luego, con voz serena, pero preñada de amenazas, Küberger preguntó:

—¿Se niega usted a obedecer, señor teniente?

—Me niego a cumplir esta orden.

Hubo otro instante de silencio y se oyó de nuevo la voz de Küberger:

—Entregue el receptor al subteniente Bacher.

Bacher, que estaba allí cerca, tomó el receptor y lo llevó a su oído. Era un joven austríaco, buen muchacho, de carácter apacible, a quien todos sus camaradas apreciaban mucho. Con los ojos que parecían estar a punto de salirle de las órbitas, gritó ante el aparato:

—A sus órdenes señor mayor. Sí. Perfectamente, señor mayor.

En cuanto hubo dejado el receptor, se volvió muy pálido a Komlóssy:

—El señor mayor acaba de ordenarme que tome el mando de la compañía y continúe el avance. Y tú tienes orden de volver inmediatamente al batallón...

Komlóssy no oyó a Bacher y tampoco le respondió cosa alguna. Permaneció inmóvil, con la frente arrugada y las mandíbulas cerradas. También estaba muy pálido. Una parte de los soldados tendidos a su alrededor, en la cuneta, habían oído el diálogo, y con los ojos atónitos por el espanto, miraban a los dos oficiales, sin saber lo que iba a ocurrir. Pero Bacher había hecho llamar al sargento y le dio inmediatamente la orden de iniciar el asalto.

Komlóssy continuaba inmóvil en el mismo sitio. Cuando empezaron a moverse los hombres de la cuarta compañía y a sus flancos las pequeñas palas de mango corto y las vainas de las bayonetas entrechocaron con ruido espantoso, cuando aquellos pálidos rostros se levantaron y los soldados, con el cuello tendido y la espalda inclinada, se asomaron al nivel de la carretera, fueron acogidos, en el mismo instante, por terribles ráfagas de ametralladora, en el alma de Komlóssy surgió un gran llanto; la voz se asomó a su garganta, una voz incomprensible en aquel huracán de truenos, una voz que quizá no era más que un aullido, una maldición o una súplica. Dábase cuenta de que aquél era el momento de la muerte, de la muerte sin fin, de la muerte estúpida, inútil, horrible y despiadada, contra la cual nada se podía hacer. Y en vez de volver a su batallón, según la orden recibida, para presentarse a Küberger, saltó, a su vez, a la carretera, como arrebatado por aquel torbellino de muerte, sintiéndose incapaz de dejar solos a aquellos campesinos húngaros, en cuyos semblantes estaban impresos la ignorancia y el terror, pero, al mismo tiempo, sentía una desesperada y formidable resolución que le inspiraba, sin comprender la causa, un sentimiento de profunda y ardiente hermandad y de decidida solidaridad.

No llevaba consigo ninguna arma. Sólo estrechaba entre los dedos un bastoncito de caña. También se arrojó a la vertiente de las colinas en dirección a las alambradas rusas. Un trueno ensordecedor hizo vibrar el aire. Alrededor de sus pies el terreno se

veía agitado por un violento diluvio de proyectiles, que las ametralladoras desencadenaban como invisible granizo negro. De todas partes se oían los gritos de los hombres que se arrojaban hacia adelante. De repente entró en acción la artillería rusa. Unas explosiones obsesionantes desgarraron el aire; sobre sus cabezas estallaban los *shrapnells*, originando siniestras llamaradas blancas y amarillas, en tanto que un humo denso, ardiente y amargo abrasaba sus ojos y les secaba las gargantas, y las granadas, levantando nubes de polvo, estremecían con rabioso furor la verde vertiente de la colina.

—¡A tierra! —tal fue la voz que se oyó en alguna parte y en aquel infernal estruendo. Era un grito ronco de Bacher. Todos se arrojaron de cara al suelo, oprimiendo el rostro contra la tierra. Estaban con los ojos cerrados, inmóviles, a fin de no ver lo que ocurría a su alrededor. Un solo deseo mordía y atenazaba a aquellos míseros corazones atormentados: llegar cuanto antes, superar lo antes posible aquel instante que no podían evitar.

Consiguieron avanzar apenas un centenar de pasos. No habrían podido darse cuenta de quién estaba vivo aún, porque todos permanecían inmóviles: las ametralladoras continuaban disparando contra aquellos blancos que no se movían.

Luego pareció como si, momentáneamente, aquella multitud sin vida hubiese recobrado la conciencia. Alguno, después de recoger sus fuerzas, saltó en pie y, en alocada carrera, se refugió de nuevo al abrigo del ribazo. El ejemplo arrastró a los demás. Uno tras otro se pusieron en pie, para alcanzar el foso, que había detrás del terreno elevado de la carretera, porque allí estarían ya seguros. Pero aquel breve espacio de cien pasos quedó cubierto por numerosos cadáveres.

Mientras tanto, había obscurecido. Las ametralladoras enmudecieron poco a poco. Cuando Komlóssy contó a sus soldados, vio que en conjunto eran diecisiete. De doscientos sesenta y dos hombres, sólo habían quedado diecisiete. Bacher yacía también entre los que quedaron en la vertiente de la colina. En la pendiente, ya envuelta en la obscuridad, se oían sin cesar los gemidos y los gritos de los heridos. Todos abandonaron entonces el resguardo, con objeto de llevar a los heridos a la cuneta de la carretera. Por fortuna, no tardaron en llegar los soldados de Sanidad.

Después de un cuarto de hora repiqueteó el timbre del teléfono de la posición. Un cabo acudió al aparato. Küberger dio la orden de regresar inmediatamente. Ignoraba aún que toda la compañía se había reducido a diecisiete hombres. Komlóssy condujo en la obscuridad a la muda y triste tropa. Y aun entonces empuñaba en la mano el bastoncito de caña.

En el pueblo encontró a Küberger en compañía de los demás oficiales del batallón, en el soportal de una casa de campesinos, mal iluminado por una lámpara de petróleo humeante. Se dirigió a él en línea recta. De su garganta no surgió ninguna voz: con el rostro de palidez cadavérica y contraído por expresión bestial de furor

exasperado, se plantó frente a Küberger y con toda su fuerza le golpeó el rostro con el bastón que empuñaba Küberger, sorprendido, se tambaleó y emprendió la fuga, asustado, por el soportal apenas alumbrado. Pero venció aquel primer instante de trastorno, y estrechando con sus manos el rostro que ardía, empezó a gritar:

—*Verhaften! Verhaften!* (¡Prendedle, prendedle!).

Los demás oficiales parecían haberse convertido en piedras. De momento no comprendieron lo que ocurría. Atónitos, miraban a Komlóssy que, muy pálido, estaba frente a ellos, con los ojos animados por una luz fría de siniestro resplandor de locura. Le miraban como se mira a un muerto, porque, desde el primer instante, sabían que Komlóssy estaba muerto. ¡Un oficial que, en pleno campo de batalla, se atreve a golpear a su comandante! La consecuencia de aquel acto no podía ser más que una: el fusilamiento.

—*Verhaften! Verhaften!* —repitió en la noche el aullido angustiado de Küberger.

Un capitán se acercó a Komlóssy y lo agarró impetuosamente por el brazo.

—Date preso —le dijo con voz ronca.

No se opuso. Le registraron los bolsillos y lo despojaron de todo. Luego lo condujeron a una habitación separada. Se sentó en una silla y permaneció inmóvil, con los puños cerrados y en los bolsillos del capote y con las piernas alargadas ante él, y la cabeza doblada sobre el pecho, como si se hubiera dormido a consecuencia de un cansancio mortal. Una bujía de sebo, metida en el cuello de una botella vacía, iluminaba el lugar. Ante la puerta había dos suboficiales que, de acuerdo con las órdenes recibidas, observaban a través del ventanillo todos sus movimientos.

A medianoche, alguien abrió la puerta. Era Zsibai. No entró. Con la mano en el pomo se detuvo en el umbral y le dirigió una larga mirada, sin moverse.

—¡Pista! —murmuró por fin con voz quebrantada.

Komlóssy levantó la cabeza. Cruzáronse sus miradas y se confundieron una con otra. Así se contemplaron largo rato. Luego Komlóssy volvió lentamente la cabeza. Zsibai continuó inmóvil con la mirada fija en su amigo. Por último salió en silencio.

Aquella misma noche fue llevado un relato detallado al mando de la División, y a la mañana siguiente se había constituido ya el tribunal que debía juzgar al acusado. Para la presidencia fue delegado el teniente coronel Stolz, de quien Komlóssy poco podía esperar. Los miembros del tribunal, escogidos entre los oficiales de carrera, eran un capitán y dos tenientes, austríacos los tres. De éstos solamente el teniente Hoffmann, que en su vida civil era empleado de Banca, en Viena, conocía personalmente a Komlóssy. Poseía una clara inteligencia y un carácter noble, y odiaba cordialmente a Küberger. Y no solamente a él sino a todo lo que se relacionaba con la guerra. Además de los oficiales efectivos, formaban parte del tribunal un auditor militar, con el grado de capitán, un procurador militar y el defensor. Según las reglas, la defensa habría debido ser confiada a un abogado, pero

como no lo había entre los oficiales, encargaron de ella a Zsibai, licenciado en Derecho.

En su calidad de defensor, Zsibai poco podía hacer en favor de Komlóssy, no sólo porque hablaba el alemán de un modo espantoso, sino también porque su alma estaba terriblemente agitada y trastornada por la ira y el furor. En aquella situación habría sido mucho más útil una persona sagaz, de mente serena y fría. Por fortuna el teniente Hoffmann, cuyo consejo buscó Zsibai, parecía poseer esas cualidades.

Ante todo estudiaron y pesaron todas las posibilidades y también hicieron un examen escrupuloso del carácter y de la mentalidad de cada uno de los miembros del tribunal.

Si bien Hoffmann compartía plenamente el parecer y las ideas de Zsibai, la situación era muy grave, casi desesperada. La proporción previsible de los votos, significaba, sin duda, el fusilamiento de Komlóssy. Sólo había un hilo muy tenue de esperanza: que interviniera el médico del regimiento, Czirkovits. Si éste declarara que Komlóssy estaba, a su juicio, afectado por alguna enfermedad mental o, por lo menos, que, en el momento de la agresión se hallaba en un estado de irresponsabilidad, el acusado podría salvarse de la última pena. Tal era también el parecer de Hoffmann. Pero ninguno de los dos conocía personalmente a Czirkovits y tampoco sabían cómo era. Zsibai se dirigió a su encuentro, a primera hora de la mañana, pero no pudo hablar con él, porque en el pequeño hospital había un trabajo febril. Curaban a los heridos del combate del día anterior que, durante la noche y las primeras horas del alba, fueron recogidos en la vertiente de la fatal colina.

Sólo después de mediodía, a la hora de comer, consiguió hablar unos minutos con Czirkovits, el cual parecía estar atontado por el enorme trabajo. Mientras Zsibai le exponía los hechos, él continuaba comiendo. Antes de llevarse la cuchara a la boca, estudiaba atentamente con sus ojos miopes las manchas de grasa, todas de forma distinta, que nadaban en la superficie de la sopa recogida por la cuchara, como si no le interesara nada más en el mundo. Y ni por un momento miró a Zsibai. Mejor dicho, lo miró una sola vez. Fijó los ojos en él durante unos instantes como si, al fin, quisiera ver qué clase de hombre era el que le hablaba con voz sofocada e insegura, en tanto que su cuerpo, agitado por verdaderos sobresaltos, hacía crujir la silla en que estaba sentado. Y tampoco dijo nada cuando Zsibai hubo terminado la exposición de los hechos. Le tendió la mano, para darle a entender que había terminado la audiencia, y en su rostro parecía advertirse que toda la elocuencia de Zsibai no había llegado siquiera a sus oídos.

Comprendió Zsibai que la vida de Komlóssy estaba en manos de Czirkovits. El hecho de que éste no hubiera pronunciado una sola palabra, no le causó ninguna impresión desfavorable. En tal conducta creía ver el pudor de un alma estremecida hasta las raíces más íntimas decidida a ocultar los secretos pensamientos que quizá no

quería revelar a nadie, ni siquiera a sí mismo. Zsibai creyó imposible que aquel hombre, aunque fuese médico, no sintiera algo después de haber pasado ante sus ojos y bajo sus manos, y por espacio de veinte horas seguidas tantos cuerpos humanos saturados de sangre, sucios de barro, víctimas de la infamia que impulsó a Komlóssy a cometer aquella locura.

Pero no sabía nada positivo y le atormentaba una inquietud llena de angustia. Por la tarde, entró, una vez más, en la estancia de Komlóssy, que estaba escribiendo, y no oyó el ruido de la puerta que se abría, de modo que ni siquiera levantó la mirada. Zsibai, sin ruido, se retiró, pero, más tarde, antes de anochecer, volvió, y apoyando la mano en el hombro de Komlóssy, le dijo:

—No temas, todo irá bien.

No le dijo nada más y no habría podido manifestarle otra cosa. Temía que, a pesar de sus esfuerzos, el tono de sus palabras pudiera revelar la angustia que le atenazaba el corazón. Poco después añadió:

—¿Tienes cigarrillos?

—No quiero —contestó Komlóssy, bostezando y desperezándose, cual si quisiera demostrar a su amigo la tranquilidad de que gozaba, pero sus ademanes no eran demasiado convincentes.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, empezó la vista de la causa en la oficina notarial de una población polaca vecina. Komlóssy, desarmado, se presentó ante sus jueces, acompañado por un suboficial. Estaba algo pálido, mas, al parecer, muy tranquilo. Ya le habían quitado el sable, pero aun llevaba los distintivos de su grado.

De repente Zsibai, al empezar el debate, propuso que se ordenara un examen médico, para averiguar cuál era el estado mental del acusado. Compareció también Küberger. Llevaba la cara vendada y de aquel modo, casi enmascarado, miraba a Komlóssy como si lo contemplara a través de un enrejado.

El procurador militar se opuso a la proposición del defensor, pero, después del discurso pronunciado por Hoffmann, el tribunal decidió admitirla. Hoffmann, con la mayor sagacidad, manifestó que el acto del acusado no se podía comprender o explicar de ninguna manera razonable, porque, entre la tropa, todos sabían que Komlóssy se había conducido siempre, en presencia de su superior, con el respeto y la atención debidos. Además, el mayor Küberger no había dado ningún motivo que justificara aquel impulso.

—Le ruego, señor mayor —exclamó Hoffmann, volviéndose a Küberger—, que tenga la bondad de decirnos si ocurrió algo que pudiera haber motivado ese repentino e incomprensible insulto.

Küberger se encogió de hombros y, con la mano, hizo un vago ademán. Sintió un estremecimiento de frío al pensar en la posibilidad de que se tratara públicamente de los detalles del ataque de que fue objeto dos días antes. Hoffmann adivinó aquel

estado de ánimo del mayor y se dispuso a aprovechar el momento propicio. Por esta razón, se volvió de nuevo a Küberger y le preguntó:

—¿Es cierto que el teniente Komlóssy, durante todo el tiempo de su servicio, se ha conducido siempre con el máximo respeto hacia el señor mayor?

Küberger hizo con la cabeza una señal vaga y evasiva.

El presidente ordenó que compareciera ante el tribunal el médico del regimiento, Czirkovits. Después de exponerle el estado de los hechos, le preguntaron su opinión médica. Czirkovits, con la mayor calma, empezó a examinar a Komlóssy. Pidió una silla y le obligó a sentarse. Le examinó los movimientos reflejos de la rodilla, le auscultó los pulmones y el corazón, y luego le examinó largamente las pupilas. Hecho esto, resumió su dictamen en las siguientes palabras:

—Los síntomas que he podido observar, parecen indicar que, probablemente, se trata de una afección cerebral. Sin embargo, no se podría afirmar, sin hacer antes una observación prolongada en un hospital. Propongo, pues, que el acusado sea sometido a la observación de médicos especialistas.

Estas pocas palabras equivalían a la salvación de Komlóssy, quien, de acuerdo con la sentencia del tribunal, emprendió, al siguiente día, un viaje hacia un manicomio de Viena. Zsibai supo hallar la manera de hablar con él y saludarle.

En el manicomio de Viena no se esforzó en absoluto para simular ningún trastorno mental. Los peritos médicos, después de algunas semanas, comunicaron a las autoridades superiores que no estaba aquejado de ninguna enfermedad mental, pero que el acto que había llevado a cabo debía atribuirse a un estado de gran tensión nerviosa y de trastorno psíquico causado por el combate. Fué condenado a tres meses de prisión en una fortaleza y a la pérdida de su grado de oficial. Una vez purgada la pena, fue enviado de nuevo al frente, como simple soldado. Antes de partir para allá, aun tuvo tiempo de ir por dos días a su pueblo natal. Su madre había envejecido mucho. Maska estaba muy gorda. Lo sorprendió su hijo, el pequeño Gerzson, que ya tenía tres años. Y cuando su padre lo sentó en sus rodillas, trató de librarse de aquella posición incómoda, con movimientos parecidos a los de una carpa prisionera, que intenta saltar del cesto; y mientras luchaba, continuaba gritando y riéndose.

La madre y Maska no le dirigieron ninguna pregunta, no se refirieron siquiera a su prisión ni a la degradación, aunque estaban al corriente de todo, porque Sándor las había informado con el mayor detalle. La madre calló, quizá para no causarle pena y Maska lo hizo por pereza. Por otra parte, la madre no sabía distinguir los uniformes ni los grados. Para ella, un hombre con traje militar era siempre un soldado, tanto si se trataba de un coronel como de un recluta.

—También está aquí el hijo de Sólyom —dijo mientras comían y se ocupaba en servir los platos—. Ese Sólyom ya es capitán, ¿verdad, Maska?

—Es sargento —contestó la hija con voz fatigada e indicadora de que ya había

perdido toda esperanza de iniciar a su madre en los misterios de los grados militares.

Era evidente que la señora Komlóssy no había tenido ningún disgusto grave porque su hijo teniente se hubiese convertido en simple soldado. Y se manifestó feliz de verlo sano y de buen humor.

Por la tarde, e inesperadamente, llegó Sándor. Éste, naturalmente, juzgaba lo ocurrido desde otro punto de vista y saludó fríamente a su hermano menor. Por la noche, los dos hermanos se quedaron solos en aquella habitación que contenía los muebles del estudio de su padre. István tenía las manos unidas a la espalda y, en silencio, se apoyó en la estufa. Sándor creyó llegado el momento de desahogar por último aquellos sentimientos que ya, desde muchos años atrás, se recogieron en él contra su hermano. Y, sin preámbulo alguno y con acento mordaz, exclamó:

—¡Buenas cosas haces!

István lo miró y a su vez, muy tranquilo, replicó:

—¿Aludes a mi matrimonio?

Sándor hizo un gesto negativo con la mano.

—No, a las proezas restantes. Estás corriendo a la perdición y a la ruina. Continúas como empezaste cuando eras estudiante. Tampoco entonces quisiste oír mis consejos. En adelante ya no intervendré en tus asuntos, pero al fin y al cabo, soy tu hermano y tengo el deber de abrirte los ojos. Lo que has hecho no sólo estuvo a punto de costarte la vida, sino que también deshonoró tu nombre de húngaro.

Mientras pronunciaba estas palabras, que manifestaban su ánimo patético y su pedante mentalidad, no había en su voz nada de ofensivo; más bien revelaba una tristeza muy grande, un abatimiento sincero, porque era un hombre de corazón y de buenos sentimientos. En aquel instante sentía una piedad infinita y una gran ternura por aquel hermano tan extraño a su corazón, pero a quien consideraba muy desdichado.

István no contestó en seguida. Con el brazo tendido, señaló a su hermano el espejo que colgaba de la pared sobre el diván. En el marco dorado de aquel espejo estaba sujeta una pluma roja y, debajo, había una hoja verde, de papel encerado que, en letras doradas, llevaba la siguiente inscripción: «¡Viva el doctor Ferenc Tüchök!». El doctor Ferenc Tüchök había sido el mejor amigo de su padre, y aquella pluma, distintivo político, se conservó como recuerdo de alguna antigua campaña electoral.

—¿Ves esta pluma? Pienso como pensaban nuestro padre y nuestro abuelo.

Sándor se puso en pie de un salto, abandonando el sillón en que estaba sentado, como si desde mucho tiempo atrás esperase aquel instante, en el cual, por fin, habría podido pronunciar frente a su hermano las frases que tenía preparadas en su mente. Aquellas frases, aquellos argumentos, habían salido ya tomando forma y consistencia en él, durante sus conversaciones políticas con su suegro y querían justificar su conducta política que, al correr el tiempo, se manifestó en abierta oposición con las

tradiciones familiares.

—No quiero ofender la memoria de nuestro padre y nuestro abuelo. Tampoco quiero citarte ejemplos históricos. Empezando por San Esteban, todos nuestros hombres verdaderamente grandes han estado de acuerdo, en la convicción de que Hungría solamente puede subsistir al lado de los alemanes...

István le interrumpió bruscamente.

—¡Palabras huera! Yo, en cambio, podría demostrarte con numerosísimos ejemplos, sacados de la Historia, que Hungría sólo pudo salvarse de la destrucción y de la ruina extremas gracias a sus luchas por alcanzar la independencia, en las que combatió heroicamente contra el dominio alemán. ¿Habré de citarte a Rákoczi, a los príncipes de Transilvania o a Kossuth? Supongo que, al ejemplo de tu suegro, has llegado ya a considerar traidores a la patria a todos los que se atrevan a levantar la voz contra los austríacos y los alemanes. —Y, con creciente fervor, siguió diciendo —: Tu suegro es Intendente de Hacienda y depende del Gobierno. Tú estás empleado en el Ministerio, de modo que vuestra opinión no prueba nada. Vosotros y todos los que, con sus empleos, ambiciones, estipendios y también con sus vidas se han ligado y vinculado con el poder, falsificáis el verdadero impulso de la nación. Mantenéis en la ignorancia y en la estupidez a los campesinos, porque eso es útil para vuestros intereses. Es siempre el grupo que sirve a los intereses de la aristocracia, de la burocracia y del poder el que asegura hablar en nombre de la nación. ¿Quién pregunta al campesino cuáles son sus aspiraciones? Puesto que habéis hecho esta guerra, decidid, haced declaraciones y pronunciad grandilocuentes discursos, siempre en nombre de la nación. Y, ahora, dime cuál es el origen de esta guerra o cuál, también, su objeto final.

Sándor no contestó. En silencio, y con la mirada fría, contemplaba a su hermano, de cuyos labios surgían las palabras cálidas, como si fuesen un río de lava.

—¿Por qué mandan ahora al matadero al campesino húngaro? ¡Porque han asesinado a Francisco Fernando! Y sabemos que, de haber subido al trono, habría aplastado sin misericordia la constitución húngara. ¿Lealtad? A esta estúpida palabra queréis sacrificar la inmortalidad de la nación. Yo no soy un entusiasta de Bismarck, porque, de haber dependido de él, nuestra guerra de la independencia habría sido sofocada por los prusianos, así como por los rusos. ¿Cómo ha realizado Bismarck la grandeza de su nación? Sacrificándolo todo a este último objeto, para él sagrado. Y, en caso necesario, también sacrificará el propio honor. ¡Lealtad! ¡Juramento militar! ¡Fidelidad al rey! ¡Solidaridad con nuestros aliados! Éstas son vuestras frases estúpidas y huera. No me mires tan sombrío. Sé muy bien que, en determinadas circunstancias, estas frases pueden convertirse en conceptos de una sublimidad ideal, pero en el momento en que, por causa de esos conceptos sublimes, hemos de sacrificar los destinos de nuestra raza, se convierten ya en palabras vanas y

embusteras. Fíjate en los checos. ¿Sabes qué sucede con respecto a su nación? Yo lo sé, porque, casualmente, llegaron a mis manos unos documentos secretos.

Rechinando los dientes y agitándose casi convulso, añadió:

—Pero no, nosotros, los húngaros, somos leales, queremos continuar siendo unos perfectos caballeros, puros e inmaculados en la política mundial, en donde todo el mundo se vale de los fraudes, miente y asesina para salvar alguna cosa en su propio beneficio. ¿Dónde habéis dejado vuestro cerebro?

Preocupado, empezó a pasear por la estancia, pero, al fin, se detuvo otra vez ante la estufa y, algo más tranquilo, añadió:

—Para mí no existe más solución que la de salir de la guerra mundial. Y aun voy más adelante. No sólo salir de la guerra mundial, sino, revolvernos contra los alemanes y, ante todo, contra los austríacos y los Habsburgos.

Sándor, al oír estas palabras, se puso muy pálido. Con los ojos entornados, miraba a su hermano que, con los brazos cruzados a la espalda y cerca de la estufa, parecía dirigirse a la alfombra extendida a sus pies.

—Estás loco —le dijo en voz baja.

—Sí... estoy loco.

Pronunció estas últimas palabras con voz ronca y débil. Con la mano que tenía a la espalda empezó a repiquetear en la estufa. La delgada chapa de hierro, al recibir los golpecitos de sus nerviosos dedos, producía un ruido insólito y fuerte. De repente, como si se hubiese apoderado de él la fuerza latente de las pasiones, fue a situarse delante de Sándor y sacudiendo un cerrado puño delante de sus ojos, le gritó a la cara:

—Vosotros sois los traidores de vuestra propia raza! ¡Sí, vosotros! Tú, tu suegro y todos los húngaros desprovistos de médula, que se han vendido a los alemanes. Sois los traidores a la patria.

Volvió a su lugar, al lado de la estufa. Con ojos semicerrados miraba al techo y trataba de dominar la agitación de su aliento.

Sándor se quedó inmóvil ante el ímpetu de aquellas palabras. Con triste mirada contemplaba el suelo. Reinó largo silencio. Luego Sándor se puso en pie y, sin mirar a su hermano, salió de la estancia.

Se despidió presuroso de su hermana y de su madre, y se alejó en el primer tren.

Había transcurrido ya más de una hora, pero, sin embargo, István estaba aún en pie y al lado de la estufa.

Al anochecer, entró tímidamente la madre y, acercándose, le preguntó:

—¿Qué ha pasado entre vosotros?

—Nada... —contestó con voz débil e infinitamente triste.

A la mañana siguiente, también partió para su destino. Y en calidad de simple soldado, entró en la segunda fila del cuarto pelotón.

IX

Aquella mañana de junio el calor era sofocante y deprimente. En lo alto del monte se extendía, soñoliento, Refrontolo, pequeño pueblo italiano que, con sus casas y sus tejados de colores vivos, con el esbelto campanario de su iglesia, y, en el fondo, el aristocrático castillo de hermoso pórtico, que rodeado por las frondosas copas de viejísimos castaños de Indias, al ser contemplado desde la cumbre de un monte lejano o desde un aeroplano, habría dado la impresión de que en aquella comarca de Italia una vida pagana de latina belleza soñaba en un silencio infinito y en una paz interminable.

Realmente, en el pueblo reinaba un profundo silencio: estaban desiertas las calles y los patios, como si todos se hubiesen ocultado para ponerse al abrigo del calor sofocante.

En la casa del campesino Jacopo Renza se abrió de repente una puerta para dar paso al señor teniente János Zsibai. Llevaba abierta por el pecho su chaqueta de tela y sus botas estaban blancas de polvo, rotas y estropeadas. Atravesó el patio y entró en el jardín, donde en el sembrado centeno se erguían algunos árboles frutales y gruesos troncos de parra, como evidente demostración de que el campesino italiano sabe disfrutar de todos los palmos del terreno que le ha concedido la suerte.

Zsibai se detuvo debajo de un cerezo y se quitó la chaqueta. Su camisa no tenía más que una manga. La otra era un andrajo que apenas le llegaba al codo. También en la espalda estaba la camisa rota, de modo que se necesitaba mucha fantasía y buena voluntad para dar a aquella prenda, sucia y en harapos, el pomposo nombre de camisa.

Colgó Zsibai un blanco del tronco del cerezo y, después de empuñar su revólver de oficial, midió veinticinco pasos de distancia y empezó a disparar.

El primer tiro retumbó como un trueno en el silencio sofocado y soñoliento, y despertó repentinamente del profundo sueño a todo lo que estaba alrededor: los árboles, los muros de las casas, los lejanos montes, desde los cuales contestó, rezongando, un eco débil y apagado, y una bandada de palomas que, con gran ruido de alas emprendió el vuelo desde el tejado de la casa para trazar grandes círculos en el aire.

En el patio había un emparrado, cuyas hojas estaban cubiertas por una gruesa capa de polvo procedente de la carretera calcinada por el ardiente sol italiano y el viento suave se encargaba de levantar y transportar aquel polvo.

A la sombra del emparrado y sentados a una mesa sucia y floja estaban dos soldados. Uno dormía con la cabeza apoyada en un brazo, sin hacer caso de las moscas que, atraídas por los restos de la comida que aun estaban sobre la mesa, se paseaban, impertinentes, por su brazo desnudo y por su semblante, su frente y su

cuello. El otro estaba sentado con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas tendidas hacia adelante. También dormía y su cabeza se inclinó sobre el pecho. Los dos iban en mangas de camisa, aunque, en tal caso, semejante expresión era algo exagerada, porque también sus «camisas» estaban hechas jirones. Uno era István Komlóssy y el otro se llamaba Mihály Napradán.

Al oír el pistoletazo, despertaron sobresaltados.

—¿Qué pasa? —preguntó Komlóssy.

Napradán se llevó a la boca la negra mano de campesino y con el dorso del pulgar se enjugó las comisuras de los labios, porque en el sueño se había reunido allí un poco de saliva. Por un momento miró estúpido ante sí, con los ojos fatigados y ribeteados de rojo, con la expresión de quien no sabe dónde está, cómo se llama o por qué ha venido al mundo. Pero en breve se repuso de aquel estado de inconsciencia, que le daba una expresión infinitamente cómica. Alargó un brazo, abrió una brecha entre las sombras del emparrado y miró hacia el jardín.

—El señor teniente se ejercita en tirar al blanco —dijo.

Aquello los tranquilizó. Bostezaron y se desmerearon, y luego, con gran pereza, se pusieron en pie.

Napradán era un hombre bajo y regordete, que tenía los huesos robustos y fuertes. Las formas de éstos se distinguían perfectamente bajo la piel bronceada por el sol, y en su cuerpo terriblemente desnutrido. Parecían pedazos de hierro encerrados en un saco. La estructura angulosa de su cráneo se revelaba en dos grandes pómulos muy salientes y en el gran relieve de las sienas. Llevaba los cabellos al rape y mal cortados. Advertíase que lo había pelado algún compañero suyo que quizá llevó a cabo esta operación por vez primera en su vida. Tenía la cara llena de antiguas cicatrices y aun debajo de los cortos cabellos y en la piel del cráneo se advertían manchas blancas y violáceas, que, probablemente, eran recuerdos de antiguas peleas de taberna. En la mano izquierda le faltaba el dedo meñique, perdido en la guerra. A pesar de este aspecto, Napradán no era nada repugnante; por el contrario, despertaba en todas partes la simpatía y la confianza, aunque también parecía algo cómico, porque su boca enorme, los ojuelos redondos y muy abiertos y los abultados bigotes daban a su rostro aspecto de bondad y de ingenuidad.

Aunque sus uniformes estaban igualmente descoloridos y rotos, István Komlóssy, en comparación con Napradán, parecía un perro lobo de raza al lado de un mastín bastardo. Se pusieron en pie, se desmerearon hasta hacer crujir los huesos y bostezaron ruidosos como los leones. Luego salieron del emparrado y con las pupilas contraídas miraron el cálido paisaje a su alrededor.

En el jardín, mientras tanto, estallaban uno tras otro los pistoletazos de Zsibai. Estaba con las piernas abiertas en el punto señalado y meneaba rabioso la cabeza cuando no daba en el blanco.

Por entre los árboles se arrastraba perezosamente un soldado que, al parecer, estaba buscando algo en el suelo, y Zsibai le gritó:

—¡Vete de ahí porque, de lo contrario, te meto una bala en el estómago!

El soldado se alejó despacio, pero, sin duda, no lo había asustado aquella amenaza.

Unos minutos después Komlóssy, que ya habla salido al camino, volvió al jardín y gritó:

—¡Ven, János!

Zsibai ni siquiera se volvió, pues seguía mirando en la misma dirección que antes.

—¿Qué quieres?

—Ven... te mostraré una cosa.

Zsibai disparó, se metió el revólver en el bolsillo y, en unión de Komlóssy, se dirigió al camino.

—¿Qué quieres? —preguntó otra vez, molesto por haber interrumpido su pasatiempo.

—Mira allí —contestó Komlóssy, señalando con el dedo a algunos soldados bosníacos que se agrupaban ante la vecina carnicería.

Desde ésta descendía un largo canal de piedra hasta el camino. Desembocaba en una cloaca más lejana y llevaba allí el líquido sanguinolento, como resultado de las actividades de aquel lugar. Pero aquel líquido grasiento y rojizo se había estancado. Los bosníacos encogidos o con el busto inclinado hacia adelante y armados de una basta cuchara de hojalata, pescaban atentamente en la superficie del líquido los ensangrentados pedazos de grasa o las diminutas partículas de carne que extendían sobre un trozo de pan, para devorarlo luego con avidez.

Al ver aquello, Zsibai, asqueado y enfurecido, aulló, dirigiéndose al salvaje grupo:

—¿Qué hacéis ahí? Si no os alejáis inmediatamente, disparo.

Sacó el revólver del pantalón. Los bosníacos, aterrados, se enderezaron y echaron a correr con rapidez.

Zsibai y Komlóssy regresaron a la casa. No cambiaron siquiera una palabra, pero en sus frentes arrugadas leíase claramente lo que sentían. Zsibai, sin atreverse a confesarlo, ni siquiera a sí mismo, decíase que, al fin y al cabo, no era tan terrible lo que acababa de ver. En conclusión, aquel líquido procedía del banco de la carnicería, donde cortaban y preparaban la carne. Y pensó que aun él podría encontrarse algún día en la misma situación de aquellos bosníacos semibárbaros. Se veía dedicado a recoger en la superficie de un agua sucia y asquerosa los ensangrentados fragmentos de grasa, porque habían pasado ya varios meses con hambre y aun el día anterior el capitán Bólyai dijo que en su batallón el peso medio de los soldados había descendido a cincuenta kilos. Con verdadero asco sentía ya, desde unos días atrás, el

sabor pútrido del llamado «plato de legumbres Hindenburg». Y ya había adquirido la costumbre de ir a tirar al blanco en el jardín, con objeto de sofocar el estímulo alarmante y deprimente del hambre.

Así andaban uno al lado del otro, en silencio. Luego Komlóssy lo interrumpió.

—Anoche Napradán untó el pan de vaselina.

Zsibai no contestó. Siguió andando hasta la puerta de la casa de Jacopo Renza, donde estaban alojados. Entonces interrumpió el silencio y las palabras pasaron por entre sus dientes como un silbido.

—¡Así Dios los hunda a todos en la tierra!

De una patada abrió la puerta. No dijo nada más, pero aquello ya bastaba para comprender que la maldición no se refería a Napradán ni a los bosníacos.

Lo siguió Komlóssy, que se puso la chaqueta y se ciñó la bayoneta. Antes de salir gritó a Zsibai que había reanudado su tiro al blanco:

—¡Voy a la oficina del furriel para tomar el correo y llevarlo a las cavernas! ¿No tienes ningún recado para los muchachos?

Zsibai se limitó a menear la cabeza.

Unos minutos después, Komlóssy con la bolsa del correo al hombro, estaba ya en camino por la carretera que atravesaba el pueblo. Serían las dos de la tarde y el calor era feroz. Apenas hubo salido del pueblo, se encontró a un grupo de trescientos o cuatrocientos hombres. Estaban desnudos y tendidos en la pisoteada hierba, a la escasa sombra de las zarzas o arrastraban sus descarnados miembros y se aventuraban, perezosos por el calor, en busca de algún lugar sombreado.

En aquel espectáculo no había nada extraordinario, porque el mando del batallón había dado la orden de que, mientras durase aquel calor, la tropa habría de descansar todo el día desnuda. Sin embargo, aquella masa de hombres desnudos, aquellos cuerpos humanos fatigados y debilitados, lo entristecieron. Pensó que el soldado vestido no era más que una ficción, desde el casco de acero hasta las claveteadas botas. Pero en el aspecto de aquellos hombres desnudos había una horrible sinceridad: como si el velo de que los cubre la guerra se hubiese levantado casualmente, dejando visible su verdadera realidad. Sí, todos aquellos hombres eran enviados al matadero. Todos tan míseros, tan débiles, tan desnudos, con las espaldas encorvadas, la carne sensible y la piel descolorida; y solamente aparecían ennegrecidos las muñecas, los puños, el cuello y el rostro, o sean los lugares que el sol bañaba. ¿De qué sirven los vestidos o el casco de acero? En el calor de los combates estaban tan indefensos y desnudos como en aquel momento.

En el firmamento y a grande altura, un aeroplano inglés surcaba el cielo plúmbeo y gracias a la distancia parecía tan pequeño como una libélula. El ronquido insistente de su motor vencía el espacio, cruzaba el aire y hacía vibrar la tierra. Los hombres desnudos levantaron las cabezas hacia el cielo y con los ojos deslumbrados buscaron

el avión enemigo. Luego lo siguieron con la mirada hasta que desapareció en el horizonte.

Una vez hubo dejado el pueblo atrás, Komlóssy tomó un atajo que descendía rápidamente al valle del Piave. A una hora de camino estaban las trincheras avanzadas, a cuatro o cinco kilómetros de la corriente del río. De vez en cuando veíase obligado a desviarse en su camino y a describir grandes curvas, porque a lo largo del sendero que recorría yacían acá y acullá y parecidos a enormes odres hinchados y bajo una nube zumbante de innumerables moscas verdes, varias carroñas de caballos, cuyo hedor era insoportable aun a cien metros de distancia. Más allá del río se erguía escarpado y lleno de quebrajos el Montello, de vertiente larga y aplanada, gracias a lo cual el monte tenía el aspecto de enorme tortuga. En la cumbre del Montello estaba atrincherada la infantería italiana.

Después de una hora de camino a paso lento y con el cuerpo abandonado al monótono ritmo de la marcha y la mente vacía de pensamientos, llegó a la línea del frente. La mayor parte de los hombres dormía al calor obsesionante. Las trincheras, en algunos lugares, apenas tenían de diez a veinte metros de longitud. Seguían cavernas, grutas, guaridas de zorro y luego aparecía otro tramo de trinchera, de acuerdo con las condiciones del terreno. En las trincheras descubiertas había pocos hombres y entre ellos solamente los centinelas estaban despiertos.

Komlóssy abrió la cartera de piel y sacó las cartas que estaban ya ordenadas de acuerdo con los pelotones.

—¡Mihály Bartók! —llamó en alta voz, leyendo las señas de la primera carta.

El centinela, que con el rostro tendido hacia adelante y la mirada ausente oteaba frente a él, hacia el Piave, volvió la cabeza y, alargando el brazo, señaló a un soldado que dormía tendido en el fondo de la trinchera. Komlóssy se inclinó hacia él, lo sacudió por el hombro y le dejó la misiva en el pecho. Así distribuyó las demás cartas y los paquetes. Se encaminó luego a una caverna; se detuvo un instante a la entrada, a causa del hedor que llegó a su olfato, muy semejante al que se percibe en torno a la jaula de una hiena. Al entrar, un centenar de moscas molestadas en su refugio, se arrojaron a su cara. Dentro, en el fondo de la caverna, oscura y hedionda, estaban todos dormidos. Voceó los nombres uno tras otro y al oír la llamada los dormidos se despertaban sobresaltados y tomaban el correo. Extendían, apáticos, las manos hacia las cartas, como si fuesen individuos para quienes ya todo careciese de interés; estaban agotados por el hambre.

De este modo Komlóssy recorrió toda la línea del frente. Entró en todas las cavernas y en todas las grutas, y arrastrándose a gatas, se introdujo en algunas toperas. De este modo y en un par de horas vació el contenido de la cartera. Detúvose acá y acullá para charlar con sus conocidos. Y, terminada su misión, emprendió el regreso. A la mitad del camino se tendió en la hierba, al lado de una vieja zarza,

porque sentía un cansancio espantoso. También él experimentaba los tormentos del hambre. En el bolsillo de la chaqueta y envuelto en un papel tenía un trozo de pan y un pedacito minúsculo de miel artificial, que se comió, a pesar de que su sabor de sacarina le causaba repugnancia.

En aquel lugar se abría un magnífico panorama, sobre el valle del Piave. Las gigantescas terrazas de piedra que flanqueaban la corriente del río descendían como enormes y vastos jardines hasta el lecho de la corriente, donde el agua se deslizaba con tal pereza, que casi parecía inmóvil y formaba islotes de arena de un color parduzco. Pero aquellas terrazas desnudas, colosales, inflamadas por el sol ardiente, testimoniaban que allí y desde millares y, tal vez, millones de años, se desarrollaba una tremenda e implacable lucha entre el agua y las orillas de piedra. En la estación de las lluvias abundantes, el bajo lecho del río se levantaba hinchándose y adquiriendo proporciones gigantescas, para convertirse en torrente poderoso, gallardo y violento, que se arrojaba furibundo contra las graníticas orillas.

Mas ahora el lecho del río casi desecado parecía una gigantesca barca descubierta y vacía.

Komlóssy contempló largamente aquel cuadro. De repente un rumor le obligó a volver los ojos, y descubrió a un soldado que, a corta distancia de él y a gatas, trataba de alcanzar un matojo sobre el cual se mecía una urraca.

El soldado había llegado ya a corta distancia de la mata y con cautela se puso en pie, al abrigo del tronco de un árbol. Con el cuerpo tenso se dispuso a arrojar algo que llevaba en la mano... de repente, una piedra de cantos agudos atravesó el aire, silbando. El ave, al parecer, no se dio cuenta de nada; con la mayor tranquilidad emprendió el vuelo y fue a posarse sobre otra mata.

Empezó de nuevo aquella caza emocionante. El soldado buscó otra piedra y también se acercó a la mata. Aquella vez su tiro tuvo éxito, porque el ave, herida, agitaba las alas en la mano del soldado que, de un mordisco, le arrancó el cuello y luego sorbió la sangre humeante.

Komlóssy, asqueado, volvió la cabeza.

Sacó de su bolsillo algunos papeles y los desplegó sobre la hierba para estudiarlos. Eran recortes de periódicos, partes de guerra y sus propias anotaciones y bosquejos. Seguía constantemente, con la mayor atención, los sucesos generales del teatro de la guerra. Y entonces quiso formarse otra vez un concepto claro y coherente. De vez en cuando consultaba su pequeño diario y tomaba otra nota. La situación era clara o, por lo menos, así le parecía. El 2 de enero empezó en Versalles aquel consejo de guerra que duró hasta el 4 de febrero, el cual decidió que los Aliados continuarían la guerra con todas sus fuerzas hasta conseguir la victoria final. Era ya manifiesto que la monarquía austrohúngara podía darse por perdida, que se había esfumado el entusiasmo bélico de Bulgaria y que ya no se podía tomar en serio a Turquía.

Solamente las fuerzas alemanas resistían aún de un modo eficaz, pero también Alemania se veía frente al problema de ser o no ser y, con todos los medios a su alcance, trataba de obligar a los ejércitos adversarios a empeñar una batalla decisiva, porque las tropas americanas se preparaban para dirigirse a Europa. En América la instrucción militar de los reclutas se llevaba a cabo de un modo febril; dentro de pocos meses, las tropas americanas habrían comparecido ya en los campos de batalla europeos.

El mando supremo del Ejército Alemán había elegido como punto de asalto el centro de la línea de batalla occidental.

El 8 de junio resultaba ya de los partes que la segunda batalla del Marne estaba acercándose a su fin. Era evidente que el último y terrible esfuerzo de los alemanes acababa de fracasar.

Releyó dos o tres veces todos los partes de guerra, esforzándose en descubrir la verdad gracias a las palabras profundamente veladas y para ello se ayudaba con los pequeños mapas geográficos, buscando la relación existente entre los diversos partes. Comprendía que después de los desesperados combates en el frente francés, aun la monarquía austrohúngara habría debido participar en el ataque general que se preparaba contra los Aliados y que en adelante sólo sería cuestión de semanas y tal vez de días, para que también allí, en el frente italiano, se desencadenara la ofensiva.

Recogió sus notas, se las guardó en el bolsillo y se puso en pie. Una vez más miró al valle del Piave que parecía bañado en la luz nacarada de la tarde estival y con los ojos buscó más allá del río, las líneas imponentes del Montello. Volvió a colgar de su hombro la cartera del correo y tomó el atajo, en dirección a Refrontolo.

Caminaba con la cabeza inclinada y absorto en sus ideas. En el alma y cada vez con mayor intensidad, tomaba forma y consistencia el proyecto que, en secreto, estaba rumiando desde algún tiempo atrás.

X

Al día siguiente, hacia las doce, Zsibai ordenó que atasen a unos árboles a dos soldados de la tercera compañía, Titkos y Vizsolyi. Aquel día la tropa había recibido por rancho carne de caballo y, después de comer, los dos hombres echaron a correr por el patio, como si fuesen caballos. Titkos relinchaba y coceaba como pudiera hacerlo una potranca juguetona y, por dos veces, dio verdaderas coces a Vizsolyi, que se esforzaba en hacerle la corte, mordiéndole las orejas y relinchando a su vez. Los soldados sentados en el suelo del patio miraban y reían, pero Zsibai creyó que aquel espectáculo no era muy apropiado para conservar la autoridad y el prestigio del ejército y aunque sentía mucho afecto por aquellos dos soldados, como le ocurría en casos semejantes, se dejó dominar por su carácter militar, de inexorable puño de acero. Dio, pues, dos sonoros bofetones al relinchador Vizsolyi. Titkos negó haber imitado la conducta de una potranca, porque afirmó que sólo se había reído a carcajadas, pero tal excusa no le sirvió de nada.

Titkos y Vizsolyi ya eran sobradamente conocidos en el regimiento por su conducta indisciplinada. Dos meses atrás, cuando aun acamparan durante unas semanas en el sector reservado a la intendencia, descubrieron entre los dos una bodega instalada en una caverna excavada entre las rocas, en las que se guardaba vino para el ejército, en unos grandes toneles de cemento. Una noche, Titkos y Vizsolyi se introdujeron en aquella bodega y con la intención de llenar de vino sus cantimploras, sacaron a golpes el tapón del tonel. Mas se produjo entonces algo terrible e inesperado: el vino manaba con tanta fuerza de aquel enorme recipiente de cemento, que no consiguieron volver a colocar el tapón. Se asustaron y se alejaron corriendo.

El primer día, nadie se había percatado de que una de las bodegas estuviera inundada de vino. Los dos soldados volvieron a hurtadillas al lugar de autos, de noche, pues Vizsolyi había olvidado su bayoneta junto al tonel y temía que ese cuerpo de delito le pudiera traicionar. Observaron, asombrados, que el vino había inundado la enorme bodega, grande como una sala, alcanzando dos metros de profundidad. Permanecieron allí largo rato, perplejos y sin saber qué hacer. Sin embargo, Vizsolyi estaba decidido a recuperar su bayoneta, costare lo que costare.

Fueron a ver, pues, a los pontoneros y obtuvieron de un compadre suyo que les prestara un pontón. No revelaron para qué lo necesitaban; en cambio, prometieron a su amigo un litro de vino por ese favor, cosa que no representaba un rasgo de mucha generosidad, en la situación en que se hallaban.

Bajaron el pontón a la bodega subterránea y se pusieron a remar sobre aquel lago de vino. La estaca que llevaban, demostróse demasiado corta para explorar con ella los alrededores del recipiente, de modo que no les quedaba sino una solución, a saber, que Vizsolyi diera un salto de cabeza en el vino, sumergiéndose hasta el fondo de la

sala. Al sumergirse por segunda vez, encontró efectivamente la bayoneta buscada.

Tan feliz hallazgo les ponía de tan buen humor, que empezaron a beber. Minutos después olvidaron por completo toda la guerra mundial y, para divertirse, empezaron a dar vueltas sobre aquel estanque de vino, reprimiendo su risa y remando silenciosamente para no llamar la atención.

Apenas amanecía aún cuando el coronel Hauser pasó por casualidad ante la bodega, percibiendo del fondo de la misma voces que canturreaban monótonamente. Titkos y Vizsolyi estaban cantando una canción popular que empieza así:

*Capa negra del señor sargento,
para cubrir una chica guapa...*

Todavía seguían en el pontón, bebiendo y remando, pero estaban ya completamente borrachos. Cuando les repescaron del estanque de vino y el coronel Hauser les reprendía a grandes gritos, a tal punto que su rostro se volvía morado, los dos declararon unánimemente que habían llevado a cabo su fechoría «por orden de la superioridad». Desde luego, no recordaron quién les diera aquella orden. Naturalmente, Hauser ordenó inmediatamente que les prendieran.

—¡Ya veréis cómo os quito ese buen humor! —gritaba fuera de sí el coronel.

Mas su cometido rozaba los límites de lo imposible, pues ni la más negra desventura era capaz de amargar a los dos compinches. Todo parecía indicar que debían su indestructible buen humor al propio Señor. Vizsolyi había sufrido ya tres heridas en el curso de la guerra y Titkos nada menos que siete; por lo demás, su cruz laureada de oro ya les había sacado de más de un apuro. En medio del más formidable fuego eran capaces de comentar con observaciones impertinentes la caída a su lado de los más gigantescos proyectiles que en cualquier otra persona normal no hubiera dejado de provocar un shock inmediato de nervios.

Atados ahora a dos árboles poco distantes uno de otro, ambos charlaban entre sí, diciéndose que, una vez terminada la guerra y en casa, también intentarían la cría de los gusanos de seda que habían aprendido de Jacopo Renza. Hablaban con extraordinaria serenidad y no como dos hombres atados a su árbol respectivo y con las manos sujetas a la espalda, sino como si estuvieran cómodamente tendidos sobre un blando montón de heno.

Después de unos minutos, Zsibai llamó al sargento y sin mirarlo, le dijo:

—Desate usted a esos dos hombres, pero no les diga que lo sé...

El sargento bajó al patio, miró a su alrededor y se acercó luego a los dos hombres para soltar las cuerdas que les sujetaban las muñecas.

—No os mováis de aquí —los amenazó—, porque, de otro modo, os doy tal bofetón que os van a saltar los ojos de las órbitas.

Titkos y Vizsolyi permanecieron allí, ante sus árboles respectivos, con las manos a la espalda, como si aun continuasen atados.

Cada noche una miríada de gusanos de luz invadían los árboles y las matas. Parecía como si todo el centelleante firmamento de la noche de junio hubiera descendido a la tierra, con sus diminutas estrellas. Los soldados que durante el día dormían, velaban casi toda la noche. Tomaban asiento en los patios y charlaban. Chupaban sus pipas vacías, porque no había tabaco y solamente lo recibían muy de tarde en tarde. Contemplaban el estrellado cielo y el mágico centelleo de los gusanos de luz. El silencio de aquellas noches de verano los sumía en una paz maravillosa. Desde los valles y las vertientes de las montañas el viento les llevaba una suave aroma de heno. De vez en cuando una voz suspiraba en la obscuridad.

—¡Qué lástima es dejar este mundo tan hermoso!

En el emparrado una lámpara de establo estaba encendida sobre la mesa y a su incierta y vacilante luz algunos soldados leían el periódico. Pero, mejor dicho, no lo leían, sino que escuchaban a un cabo de bigotes caídos, que mientras hacía correr a lo largo de las líneas un dedo huesudo y de uñas rotas, leía en voz alta, con extraña cantinela, acentuando todas las palabras. Los soldados escuchaban con los codos apoyados en la mesa. Poco a poco acudían otros que se sentaban en el suelo o prestaban oído desde el exterior del emparrado a través del follaje. El cabo leía como si lo hiciera para sí.

«... se nos paraliza el corazón y, por un momento, se interrumpe la respiración a causa del horror, cuando leemos la noticia recibida de La Haya que, si bien aproximadamente, pero tomando como base las noticias fidedignas, nos da cuenta del número de muertos y heridos en la Guerra Mundial. Esta espantosa estadística habla de once millones de muertos y de diecinueve millones de heridos. El mundo gira ahora difícilmente con este peso enorme de muertos, que casi llenan la superficie de la tierra y un día los túmulos pisoteados se abrirán vomitando llamas».

Al terminar la lectura nadie pronunció una palabra y reinó largo silencio. Sólo se oía el leve roce de las páginas del periódico, que el cabo continuaba volviendo. Y sólo cuando los soldados estuvieron alejados, fue posible oír, acá y acullá, en la cálida obscuridad estelar, impresiones en voz baja y desprovistas de tono.

—Por lo menos supiéramos la razón que nos lleva a la muerte.

—El señor general recoge en una bandeja las medallas y las condecoraciones. Todas las noches las saca y las pone ordenadamente sobre la mesa, las contempla, las admira, las paladea casi y luego las guarda otra vez con el mayor orden. ¿Por qué queréis privarle de tan agradable pasatiempo?

Nadie hizo eco a tales palabras.

—Ya veréis como aquí no hay combate —dijo uno bajo y regordete, con voz gorgoteante, porque estaba masticando algo.

—Dios lo quiera —suspiró un soldado que, en aquel momento, se había acercado al grupo y también tomó asiento en el suelo.

—¡Rusia! —exclamó otro.

Pero ya no añadió más, porque aquel nombre «Rusia» era, para él, una cosa muy oscura y misteriosa. Únicamente le constaba que allí no había guerra.

—¡Bah! Ni siquiera Rusia es un paraíso —dijo un tercero, que no supo o no quiso explicar sus palabras.

—Rusia declarará la guerra a Inglaterra, para crear la paz mundial...

—¡Valiente disparate! —exclamó con desdén el jefe de pelotón Szedlák—. Los rusos, desde el comienzo de la guerra, arrojaban sus armas al suelo. En Rodno, después de tres años transcurridos, aun recogíamos a centenares y centenares los fusiles rusos abandonados. En los campos de patatas había tantas armas diseminadas por el suelo, que si hubieran sido bellotas, una enorme piara de cerdos habrían podido satisfacer allí el hambre. En cuanto a los rusos, amigo mío, no quieren saber nada con la guerra.

—No sé. Pero quizá los obligarán a hacerla los que ya los mandaron por primera vez a ella. ¿Te figuras, acaso, que deciden la guerra los que van adelante para reventar?

—Tienes razón —dijo uno que estaba tendido de espaldas y miraba las estrellas.

—Yo mismo he tenido que rogar y suplicar para que me enviasen con la compañía de choque.

Esta observación fue acogida con grandes carcajadas.

Szücsögi, el cabo de la segunda compañía, arrojó violentamente el gorro al suelo.

—¿Qué esperamos aún? Valdría más atacar cuanto antes al enemigo. Ocurrirá lo que deba ocurrir. Ya no es posible esperar el final de esta comedia.

—Haz lo que quieras —le dijo el soldado tendido de espaldas, que contemplaba las estrellas—. ¿Conoces el camino? En cuanto hayas salido del pueblo, toma el sendero que flanquea el bosque y no tardarás en llegar al Piave. Pasa a la orilla opuesta. Puedes salir inmediatamente. Y, si quieres, llévate la bayoneta.

En otro grupo, dos hombres discutían con qué madera se podría fabricar mejor una cuba: si con la de haya o con la de acacia. Éstos parecían interesarse muy poco por la política mundial.

En otra extremidad de la carretera y en la casa donde estaba la oficina de correos, a la luz de una linterna ciega, estaban sentados en la galería los oficiales de la tercera compañía: eran cinco, el teniente Zsibai y los subtenientes Posztós, Oláh, Körösi y Berkes. Más tarde llegó también el mayor Naláczy, comandante del batallón.

Entre todos, únicamente Berkes era judío, pero, como solía decir Körösi, era un judío del campo y no de la ciudad, que aparte de las voces de mando, no sabía una palabra de alemán. De haber dependido de él haría ya mucho tiempo que todos los

bienes de su padre se habrían liquidado entre sus manos. Pero el viejo se resistía con la mayor tenacidad.

En una de aquellas conversaciones nocturnas, cuando evocaban, de nuevo, tantas cosas pasadas, Berkes vanagloriábase a menudo ante sus camaradas:

—Era ya el alba, y yo llevaba a casa desde el café dos golondrinas. No niego que estaba embriagado. El viejo se levantó de la cama y me propinó tal bofetón que en el acto empecé a ver chispas. Las golondrinas, como es natural, emprendieron la fuga.

Las «golondrinas» en el lenguaje de Berkes significaban dos morenos músicos tzíganos.

—¿No has recibido ningún paquete? —preguntó Posztós que sentía un hambre espantosa.

Berkes meneó la cabeza.

—Mi madre me escribe diciéndome que me ha mandado un jamón —hizo con la mano un ademán que parecía buscar una explicación y añadió—: No lo he recibido.

—Se lo habrá tragado el cartero —observó Oláh.

Aquel jamón excitó la fantasía de todos los oyentes. Berkes recibía con frecuencia, de su casa, paquetes de comida que, a propuesta de Posztós, eran considerados por los oficiales de la tercera compañía como de propiedad común, ya que se había decidido que cualquiera de ellos que recibiese un paquete, tenía la obligación de compartirlo con los demás. Pero la proposición tenía un pequeño defecto, o sea que, entre los cinco oficiales, Berkes era el único que recibía paquetes, pues la fábrica de su padre aun permitía que se la oprimiese un poco, para que soltara cierta cantidad de grasa y siempre había algún pequeño jamón sobrante, una salchicha, un queso o dos pollos desplumados; pero a los demás el correo solamente les llevaba cartas preñadas de suspiros, porque había grandes lutos en todas las despensas. Y aquellas cartas llegaban con la mayor puntualidad y no les ocurría como a los paquetes de Berkes.

Pero cuando, a pesar de todo llegaba uno de ellos, se reunían, de noche, en aquella misma galería y se dedicaban religiosamente al oloroso jamón ensacado y a la pasta de nueces envuelta en un crujiente papel. Y lo hacían de noche, para no excitar la fantasía de los soldados.

Al olor de aquellos paquetes, incluso los oficiales más viejos del estado mayor comparecían, bajo la obscuridad de la noche, en la galería alumbrada por la linterna. Iban allá con cualquier excusa. Uno buscaba a su asistente, el otro pedía prestada una caja de fósforos. Y, una vez presentes, ya era imposible evitar que participaran en la «propiedad común».

Recientemente había llegado por casualidad el señor coronel. Rechazaba sin cesar con sus palabras las porciones que le ofrecían, pero, en realidad, comía sin parar, porque tenía un apetito formidable. Y, por fin, sólo quedó en el centro de la mesa una

minúscula partícula de salchicha.

—Vamos, acepte también este pedacito, señor coronel —ofreció generosamente Posztós, como si el paquete lo hubiese recibido él.

—¡Ni en sueños! Nada más en absoluto —declaró enérgicamente el coronel, aunque no separaba la mirada del pedazo de salchicha. Continuaron hablando y en medio de una frase, cuando se estaba discutiendo a los submarinos alemanes, el coronel, que, evidentemente, sentía angustia ante la posibilidad de que alguien tomara en serio su declaración anterior, exclamó, interrumpiendo—: Bueno, ya que ninguno de ustedes lo toma...

Y con la punta del cortaplumas, se apresuró a ensartar el pedazo de salchicha.

Aquel día también fue allá el mayor Naláczy, para charlar un poco, con la secreta esperanza de que hubiese llegado un paquete. Se presentó con la excusa de pedir a Zsibai algo que leer. No hizo ninguna alusión a la comida, aunque ya llevaba una hora sentado allí. Esperaba que la invitación se produjera sin intervención suya. Y al comprender que no había paquete, se acomodó mucho mejor en el sillón de mimbre y, con expresión de desencanto, continuó fumando su cigarrillo.

—¿Ha regresado ya Pruszká? —preguntó Oláh.

—Aun no —contestó Zsibai, después de leve titubeo.

Pruszká era el asistente de Zsibai. Dos días antes lo había mandado a Graz, a fin de que les procurase víveres.

Berkes se volvió al mayor y ya tenía en la punta de la lengua la proposición: «Si me mandasen ustedes a mí, traería, sin duda alguna, un saco de víveres para la compañía... Además, en cuatro días estaría de regreso...». Pero cuando sus ojos vieron el rostro frío e impasible de su superior, se descorazonó de pronto y guardó silencio.

Posztós estaba rascando con la uña una mancha de cera que había sobre la mesa. De pronto dijo:

—Yo tengo un cuñado administrador de una gran finca agrícola que vive cerca de Kalocha. Si tuviera una semana de permiso, garantizo dos sacos de víveres.

Naláczy fingió no haberlo oído. Con el rostro impasible continuaba fumando. Era hombre taciturno.

Siguió un corto silencio. Posztós, después de aquel ofrecimiento inútil, confuso y embarazado, bostezaba para disimular y con la mano se daba golpecitos en la boca.

La influencia del juramento militar y todos los conceptos que tenían formados acerca del heroísmo y del cumplimiento del deber habíanse desvanecido ya en ellos. Cuatro años de experiencia de guerra los dejaron desilusionados de muchas cosas, pero ninguno se atrevía a confesarlo más que a sí mismo o, por lo menos, a algún compañero fiel. Mas, una vez reunidos y, especialmente, si había algún superior, aun experimentaban cierto pudor y vergüenza, que contenía sus pensamientos.

Körösi leía un periódico y Posztós afilaba su lápiz.

—¿No han visto ustedes a Komlóssy? —preguntó Naláczy.

—No sé por qué no ha venido ya —contestó Zsibai—. Quizá esté escribiendo. — Se asomó al oscuro patio y llamó—: ¡Mikenak! —Apareció por encima de la barandilla de la galería la cabeza de un suboficial—. Vete a buscar a Komlóssy y dile que venga.

Pocos minutos después se abrió la puerta que daba a la calle y apareció Komlóssy en la galería. Chocó vigorosamente los tacones y saludó a los reunidos con actitud rígida y militar.

—¿Qué has hecho esta noche? —le preguntó Zsibai.

Komlóssy estrechó, una tras otra, las manos de los oficiales.

—¡Hola, Pista! —le dijo Naláczy con voz cálida y afectuosa.

Komlóssy se sentó a la mesa y dejó el gorro a un lado, en el banco. Se encogió de hombros y contestando a la pregunta de Zsibai se limitó a decir:

—Nada.

Todas las noches tenía la costumbre de dar cuenta a los oficiales, reunidos en la galería, de la situación de la guerra, basándose en los artículos leídos en varios periódicos y a veces los interpretaba a su manera. Los oficiales escuchaban durante horas enteras su exposición enfática y llena de color, porque todos sentían el cerebro excesivamente fatigado para buscar por sí mismos la verdad en los sucesos diarios, cada vez más confusos y enredados. Komlóssy estaba perfectamente orientado en aquellas cosas y todos se daban por contentos de que se encargara de pensar por cuenta de ellos.

—Casi ya no se puede dudar de que tomaremos la ofensiva —dijo después—. Sin embargo, es imposible saber cuándo y cómo.

Hizo una larga pausa para recoger sus ideas y luego expuso lo que durante el día anterior creyó poner en claro, cuando interrumpió su camino de regreso de las trincheras, para descansar y reflexionar.

Los oficiales, con los codos apoyados en la mesa, lo escuchaban atentamente.

Körösi continuaba hojeando el periódico y fijó la atención en el mismo artículo de fondo que el cabo leyera a los soldados debajo del emparrado.

—¡Hum! —exclamó con voz nasal—. Once millones de muertos. ¿Qué les parece?

Examinó los rostros de los oficiales mientras, con la palma de la mano, alisaba cuidadosamente la hoja arrugada del periódico. En vista de que no contestaba nadie, siguió leyendo. Al llegar a las últimas líneas del artículo, levantó de nuevo la cabeza y, en alta voz, leyó la última frase: «... y un día, los tómulos pisoteados se abrirán vomitando llamas».

—¿Has leído este artículo? —preguntó a Komlóssy.

Éste inclinó afirmativamente la cabeza.

—A mi juicio es sencillamente una infamia. Todo el artículo no es más que un amasijo de palabras huera, una instigación pérfida... ¿Ahora proclaman esos señores el pacifismo? Cuando estalló la guerra, todos los periódicos aullaban con furor bélico. ¿Dónde había uno solo de ellos que dijera la verdad? —Con la mano hizo un ademán de amargo disgusto—. ¡La prensa! ¿Qué quieren lograr con esos artículos? ¿Que los soldados tiren las armas? En toda la nación no hay un solo hombre que sepa o se atreva a decir qué deberían hacer los húngaros y en qué dirección habrían de apuntar las armas que aun empuñan.

Se calló y fijó los ojos en el centro de la mesa, fosco. Pero de su cabeza, alumbrada por la luz de la lámpara, parecía irradiar una idea no expresada.

Todos sabían muy bien a qué aludía. Posztós miró de soslayo a Naláczy, pero el mayor ocultaba sus pensamientos detrás de un rostro frío e inmóvil. Luego volvió la cabeza y miró hacia la obscuridad, quizá para asegurarse de que nadie estaba escuchando.

Cuando se pronunciaban discursos semejantes, también en él despertaba su alma magyar y lo asaltaban impetuosas ideas de rebelión, pero éstas no se manifestaban jamás en la expresión de su semblante o en su mirada y no abría nunca la boca, como si los galones de oro le oprimiesen la garganta o bien cual si su conciencia militar le impidiese expresarla. Era uno de aquellos hombres que sufren continuamente el efecto de convicciones diversas, sin ser capaces de tomar una decisión o de llegar a una conclusión definitiva.

Entró en la galería el mayor Hauser. Su rostro, abrasado por el sol, era rojo como un cangrejo hervido y usaba unos bigotes a la inglesa, enhiestos como lanzas. Sus ojuelos vivaces, de color azul claro, saltaban incansablemente.

—*Ich grüsse die Herren!* (Saludo a los señores) —dijo con su voz sutil, dando un golpecito algo enérgico en el hombro de Naláczy, cuya mano estrechó en primer lugar. Luego, como si quisiera dispensar una atención, ofreció la mano a los demás.

Con párpados contraídos, miró a Komlóssy y luego se fijó en su cuello, para convencerse de que se trataba, realmente, de un simple soldado. Y, como es natural, no le ofreció la mano. Komlóssy se cuadró un instante ante el superior y luego se alejó sin ser observado.

Hauser habría querido tener fama de persona alegre y divertida, pero su alegría era fingida y por eso su aparición era capaz de helar el buen humor de los reunidos. Tomó asiento al lado de Naláczy frotándose las manos y haciendo restallar las coyunturas; con su voz sutil hizo observaciones llenas de humorismo y de acento cordial, pero, mientras tanto, se preguntaba quién podría ser aquel soldado que, ya por tres veces, encontró sentado a la mesa de Naláczy y que ni aun era voluntario. Una vez se lo preguntó a Naláczy, pero éste le dio una respuesta evasiva.

A su vez, Zsibai salió de la veranda, porque no podía soportar a Hauser. Naláczy se había esforzado, en vano, en decirle que Hauser era, en el fondo, una bellísima persona y, en cuanto se refería al servicio, de una puntualidad y exactitud sin igual.

Había pasado ya media noche, cuando Zsibai penetró en el patio de Jacopo Renza. Bajo el emparrado, aun vio la lámpara encendida y, más allá del follaje, se movían algunas sombras.

Se dirigió al emparrado, para ver quién estaba despierto a hora tan avanzada. Sobre la mesa yacía un reloj de pared desmontado y en pie, y cerca de la mesa, estaba el jefe de pelotón Gorvási que hacía girar con la mayor atención, entre los dedos untados de aceite, una ruedecilla dentada que sostenía a corta distancia de la lámpara. Gorvási era relojero y mientras observaba aquella pieza se había calado el lente con tubo que usan los de su oficio. Sobre la mesa estaban esparcidos otros instrumentos de relojero, que no abandonaba ni siquiera en pleno combate, como recuerdo de su antigua vida civil.

Cerca de la mesa estaba sentado Napradán que, conteniendo la respiración, seguía con los ojos los movimientos de los dedos de Gorvási. En uno de los avances del otoño anterior, y en una casa italiana de aspecto más señorial, se apoderó, como botín, de un reloj de pared, de un perchero y de un sombrero femenino. Al día siguiente hubo combate y cuando la tercera compañía avanzó bajo un fuego de fusilería, todos los soldados contemplaban a su compañero, muertos de risa, porque marchaba impertérrito, llevando bajo el brazo el reloj de pared, en la mano izquierda el perchero y en la derecha el fusil con la bayoneta calada y el sombrero de señora. Por nada del mundo quería separarse de aquellos objetos preciosos, que decidió llevar incólumes a su mujer. Pero a partir de entonces, el perchero y el sombrero femenino desaparecieron misteriosamente. Sólo conservaba el reloj de pared y dormía, de noche, abrazado a él, para que no se lo robaran.

Zsibai, que conocía ya las relaciones existentes entre Napradán y el relojero, se acercó a la mesa.

—¿Qué pasa, Napradán?

Éste se puso en pie y, por un momento, miró a Zsibai con cara de perfecto idiota. Gorvási, por respeto a su superior, se quitó el lente del ojo.

—Estamos reparando el reloj, señor teniente —dijo Napradán, señalando, al mismo tiempo, con las manos, las piezas desmontadas del reloj y derramadas en desorden sobre la mesa. Y el soldado alargó los brazos para evitar la posibilidad de que el teniente chocara con la mesa sin quererlo e hiciese caer al suelo alguna pieza diminuta.

—¿Qué le ha pasado al reloj?

—Pues que esos hijos de perro echaron agua dentro —contestó Napradán con ojos centelleantes y con la mano extendida y protectora sobre la mesa.

Zsibai no contestó. Como si sus ideas hubiesen tomado otra dirección, meneó la cabeza, volvió la espalda a los soldados y se alejó.

Napradán volvió a sentarse en su puesto y, después de algunos instantes, volvió de nuevo la cabeza y atravesando el follaje, gritó al patio oscuro y silencioso:

—¡Si alguna vez os pesco y logro agarraros por el gáznate, os aseguro que os vais a ver fastidiados! ¡Sinvergüenzas!

Desde el fondo del patio se oyó una carcajada contenida de Vizsolyi y luego un leve murmullo de voces.

Zsibai bajó al jardín y se sentó en un banco, bajo unas zarzas. No tenía ningún deseo de acostarse aún.

A su cerebro acudían otra vez las palabras de Komlóssy. ¿Sería posible que hubiese empezado la ofensiva? No creía ciegamente las previsiones de su amigo, pero también se daba cuenta de que muy en breve volvería a empezar el baile, para terminar, quizá, en una catástrofe.

Aquel mismo día recibió una carta de su mujer. Le comunicaba que también estuvo en la ópera, en la galería, para asistir a la representación de gala, que honraron con su presencia el rey y la reina. Y, entre otras cosas, le anunciaba que su hijita había sufrido aquellos días el examen de la primera elemental.

¡Qué lejanas le parecían todas aquellas cosas!

Mientras estaba sentado en el jardín, el silencio y la soledad de aquella mágica noche de junio despertaron en él los recuerdos de toda su vida. Aquel mismo día cumplió treinta años. Y aunque nunca se dejaba dominar por el sentimentalismo, en aquella hora volvieron mil cosas a su mente, como si en el jardín y en la obscuridad, en una pausa incidental de la furiosa matanza, en aquella suave y mórbida noche de junio, pero siempre en equilibrio encima de los abismos espantosos de la vida y de la muerte, se le hubiese acercado, hasta rozarlo con su aliento, su propia suerte, un ser vivo, para él sólo, real aunque invisible, que, en la obscuridad le susurraba al oído con la misma voz con que las hojas de la zarza bajo la que estaba sentado, murmuraban al recibir la caricia de una brisa suave como un aliento. Sí, ciertamente, era su suerte que, sentada a su lado, en la obscuridad, le decía: «Ahora tienes treinta años: quiero comunicarte lo que te he dado y lo que aun puedes esperar de mí en lo venidero».

Lo sobrecogió el horror de la muerte. Cuanto más pensaba en ello, con mayor claridad sentía que allí, en aquel frente, dentro de una semana o de unos días, se desencadenaría una desesperada ofensiva contra la orilla opuesta del Piave, mediante la cual el mando supremo militar de la monarquía llevaría a cabo el último esfuerzo, sin titubear ante ningún sacrificio de sangre.

Presentía que en aquellas batallas él encontraría la muerte. Se apoderó este presentimiento de él, con tal claridad e intensidad, como si fuese una bayoneta que se

clavara en su frente. Prescindiendo de cualquier permiso más o menos breve, llevaba ya cerca de treinta meses en el frente. Antes o durante un combate sintió, otras muchas veces, aquellos terrores de la muerte, pero siempre fueron sentimientos inciertos, sin consistencia, confusos y nebulosos, que lo asaltaban también en su niñez, cuando, en las tardes de primavera, se tendía en el jardín con los brazos cruzados bajo la nuca, sobre un montón de heno para mirar el cielo y las nubes. Aquellos confusos terrores de la muerte eran los mismos que los antiguos; eran los que cada cual lleva en su pecho, pero en los combates, fueron aumentando y mostraron su rostro más verdadero y real. Dos años atrás, en el frente ruso, en el curso de un avance, un camarada suyo, el teniente Marosán, que andaba a su lado, fue derribado repentinamente de un tiro en el abdomen. Zsibai se inclinó hacia él, le desabrochó la chaqueta y aun le desgarró el pantalón y la ropa blanca, para vendarle la herida. En el vientre de su compañero descubrió una manchita roja, de la cual apenas salían unas gotas de sangre de modo que tenía el aspecto de algo insignificante. Mientras preparaba el vendaje, varias veces fijó la mirada en aquella manchita sanguinolenta y, de repente, vio algo terrible. Aquella herida empezó a alargarse y a dilatarse, y una forma extraña se asomó por ella, como si fuese un ser vivo; parecía una cabeza grande y brillante, seguida por un cuerpo de gusano pardusco, sin miembros ni extremidades y, poco a poco, aquel horror salió por completo del cuerpo del herido. Aquello fue tan raro, tan espantoso y tan incomprendible... Pero más tarde, al pensarlo mejor, se le ocurrió que aquel gusano parecido a un ser vivo no era más que el intestino que, a través de la diminuta brecha en las paredes abdominales, se abrió camino para salir de las tinieblas a la luz del sol. El herido ya estaba muerto, pero sus intestinos continuaban moviéndose en su vientre y hacían fuerza en torno de la brecha alargada, como si todos quisieran salir de su prisión.

Y mientras estaba sentado en el silencio y en la obscuridad, y de vez en cuando, llegaba a sus oídos una palabra o una carcajada de los soldados, o bien percibía a lo lejos el cacareo estridente de un gallo o el ladrido de un can, aburrido en aquella noche silenciosa, sintió que otra vez se había adueñado de su ánimo el terror de la muerte.

XI

Otro día Komlóssy volvió a llevar por la tarde el correo a las trincheras. Había rogado a Zsibai que le confiara aquel encargo porque, durante aquellos largos paseos, le gustaba verse a solas con sus pensamientos. Además, tenía la ocasión de observar, día tras día y de cerca, lo que ocurría en la línea del frente. Y, sobre todo, le interesaba el estado de ánimo reinante en las cavernas, pues en aquel entonces tenía ya el claro presentimiento de que los acontecimientos de los meses venideros más próximos no se regirían ya desde arriba, sino desde abajo.

El hambre y el cansancio, la suciedad y la desesperación hacían fermentar en las almas pensamientos tan destructores como el hedor de la carroña insepulta, que fermentaba al calor del sol estival.

El estado de ánimo de Komlóssy era variable y, a veces, escribía en su diario líneas como ésta: «La guerra acabará sin que ocurra nada importante, sin una perturbación grave. Los hombres están ya cansados y quieren reposar. La multitud es estúpida e insensible. Si durante cuatro años ha soportado, muda y paciente, las torturas corporales que se le han infligido con el mayor refinamiento, si ha permitido ser marcada al fuego, que le arrancaran pedazos de carne viva, cuando los carniceros estén ahitos de su labor inhumana, ella se dejará caer, fatigada, en cualquier lugar, con las heridas sangrando, sin hacer un gesto ni protestar. Extenuada, anonadada, se lamerá el cuerpo llagado y no tendrá siquiera la energía de pensar en el desquite. No, no sucederá nada. Todo está muy fatigado y sufre los efectos de la depresión de esta tarde de junio».

En la trinchera encontró al subteniente Pobrányi. Estaba fatigado por el largo camino. Dejó, pues, en el suelo la cartera del correo y se sentó al lado de Pobrányi para charlar.

—¿Nada nuevo? —le preguntó el subteniente.

—Nada.

Metió la mano en el bolsillo superior de la chaqueta y sacó dos cigarrillos semivacíos, para ofrecer uno al subteniente. En cuanto hubieron aspirado el humo hasta el fondo de los pulmones, sus rostros parecieron aún más descarnados y enlaciados que de costumbre.

Vieron cómo se acercaban a ellos, a lo largo de la trinchera, un capitán y un subteniente de ametralladoras.

Al aproximarse los dos oficiales, los soldados no se movieron, porque, en la línea de fuego, y por orden del mando supremo, se había abolido por completo el saludo militar. Los dos oficiales que, probablemente, llevaban un mensaje o iban a dar parte al comandante del batallón, pasaron a corta distancia. Los ojos del capitán se fijaron por un momento en los de Komlóssy. Se miraron intensamente. El capitán hizo un

movimiento cual si quisiera detenerse, pero luego se dominó y continuó andando.

Pobrányi, que sin duda notó algo, miró largo rato al capitán. De repente se volvió a Komlóssy y agarrándole impetuoso el brazo, preguntó:

—Ése es tu hermano, ¿verdad?

Komlóssy inclinó la cabeza para afirmar. Quería aparecer tranquilo, pero había apretado los labios y estaba muy pálido, como si acabara de sufrir una fuerte emoción. Con los ojos entreabiertos, miraba sin cesar a su hermano, que se alejaba.

—¿Cuánto tiempo llevabas sin verlo?

Komlóssy no contestó en el acto, cual si tuviese necesidad de un poco de descanso y le costara hablar, porque aquel encuentro le impresionó también físicamente, privándolo de todo su vigor.

—Dos años ya —contestó como si este detalle no tuviera ninguna importancia, pues quería ocultar a su interlocutor la agitación que sentía en todo su ser.

Komlóssy continuó mirando a su hermano y no pudo dejar de observarlo hasta que Sándor desaparecieron tras una curva de la trinchera.

Hubo unos instantes de silencio. Komlóssy, con la mano temblorosa, llevó a su boca el cigarrillo casi apagado y aspiró profundamente y con violencia una gran bocanada de humo, en tanto que sus labios se agitaban con breve temblor. Pobrányi, que comprendía la borrasca de sus sentimientos y las ideas que cruzaban por la mente de su amigo, lo miraba con afecto compasivo.

Desde el otro extremo de la trinchera, se oyó la voz del sargento:

—Señor subteniente. Lo llama el señor mayor.

Los soldados, soñolientos y semidormidos, hicieron pasar esta voz de uno a otro con entonaciones diversas, sutiles y broncas, altas o bajas, como eco perezoso y fatigado que se arrastrara despacio, chocando contra todas las desigualdades que hallara al paso. En realidad, no era necesaria aquella transmisión, porque en el soñoliento silencio Pobrányi había oído ya el grito del sargento. Pero el reglamento lo exigía así.

Pobrányi se puso en pie y tomó la dirección de la caverna donde se hallaba el mando del batallón. Komlóssy se quedó solo. Por unos instantes miró hacia delante, con los ojos inmóviles y sombríos. Pensó esperar allí el regreso de su hermano, porque habría de volver por el mismo camino. Y eso no podría interpretarse como una tentativa de aproximación. Quería calmar su desmedido orgullo y esperaba que si llegaban a encontrarse otra vez, ocurriría algo; quizá él dirigiera la palabra a Sándor o éste a él. Cualquiera de las dos cosas era posible.

Pero en cuanto se le ocurrió esta idea, dióse cuenta clara de que él nunca habría hablado primero que su hermano. No había duda de que él fue el ofensor, pero también Sándor debiera haber dado el primer paso, porque allí, en la trinchera, gracias a su grado de capitán, gozaba de gran ventaja con respecto a él. Se esforzaba

en imaginar el estado de ánimo que aquel encuentro habría provocado en Sándor, porque, sin duda alguna, aquel inesperado encuentro también lo impresionó a él. Su mirada así lo manifestó y de igual modo el movimiento de incertidumbre instintiva que estuvo a punto de interrumpir su camino. Pero, por mucho que se esforzara, no conseguía ver claro en el alma de su hermano, sin duda mucho más tenaz que él.

Trató de recoger y ordenar las ideas confusas que le llenaban la mente. Ya no se podía dudar de que si Sándor volvía la cabeza, él no le dirigiría la palabra. Pero no podría volver la cabeza en otra dirección, porque eso equivaldría a un alejamiento definitivo. No, debería mirarlo a los ojos, llamándolo sin palabras y esperando de él una expresión fraternal. Porque, aun cuando quisiera negárselo a sí mismo, en el fondo de su alma, donde guardaba todos los recuerdos de la casa paterna, esperaba y deseaba aquella palabra fraternal. Pero, ¿qué ocurriría si la mirada de Sándor se cruzara con él un instante y nada más, como la primera vez? ¿Y si Sándor le contestara con una mirada fría o desdeñosa?

En tal eventualidad, no podía imaginarse lo que ocurriría luego. Sus nervios, demasiado excitados, estaban tan tirantes a causa de la desesperación constante y de su indomable impulso de rebelión, que no podría tragarse en silencio un insulto como aquél. Al pensar en ello notó que le temblaban las manos. Por su gusto emprendería la persecución de su hermano, y él, simple soldado, con apasionado furor, dirigiría el fuego de sus ojos a la mirada del hermano, superior en grado.

«¿Por qué no hablas? ¿No tienes nada que decirme? Vamos a arreglar definitivamente nuestras cuentas».

Le habría dicho eso o algo parecido. Y aun quizá con mayor violencia, le diera cuenta a gritos de su propia amargura.

—No, mejor será que no volvamos a encontrarnos —decidió por fin.

Y, despacio, salió de la trinchera.

Serían las siete de la tarde cuando emprendió el regreso a Refrontolo. Al llegar, le pareció que había cambiado el aspecto del pueblo. La Vía Vittorio Emmanuele III, con sus pocas y antiguas casitas, pintadas uniformemente por el tiempo con un color negro verdoso, era, realmente, poco digna de su nombre altisonante. Y entonces estaba casi llena por completo de soldados alegres, ruidosos y de inflamados rostros. Todos tenían el cigarrillo entre los labios; algunos fumaban cigarros puros, cosa que, en aquellos días de penuria, era un espectáculo insólito.

Una casa que formaba esquina y en cuya fachada y en caracteres enormes se había pintado la palabra: *Ortskommando* (Comando local) fue, en otro tiempo, la panadería y la droguería, de modo que encima de la puerta principal aun se veían los rótulos: «Venta de pan»; y debajo: «Géneros coloniales». Al lado de esta casa se hallaba la posada, que llevaba el nombre de: «*Antica trattoria Piol*». Era un pequeño edificio desgarrado y sucio, pero su suciedad resultaba pintoresca y romántica; y

cierta cantidad de gárrulas jaulas de pájaros colgadas sobre la puerta de entrada, comunicaba a la casa un tono cálido y acogedor.

Naturalmente, después de estallar la guerra, ya no había en la tahona el perfume del pan recién cocido, y de la droguería desaparecieron incluso los papeles matamoscas; y en la puerta de la posada, más adelante, se fijó una etiqueta de cartón con la inscripción en húngaro: órszoba (Cuerpo de guardia).

El humor alegre, risueño y ruidoso del pueblecillo italiano se había convertido en algo rígido y hostil, a causa de las innumerables inscripciones militares en lenguas extranjeras, de las armas almacenadas en los locales del cuerpo de guardia, de los rostros preocupados y ceñudos de los oficiales, que entraban y salían por la puerta de la panadería transformada en puesto de mando militar, a causa de aquel silencio oficial que reinaba en torno del desgarrado edificio, como siempre ocurre en la vecindad de los puestos o centros militares en tiempo de guerra.

Pero la vida alegraba de nuevo la calle ruidosa y efervescente. En el patio de una casa se oía el sonido de una armónica y algunos soldados, formando un pequeño grupo, cantaban una canción húngara, cuyos últimos acordes alargaban desesperados.

—¿Qué demonio habrá ocurrido aquí? —se preguntó Komlóssy que, por un momento, se había detenido en medio de la carretera mirando a su alrededor. Buscó a quien pudiese informarle de la causa de aquel cambio.

Encontró a Zsibai ante la *Villa Antonietta*. Zsibai lo acogió con expresión misteriosa.

—Los soldados han recibido doble ración de carne —dijo en voz baja, que parecía un susurro, mientras se le oscurecía el rostro, cual si soplara contra él una ráfaga de dolorosos pensamientos.

Al oír aquellas palabras, Komlóssy sintió intenso escalofrío. La doble ración de carne significaba que ya los separaban pocos días del momento en que, después de atravesar el lecho del Piave, serían llevados al asalto de la abrupta muralla del Montello. Y en vano intentarían aquella atrevida empresa, que exigía un esfuerzo sobrehumano en el caso de que los soldados hubieran estado extenuados por el hambre. Para quien conociese el terreno, era evidente que aquella acción sería una de las más terribles batallas de la guerra mundial. Era, pues, preciso alimentar y reforzar a los hombres. Doble ración de pan, doble ración de carne, cigarros y cigarrillos en abundancia. Y, así, en tres o cuatro días, se habría restablecido la energía física y moral de la tropa.

Komlóssy no contestó a las palabras de Zsibai y se alejó con el corazón oprimido, para ver lo que hacían sus compañeros.

A cada paso encontraba soldados de mirada atontada por aquella cena de insólita abundancia. Se habían ahitado de carne de vaca hervida y una enorme cantidad de pan. Avanzaban tambaleándose, porque, además, con la cena, trasegaron medio litro

de vino por barba, que bastó sobradamente para causar una violenta reacción en sus debilitados cuerpos. Muchos se habían sentado al lado de las paredes de las casas y, con la pereza de los animales que hacen una digestión penosa, fumaban cigarrillos o cigarrillos.

Uno se había sentado en el suelo, al lado de la pared y tragaba a grandes cucharadas la comida que tenía en la escudilla humeante.

Cuando Komlóssy pasó por su lado, le gritó:

—¡Señor teniente!

Y levantó hacia él un enorme pedazo de carne clavado en la punta del cuchillo, haciéndole, al mismo tiempo, un guiño para indicarle que estaba satisfecho y se sentía muy bien. Era Napradán que continuaba llamándolo «señor teniente».

—Vivimos mejor que el Papa —añadió Napradán.

Y, con la mayor beatitud, hizo girar varias veces ante sus ojos el enorme pedazo de carne humeante y olorosa, como si fuese un perfumado ramo de flores.

En la cabeza de Komlóssy se agolpaban turbulentas y afanosas las ideas y la alegría de Napradán lo puso más triste aún.

Por la noche, los oficiales se reunieron otra vez en la galería del patio de la casa de correos. Hablaban de los sucesos que se podían esperar en los próximos días, pero ninguno sabía, con precisión, en qué punto del valle del Piave ni tampoco en qué lugar, el mando supremo quería desencadenar una ofensiva de sorpresa. Todos se hallaban con ánimo sombrío y deprimido, pues conocían el terreno y sabían que forzar el paso del río costaría enormes sacrificios de sangre.

Apareció el subteniente Berkes, que murmuró:

—Vengo de la carretera que conduce hacia False di Piave. He encontrado a un grupo de pontoneros que llevaban ya los pontones al río. Ocho hombres para cada pontón. La carretera está llena de automóviles que, en la obscuridad y sin luces, se dirigen silenciosos al Piave. En vano he interrogado a un suboficial, porque me contestó en tono evasivo. Pero me parece que también los camiones transportan pontones y secciones de puente.

El subteniente Posztós lo interrumpió, haciendo un ademán.

—No nos cuentas nada nuevo. También he visto un camión cargado y archicargado de escaleras.

—¿Y para qué sirven éstas? —preguntó Körösi.

—Probablemente construirán el puente militar sobre el Piave en un punto donde, por ser la orilla muy abrupta, sólo se podrá llegar al puente con ayuda de escalas.

—Muy divertido —exclamó el subteniente Oláh con sonrisa amarga e irónica a la vez, que apenas distendió sus labios.

—¿Y cuántos travesaños tiene una de esas escaleras? —preguntó Körösi, volviéndose a Posztós.

—¿Qué sé yo? —le contestó Posztós, encogiéndose de hombros, temeroso de que Körösi quisiera tomarle el pelo, como de costumbre.

Pero éste tenía otras preocupaciones. Con voz tranquila, dijo:

—Lo pregunto únicamente porque serán tantos los travesaños como las ocasiones de poder reventar. En la otra orilla y en las cavernas del monte están los nidos de ametralladoras. Ahora imaginaos la cosa: bajar la escalera un travesaño tras otro, y de espalda al enemigo.

—¡Hombre, no será tan peligroso! —observó el mayor Naláczy.

—¿Y cómo te imaginas el desarrollo del ataque? —dijo Zsibai.

Naláczy arqueó las arrugas que le surcaban horizontalmente la frente e hizo una leve mueca con los labios, como para dar a entender que aquel asunto no le interesaba.

—En cualquier caso, siempre irá precedido de una preparación de artillería hasta ahora nunca vista. Según creo, más bien será un duelo de artillería que de infantería. Ante todo, empezarán a disparar contra las posiciones enemigas; seguirá un bombardeo mortífero, con granadas pesadas, que deberán tronar constantemente por encima de las trincheras enemigas, como si fuesen el redoble de un tambor. El tercer momento será un fuego de cortina detrás de las posiciones, para impedir la llegada de reservas enemigas. El cuarto será un fuego de tambor, el quinto otro fuego de cortina que, como muralla de hierro, impedirá a la infantería enemiga toda retirada. El sexto movimiento será el fuego a rodillo. Este, amigo mío, nos precederá como si fuese realmente un rodillo apisonador, cuando nos arrojemos al asalto.

Y, con las manos, mostraba de qué manera procedería aquel rodillo, en tanto que su rostro inflamado parecía observar las palabras a medida que las pronunciaba. Era un soldado perfecto, que ya se imaginaba el tonante huracán de fuego y de acero, y que, en aquel viento infernal, veía también su propia muerte rodeada de luces apoteósicas.

Pero tal explicación no bastó para calmar los ánimos de los jóvenes. Éstos sabían, desde la época del infierno de Doberdo lo que significaban esas diversas denominaciones del fuego de la artillería y sabían también que durante el ataque, el enemigo contestaba con las mismas variaciones.

Posztós hizo la observación siguiente:

—¿Y no contestará la artillería italiana?

—Claro que sí, pero su contraataque no podrá ser eficaz, porque nosotros intentaremos el paso del río probablemente por algún punto que corresponda a un ángulo muerto de la línea de tiro enemiga. Por lo menos, lo preveo así... —Dando un suspiro, señaló con el dedo, sobre la mesa, a un invisible plano topográfico—. Mirad, por aquí corre el Piave. Aquí está el Montello, aquí los cañones italianos y aquí las baterías inglesas. Hacia False di Piave hay, por ejemplo, un ángulo muerto que el

fuego enemigo no puede alcanzar ni por la derecha ni por la izquierda, porque la conformación de la zona montañosa...

Los oficiales se inclinaron sobre la mesa y empezaron a comentar las explicaciones de Naláczy.

Así continuaron hasta después de las dos de la madrugada. Cuando, por último, se fueron a dormir, estaban fatigadísimos, como si los cerebros se hubiesen paralizado a causa del tremendo esfuerzo con que quisieron adivinar los sucesos futuros. A todos aquella larga discusión los dejó confusos e indecisos, como si durante largas horas hubiesen buscado en vano la solución de un difícil problema de ajedrez.

A los soldados les importaba poco lo que podría ocurrir. En su mayor parte ni siquiera conocían el significado de la doble ración de carne que les dieron aquel día. Y mientras los oficiales velaban y discutían con el alma agitada, en voz baja, casi toda la tropa, con el vientre lleno, dormía el sueño de los justos.

Era el 10 de junio de 1918.

XII

Durante los siguientes días, reinó una gran tranquilidad en el valle del Piave, pero, de noche, la vida se hacía febril. En los caminos que llevaban al río seguíanse los camiones en largas filas. Llevaban a la línea del Piave los pontones y el material necesario para construir el puente. Luego, todo aquel material quedaba muy bien oculto, en la maleza de la orilla, para que los aeroplanos italianos que, durante el día, efectuaban vuelos de reconocimiento sobre el río no pudieran notar los preparativos. Las noches eran frías, lluviosas y batidas por el viento. Los camiones avanzaban despacio y cuando los reflectores del enemigo se fijaban en los caminos, todos se detenían en seco, como si la luz los hubiese inmovilizado. Cuando el haz luminoso se separaba de ellos, continuaba la vida su ritmo anterior. Daba la impresión de que el enemigo no había notado aquel trabajo nocturno y que sus reflectores escrutaban en la oscuridad por costumbre y aburridos.

Así llegó el 14 de junio. A las siete de la noche, la compañía de Komlóssy se congregó delante de la casa Ayuntamiento. Dieron seis granadas de mano a cada soldado. Después de las siete, Komlóssy supo por Zsibai que el mayor Naláczy, comandante del batallón, había recibido ya la orden en un sobre cerrado. En efecto, media hora después, Naláczy comunicó a sus oficiales el contenido de la orden. Pero los soldados aun lo ignoraban todo. Los oficiales tomaron nota de los puntos de la orden que les interesaban particularmente. Zsibai llevó a Komlóssy a la *Villa Antonietta*, al pie de un viejo abeto, de tronco cubierto de yedra, y, en voz baja, le leyó lo que le dijera Naláczy.

De acuerdo con la orden, la ofensiva se iniciaría a la siguiente noche, a las tres, en plena oscuridad. Los cañones, que habían sido transportados durante la noche, abrirían fuego al mismo tiempo. Entre las piezas había ocho morteros del 35.5, dos obuses de 38 centímetros y cuatro cañones, arrastrados por camiones, de 15 centímetros. Entre las piezas de menor calibre había seiscientos diecisiete cañones y ciento veintisiete lanzabombas. A las tres en punto, aquellas negras gargantas deberían lanzar su tonante aullido, descargando sobre las posiciones enemigas una tempestad de fuego destructor. Aquel momento, con sólo imaginarlo al leer las disposiciones de la orden, parecía un espantoso juicio de Dios. Al mismo tiempo, y durante una hora, dispararían contra el enemigo bombas de gas, del tristemente famoso gas «Cruz amarilla». Aquel terrible fuego de artillería duraría hasta las cinco y media de la mañana. Entonces habría llegado el instante que el mando supremo consideraba maduro para intentar el paso del río. Se tenderían sobre él los pontones y se construirían puentes militares. Luego, mientras la artillería continuara trabajando con la máxima intensidad, los grupos de asalto de infantería atravesarían los puentes a la carrera y se reunirían al otro lado, bajo las paredes verticales de rocas del

Montello y, a las siete cuarenta, atacarían las posiciones de la falda del monte. Ocupadas éstas, las brigadas de reserva atravesarían los puentes y la artillería avanzaría de modo gradual hasta el Piave. Mientras tanto, continuaría el trabajo de las piezas, y las tropas de asalto, bajo la protección del fuego de rodillo, se habrían diseminado por los flancos del monte, a fin de atacar las líneas segunda y tercera del enemigo. Después de ocuparlas, toda la masa artillera atravesaría el río, a su vez, para ocupar su puesto en la cumbre del Montello. Disponía la orden que en todos los regimientos sería preciso preparar barcas chatas o almadías, y que, hacia el mediodía, todas las divisiones habrían de disponer, por lo menos, de un puente volante. La orden contenía otras disposiciones referentes a los aeroplanos que, durante el ataque de la infantería, habrían de operar sobre las posiciones enemigas.

Cuando Zsibai hubo leído todo eso, dobló cuidadosamente sus notas, se las guardó en el bolsillo y dijo:

—Me parece que eso significa el fin de la guerra. Tengo la sensación de que es el último esfuerzo de la monarquía y...

Komlóssy lo interrumpió irritado:

—Hace ya cuatro años que antes de todas las grandes batallas tenemos la ilusión de que cada una de ellas será la última.

Era evidente que quería decir algo más, pero guardó silencio y, con las manos a la espalda, empezó a pasear de un lado a otro. La situación y el momento no le parecían apropiados para comunicar a Zsibai su proyecto. En el jardín de la villa había mucho movimiento y, poco después, Naláczy llamó a Zsibai.

Todo ocurrió en el espacio de muy pocos minutos. Hacia las siete y media, en el extremo del pueblo se formó todo el batallón, y Naláczy le pasó revista. Luego, con su voz sutil y aguda, pronunció una breve arenga.

—¡Camaradas! Esta noche, y protegidos por la obscuridad, alcanzaremos la línea del Piave. Mañana al amanecer, y apoyados por la artillería, atravesaremos el río, y, al asalto, tomaremos el Montello. Preparad vuestras armas para esta gran batalla, que será la última y haced acopio de fuerzas, porque de vosotros depende la suerte de vuestra Patria y de vuestro rey.

Se llevó la mano a la visera, como si saludase sus propias palabras y luego resonó la orden:

—*Zum Gebet!* (¡Orad!).

Todo el batallón hincó la rodilla. Siguió un silencio intenso y majestuoso que pareció alumbrar todos los rostros con maravillosa luz. Era el momento en que Dios y la muerte se inclinaban muy cerca de los corazones humanos.

Después de las ocho, cuando ya empezó a oscurecer, todo el batallón, compuesto por unos mil hombres y dividido en pelotones y en columnas cerradas de cuatro en fondo, se dirigió en sepulcral silencio hacia el Piave. Y una vez hubo llegado, ocupó

los puestos señalados. Quizá eran las diez de la noche cuando se les situó en los lugares definitivos. Pero ninguno durmió un instante, porque con el corazón tembloroso esperaban todos las tres de la madrugada.

En la obscuridad Komlóssy se dirigió hacia el lugar en que estaba tumbado Zsibai, con las manos cruzadas bajo la nuca, inmóvil y, al parecer, dormido. Le tocó el hombro y en voz baja le dijo:

—János, ven porque quiero hablar contigo.

Zsibai se puso en pie y avanzaron en la obscuridad intensa, que apenas les permitía verse. Luego, con voz sofocada, Komlóssy añadió:

—Quiero huir. Me propongo dirigirme a Budapest, porque tengo informes seguros de que en el Cuartel María Teresa un grupo de oficiales prepara la revolución... Sería idiota quedarnos aquí para reventar mañana. Aun quizá tengan necesidad de nosotros. No hay necesidad de añadir que no huyo por cobardía... — Guardó breve silencio y, apasionado, añadió—: Y tú debes acompañarme... No perdamos tiempo en inútiles discusiones. Ahora mismo debemos emprender el camino. Mañana por la noche podríamos estar ya en Udine...

En la obscuridad trató de distinguir el rostro de Zsibai. Éste no contestó; en la noche silenciosa sólo se oía su respiración larga y jadeante. Y después de un silencio prolongado, dijo:

—Sin duda sería idiota morir aquí...

No añadió más, como si sus pensamientos estuvieran sumidos en la misma obscuridad que le ocultaba el rostro y la persona, así como todo lo que había a su alrededor, las matas y las desigualdades del terreno, llenas de hombres que, con atormentada ansiedad, esperaban la aparición del alba fatal.

Adivinó Komlóssy la lucha que se desarrollaba en el alma de Zsibai.

—¿No quieres seguirme?

Zsibai no contestó. Miró hacia atrás, como temeroso que alguien pudiera escucharlo, y en voz baja y temblorosa excitación, dijo:

—Hay otra cosa, mi querido amigo, de muy difícil resolución. ¿Te figuras que no se me ha ocurrido la misma idea? Mientras estaba tendido, con los ojos cerrados, pensaba en eso. Pero creo que al huir engañaría y haría traición a todos los hombres que he traído hasta aquí. Fíjate: yo me fugo y mis hombres caerán mañana aquí, a centenares y a centenares, como si fueran moscas...

—Es una tontería. Si pensara así...

—No grites...

Komlóssy bajó la voz.

—Si pensara así no podría abandonar mi puesto, mientras quedara un hombre vivo en el frente. Pero yo me voy a Budapest para salvar a los demás. —Después de una pausa, añadió—: Ésta es nuestra terrible tragedia...

—¿Cuál? —preguntó Zsibai.

—Que nuestras ideas son confusas. No sabemos dónde y cómo un principio moral haya de ceder a otro. Lo que dices es justo, pero yo no puedo cambiar los acontecimientos, aunque me quede aquí, y mañana también me matará el plomo enemigo. En cambio, en Budapest, el más pequeño resultado que pudiera conseguir para ayudar lo que preparan los otros, sería un alivio para la suerte de mis compañeros.

—No —le contestó Zsibai—. ¿Cómo y por dónde quieres empezar? No veo ninguna posibilidad de que consigas levantar a todo el frente. Y así, en conclusión, acabarás por ser preso y fusilado o te deshonrará la señal indeleble de haber huido por cobardía.

Komlóssy no contestó a tal observación. Pero Zsibai adivinó la lucha de su alma, aunque en la obscuridad no podía verle el rostro. Y cuando volvió a hablar, lo hizo con voz cálida y melancólica.

—Sé muy bien, amigo mío, que no temes la muerte. La miraste cara a cara cuando nadie te obligaba a ello. En el caso de Küberger pusiste en peligro tu vida, y me consta que si ahora huyes no es para sentarte en cualquier café de Budapest, sino para iniciar un trabajo serio y meritorio. Pero nunca conseguirás persuadir a la gente de que no desertaste por cobardía. Los hombres son tontos y no se toman la molestia de leer en el fondo del alma.

—No me interesa lo que digan o piensen de mí —contestó Komlóssy—. He resuelto ya este problema en mi conciencia. Óyeme, trato de reflexionar con la mayor sencillez posible.

Se interrumpió entonces, incapaz de proseguir, como si le faltara el aliento. Como de costumbre, le habría gustado desahogarse paseando por delante de Zsibai, de un lado a otro, con el rostro y la mirada inflamados por las ideas inexpresadas, pero en la obscuridad eso no era posible. Así estaba sin haber terminado la frase, como trastornado. Su mente y sus palabras eran insuficientes para expresar lo que sentía. Confusas y pesadas masas de sentimientos le oprimían el alma por todos lados, pero como si lo hubiesen abandonado todas sus fuerzas, sólo pudo decir:

—Es algo obsesionante, amigo.

Permanecieron silenciosos uno al lado de otro, en la obscuridad de la noche, mientras en sus almas se agitaban las pasiones y los pensamientos. Zsibai se mordía, nervioso, la uña del pulgar. Por fin, Komlóssy pronunció una palabra:

—¿Qué?

Zsibai, con voz tranquila y muy triste, le contestó:

—Haz lo que quieras. Yo me quedo.

Se volvió para regresar a su puesto. Komlóssy, sofocando la voz, lo siguió gritando, como si quisiera decirle algo más.

—¡János!

Quizá quería preguntarle si debería llevar un mensaje a su esposa o a su hija, o bien si en Budapest podría hacer algo en su beneficio, pero todo eso se le aparecía vago y confuso, porque en aquel momento eran cosas demasiado razonables y vulgares, y si Zsibai se hubiese vuelto, quizá no pudiera decirle nada.

Pero su amigo no se volvió, aunque había oído la llamada de Komlóssy, puesto que estaba muy cerca. Él no lo llamó ya, pues había comprendido que aquella conversación, con todas sus frases y palabras, era una tortura para Zsibai. Apresurando el paso, se hundió en la obscuridad.

Pero apenas acababa de dar unos cien pasos por la carretera de Solighetto, cuando, de repente, los pasos de Komlóssy se hicieron más lentos, como si en él o por encima de él se hubiese apagado la fuerza que parecía dirigirlo. Se detuvo y permaneció inmóvil, como si el pensamiento le hubiese agarrado de un modo brutal por los hombros, aquel pensamiento que entonces lo obsesionaba con el problema de la vida y de la muerte.

—«Sí. Hay algo que no está bien... —pensó—. Yo me fugo y mañana Zsibai o Pobrányi podrían perder aquí la vida...».

Durante largo rato, no consiguió dar ni un solo paso, ni hacia adelante ni hacia atrás. Y sin que le viniera la menor idea razonable. Por fin, desanduvo lentamente el camino, hasta su puesto, en la línea. Se tendió, pero no le fue posible dormirse. Con la cara vuelta al suelo, apoyó la frente en el brazo. La idea de que dentro de un par de horas podría morir, le parecía hermosa, buena y sedante, porque la lucha que había empeñado consigo mismo, mató en él todos los pensamientos, que yacían en su alma como informes cadáveres de gigantes.

Así permaneció hasta las dos y media de la madrugada. Entonces se puso en pie y empezó a prepararse como los demás. Los soldados inspeccionaban cuidadosamente el contenido de sus bolsillos, como si aquello tuviese extraordinaria importancia. Pero en tales momentos aun las más mínimas cosas adquirirían el mayor interés. ¿En qué bolsillo llevaban las vendas? ¿Cuántos cigarrillos le quedaban? ¿Podrían desprenderse fácilmente las bombas de mano que colgaban de sus cinturones? Todos iban provistos de víveres para dos días, ante la eventualidad de que, después de atravesar el río, el avituallamiento se hiciera difícil o imposible.

Todos tenían la mirada fija en el Montello, aun invisible. El cielo estaba nublado. En la noche, el silencio profundo parecía sofocarlo todo. Sólo el viento silbaba, a veces, por encima de sus cabezas y a corta distancia de ellos gorgoteaba tranquilo y misterioso el río. No se oía una sola voz humana.

—¿Qué hora es? —preguntó alguien.

—Las tres menos diez —contestó el subteniente Posztós, que observaba el transcurso del tiempo gracias a las fosforescentes manecillas de su reloj, como si

todos los segundos que pasaran fuesen un latido espantoso de enorme corazón angustiado.

Un minuto antes de las tres y a sus espaldas, no muy distante, se oyó un cañonazo solitario. Vibró en el silencio y el eco se dirigía de una a otra cumbre de los montes, durante un espacio de tiempo que pareció infinito. Pocos segundos después, de repente, como si toda la bóveda celeste se desplomara con espantoso fragor, la oscuridad se llenó de furiosas llamaradas amarillas, vomitadas por seiscientas bocas de fuego e inundando el alba, todavía oscura, con luz fantástica e infernal. El fragor de los disparos era tan continuado, que el oído sólo percibía un trueno formidable y aterrador; en aquella suma de estampidos ensordecedores no se podía distinguir los disparos mugientes de los grandes morteros, de los estampidos más agudos de los calibres menores.

Las nubes de humo del fuego de artillería no tardaron en cubrir el Montello y descendieron también hacia el valle del Piave, llenándolo hasta la mitad de las vertientes de los montes que había a lo largo del curso del río. El vertiginoso furor de las detonaciones y de los estampidos continuó invariable durante algunas horas. La orilla opuesta del río apenas se podía entrever, cubierta como estaba por la niebla, el humo y el mortífero gas.

Todo aquello facilitó la operación de atravesar el río.

A las cinco y cuarenta en punto fueron echados al agua los primeros pontones. La artillería enemiga, que, en las primeras horas de aquel ataque repentino, calló como si hubiese quedado muda y paralizada, empezó, de pronto, a replicar con toda su energía. Los gigantescos proyectiles hendieron el aire uno tras otro, produciendo el ruido estridente de la tela al ser rasgada, aunque en un grado de potencia mucho mayor y horripilante. Al ruido de aquella música infernal los hombres que se afanaban en colocar los pontones trabajaban con actividad febril.

En cuanto quedaron tendidos los primeros pontones, las ametralladoras, ocultas en las cavernas de la orilla opuesta, empezaron a disparar con rabiosa vehemencia. Entre aquel huracán de proyectiles fueron apoyadas las escaleras en las paredes rocosas y cortadas a pico de la orilla, a fin de que la infantería pudiera descender hasta los pontones. Alrededor de las escalas y de los pontones se originó una confusión espantosa. Todos querían ser los primeros en bajar las escaleras, para poner los pies sobre los pontones y alcanzar cuanto antes la otra orilla y las posiciones enemigas. No los impulsaba el delirio heroico, sino el deseo impaciente y tormentoso de superar lo antes posible todo lo que les separaba de su destino, lo que era ya inevitable y de lo que nadie se podía salvar.

En la confusión se rompieron dos escaleras. Luego un pontón sobre el cual se arrojó una cantidad de hombres doble de lo que podía resistir, desapareció en pocos minutos tragado por las aguas del Piave. El pesado equipo militar, la carga de hierro

de las municiones y de las granadas de mano suspendidas del cinto, arrastraron a los hombres a las aguas profundas. Varios pontones habían alcanzado ya el primer banco de arena de la orilla opuesta, en la que se replegaban los puestos contrarios. Pero en la dirección de Nervesa la artillería enemiga podía ya tirar sobre aquel punto atravesado por las tropas. Alrededor de los pontones y donde caía una granada pesada el agua del río se levantaba impetuosa, formando grandes columnas de blanca espuma. Parecía que el lecho del río se derrumbase en aquel punto y manifestara su cólera como fiera herida. El agua y el fuego se cruzaban en el aire y, de pronto, dos pontones cargados de soldados se derrumbaron porque las granadas enemigas los habían convertido en dos montones informes de astillas.

Mientras tanto, los soldados continuaban descendiendo en espesas filas y sin parar por las escaleras de mano, a fin de llegar a los pontones flotantes sobre las espumosas y ensangrentadas aguas. A Komlóssy le llegó su vez. Mientras bajaba sosteniéndose con las manos en las largueras de la escalera, el soldado que lo seguía le pisó una mano con la pesada bota claveteada. El agudo dolor le hizo perder el equilibrio y se cayó de espaldas desde dos metros de altura. Los que lo seguían pasaron de un salto sobre su cuerpo, creyéndolo herido de bala de ametralladora, como les ocurrió a otros muchos que yacían muertos o heridos a los pies de las escaleras. Komlóssy permaneció tendido en el suelo, aturdido por la caída, pero sin haber perdido el sentido. Por encima y alrededor de él rugía y tronaba con furor incesante el gigantesco duelo de artillería y sus mugidos apagaban casi los disparos de las ametralladoras.

Los labios de Komlóssy estaban contraídos por amarga sonrisa. Con los párpados entornados contempló dos tallos de hierba que surgían tímidamente de la tierra, a su lado. Dábase cuenta de que habría podido levantarse y buscar algún refugio contra el fuego de las ametralladoras. También podía subir a un pontón y tomar parte en el ataque de la otra orilla. Pero no se movió. Estaba muy bien tendido allí e inmóvil. Experimentaba un sentimiento hermoso y sublime, que lo mantenía sujeto al suelo como si fuese la trampa preparada para un pájaro gigantesco. Y aquel sentimiento le decía: ¡Morir, morir, morir y no preocuparse de nada!

Permaneció dos horas tendido e inmóvil. Mientras tanto, había aumentado la luz del día. Pero la mañana era opaca, nebulosa, húmeda. En el horizonte había grises masas de nubes que corrían como si tuvieran mucha prisa. Y, al parecer, en ellas se reflejaba el cuadro de la batalla que se desarrollaba furiosa en el valle.

A su alrededor no había nadie, porque habíase conseguido ya la proyectada travesía del río. Los soldados que se hallaban ya en la orilla opuesta se habían congregado al pie del Montello, y aunque recibieron la orden de atacar las primeras posiciones en las faldas del monte a las siete de la mañana, las ametralladoras apostadas en las cavernas les dirigieron un fuego tan nutrido, que exasperados por su

situación peligrosa y sin hacer caso de la orden, se arrojaron a las siete menos quince minutos contra los puestos enemigos y los redujeron al mutismo.

Continuaba el fuego de la artillería, pero ya con menos violencia y alguna interrupción. Entre el trueno de los cañones podíanse distinguir ya otros ruidos: el tableteo de las ametralladoras o el ronquido de los aeroplanos que volaban sobre el lecho del río, a pocos metros de altura, y en los bancos de arena resonaban los aullidos y las exclamaciones de dolor de los heridos.

Todo ello hizo que Komlóssy volviera en sí, hasta cierto punto. Se apoyó en un brazo para mirar a su alrededor. Vio que ante él y por debajo de Susegana tendían un puente sobre el cual un avión italiano arrojó entonces una bomba. Un momento después los montantes del puente saltaban al aire como si fuesen briznas de paja. Entre él y el puente destruido, al lado de un pontón derrumbado y arrastrados por la corriente, nadaban jadeantes dos caballos. Por la parte del Montello, envuelto en un manto de humo y de llamas, había una bandada de palomas que primero trazaron amplios círculos en el aire y luego, de repente, emprendieron el vuelo en línea recta y segura, como si siguieran una dirección convenida. ¡Palomas mensajeras! Llevaban a retaguardia, a los mandos superiores, el relato de los resultados de la ofensiva. Cuando entre las llamas rugientes, y resplandeciente entre las nubes de humo vio la bandada de palomas, le pareció sentir en el cielo y entre el fragor de los cañones, una gigantesca carcajada de locura.

Se volvió para observar el terreno a su alrededor. A corta distancia yacían algunos cuerpos inmóviles. Separó la mirada de uno de ellos, porque le había parecido el cadáver de Zsibai. Pero le dio la impresión de que era imposible. Volvió a mirar aquel cuerpo, que le volvía la espalda y, aunque no podía ver su rostro, lo reconoció por la gorra y por el zurcido que llevaba en el codo de la chaqueta y que recordaba muy bien. Se arrastró hasta él y le examinó el rostro. Zsibai estaba muerto, pero en su semblante, de color gris, no se advertía ninguna emoción. En la mano derecha que yacía en el suelo como el brazo de un crucifijo derribado, sostenía aún a medias su revólver de oficial. Su mano inmóvil y vacía acusaba aún claramente aquella posición de los dedos con la que se empuña una pistola.

Komlóssy tomó el arma y un instante sintió el ímpetu salvaje de apuntarla contra su sien y matarse. Deseaba acabar definitivamente. Pero, no. Había de vivir, regresar y vengar a todos.

La fuga le parecía ya mucho más complicada. En su alma dominaba la idea de que si intentaba avanzar sería muerto.

No podía retroceder, porque lo habrían destinado a las tropas de reserva y entonces todo volvería a empezar. A su juicio, aquel combate al pie del Montello podía durar varios días, quizá una semana.

Hacia el mediodía, pareció calmarse un tanto el fuego de la artillería. Entonces,

derrengado, se durmió. Pero aun en el sueño continuó oyendo el gemido espantoso de los heridos, que no cesaba un momento, desde los bancos de arena. Durmió largo rato, profundamente, casi desvanecido. Se despertó al oír el ruido de algo que fue a parar a corta distancia de él, tanto, que en el rostro sintió como un bofetón, la presión del aire. Los cañones tronaban aún. Probablemente no se interrumpieron durante su sueño. La obscuridad era intensa. Quizá eran las nueve de la noche.

Se sentó y se palpó los miembros doloridos, tratando de recoger y coordinar sus confusas ideas. Se libró de todas las armas que llevaba, sin olvidar las granadas de mano. Sólo conservó el revólver de Zsibai y la mochila, en la que llevaba víveres para dos días. Y poniéndose en pie, emprendió el camino.

No se dirigió a Refrontolo, sino hacia Solighetto, o sea hacia Budapest. Andaba lentamente, como si no tuviera prisa. Se abandonó por completo a la confusa y misteriosa fuerza que lo impelía hacia la ciudad lejana, hacia la revolución y a los grandes fines y sublimes sueños sepultados en el fondo de su alma. Parecía que al andar así, sin ruido y por el terreno húmedo de la carretera de Solighetto y en plena obscuridad, él hubiera perdido, de repente, su calidad corporal, convirtiéndose, tal vez, en un átomo, en una mota invisible, que se destaca de la inmensa alma magyar, sofocada en las trincheras de la guerra mundial. Y aquella motita de alma fluctuaba incierta hacia adelante, para ascender luego y desvanecerse en las alturas, en el sombrío horizonte de los procelosos tiempos.

XIII

Tomó el camino hacia Conegliano. Conocía muy bien aquella región. El pueblecillo italiano se levantaba a un lado de la carretera que conducía a Venecia, que corre desde el Norte, o sea desde Austria hasta la orilla del mar. Conegliano era entonces la última estación ferroviaria. Los trenes que transportaban las tropas y material bélico ya no pasaban de allí. Como es natural, llevaba ya largo tiempo suspendido el movimiento de pasajeros y aun el pueblo estaba destruido, porque la artillería italiana mantuvo constantemente su fuego contra la estación ferroviaria.

Conegliano se hallaba a unos diez kilómetros del teatro de la batalla. La noche era lluviosa, estaba cubierta de nubes y hacia el Sudoeste la obscuridad era desgarrada, de vez en cuando, por algunos rayos luminosos. Acá y acullá se veían las blancas y rojizas llamas de las granadas que estallaban. Aun tronaba por el Sudoeste, como si en aquella dirección se desencadenara un verdadero huracán. Se percibía claramente el fuego de la infantería y el tableteo de las ametralladoras. Aun rugían con algunos intervalos las profundas gargantas de los cañones de gran calibre. Sobre su cabeza pasaba, de vez en cuando, el ronquido de un avión, invisible en la obscuridad, que volaba sobre el campo de batalla como ángel negro.

A veces encontraba camiones con luces apagadas. Transportaban municiones y tropas de reserva al lugar del combate, para alimentar y saciar de sangre y de explosivos el infierno que se desencadenó alrededor del Montello. Era un espectáculo realmente espantoso, monstruoso; aquellos camiones cargados de carne humana, que él podía observar, escondido, mientras pasaban, y su propio corazón palpitaba violento. En la obscuridad no podía verlos bien, pero sabía que en aquellos camiones se transportaban tropas. Tal vez aquel extraño silencio indicaba que la carga era material humano. Parecía un desfile de lúgubres vehículos, que acarreaban al cementerio una hecatombe inmensa de cadáveres. Pasaron luego unas baterías de artillería. Más tarde se oyó el tintineo de los sables, el jadeo de los caballos, el retumbar de los carros de hierro y el choque de las fustas y las voces de mando sofocadas y estridentes como maldiciones. Sin embargo, tampoco aquella vez pudo distinguir en la obscuridad rostros o figuras humanas.

Aquello era espantoso y fantástico. Como si la guerra ya hubiera pasado para él, para siempre jamás y todas las voces y las sombras de hombres, de animales y de cosas que lo rodeaban en la obscuridad fuesen tan sólo la continuación de aquella pesadilla opresora, que no lo había abandonado en el espacio de cuatro años.

Asaltado por aquella impresión, en la medida que le permitieron sus fuerzas, se dirigió a Conegliano, bajo la lluvia fina. Andaba sin seguir un fin preciso y determinado. Aquello le pareció algo semejante a la muerte, pero a una muerte extraña y singular. Correr por caminos oscuros, en un país extranjero, hacia el

infinito, oyendo a su espalda los disparos cada vez más débiles y lejanos y en los que parecían estallar los recuerdos de su pasada vida.

Después de hora y media de marcha, apenas podía distinguir las voces de los cañones. Eran más alargadas y parecían casi extenuadas y suavizadas por la distancia.

Seguía andando sin mirar hacia atrás. A veces a uno y otro lado, en los surcos de los campos arados o frente a él en la carretera, caía silbando una granada que, por un instante, disipaba la obscuridad con una llamarada blanca y mostraba la forma fugaz de un árbol o de un espacio del camino. Entonces él apresuraba el paso para alejarse cuanto antes de aquellos estampidos ensordecedores y de los rayos cegadores de la realidad.

Había pasado ya la medianoche cuando llegó a Conegliano. No entró en la población, donde no tenía nada que hacer y donde, tal vez, lo amenazaba el peligro de que lo detuviesen. Sentía un cansancio mortal y tomó asiento a la orilla del camino y al pie de un castaño que lo defendía un tanto de la lluvia. Apoyó la fatigada cabeza en el tronco y así escuchó el monótono rumor de la lluvia, que caía sobre las hojas y sobre su cabeza. Aquel rumor era acompañado, a enorme distancia por el trueno de los cañones, que parecía amortiguado por unas gigantescas y gruesas cortinas. En otras ocasiones, aquel ruido apenas era perceptible. Una gota de lluvia que a través del follaje caía, gruesa, sobre su cantimplora de aluminio, producía un sonido más intenso que la voz de los cañones en la lejana obscuridad de la noche.

Todo era igual. El trueno producido por una gota de agua y el rugido de un cañón. En el tejido de la vida las diferencias entre las cosas, aun a cortas distancias, se confunden y se diluyen.

Escuchaba la cadenciosa música de la lluvia y mientras su cuerpo se sumía en la rigidez de un sueño mortal, como barco naufragado, que va a parar a la profundidad del Océano, detrás de los párpados cerrados ardía su conciencia, como llama avivada sin cesar por el diligente fuelle. Y el llamear doloroso de su conciencia era estimulado por el jadeo de mil pensamientos. Así, en la obscura noche y bajo la fría lluvia, estaba sentado en el suelo con la cabeza apoyada en el tronco del castaño, los brazos colgantes, inmóvil e inanimado como un herido; allí estaba sentado y no sólo separado del furor de la batalla y de sus compañeros, sino también de toda la humanidad y de todo el universo. En su mente las ideas se agrupaban y se confundían.

De repente y al mismo tiempo, aparecieron dos rostros en su visión mental. El primero era el de Küberger, asustado, en el momento que precedió al insulto recibido. Y el otro era el de su madre, rostro dulce y preocupado, que estuvo a muy corta distancia del suyo mientras le sujetaba un botón del capote. Estaba tan cerca, que aun creyó sentir la apacible respiración. De pronto vio el casquete de seda del abuelo, adornado por unas cintas ya descoloridas, y se le ofreció también un mapa militar con

manchas verdes y pardas, líneas azules, rojas o negras, que representaban el teatro del combate. Y a su pie estaba la inscripción: *Montello + 369*. Luego, de repente se reanimó en él la misma sensación que experimentó en el parque del conde, cuando un criado los agarró con violencia y el secretario empezó el interrogatorio; y pensó también en el que tuvo que soportar en Praga ante el tribunal militar, cuando lo degradaron. Pero al mismo tiempo vio dos manos. Una era de Bea (ésta la veía naturalmente muchas veces, como minúscula realidad en un mundo irreal de ensueño), que se posaba con abandono sobre el blanco mantel del vagón restaurante. La otra era la del subteniente Kalmás, cuyo cadáver encontró en un bosque de la Galitzia. Y aquella mano yacía inerte entre las hojas secas y enrojecida de sangre. De repente dos miradas se posaron en él; una era de Erzsébet, cuando la besó por vez primera, al regreso del cine y ante la puerta de su casa. La otra era la rígida mirada de porcelana del sargento Hemskerk, que lo contemplaba ceñudo, mientras le daba el parte. Entonces, oyó la aguda risa de su hijo y el zumbido turbulento del Piave. Cosas infinitamente lejanas entre sí, en el tiempo y en el espacio, se ofrecían a su mente una al lado de otra. Eran las ondas confusas de un alma humana, agitadas, que se sobreponían mutuamente. No ocurría como en el bosque, cuando creyó estar a punto de morir y caía sobre él la lluvia de los recuerdos, filtrándose a través de la obscuridad y de una apacibilidad sobrehumanas.

Quizá pasó una hora entera inmóvil, con los ojos cerrados y los miembros doloridos al pie del árbol, oyendo el monótono susurro de la lluvia y el lejano estruendo de la batalla.

Luego tuvo la impresión de que el galope febril y desenfrenado de sus pensamientos empezara a calmarse, como si en su organismo se hubiese agotado la fuente de energía que ponía en movimiento aquella confusión de ideas. Ardía en él, iluminando su alma, el recuerdo de los sucesos de las últimas horas. Se repitió en su memoria, con multitud de tonos de voz y con las afanosas pausas, la conversación de la noche anterior con Zsibai, cuando quiso persuadirlo de que huyera con él.

Al llegar a este punto del curso de sus pensamientos, sintió en su corazón un agudísimo dolor, y a duras penas contuvo una exclamación. De nuevo pensó en las causas que la noche anterior le obligaron a desandar el camino en la oscura carretera. ¿Tenía derecho de desertar o de volver violentamente la espalda a aquel destino que sus compañeros afrontaban con rostro pálido y espectral? ¿Tendría alguna ocasión y manera, en su futura vida, de saldar aquella deuda con sus compañeros muertos? El fin que se había propuesto, ¿equivalía en valor moral al tributo que sus pobres compañeros pagaron, sin remisión, a la suerte? ¿Era su resolución, con la cual se substrajo a la furia de la batalla, tan pura como la muerte que iluminaba con luz celestial los cadáveres de sus caídos compañeros? ¿No habría en su resolución algo de fango o no palparía en ella, quizá de modo subconsciente, un miserable deseo de

vida, para dedicarla un día a su hijo o encontrar a otra mujer, cuyo amor fuese puro y cuya mano, mórbida y delicada, serían para su alma, terriblemente fatigada, lo que para el caminante exhausto de fuerzas es una suave almohada de plumas?

Por debajo de los cerrados párpados se asomaron abundantes las lágrimas. Pensó en Zsibai e, impensadamente, se sumió en tal exceso de dolor, que se echó a llorar desesperado. Nunca le ocurriera algo semejante, desde los tiempos de su infancia. Muchas veces lloró la muerte de su padre, pero fue un llanto silencioso y puro, un llanto de despedida, doloroso, pero tranquilo. Ahora, en cambio, lo sacudían los sollozos, con salvaje violencia, que lo sofocaba. ¿Tanto había querido a su amigo? ¿O quizá lo sumía en aquella situación el dolor cuando el cuerpo y el alma estaban tan extenuados que apenas podía ponerse en pie?

Todo aquello era extraño e incomprensible. Pero a nadie podría asombrar, porque nadie, tampoco, oía el llanto del desertor y no había persona alguna en la lluvia, el viento y la obscuridad.

Por último, se calmó aquel huracán de sensaciones y, poco a poco, recobró la calma, aun cuando quedó como si lo hubiesen abandonado todos los pensamientos. Sintió un hambre espantosa. En la mochila llevaba cuatro latas de conservas, pero no podía abrirlas porque carecía de todo instrumento metálico y aun de su bayoneta. Comió solamente pan, aquel pan de munición acre y pesado, que a través de la lona de la mochila humedeció la lluvia, haciéndolo más desagradable. Pero comió con la avidez de quien se muriera de hambre. Se caló luego la gorra hasta las orejas, levantó el cuello del capote y se tendió sobre la hierba saturada de agua, apoyando la frente en el antebrazo. Se durmió en seguida, sin tener en cuenta que, derrengado como estaba, se despertaría tarde y, a la mañana siguiente, los gendarmes de ronda lo encontrarían en aquella extraña situación. Se abandonó por completo al aniquilamiento físico y moral del sueño.

Se despertó sobresaltado, porque alguien le sacudía un hombro. Abrió los ojos, pero no supo dónde estaba ni qué había ocurrido. Miró a su alrededor: era ya día claro. Los árboles, la carretera y las viñas y los frutales que había a un lado y a otro, eran muy diferentes de cómo los imaginara en la obscuridad. Todo era más pequeño y tenía proporciones verosímiles.

Un suboficial de Sanidad lo miraba y le preguntó si se encontraba mal. Él, después de bostezar y desperezarse, le contestó:

—No, estoy bien.

—¿Adónde va?

Miró al suelo y luego dijo:

—El señor teniente me ha enviado a Conegliano... al *Ortskommando*.

Pronunció estas palabras con tal naturalidad que el suboficial no sintió ningún recelo. Y no era del todo una mentira lo que acababa de decir, porque había soñado

que Zsibai le dio el encargo de dirigirse a Conegliano, para recoger y preparar los trenes, ya que las tropas húngaras del ejército habían de volver a su patria; abandonaban los campos de batalla, para empezar en sus casas la nueva lucha por la independencia. Y aun rodaba por su cerebro este sueño confuso, cuando el suboficial le dirigió la palabra.

Este último se volvió a uno de los camiones de la Cruz Roja que, lentamente, se dirigían al pueblo. Transportaban los heridos del combate del día anterior. Oyó como el suboficial gritaba a alguien que estaba en lo alto de un camión:

—No tiene nada. Es un ordenanza al que han enviado al pueblo y que se ha dormido por el camino.

Despacio, se aclaró su mente. Envuelto por el capote, empapado de agua, sentía a veces, intensos escalofríos y el tono gris de aquella mañana húmeda y fresca lo devolvió dolorosamente a la realidad. Se puso en pie y miró a su alrededor. Por el camino y lejos vio otros camiones de la Cruz Roja que se aproximaban. Sabía, pues, que siguiendo aquel camino, no tardaría en encontrar nuevos peligros. Las patrullas de gendarmería de campaña recorrían diligentes los caminos y senderos para recoger los desertores. Antes de la batalla, se enteró de que en Codrippo habían detenido a todo un regimiento checo que intentaba la desertión. En Pordenone se concentraban los desertores de distintas tropas; y sabía también que, en adelante, no sólo los gendarmes, sino también algunas compañías especiales estarían encargadas de vigilar el frente, para impedir las desertiones.

¿Adónde convendría dirigirse? Toda la región que lo rodeaba abundaba en campos de cultivo, vergeles y viñas, y veía las verdeantes pendientes de los montes cruzados por las ruinas de los campanarios derribados por el furor de un cañonazo y los tejados negros y rojizos de pueblos y aldeas. De momento, le pareció imposible escapar. ¿Cómo podría llegar a Austria? ¿Y de qué manera conseguiría llegar al suelo de su patria? Budapest se hallaba quizá a mil kilómetros de distancia. De haber podido avanzar sin obstáculos ni interrupciones, necesitaría más de un mes de camino. ¿Y qué sería de él en aquella marcha larga y fatigosa?

Continuó su camino hacia el nordeste, para alejarse lo más posible de la carretera. Se propuso atravesar la región que se extiende al noroeste de Aviano y que, según su mapa militar, era la más deshabitada de aquella región.

Después de hora y media de marcha, llegó a una altura desde la cual, y con ayuda de su mapa, pudo orientarse. Ante él, y a lo lejos, veíanse las primeras estribaciones de los Alpes. La región parecía salvaje y abandonada. Grandes cañaverales manchaban la llanura a través de la cual cruzaba un sendero. Por él continuó el camino con la mayor cautela, para evitar las patrullas. Sólo encontró a unas viejas campesinas que guiaban carros de dos ruedas arrastrados por un asno y en los que transportaban barriles de agua potable. Las campesinas italianas no hacían caso de

aquel soldado. Komlóssy hizo seña de que parara a uno de aquellos vehículos, en el cual observó un jarro de leche. Dirigió algunos ademanes a la mujer, mostrándole su dinero y luego el jarro de leche. La vieja campesina desdentada, que llevaba un pañuelo anudado en el cogote, a la moda italiana, gritando palabras incomprensibles, le dio a entender que estaba dispuesta a aceptar aquella oferta. En voz alta, le dirigió un largo discurso, aunque Komlóssy no comprendió una sola palabra. Probablemente maldecía la guerra. Llenó un pote de leche, ocultó el dinero en un bolsillo de la falda y, continuando su camino, prosiguió su discurso aunque dirigido al asno, que, sin preocuparse de los asuntos del mundo, tiraba del carro con apática indiferencia. Y cuando ya el carro estaba lejos, aun se oía la voz de la campesina.

Oculto en un cañaveral, bebió ávidamente la leche, que le dio nuevas fuerzas. Luego, refrescado y sereno, continuó el camino que se extendía a lo lejos, en línea recta. Por el momento, no le amenazaba ningún peligro. Sentíase solo en aquella llanura abandonada y en el valle inmenso dio libre curso a sus pensamientos. Estaba animado por resoluciones grandes y hermosas, y ya no lo atormentaban los escrúpulos o los remordimientos. Era capaz de medir y ponderar sus acciones, con ideas claras y simples. Sí, estaba bien y era justo que se encontrase allí y, con la ayuda de Dios, no tardaría en llegar a Budapest.

Recordó cuando habitaba en compañía de Zsibai y con él tomaba parte en las agitaciones universitarias, y también la mañana en que manifestó a Zsibai que iba a visitar a un pariente suyo y, en vez de hacer eso, se dirigió a un bosquecillo. El sol de septiembre bañaba los árboles de maravillosa luz y el viento hacía caer algunas hojas doradas. Paseó durante bastante tiempo por el sendero, con las manos a la espalda. Entonces tenía diecinueve años y era estudiante del primer curso de Derecho.

Ahora, allí, en aquel gigantesco y desierto valle de los Alpes, se sintió en la misma disposición de ánimo que aquel día de su solitario paseo por el bosquecillo. Imaginaba tener delante una gran multitud de hombres que llenaban el valle. Veía muchas miradas fijas en él y sentía todos los corazones conmovidos por las corrientes de pasión que surgían de su alma. En el corazón y en la mente reaparecían las frases que compusiera entonces con el fuego y el entusiasmo de sus diecinueve años. Pero, ¡cuánta fuerza, cuántas pasiones y cuánta amargura inundaron luego aquellas palabras! En cada una de ellas retumbaba el estampido del cañón durante cuatro años. Las palabras inanimadas recibieron un alma y una vida; vivían, respiraban, sangraban y gemían, como los heridos tendidos en los bancos de arena del Piave. Adquirieron terrible significado, como la noticia sin importancia de un periódico que habla de un accidente tranviario y que se transforma inmediatamente en cuanto sabemos que la víctima es nuestra madre o nuestro hermano. El vacío de aquellas palabras se llenaba de cadáveres, de los que pertenecían a sus amigos. Veíase en la tribuna pronunciando palabras ardientes ante la multitud revolucionaria. Y habría pronunciado aquel mismo

discurso que desde los quince años resonaba en su corazón y repitió muchas veces. Sí, ante aquella multitud revolucionaria habría exclamado:

«¡Hermanos húngaros! Ha llegado el momento en que vosotros, hijos de una milenaria nación, libre e independiente, sacudáis de vuestros cuellos el yugo de Austria y de los Habsburgos que, desde mucho tiempo atrás os llevan al matadero, para salvar de la ruina su trono que se tambalea. Y cualquier fisura de aquel trono ha sido reparada con vuestra sangre».

Notó que había pronunciado aquellas palabras en voz alta como si, realmente, se dirigiera a una multitud. Mas no se apuró, porque estaba solo por completo en la enorme llanura, rodeada de azules montañas. Se abandonó a la fuga febril de sus palabras y siguió hablando con toda la fuerza de sus pulmones. De repente, calló. Algunos hombres se acercaban a él. Estaban tan lejos que podían ser confundidos con unas ovejas o con unos bueyes, pero avanzaban ordenadamente, y Komlóssy comprendió que sería alguna numerosa patrulla de gendarmes rurales.

Se dirigió al cañaveral, donde se internó cuanto pudo. Por un momento trató de imaginar lo que ocurriría si los gendarmes registraran el cañaveral. Decidió permanecer inmóvil por lo menos dos horas. Mientras tanto se habría alejado ya la patrulla.

Buscó un lugar seco y se tendió. Aquel descanso le pareció muy grato. El camino estaba algo lejos y las voces de aquellos hombres no podían llegar hasta él. No sentía ningún temor o agitación. Un presentimiento le aseguraba que podría llegar a Budapest sin inconvenientes. Estaba tendido, con la cabeza apoyada en un brazo y reflexionaba. Se encaminaría a Budapest, pasando antes por su pueblo, porque deseaba ver a su hijo. Pasaría unos días en su casa. Por la noche llamaría a la ventana y durante el día no se alejaría del jardín, de modo que, aparte de su madre, de Maska y de su hijo, nadie se enteraría de su presencia. Pasaría el día debajo del emparrado que había en el fondo del jardín y su hijo estaría constantemente con él.

De repente, y en el interior del cañaveral, se oyó un ruido. Por un momento, se paralizó su corazón. Pensó que sería algún animal, un ave grande, pero luego el ruido de las cañas al ser agitadas, lo convenció de que se aproximaba una persona. Avanzaba cautelosa, paso a paso y se abría camino inclinando las cañas con una mano.

Komlóssy no se atrevía a moverse, para no revelar su presencia. Habría sido inútil huir, porque el movimiento de las cañas indicaría claramente su camino y no sería difícil detenerle de un balazo. Permaneció, pues, inmóvil, con los ojos desorbitados hacia el rumor que se acercaba.

Poco después vio la mano de aquel hombre por entre las cañas y luego apareció una cabeza cubierta de un gorro militar. Era Napradán. Él no se fijó en Komlóssy, y su mirada, en aquel momento, muy parecida a la de una fiera, se aguzaba mirando en

otra dirección que deseaba seguir para continuar el camino. Komlóssy lo reconoció gracias al reloj de pared que llevaba bajo el brazo. En aquel momento, Napradán descubrió al soldado inmóvil y lo miró manifestando el mayor asombro. Fué tal su pánico, que se volvió de pronto y desapareció en la espesura con la rapidez de una ardilla. Komlóssy, en voz baja, lo llamó:

—¡Napradán!

—¿Quién es? —preguntó él con la voz alterada por el miedo y sin atreverse a avanzar.

—Acércate, animal. Ven aquí. No tengas miedo.

Napradán asomó su rostro huesudo y flaco, de expresión asustada y extremadamente cómica. Miró a Komlóssy, confuso e indeciso y preguntó:

—¿Él... el señor teniente?

—Soy yo. ¿Qué buscas por aquí?

—¡Qué sorpresa! —observó tranquilizado y alegre Napradán.

Luego, doblando el cuerpo, se acercó a Komlóssy, con el paso a que se había acostumbrado en la guerra, en los movimientos de avance.

—¿Qué buscas por aquí? —repitió Komlóssy, en cuanto Napradán se hubo sentado a su lado, después de dejar en el suelo el reloj de pared, con el mayor cuidado.

—Me he escapado.

—¿De dónde?

—Del Piave. Dispararon contra nuestro pontón y nos caímos al agua. Yo me libré de todo lo que pesaba, incluso de la bayoneta y de las bombas de mano. Y por debajo de False, después de muchos esfuerzos, alcancé la orilla a nado. Luego huí.

Por un momento, apoyó la mano en el brazo de Komlóssy o, mejor dicho, lo rozó. Para él ese ademán era señal de insólita confianza.

—Señor teniente, me parece que no somos los únicos en este cañaveral.

—¿Por qué te escapaste?

—Ya estaba harto. He sido herido tres veces y en mi casa me esperan cuatro niños. ¿Debía hacerme matar en el Piave? Que vayan los que aun no han estado en el frente. Que vayan los abogados. ¿No tengo razón?

Napradán, Dios sabe por qué, creía que todos cuantos durante cuatro años hallaron, gracias a su astucia, el modo de evitar que los enviaran al frente, no podían ser más que abogados.

Komlóssy se sintió aliviado al oír a Napradán que, mientras hablaba, hacía torpes gestos con las manos, como todos aquellos que tienen brazos y manos pesados como pedazos de hierro, a causa de su penoso trabajo físico.

—¿Y por qué llevas contigo ese reloj?

Napradán le dirigió una mirada y, muy serio, contestó:

—Lo llevo a mi mujer.

Luego, arrugando la nariz, como si lo deslumbrara el sol, pareció seguir con la mirada las palabras que había pronunciado. En la pregunta de Komlóssy había cierta malicia, pues no pudo resistir la tentación de burlarse un poco de Napradán. En la compañía todos estaban enterados de la razón de que vigilase con tal cuidado rabioso aquel reloj. Se lo preguntaban cien veces al día y Napradán contestaba siempre con la mayor seriedad. Aun los oficiales lo interrogaban también acerca del particular. Una vez incluso el general Takáchi, a quien contaron aquella historia a la hora de comer, interpeló a Napradán:

—¿Qué haces con este reloj?

—Lo llevo... lo llevo a mi mujer, excelencia —contestó Napradán, después de haberse cuadrado y acompañando sus palabras con leves movimientos de cabeza.

Su sencillez encontraba muy natural aquella pregunta aunque se la repitiesen mil veces al día.

—¿Y el reloj fue a parar al agua contigo? —le preguntó Komlóssy.

—No, señor —respondió Napradán casi ofendido—. Lo oculté en la cavidad de un árbol y luego, de noche, fuí a recogerlo. ¡En el agua! ¿Cómo ha podido pensarlo siquiera? Ya una vez aquellos sinvergüenzas echaron agua a la máquina. Nos costó mucho limpiarlo a mí y a Csordás. Y usted, señor teniente, ¿qué hace en el cañaverl?

Mientras mordisqueaba un tallo de hierba, Komlóssy miró hacia adelante, sin contestar. Y, tras largo silencio, dijo:

—Yo también voy a casa.

Por un momento pensó en comunicar su proyecto a Napradán y decirle que se dirigía a Budapest para provocar la revolución y tomar parte en aquel movimiento secreto que preparaba la nueva guerra de independencia húngara. Pero comprendió que aquellas sublimes ideas serían para Napradán frases confusas, incomprensibles y amenazadoras. Teniendo al lado un reloj de pared, no se podía hablar de semejantes cosas. Además, habría sido cómico iniciar la realización de sus proyectos grandiosos con Napradán y en pleno cañaverl.

—En tal caso podríamos ir juntos —dijo Napradán sonriendo.

Y en aquella sonrisa se advertía el intenso afecto que le inspiraba Komlóssy.

—Señor teniente —añadió rozando confidencialmente el brazo de Komlóssy—, ahora convendrá ser muy cuidadosos y aguzar el oído, porque he visto varias patrullas que recorren las carreteras...

La compañía de Napradán transformó el estado de ánimo y el humor de Komlóssy. Sentíase otra vez como un muchacho, como en el lejano pasado, en aquellos remotos domingos, cuando salía con Zsibai a vagabundear por el campo, en torno del pueblo natal, a la descubierta de lugares desconocidos cuando encontraban nuevos bosques, otros prados o marjales; y cuando Zsibai se construía un cañón para

la caza del ciervo. Y en aquel momento se sentía dominado por el mismo espíritu aventurero y fantástico.

Napradán, cuando la noche los sorprendió en un bosque, sabía improvisar una yacija, con la instintiva habilidad del hombre primitivo. Con un alfiler algo encorvado, en el que ensartaba un gusanito, sabía pescar en los lagos o en los ríos y obtenía pescados muy grandes. Se encaramaba fácilmente por los árboles muy altos, para limpiar de huevos los nidos de los pájaros. Y tenían gran necesidad de todo esto, porque, entre los dos, llevaban poquísimos dinero y, además, no se atrevían a aproximarse a los lugares habitados. Napradán no sólo era un buen compañero de viaje, sino también un fiel criado. Tomó a su cargo el cuidado de procurarse comida. Una noche desapareció y no volvió hasta el amanecer. Llevaba bajo el brazo un magnífico pavo de plumaje de varios colores.

—Señor teniente... vea ese pavo. Lo he encontrado aquí cerca... en la granja...

Napradán sabía cosas que Komlóssy ignoraba por completo. Por ejemplo que el postre preferido por una cabra es un cigarrillo o un cigarro. Naturalmente, la cabra no fuma, pero, con ojos lánguidos de voluptuosidad, se come el cigarro o el cigarrillo y con uno de estos últimos roto, que no habría sido posible fumar, amansó a una cabra de tal modo que consiguió ordeñarla. Así, mediante un cigarro roto, la cabra les proporcionó dos potes de leche.

De este modo anduvieron durante muchos días, Estaban ya tan lejos de la guerra, que ni siquiera oían la debilitada voz de los cañones. El conflicto armado quedó a su espalda y, con él, todos los afanes y todos sus sufrimientos. Estaban solos y rodeados de bosques, valles, colinas, crepúsculos, noches, vientos, tempestades, sol, nubes, cielos estrellados o claros de luna. Sólo encontraban algunos animales y en cuanto en su horizonte aparecía un hombre, se apresuraban a evitarlo.

Dos semanas después llegaron a los montes austríacos y quince días más tarde atravesaron la frontera húngara. Ya en su patria pudieron respirar con mayor libertad. Allí se atrevían a pedir que los dejaran subir a los carros de los campesinos y de este modo avanzaban más de prisa. Y en cuanto pudieron descubrir los sentimientos hostiles a la guerra por parte de los campesinos húngaros ya no ocultaron su condición de desertores.

En la quinta semana de su fatigosa peregrinación se separaron. Napradán tomó la dirección del Bálaton, para ir al encuentro de su cuñado y descansar un poco.

—¿Y qué piensas hacer cuando te veas en tu casa? —le preguntó Komlóssy.

—¡Oh! —exclamó Napradán con los ojos centelleantes como si la palabra «casa» le hubiese trastornado el corazón—. Ya encontraré algo que hacer. —Y, con tímido ademán, tendió la mano a Komlóssy—. Dios le acompañe, señor teniente. Le deseo toda clase de bienes y la mayor fortuna.

De este modo se separaron, pero, apenas había dado algunos pasos, cuando

Napradán se volvió hacia Komlóssy y, levantando el índice, para significar su deseo de decir algo importante, añadió:

—Si un día... el señor teniente tuviera necesidad de un cochero...

—Está bien, Napradán, ya te escribiré.

Saludó a Napradán que tomó una dirección opuesta a la que Komlóssy deseaba seguir y, poco después, desapareció en una curva del camino, pero antes, volvió a mirar hacia atrás y, con la mano, mandó su último saludo.

Komlóssy calculó que en una semana podría llegar a su casa, pero sentía una impaciencia mayor y, por dos veces, se arriesgó a subir a un tren de mercancías. Se ocultó en un vagón abierto, entre la carga cubierta por un encerado y así se hizo transportar por dos medias jornadas. Contaba las horas que lo separaban del suspirado día. Por lo menos, pasaría diez en su casa. Su hijo estaría siempre sentado en sus rodillas y él leería las novelas de Jókai, que aun estaban alineadas en la biblioteca de su padre.

Cuando el tren se acercaba a una estación, abandonaba el convoy y, dando un largo rodeo, evitaba aquella población.

Una vez, sin embargo, y cuando el tren aun seguía avanzando, vio a diez pasos de distancia a dos gendarmes que avanzaban por el sendero inmediato al terraplén de la vía y que, probablemente, lo habían descubierto. Habría sido inútil huir y continuó andando, con la débil esperanza de que no le hicieran caso.

Pero los dos gendarmes se detuvieron. El más viejo, un sargento, que llevaba el pecho cubierto de medallas para premiar el valor militar, le dirigió una voz áspera y poco tranquilizadora.

—¡Eh, amigo! ¿Adónde va?

—A casa —contestó Komlóssy, esforzándose en dar a sus palabras un tono tranquilo y seguro.

—Muy bien. Eche a andar apaciblemente, precediéndonos...

Eso significaba, desde luego, que estaba detenido.

Komlóssy, por un momento, permaneció inmóvil. Luego, en voz baja y con la mayor naturalidad y sinceridad, dijo:

—Oiga, señor sargento... Los tres somos húngaros... He huido del frente donde llevaba treinta y un meses. Ahora quisiera ir a casa, ver a mi madre y a mi hijo...

El sargento examinó con escrutadora mirada la figura inquieta que tenía delante. Komlóssy comprendió entonces que su aspecto debía de ser digno de lástima. Tenía el calzado roto, la ropa hecha jirones y la cara cubierta por una barba de muchas semanas.

El otro gendarme, más joven, no quería, al parecer, intervenir en aquella conversación. Se ajustó en el hombro la correa del fusil y volvió la mirada para fijarla en un pozo solitario que dominaba un campo de cáñamo, alumbrado por la dorada luz

del sol. El sargento se encogió de hombros.

—No puedo ayudarlo, amigo. He de cumplir con mi deber. Por lo tanto, siga adelante.

Lo acompañaron al pueblo y lo entregaron a las autoridades militares.

A la mañana siguiente, y en unión de otros siete desertores, tres de ellos vestidos de paisano, fue llevado a la estación bajo la vigilancia de soldados con bayonetas caladas. Los metieron en un tren directo a Budapest, adonde llegaron aquella misma noche. Los acompañaron al Cuartel María Teresa. Debía de ser la una de la madrugada cuando entraron allí. En el portal que formaba un arco muy grande, se veía a un centinela inmóvil. A la derecha había el cuarto del oficial de guardia que, vestido y con el cinturón de servicio puesto, dormía amparándose los ojos con la visera de la gorra. Yacía tendido en la cama provista sólo de colchón, pero no de sábanas ni almohadas.

Lo despertó un suboficial. El alférez se sentó al escritorio con el semblante aun atontado por el sueño y, muy molesto, sin dejar de bostezar, inscribió en el libro de servicio los nombres de los recién llegados. Luego se tendió otra vez en la cama, para continuar el sueño interrumpido.

Desde la Avenida de Üllö se oían el ruido y los campanillazos de los tranvías retrasados.

Fueron metidos en un calabozo donde ya dormían ocho o diez hombres en el suelo, a obscuras y en una atmósfera pesada, hedionda y corrompida.

Dos semanas más tarde, Sándor Komlóssy telegrafió a Maska desde Viena:

«István en situación gravísima. Mamá vaya visitarlo Budapest, cuartel María Teresa».

Sabía muy bien que aquella vez su desgraciado hermano podría evitar muy difícilmente el piquete de ejecución.

XIV

«Momsi», en lenguaje bosníaco, significaba hombre. Sin embargo, esto no corresponde a la verdad sino en apariencia. En efecto, los «momsi» bosníacos, exteriormente se parecen mucho a los hombres, pero su mirada humilde, dócil y obtusa, no es ya una mirada humana, porque en ella no se puede descubrir ningún pensamiento abierto o una clara intención; en realidad, los «momsi» proceden del corazón de los Balcanes, de los países montañosos, aun salvajes, de la Bosnia meridional, donde el número de los hombres es realmente mínimo en comparación con el de las ovejas y donde también se ha comprobado que saber leer y escribir son cosas superfluas para la felicidad o, por lo menos, para el bienestar humano. Los «momsi» no tienen la menor idea del arte de la escritura, pero Alá, que es su dios, los conservó, a pesar de todo, en buena salud y aun los hizo crecer... hasta dos metros de altura.

Quizá por espacio de siglos, no habrían salido nunca de las altiplanicies de aquellos montes solitarios y continuaran viviendo en los arcaicos ambientes del Tasso y de Metastasio, aun en la Europa transformada, si el hambre conquistadora de la corte vienesa no hubiera tendido sus ávidas manos hacia aquella provincia del debilitado imperio otomano y no los enviara a hacer el servicio militar en los cuarteles de Viena y de Budapest.

Los «momsi», durante aquellos largos años de servicio, aprendían el saludo castrense, los diversos y complicados misterios de la marcha militar, la maravillosa ciencia del «¡De frente... mar...!» y del «¡Media vuelta... mar...!», y, en una palabra, de todas aquellas cosas que consiguen aprender los perros de caza y los lebreles.

Aquella dosis de ciencia militar era perfectamente absorbida y asimilada por los «momsi», pero, por lo demás, continuaban tan ignorantes y alejados de las cosas del mundo y se aventuraban por las calles en grupos los domingos por las tardes. En los montes salvajes de su tierra natal y a mayor gloria de la democrática Europa, a principios del siglo veinte, aun seguía en auge el sistema del «kmet», lo cual significaba que aquellos hombres-jirafas seguían siendo vasallos. No tenían escuelas, envejecían sin haber visto un tren o un automóvil y, en general, el tipo europeo lo conocían sólo porque de vez en cuando se presentaba entre ellos algún agente judío que iba a comprar pieles de oveja y de cabra para el mercado inglés. Con tal vida les faltaba materia con que alimentar sus pensamientos. La conciencia nacional, la democracia, el socialismo o el antimilitarismo, eran para los «momsi» cosas desconocidas, como, por ejemplo, no se podría imaginar que los perros de guarda se reuniesen un día para formar un sindicato. Si se añade a eso que aquellos gigantescos montañeses eran extremadamente sencillos, sin pretensiones, resistentes a la fatiga,

de nervios apacibles y, en los ataques contra el enemigo, valerosos y sanguinarios hasta lo increíble, se comprende por qué el mando militar enviara siempre a los «momsí» a los puntos y lugares importantes donde la mayor virtud es la fidelidad probada.

En el Cuartel María Teresa de Budapest y en el último año de la guerra mundial, un batallón entero de «momsí» vigilaba a los desertores detenidos. El gigantesco cuartel, construido en tiempos de Napoleón y cuyos grandes pasillos y arcadas vieron los altos quepis de los soldados de Wormser y del viejo general Alvinczy, fue transformado, en su ala izquierda en una verdadera prisión. En las ventanas de arco de los corredores se fijaron grandes rejas de hierro hasta el segundo piso, de modo que aquella parte del cuartel parecía una inmensa jaula poblada por aquellas fieras humanas que, por muchos y distintos motivos, no podían aprobar la guerra y acabaron, al fin, por desertar.

En tales prisiones el continente habitual de soldados desertores superaba al millar. Tal número no daba una idea, ni siquiera aproximada, de los desertores que hubo en el ejército austrohúngaro compuesto por millones de hombres, porque aquella sólida prisión no era más que una red a través de la cual pasaba toda la corriente de aquel río.

Continuas eran las entradas y las salidas de los desertores. Aquélla no era más que una estación de tránsito o mejor aún, un puesto de clasificación en el que los prisioneros apenas pasaban dos o tres días. Si en los pueblos o en cualquier parte del país los gendarmes o las autoridades militares capturaban un desertor, se apresuraban a enviarlo a Budapest y al Cuartel María Teresa. Allí eran sometidos, ante todo, a un reconocimiento médico para comprobar si durante sus andanzas de un lado a otro habían llevado a los pueblos alguna infección de la peste o del tifus; luego, y cuando ya se sabía a qué arma había pertenecido cada uno de ellos, era enviado a su propia unidad. Y, como es natural, todo eso no sucedía de un modo demasiado amistoso.

El desertor era cargado de cadenas muy gruesas que ninguna fuerza humana hubiese podido romper. Los ataban en grupos de dos o tres. Pero si transportaban a cuatro a la vez, los disponían de un modo que tres de ellos iban delante y atados por una cadena que unía sus manos, cruzadas a la espalda; luego, desde cada uno de los tres, partía separada una cadena que sujetaba al cuarto, que iba detrás con las manos encadenadas delante. Ser, pues, el cuarto en un grupo semejante, equivalía casi a un grado. Y ese honor se concedía a los presos más resueltos y peligrosos. Aquel cortejo cuádruple siempre iba acompañado por una escolta de ocho «momsí», de modo que la fuga era absolutamente imposible. Así eran conducidos los desertores hasta el día en que habían de responder de su delito. Más tarde eran enviados al frente y con toda probabilidad, destinados a los grupos de choque. Los que habían desertado más veces o tenían antecedentes parecidos, eran enviados ante el tribunal militar que tenía su

sede en el Margit-Körut y que, en aquel tiempo, había dictado ya numerosas penas de muerte.

Komlóssy, en unión de sus nuevos compañeros, fue llevado al segundo piso y encerrado en la gigantesca sala del corredor abovedado. La débil luz de una lámpara de petróleo iluminaba la prisión. Y ante cada una de las puertas había un «momsí» con la bayoneta calada.

El comandante de los «momsí» era el teniente húngaro András Jakchy, que, por haber sido herido en la mano izquierda, movía difícilmente los dedos. Era muy joven. Probablemente se hizo voluntario a los veinte o veintiún años, puesto que, sin duda, no tenía más de veinticinco. Y debía probablemente el mando de una compañía de «momsí» a su imponente estatura, porque habría sido ridículo que un hombre pequeñito mandara a aquellos soldados bosníacos altos como un campanario. Aun así, a Jakchy, el más pequeño de los «momsí» lo aventajaba por lo menos en media cabeza.

A la mañana siguiente Jakchy inspeccionó a los recién llegados durante la noche. Tenía su habitación en el segundo piso, al lado del calabozo y en aquella parte del corredor donde no había rejas. Sobre su mesa se veían algunas libretas militares, muy usadas, una serie de tarjetas rotas y sucias, y una colección enorme de documentos militares falsificados.

Jakchy hizo alinearse a los nuevos huéspedes. Era hombre de pocas palabras y tenía el rostro tan huraño como el de un viejo sargento de gendarmes. Y, sin embargo, cuando se alistó era estudiante de Derecho del segundo curso. Aquellos cuatro años durísimos habían destruido en él por completo al hombre civil. No miró la cara de los desertores y sólo tomó de sus manos los documentos que le ofrecían, los examinó atento y copió los datos en una libreta. Quizá no sólo por costumbre sino también a causa de una filosofía superior, jamás miraba la cara de los hombres que tenía delante, porque, en ellos, sólo hubiese podido descubrir reflejos llenos de desesperación, de furor reprimido, de pasiones lacerantes y de espantoso terror de la muerte, porque todos sabían muy bien que, según la ley marcial, proclamada recientemente, la deserción se castigaba con el fusilamiento. En los periódicos, los cronistas de Budapest, en la última época, daban pruebas de su habilidad describiendo minuciosamente las ejecuciones. Las autoridades militares que, por regla general, obligaban a los periodistas a mantenerse a respetuosa distancia, ahora invitaban en cambio a los que sentían avidez de experimentar sensaciones fuertes. Así, por lo menos, la canalla burguesa acabaría por enterarse de que aquello no era cosa de juego.

El teniente Jakchy estaba prometido. Después del servicio iba todas las noches a visitar a su novia, muchacha que apenas había cumplido diecisiete años y que habitaba en Buda, a corta distancia del monte Rókus. Sentábanse todas las noches en

la galería iluminada por la pálida luz de la lámpara que se filtraba a través de la cortina del comedor y, algunas veces, al resplandor de la luna y de las estrellas en tanto que la madre, viuda de un consejero de sección en el Ministerio, solía retirarse con mucho tacto a la habitación más recóndita de la vivienda, asegurando que tenía muchas cosas que preparar para el día siguiente; eso no era cierto, porque, en aquella casa, no había nada urgente y el único acontecimiento importante, después de las nueve de la noche, era la llegada de Jakchy.

Éste no quería confundir aquella parte de su existencia, de las nueve a las once de la noche, con lo que veía desde las ocho de la mañana a las nueve de la noche en los calabozos del cuartel, mejor dicho, con lo que hubiera debido ver, porque, en realidad, y aparte de las cosas inevitables y absolutamente necesarias, no miraba nada. Todas las noches debía inspeccionar personalmente los calabozos o las salas que los sustituían. Pero ni aun entonces miraba la cara de los desertores que se habían cuadrado al pie de los sacos de paja que había en el suelo. Él miraba al techo. Realizaba aquella parte de su servicio como si se hubiera visto obligado a pasar por entre filas de cadáveres y deseara forjarse la ilusión de que avanzaba por entre flores. Cumplía de mala gana su servicio, pero se guardaba de renunciar a él, porque, de este modo, podía permanecer en Budapest.

Aquella mañana recogió también los documentos personales de los desertores sin mirar la cara de éstos y evitando fijarse en sus manos.

Komlóssy, con toda intención, le entregó un documento en el cual se recordaba el hecho que le costó la degradación. Como es obvio, en aquellas condiciones, eso había de agravar forzosamente su situación, ya que significaba haber sido condenado ya previamente.

Jakchy leyó atentamente aquel documento y luego, obrando al revés de lo que tenía por costumbre, levantó los ojos y dirigió una larga mirada a Komlóssy. Pero no lo hizo con expresión tranquilizadora ni tampoco su mirada hubiese podido acercarle el alma del hombre que tenía delante. Lo hizo de un modo escrutador, para descubrir todo lo que pudiera ocultarse en aquel soldado roto y barbudo. Miró luego el ángulo de la mesa, como si hiciera un esfuerzo mental extraordinario. El resultado de aquella meditación bastante larga, fue que dejó el documento en el borde de la mesa y no tomó datos en su libreta. Extendió la mano para tomar los documentos de un soldado inmediato a Komlóssy y, en cuanto hubo pasado toda la fila, hizo una señal a los «momsí» para que encerraran de nuevo a los prisioneros.

Komlóssy no conseguía imaginar cuáles serían los propósitos con respecto a él de aquel teniente de aspecto huraño y hostil. Cuando estuvo de regreso a su puesto, metió las manos en los bolsillos del pantalón, se apoyó en el muro y empezó a reflexionar. Ignoraba si era buena o mala señal que el teniente no hubiese anotado en la libreta los datos de su filiación. Dedujo que su caso sería quizá objeto de una

tramitación especial. El teniente no había pronunciado una sola palabra, de modo que no podía adivinar a qué nacionalidad pertenecía.

Quizá fuese un checo o bien un austríaco.

Se volvió a uno de sus compañeros, soldado muy joven, uno de aquellos muchachos corrompidos de las grandes ciudades que aun no había estado en un campo de batalla. En cambio su traje parecía probar lo contrario. En realidad se vestía a los jóvenes reclutas con los uniformes devueltos del frente o procedentes de los hospitales que muchas veces se habían quitado a los muertos. Aquel era el primero de los presos a quien Komlóssy dirigió la palabra, porque le repugnaban sus compañeros. Eran figuras torvas que a una legua de distancia daban ya la impresión de ser unos tunos; campesinos de mirada sombría y ceñuda; intelectuales con aspecto de tísicos que, por decirlo así, apenas tenían aspecto humano.

—Oye, ¿sabes cómo se llama el teniente? —preguntó al joven soldado que estaba silbando y sentado al borde de su saco de paja.

Él lo miró sin dejar de silbar y, al fin, dijo:

—Lo sabrá el diablo.

Hizo la misma pregunta a otros, pero ninguno pudo decirle el nombre del teniente. Uno de ellos le contestó:

—No lo sé. También yo me vi ayer «entre los cirios».

Komlóssy conocía ya aquella expresión. Ir «entre los cirios» significaba estar rodeado por una patrulla de soldados con las bayonetas caladas. Estas últimas, de lejos y a la luz del sol, parecían arder de modo que aquella expresión metafórica recordaba una lúgubre escena.

Komlóssy empezó a sentir una viva inquietud. Se dirigió a un «momsí», pero éste le contestó con un gruñido.

El teniente Jakchy, mientras tanto, y solo en su habitación, volvió a tomar el documento de Komlóssy. Le parecía haber oído ya aquel nombre, conocerlo, pero no recordaba cómo. Quizá lo oyó en su vida de estudiante o, más tarde, alguien le contó que en el frente un «muchacho» húngaro había dado un palo a su mayor. Pero todo aquello se le aparecía confuso en su mente. En los pocos instantes que miró a Komlóssy sintió una profunda impresión. Adivinó en él al patriota magyar, al hermano desventurado, cuya suerte lo conmovía. Pero no acertaba a tomar una decisión ni averiguar para qué le servía aquel sentimiento. Jakchy era un buen húngaro en quien existían sentimientos parecidos a los de Komlóssy, con respecto a la suerte de los magyares. Pero eran mucho más confusos y primarios y no se atrevía a precisarlos para convertirlos en pensamientos. Vivían en él sin voz y sin luz. Jakchy era el ejemplo vivo del soldado magyar que tomó parte en la guerra mundial y combatió con la conciencia deprimida y aturdida. Era un buen soldado que lo posponía todo a su deber. Por esta razón jamás le hubiese pasado por la mente la idea

de cometer una irregularidad cualquiera que hubiese podido acarrearle muchas molestias y algo peor. Y esta prudencia había aumentado en él después de haberse librado de la guerra, porque esperaba permanecer tranquilo y seguro hasta el final rodeado de sus «momsí». Además, el amor le hacía amar la vida.

Sin embargo, aquel Komlóssy logró emocionarlo y hacer estremecer algo olvidado en su alma. Y empezó a reflexionar.

—Yo debería enviar mañana a ese hombre al tribunal... Si lo hago así, lo fusilarán con toda seguridad; pues no lo haré. Estas notas han de ser firmadas por el comandante del batallón. Ahora está enfermo... Lleva ya cuatro días con la *gripe española* y lo substituye el capitán Majthényi. Dejaré simplemente el documento sobre su mesa sin decirle una palabra y sin llamarle la atención. Majthényi es muy desordenado y podría darse el caso de que extraviara el documento. Y, en el supuesto de que el asunto tuviera consecuencias y quisieran hacerme responsable, yo haría arrestar al sargento, porque, entonces, el desordenado sería él...

Después de haber resuelto así su crisis espiritual, llamó al soldado que paseaba por el corredor, para ordenarle:

—Tráeme de la taberna vecina un jarro de cerveza.

Se retiró a su habitación, se quitó la guerrera porque hacía mucho calor y, después de apoyar los codos en la mesa, empezó a leer una novela. Dedicaba toda su atención a aquel libro y seguía el relato con verdadero esfuerzo que transformaba la expresión de su rostro, como les ocurre a los que se dedican a la lectura en circunstancias excepcionales, y, por esta razón, puede preservarles por completo su fresca imaginación inmune de las sutilezas de la crítica. Durante la guerra, no sólo los cuarteles y los campos de batalla, sino también la literatura fueron invadidos por las masas famélicas. Los editores afirmaban que nunca se había leído tanto como durante la guerra. Vaciábanse las librerías e innumerables novelas, ya sepultadas, que hablaban de vidas imaginarias, revivían en las trincheras, donde perecían las verdaderas vidas.

Cuando Jakchy, por la noche, visitaba la cárcel, no se acercaba nunca a Komlóssy, temeroso de que él le preguntara: «¿Qué será de mí?». Eso lo habría puesto en una situación difícil, aun frente a su propia conciencia. Pero su temor era infundado. Komlóssy se había resignado a su suerte con apática indiferencia. Los prisioneros cambiaban cada dos o tres días, y así no pudo trabar conocimiento o amistad con ninguno, aun en el caso de haber deseado tal cosa.

El décimo día, hacia las doce de la noche, como de costumbre, entró por el amplio portón del cuartel un nuevo grupo de desertores que también llegaban «entre cirios». Uno de los cinco hombres del grupo era Napradán. Había sido preso en su pueblo, donde reanudó su antigua vida. Le pareció naturalísimo que la guerra hubiese acabado para él. Y eso lo perdió. No se preocupaba de esconderse y se dirigía

libremente a su pequeño campo, creyendo que el traje de paisano bastaría para que no pudiesen reconocerlo las autoridades militares. Pero lo llevaron a Budapest cargado de cadenas. Su traje daba a entender, a gran distancia, que era un simple campesino, un enamorado de la tierra y del arado. En la cinta de su sombrero llevaba una pequeña pipa ennegrecida como símbolo de la paz eterna.

Napradán estaba seguro de que se fugaría otra vez. Pero aun no sabía cómo. Aquella salvaje y muda resolución vibraba en su rostro y en sus hirsutos bigotes. Fué arrojado entre los demás presos, pero no encontró a Komlóssy, porque lo encerraron en la sala del primer piso.

Al día siguiente fue objeto de la acostumbrada visita médica y del interrogatorio reglamentario. Y, el tercer día, muy bien encadenado y vigilado por dos «momsí», fue otra vez enviado al frente.

Por la noche, hacia las siete, cuando, entre los dos «momsí», pasó por el patio cuadrado del cuartel, Komlóssy desde la reja del segundo piso vio aquel grupo. Por un momento creyó reconocer a Napradán gracias a sus ojuelos y a sus grandes bigotes. Y gritó en alta voz, en dirección al sonoro patio:

—¡Napradán!

Éste volvió la cabeza buscando con la mirada de dónde procedía aquella voz. Mas no logró descubrirlo, porque, más allá de las rejas, miraban muchos hombres que parecían iguales entre sí.

Komlóssy volvió a gritar:

—¿Eres tú, Napradán?

Éste reconoció entonces la voz de Komlóssy. Pero miraba en otra dirección al contestar:

—Señor teniente...

Pronunció estas palabras con la misma entonación que en el momento en que se encontraron en el cañaveral. Por su gusto añadiera algo más, pero un «momsí» le dio un culatazo. Y desapareció bajo el arco de la puerta, aunque se volvió otra vez.

Napradán fue acompañado a la estación y lo obligaron a subir a un vagón de tercera clase del tren de Viena. Viajaban en el mismo compartimiento que ocupaban algunos paisanos, y ellos hablaban entre sí, sin hacer caso de aquel húngaro cargado de cadenas que iba entre los dos bosníacos con las bayonetas caladas, porque estaban ya acostumbrados a aquel espectáculo.

Napradán tenía los ojos desorbitados y las pupilas inmóviles. La idea de la fuga le puso ardientes las mejillas.

El tren se acercaba ya a Györ; la cálida noche de verano estaba sumida en la obscuridad. Los viajeros, poco a poco, se apearon en las estaciones intermedias. Sólo un viejo que tenía aspecto de artesano, continuaba sentado en un rincón del compartimiento y, con el sombrero sobre los ojos y las encallecidas manos sobre las

rodillas, dormía roncando ruidosamente. Una sola lámpara de aceite iluminaba débilmente el vagón. A causa del calor y de la penumbra, así como también del monótono traqueteo del tren, también los dos «momsí» se adormecieron. Pero el que estaba sentado a la derecha de Napradán, sostenía en la mano el extremo de la cadena.

El preso miró a su alrededor y comprendió que sólo podría salir a través de la ventanilla. Parecía incierta y arriesgada la fuga por una de aquellas dos puertas, porque, en cualquier dirección, se habría visto obligado a atravesar el pasillo y él ignoraba qué gente habría allí. Quizá fueran soldados o gendarmes que le habrían interceptado el camino, únicamente le quedaba la ventanilla. El vidrio había sido ligeramente bajado y por la abertura entraba el aire cálido de la noche.

Napradán repasó mentalmente la escena, varias veces. Arrancar la cadena de la mano del «momsí» dormido. Bajar por completo la ventanilla y, con las manos atadas, arrojar al suelo. Todo eso habría de realizarse en un abrir y cerrar de ojos. Tenía una fe ilimitada en sus propios huesos, y confiaba en que podría echar a correr por los campos gracias a la oscuridad nocturna. Y, antes de que los «momsí» se rehicieran de la sorpresa o del susto y pudieran tirar de la señal de alarma, para detener el tren, él estaría ya lejos.

Ejecutó su proyecto con la rapidez del rayo. Pero uno de los «momsí» se rehízo de pronto y dio un bayonetazo al fugitivo, cuyo busto estaba ya fuera del tren, en tanto que las piernas colgaban en el compartimiento. Napradán, al recibir el bayonetazo, que le atravesó una pantorrilla, dio un aullido de dolor, pero, al mismo tiempo, asestó tal coz en la cara del «momsí» que éste, por el momento, se tambaleó para caer luego sobre las rodillas del viejo que dormía profundamente en el rincón del compartimiento.

Mientras tanto Napradán había abandonado el tren.

Los dos «momsí» echaron a correr, de un lado a otro del vagón, gritando:

—¡Desertor! ¡Desertor!

Por último, el conductor comprendió de lo que se trataba y paró el tren. Cada uno de ellos echó a andar retrocediendo y, con un farol en las manos, acompañados por dos gendarmes. Estaban persuadidos de que el desertor, con las manos atadas y, además, herido debía de yacer con los huesos fracturados en cualquier lugar inmediato a la vía.

Pero no consiguieron encontrarlo.

Napradán, con las manos encadenadas y la pantorrilla acuchillada, arrastrábase cojeando, con gran fatiga, pero ya muy lejos entre los negros rastrojos, confiando en que, en los campos, encontraría a un hermano húngaro, pastor, guarda campestre o porquerizo que consentiría en librarlo de las cadenas.

XV

En el andén de la estación del Oeste estaba inmóvil y vacilante una señora de alguna edad. Vestía un largo abrigo negro, que, sin duda, le molestaba en el calor de aquel mes de agosto, porque el sol brillaba resplandeciente y ardoroso, aunque apenas eran las nueve de la mañana. Pero, probablemente, la señora pertenecía al género de personas anticuadas que no saben emprender un viaje sin ponerse un solemne vestido negro, de los paños más gruesos y pesados y que dan más calor.

A sus pies estaba un maletín de tela y sostenía en la mano izquierda una sombrilla pasada de moda, de largo puño, en tanto que con la diestra sostenía un pañuelo que, de vez en cuando, le servía para quitarse el sudor de su rostro, brillante y enrojecido. Su traje, pero más aún su sombrero de paja negra, era tan sencillo y desprovisto de adornos como corresponde a las señoras provincianas de modesta condición que, en edad temprana, conocieron las amarguras de la viudez. Estas señoras visitaron Budapest por última vez veinte años atrás, cuando se celebró la exposición milenaria y, desde entonces, ya no salieron más de sus lejanas poblaciones, donde pasaban su vida semejante a un ocaso de octubre.

El interés y la atención de aquella señora estaban fijos en los maravillosos cambios de Budapest, que visitó por última vez veinte años atrás. Miraba a su alrededor parpadeando y volviendo su cabecita de pájaro como si estuviera deslumbrada. Los tranvías le producían el mismo efecto extraño que los automóviles, porque nunca hasta entonces los viera tan numerosos. Aquel espectáculo la mantuvo en larga y atónita contemplación. También le interesaba la gente que veía cerca de ella. Y notó, pareciéndole ridículo, que todos tenían prisa. Para ella aquel apresuramiento era algo desconocido e incomprensible. Creyó que todos tenían en el rostro una expresión extraordinaria, malhumorada y huraña y, así, no se atrevía a pedir a nadie los detalles que necesitaba. Por último, y en la multitud, descubrió a un señor anciano que se acercaba despacio. Con amable movimiento de la cabeza, lo saludó y, en voz cantarina, exclamó:

—Buenos días.

El anciano señor, que se había interrumpido en sus pensamientos, se apresuró a descubrirse, sonriendo confuso; miró a la señora y, en el acto, hizo esfuerzos desesperados por recordar el nombre de aquella dama, que sin duda lo conocía.

—Por favor —añadió ella con su voz acariciadora que parecía cantar—: ¿quiere tener la bondad de decirme qué tranvía he de tomar para ir al Cuartel María?

El viejo señor, al oír aquellas palabras, se tranquilizó por lo que se refería a su memoria que, en los últimos tiempos, le infundió sospechas de que no funcionaba muy bien.

—¿El Cuartel María? Sin duda anda buscando el Cuartel María Teresa.

—Eso es —contestó ella, asintiendo e inclinando repetidas veces la cabeza. Y, sonriente, añadió—: He venido a ver a mi hijo...

—Tome usted el tranvía número seis —contestó el anciano—. Ahí viene.

Cogió el maletín de la mano de la señora, que, por su modo de vestir, y aun por su aspecto, se parecía mucho a una hermana suya y, galantemente, la ayudó a tomar el tranvía.

—Mil gracias —dijo ella desde la plataforma, en tanto que su interlocutor la saludó con el sombrero.

La señora Komlóssy, al tomar el billete, se dirigió con la misma cortesía a la cobradora que, a primera vista, parecía un hombre, pero un gran mechón de cabellos que se asomaba por debajo de la gorra revelaba su verdadero sexo.

—¿Querrá usted hacerme el favor de indicarme dónde convendrá que me apee para ir al Cuartel María?

Por capricho incomprensible, se empeñaba en dar al cuartel María Teresa el nombre de María.

—En la parada de la Avenida de Üllö —contestó de mala gana la cobradora sin mirarla.

La viuda del pastor tomó asiento en el vehículo y, a partir de aquel momento, cada vez que se paraba el tranvía, no dejaba de preguntar si había llegado a la Avenida de Üllö, pero sus vecinos le dieron respuestas bruscas y malhumoradas. El tranvía la llevó casi al fin del bulevar Ferenc; allí le dijeron que bajara para tomar un tranvía que iba en dirección opuesta; éste la llevó al bulevar József; y, por último, después de subir y bajar de varios tranvías, con mil sustos y peripecias, se quedó sin saber dónde estaba aquel misterioso cuartel de María, por delante del cual había pasado numerosas veces.

Mientras tanto, en el cuartel, fueron abiertas de par en par las grandes puertas de hierro que cerraban el corredor de la cárcel y los «momsí» que estaban de guardia profirieron un aullido desgarrador, exclamando:

—*Hapták!* (¡Atención!).

Acompañado por el teniente Jakchy, compareció un mayor y, con mirada penetrante e inquisitorial, examinó los rostros de los prisioneros que se habían cuadrado ante él. Escogió algunos y les mandó que se alinearan aparte. En el segundo piso, entre los ciento veinte prisioneros, escogió a seis y, entre ellos se encontraba István Komlóssy. Ninguno de ellos sabía qué suerte les aguardaba y estaban allí, muy pálidos y al lado de la pared.

Jakchy y el mayor se alejaron sin haber pronunciado una palabra. Unos instantes después llegaron doce «momsí»; los encadenaron para conducirlos al patio del cuartel, donde también estaban encadenados los desertores elegidos entre los encarcelados en otros pisos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Komlóssy con voz sofocada al soldado de rostro cubierto de granos, con quien estaba atado por la misma cadena.

—Vamos a contemplar el «gajdesz» —contestó el soldado con indiferencia.

Ello significaba que habrían de asistir a la ejecución de algún desertor condenado al fusilamiento.

Aquel sistema estaba en uso entonces para que sirviese de ejemplo aterrador. A las ejecuciones diarias se llevaban de las diversas cárceles militares a los acusados sometidos al proceso de investigaciones.

El cortejo de aquellos hombres encadenados y rodeados de «momsí», se dirigió hacia el cuartel de caballería Francisco José. Era una calurosa mañana de agosto. El sol de color amarillento ardía en lo alto del cielo y, en el movimiento de la marcha, las bayonetas de los «momsí» despedían centelleos siniestros. Entre el fragor estridente y el campanileo de los tranvías, en la confusión de los transeúntes que tenían prisa, entre los automóviles que pasaban veloces como rayos y por cuyas ventanillas se asomaba a veces su ocupante para dirigirles una rápida mirada, en medio del curso normal y monótono de la vida diaria, que parecía igual que en tiempo de paz y que, probablemente, continuaría así también después de la guerra, aquellos soldados cargados de cadenas aparecían como detalle incomprensible y espantoso de un mundo irreal.

Después de una hora de camino, el cortejo cruzó la puerta principal del cuartel de caballería. En el gran patio lleno de polvo, en el cual sólo alrededor de los pabellones muy limpios, de ladrillos de color pardo, se veían algunos castaños ya amarillentos por el calor de agosto, se había reunido una masa enorme de soldados. En aquella parte del patio, y rodeada por una valla, se hallaba también la escuela de equitación al aire libre.

De las diferentes cárceles de la ciudad llegaban continuamente numerosos grupos de prisioneros. Iban a desempeñar el papel de público y sin duda lo hacían de modo poco espontáneo, pero también eran numerosos los oficiales de toda graduación y de diversos cuerpos, que allá fueron impulsados por la curiosidad. También llegaban ininterrumpidamente, jadeantes por la excitación, los periodistas, únicos paisanos que podían asistir a tales actos.

Cuando el público estuvo ya completo y una multitud enorme de hombres llenaba el patio, entró medio batallón de infantería al mando de un capitán que, a las secas voces de mando del oficial, se formó en cuadro. Era el llamado cuadro de ejecución. El público, inmóvil, seguía aquellos preparativos en un silencio sepulcral. Los periodistas, con el sombrero echado hacia atrás, a causa del calor, tomaban nota y hablaban entre sí, nerviosos y excitados.

Unos minutos después atravesó la puerta, acompañado por los esbirros y esposado, el preso que había de ser ajusticiado. Era hombre de aspecto vulgar,

membrudo, de bigote hirsuto. Al verlo, Komlóssy estuvo a punto de gritar.

Era Napradán.

Miraba a su alrededor con ojos asustados y vacilantes y, por la expresión de su rostro, se adivinaba que no acababa de comprender lo que iba a sucederle. Miraba ante sí, al vacío, como si todos sus pensamientos se concentraran en un solo y afanoso problema. ¿Por qué se hacían tan grandes preparativos? Sólo de vez en cuando dirigía una mirada a derecha e izquierda, moviendo las pupilas hasta dejar al descubierto el blanco del ojo. Y eso daba a su rostro, ya contraído y deformado por el terror, una expresión casi espectral.

En cuanto, el lúgubre cortejo llegó al lugar señalado, se abrió en silencio un ala del cuadro de ejecución, como muda puerta detrás de la cual se ocultaban cosas incomprensibles y espantosas. Y el batiente de aquella puerta formado por hombres vivos, después de haber dado paso al condenado y a sus acompañantes, se cerró otra vez. Napradán estaba entonces en medio del cuadro. Al mismo tiempo, y llevando en la mano un crucifijo, avanzó un capellán militar, alto, de anguloso rostro y la frente aplastada. Empezó a murmurar algo a Napradán, pero de modo que todo el mundo pudiera creer que hablaba al crucifijo. El condenado, aparentemente, no se dio cuenta de su presencia. Miró el rostro del sacerdote cuando éste, en voz alta, para que los demás pudiesen oírlo también, le dijo:

—Cálmate, hijo. Tu defensor acaba de telegrafiar a su majestad el rey implorando el perdón...

Napradán acogió estas palabras con breve y resuelto movimiento de cabeza, como quien está convencido de que acaba de oír la verdad. Se veía que las palabras del cura lo habían tranquilizado y que no temía cosa alguna.

Mientras tanto, el jefe de los esbirros se adelantó para situarse ante el procurador militar y le dio el parte en voz alta:

—Señor procurador militar, acabo de entregar al condenado.

Luego, volviéndose a sus hombres, ordenó:

—Que se retire la guardia.

Los esbirros que habían acompañado a Napradán, salieron del cuadro.

Entonces, el procurador militar ordenó al corneta que diese el toque de atención. La nota musical, que sorprendió a todos, resonó en el patio silencioso como terrible aullido. Duró muy poco. Luego, el procurador militar, en voz alta, empezó a leer la sentencia:

—En nombre de su Majestad el Rey, el tribunal de la División Militar de los *honvéd* de Budapest, ha reconocido a János Napradán, soldado de la Milicia Territorial, nacido en Alsóolajos, de treinta años de edad, de religión católica romana, de profesión agricultor, reo del delito de desertión de que trata el artículo 183 y que califica el artículo 198 del Código Penal Militar, porque el 20 de marzo abandonó su

tropa con la intención de substraerse para siempre del servicio y por esta causa, y de acuerdo con la sanción penal comprendida en el artículo 193 del mismo Código militar, lo ha condenado a muerte por fusilamiento.

Terminada la lectura de la sentencia, reinó un breve silencio sepulcral. Luego, el procurador militar se volvió al capitán que estaba a su lado:

—Señor capitán, le entrego al condenado.

A la orden del capitán, el lado anterior del cuadro de ejecución se abrió. El capitán se aproximó a Napradán que, más pálido que un muerto, miraba a su alrededor, sumido en intensa desesperación.

El capitán le hizo la pregunta final:

—¿Quieres expresar algún deseo?

Napradán, al que, mientras tanto, habían quitado las cadenas, secó su frente bañada en sudor con el borde de la mano. Parecía como si solamente entonces empezara a comprender la suerte que lo aguardaba. Unió las manos y, con voz suplicante y llorosa, exclamó en voz baja:

—Señor capitán... me portaré bien...

—¿Cuál es tu último deseo? —repitió el capitán con voz fríamente oficial.

—Señor capitán, sea bueno... no me haga fusilar... —y la voz fue sacudida por los sollozos—. Señor capitán... serviré fielmente...

—¿Quién quieres que te vende los ojos?

—Señor capitán...

—Te he preguntado quién quieres que te vende los ojos.

Napradán miró a su alrededor con los ojos fijos en el suelo, como si aquella pregunta le pareciese muy importante y digna de consideración. Luego, en voz baja y decidida, contestó:

—Jóska Pataki.

El capitán se volvió a los soldados.

—József Pataki, ¿está aquí?

Los soldados empezaron a vocear el nombre de Pataki. La palabra pasó de una a otra boca y, como un pájaro, recorrió todo el patio.

Por todas partes y con diferentes voces se oía la llamada:

—¡Pataki, Pataki, Pataki!

Por último y de alguna parte salió de entre la multitud Jóska Pataki. Era un soldado pequeñito, estevado, de frente muy baja que, de un salto, servicial y lleno de celo, se presentó al capitán.

Mientras tanto Napradán, con el rostro descompuesto y temblando de pies a cabeza, aullaba como un poseído. Se acercó Pataki y, con el pañuelo, vendó los ojos de su amigo. Terminada su misión; se volvió a su jefe, golpeó uno contra otro los tacones de sus claveteadas botas y saludó muy erguido.

Mientras Pataki le vendaba los ojos, Napradán enmudeció de repente, como si no solamente ante sus ojos sino también ante su alma hubieran descendido la obscuridad y el silencio. El capellán, en aquel momento, acercó el crucifijo a sus labios y el capitán le gritó:

—¡De rodillas!

Obediente, Napradán se arrodilló. Luego, y acudiendo a una seña del capitán, cuatro soldados avanzaron desde la primera fila y se detuvieron apenas a un paso de distancia del condenado. Entonces, levantando las armas, apuntaron.

El capitán desenvainó el sable y lo levantó. La hoja de acero relampagueó a la luz del sol. Luego, con rápido gesto, bajó el arma y, en el mismo instante, salió el tiro de los cuatro fusiles. Napradán cayó de espalda al suelo.

—¡El médico! —gritó el capitán.

Y su voz resonó como si hubiera ocurrido un accidente fatal. El oficial médico se acercó a Napradán, le levantó el brazo y le tomó el pulso. Temblaba intensamente la mano del médico y no habría sido capaz de pronunciar una palabra. En su rostro se advertía que la ejecución lo había impresionado de un modo extraordinario.

El silencio pesado y sepulcral que hasta entonces reinara en las filas de los espectadores, se llenó de extraño rumor sordo y parecido a un mugido lejano, que llegaba desde larguísima distancia y en dirección desconocida e interminable. La multitud empezó a moverse inquieta.

Por último, el médico se volvió al capitán y, por dos veces, sin pronunciar palabra, inclinó la cabeza para afirmar. Aun era incapaz de pronunciar una palabra.

El capitán se acercó a un coronel y, después de saludarlo, hizo resplandecer de nuevo la hoja de la espada.

—Señor coronel, hemos cumplido la sentencia.

Al mismo tiempo, el capellán se volvió a los soldados y empezó a hablar. Pero nadie le hacía caso. Y aquel extraño ruido continuaba incesante. La multitud se movía, se agitaba, y las palabras del cura, pronunciadas a gritos, con la garganta seca y sin ninguna emoción o convicción, caían en el vacío.

—Soldados: Aquí estamos ante el cadáver de un compañero culpable de no querer servir a su patria y a su rey ni darles tampoco su vida. Y ha alcanzado el castigo merecido. Fijaos en este ejemplo y no abandonéis nunca la bandera, porque en ello hay vileza y deshonor. Servid a vuestra patria con amor y con entusiasmo, no por miedo del castigo, sino porque sois húngaros y soldados. —Luego, con la misma voz inexpresiva, añadió—: Y, ahora, perdonemos a nuestro camarada infiel y recemos por su alma.

El sacerdote se arrodilló y, en el mismo instante, el capitán dio la orden:

—Orad.

Se arrodillaron los soldados y, durante un largo instante, reinó profundo silencio.

Habían cesado todos los rumores.

Después de la oración, el patio empezó a vaciarse en silencio.

Los presos condenados viéronse obligados a pasar por delante del cadáver de Napradán.

Mientras tanto, la señora Komlóssy consiguió encontrar por fin el Cuartel María. La llevaron a la habitación del oficial inspector que se abría a la derecha del zaguán. Era la misma habitación en la que, unas semanas antes, Komlóssy fue inscrito en el registro de los desertores.

En cuanto la buena señora, con su voz suave, hubo manifestado que deseaba visitar a su hijo, el subteniente se puso a su disposición con la mayor cortesía y amabilidad, porque le pareció que aquella señora, no sólo por su traje y su aspecto, sino también por la voz, se parecía muchísimo a su madre.

—¿Cómo se llama su hijo, señora?

—István Komlóssy.

—¿Y su grado?

—Teniente. Es decir... en realidad, no lo sé. Creo que es teniente...

—¿Y qué servicio desempeña?

—¿Qué servicio? —repitió la viuda del pastor, algo resentida de que aquel señor, a pesar de su amabilidad, le hiciese tantas preguntas que ella no sabía contestar.

—Únicamente sé que mi hijo Sándor me ha teleografiado desde Viena. Debo decirle a usted que mi hijo Sándor es capitán. En el telegrama decía solamente que yo viniese a Budapest y me dirigiera al Cuartel María para visitar a Pista. No vi el telegrama porque mi hija lo escondió. Quería acompañarme, pero el médico no se lo permitió. Ha tenido la gripe y aun no está restablecida...

Cuando Maska recibió el telegrama de Sándor, adivinó que había ocurrido algo grave, pero, como no quiso asustar a su madre, le dijo que Pista había cometido alguna pequeña infracción de la disciplina militar y eso le valió un arresto. La viuda del pastor no tomó muy a pecho la noticia, porque ya sabía que István estaba siempre en pie de guerra con sus superiores. Así, pues, se dirigió a Budapest en busca del Cuartel María Teresa con los mismos sentimientos de veinte años atrás cuando fue al Instituto, donde István, alumno de la segunda clase, había sido encerrado en la sala de física, porque colocó un vaso lleno de agua en el borde superior de la puerta, a fin de que cayese en la cabeza del señor director cuando quisiera entrar.

Imaginábase la buena señora que su hijo István habría hecho algo por el estilo. Y, como aquella vez, también le llevaba algunas provisiones. Además, en el maletín también había metido un poco de ropa blanca.

El subteniente sintió reparo en decir que su hijo estaba «encerrado» por alguna irregularidad cometida y más bien se esforzó en evitar una explicación.

Allí estaba el oficial, con la frente arrugada registrando la memoria, pero nunca

había oído pronunciar el nombre de István Komlóssy. En aquel momento, pasó el teniente Jakchy, y el subteniente exclamó:

—Oye, Bandi, ¿conoces a algún teniente llamado István Komlóssy?

Jakchy se detuvo y miró muy bien a la anciana. Comprendió de qué se trataba y, asustado, pensó que tal vez se descubriría todo y que podrían ocurrir cosas muy desagradables.

El subteniente fue llamado a otra parte y él se quedó a solas con la señora.

—Hágame el favor de acompañarme y lo buscaremos —dijo, precediéndola.

Mientras tanto, se preguntaba cómo podría resolver aquel delicado asunto. Al entrar en su habitación, rogó a la señora que tomara asiento, y luego le preguntó:

—¿Por quién ha sabido que está aquí su hijo, señora?

Ella miró a su alrededor para cerciorarse de que no la oía nadie.

—Le diré sinceramente que me he enterado de que mi hijo está aquí arrestado por alguna infracción de la disciplina.

—Pero, ¿por quién lo ha sabido, señora?

—Por otro hijo mío, Sándor, que es capitán.

Aquellas palabras tranquilizaron un tanto a Jakchy, y, después de un breve silencio, le dijo en tono grave:

—Hágame el favor de esperarlo aquí. Su hijo no está ahora en el cuartel, pero no tardará en volver.

—Habrán salido para hacer la instrucción. ¡Pobres soldados! Con este calor terrible.

La buena señora se abanicaba el semblante con el pañuelo.

—Sí, hace un calor terrible —repitió Jakchy distraído, simplemente por decir algo, mientras examinaba unos papeles que tenía diseminados sobre la mesa.

La señora Komlóssy examinó atentamente la estancia, desde el suelo al techo. Sus ojos, de buena ama de casa, observaron que en los cuatro rincones del techo había telarañas. De repente, se volvió a Jakchy.

—Dígame, mi querido señor subteniente, ¿no es usted pariente de Péter Moldoványi de Szolnok?

—No, señora —contestó Jakchy, confuso.

—Pues se le parece de un modo extraordinario. —Luego volvió a mirarlo y, con su voz acariciadora, preguntó—: Mi querido señor subteniente, ¿no se ofenderá si le ofrezco un poco de *pogácsa* con chicharrones?

Y, acto seguido, abrió el maletín y sacó cosas comestibles envueltas en papel grueso y apergaminado y saturado de grasa. Había dulces, hogazas, tortas, pasteles, manteca de cerdo con *paprika*, salchicha fría y otras cosas excelentes.

—Acéptelo si no quiere que me enoje —exclamó en tono jovial dirigiéndose a Jakchy que no sabía qué hacer.

—Mil gracias... —balbuceó, apurado.

Tomó dos *pogácsa* con chicharrones y las dejó sobre la mesa. Con grandes dificultades se libró de la insistencia de la señora, que deseaba hacerle probar un poco de todo. Jakchy habría debido ocuparse, con la mayor urgencia, en despachar algunos de aquellos documentos que tenía delante, pero comprendió que no podría seguir en compañía de aquella buena señora. Su presencia lo inquietaba, lo irritaba y, al mismo tiempo, lo emocionaba profundamente.

—Los comeré más tarde, porque apenas hace media hora que he terminado de comer.

—No se apure, porque sin duda le sentarán muy bien a un guapo muchacho como usted —insistió en tono de broma la viuda del pastor.

Poco después, Jakchy, con la excusa de que tenía algo que hacer fuera, salió de la estancia.

Una vez sola, la señora Komlóssy notó que tenía hambre. No había tomado nada y aquel paseo forzoso por la ciudad le había dado mucho apetito. Empezó, pues, por tomar un pedacito de buen tocino con *paprika*, después de haber extendido sobre una rodilla la blanca servilleta. Movía las mandíbulas como una liebre, porque ya tenía estropeadas las muelas.

Pasaron los minutos, los cuartos de hora, las medias horas y ella esperaba, tranquila y paciente.

A la una de la tarde, más o menos, los «momsí» llevaron de nuevo a los prisioneros al Cuartel María Teresa. La señora Komlóssy, por fortuna, no se dio cuenta de su llegada ni vio encadenado a su hijo, porque, de lo contrario, se muriera de repente a causa del susto. Jakchy, al notar que los presos estaban de vuelta, se dirigió a la planta baja y, con un ademán, llamó a Komlóssy.

—¿Se llama usted István Komlóssy? —le preguntó con voz brusca, como si ya no lo supiera.

—Sí, señor teniente.

—Vaya a mi habitación, porque allí lo espera su madre.

Lo hizo acompañar por el sargento y le concedió media hora, y, cuando ya se alejaban, llamó al sargento, diciéndole:

—No entre usted en la habitación; quédese usted ante la puerta.

En cuanto Komlóssy entró en el despachito de Jakchy, su madre, por un momento, lo miró con sorpresa, porque no lo había reconocido, pero luego se puso en pie de un salto, se arrojó a su cuello, y se echó a llorar.

—¡Qué delgado estás, hijo mío! —le dijo.

Y otra vez volvió la cara repentinamente al sentir que los sollozos acudían a su garganta. Le temblaban los labios convulsos y con los dedos se oprimía la desdentada boca, cual si quisiera rechazar los sollozos. No quería dar a entender la terrible

impresión que le causó su hijo que, con el rostro pálido, la mirada centelleante, la barba inculta y el traje andrajoso parecía algo extraño y asustable. Le dio la impresión de que tenía diez o veinte años más que la última vez que lo viera.

—¿Por qué has venido a Budapest, madre? —preguntó él unos momentos después, mientras, con tierna presión, la obligaba a sentarse. Luego tomó asiento en una silla inmediata.

—He venido a verte, hijo.

—¿Y cómo has sabido que estoy aquí?

—Nos lo telegrafió Sándor desde Viena.

Permanecieron unos momentos callados.

La madre, en silencio, acariciaba los hombros de su hijo. István miraba con fijeza hacia delante. Parecía agitado por mil sentimientos. Jugeteaba con los dedos, y se oprimía una mano con la otra, con tal fuerza como si quisiera romperse los huesos.

—¿Por qué no me has traído al pequeño? —preguntó luego alargando las sílabas.

—¡Ah, hijo mío! No es fácil viajar y más con un chiquillo. Yo misma he llegado con grandes dificultades.

Komlóssy se limitó a inclinar afirmativamente la cabeza. Sus pensamientos estaban ya lejos y se concentraban en Napradán.

Lo que viera aquella mañana parecía pincharle el cerebro como pudiera hacerlo un cardo. Había algunos detalles de los que no podía librarse.

Mientras tanto, a la buena señora se le había soltado la lengua. Dio cuenta de todo aquello que tal vez pudiera interesar a su hijo. Que el farmacéutico Somogyi se había divorciado de su mujer, que la anciana señora Keselyü se había vendido la casa y, al día siguiente, le robaron del armario todo el dinero que le dieran por ella, que el nuevo pastor no gozaba de ninguna simpatía entre los fieles.

—Y aun las campesinas dicen que, al predicar, parece que la voz le salga del cuello. No hay duda de que querían mucho a tu pobre padre. Pero tal vez no sabes que Maska ha estado enferma. Ha tenido la gripe, y todo el pueblo ha estado enfermo de lo mismo. También yo. Durante dos días tuve escalofríos... En cuanto a Sándor, hace ya mucho tiempo que no lo hemos visto. Pocos días ha recibimos una carta de su mujer. Nos dice que también se traslada a Viena... ¡Dios mío, ojalá acabe de una vez esta maldita guerra!... Quería hacer, como de costumbre, un poco de conserva de ciruelas, pero el azúcar que se recibe ahora es muy malo. Y tú, Pista, ¿cómo vives?

István se sobresaltó, substrayéndose a sus pensamientos. Pero ni siquiera pudo pronunciar una sola sílaba. Se encogió de hombros y trató de sonreír. La señora Komlóssy se inclinó hacia él, y, en afectuoso tono, le preguntó:

—Y ahora dime qué has hecho, bribón, para verte en este mal paso.

—Nada —contestó él en tono brusco, para eliminar cuanto antes aquel asunto.

—Ten en cuenta, hijo mío... No lo tomes a mal, pero siempre eres tú el autor de

tus desdichas. Ya sé que no te gusta oír eso, pero fíjate en Sándor que hace las cosas de otro modo... —Y al ver cómo se nublaban el rostro de su hijo, cambió en el acto de conversación—. Maska ha cosido un par de pantaloncitos para el pequeño Gerzson. Y el muy bandido, aparte de esos pantalones, que apenas miden un palmo, no lleva nada más. Así corre todo el día por el jardín. Tiene la piel bronceada por el sol y parece de chocolate. ¡Huf! ¡Qué calor hace aquí también!

Y se abanicaba con el pañuelo.

Poco después, se oyó una llamada a la puerta. Ésta se entreabrió y el sargento hizo una señal a Komlóssy, para avisarlo de que había transcurrido ya el tiempo señalado.

La señora Komlóssy entregó un maletín a su hijo, detallando el contenido con profusas palabras. Y cuando ya estaba a punto de marcharse, notó que se había calmado en gran parte su emoción.

—Escribe, hijo mío. ¡Es tan raro recibir cartas tuyas!

Cuando, en el fondo del corredor, se volvió otra vez para ver a su hijo, pudo observar que, acompañado por el sargento, desaparecía detrás de la reja. Pero eso no despertó ninguna aprensión en ella. Se limitó a menear la cabeza en señal de desaprobación y continuó aquel movimiento mientras bajaba la escalera.

Komlóssy, de regreso a su prisión, fue a tenderse en el saco de paja y se cubrió los ojos con la gorra, para que los demás no pudieran verle la cara. Permaneció así inmóvil durante algunas horas y aquel día no comió. Pensaba en que Zsibai tal vez tuvo razón. Todo sería sencillo y fácil si no tuviera que llevar aquella vida afanosa desde tanto tiempo atrás y no lo esperasen muchas incertidumbres angustiosas.

XVI

A mediados de septiembre había llegado ya el otoño. Soplaban vientos fríos y caían lluvias insistentes y heladas que, en un, par de días, acabaron con el verano. Ya no se podía pensar en otra cosa que en las frases de los partes de guerra. Aquella retirada, la rápida desaparición del verano, la extinción de sus resplandores, el apagamiento de su fuego, eran algo semejante a la desaparición de la fe y la fuerza de los ejércitos germánicos en el frente de Flandes o la evaporación de las esperanzas de la Monarquía en el Piave y en el Isonzo. Todo el día, desde la mañana a la noche, caía la lluvia y, con idéntica monotonía mortal, goteaban los partes de guerra. Retiradas en todas partes y todos los días. Y a medida que se acortaban los días, y se alargaban los crepúsculos, también la guerra era cada vez más gris y tenebrosa. El tétrico humor de aquel otoño lluvioso y precoz, parecía haber sido absorbido por todos los que pensaban en la guerra. El desvanecimiento de las fuerzas y de las esperanzas, parecía ya un destino inapelable, fatal e inmutable, como la caída de las hojas. La posibilidad de la victoria ya no era más que la loca fantasía de algún desequilibrado: como si alguien, en una nebulosa y gris mañana de otoño, se hubiese detenido bajo los manzanos saturados de fría lluvia en espera del milagro de que, dos días después, sus ramas desnudas se hubieran vestido de flores.

Mientras aquel otoño de 1918 cubría con su niebla desalentadora los lejanos campos de batalla, una nueva guerra se desarrollaba entre la población de la ciudad. Era una contienda muda, pero, en sus efectos y consecuencias, superaba a la otra guerra verdadera. En aquel otoño hizo más víctimas que todos los cañones, todas las ametralladoras y todas las bombas de mano en conjunto. El secreto enemigo inició sus ataques el mes de junio y, a fines de septiembre, continuaban todavía con creciente furor. Y, por caso extraordinario, aquel enemigo no dirigía sus ataques contra los soldados, sino contra las jovencitas, contra las lozanas y jóvenes esposas y los hombres gallardos que, atormentados por altísimas fiebres, sentían cómo se debilitaban los latidos de los corazones, hasta sucumbir bajo los golpes de armas mudas e invisibles.

Como si la muerte no tuviese ya bastante que recoger y no tuviera bastantes víctimas en los campos de batalla, feroz y misteriosa, apuntó contra las mujeres y los que se habían quedado en sus casas.

Probablemente nunca estuvieron las calles de Budapest tan tristes como aquel otoño. Teatros, cabarets, lugares de diversión, circos, cinematógrafos, hubieron de cerrarse. Estaban prohibidos los conciertos, las conferencias, las representaciones, los encuentros deportivos, los banquetes y las reuniones. En los hospitales y en las camas mortuorias, ya no había espacio disponible. La estadística contaba más de mil casos nuevos cada día, y, desde junio, el número de éstos superaba ya a cien mil. Y la

epidemia de gripe hacía también estragos por las provincias.

Y en aquella ciudad atormentada, en aquel espantoso otoño, llegaban, día tras día, las noticias de derrota y de ruina de los ejércitos.

Pero Komlóssy no sabía nada de eso. Soportaba indiferente su propia suerte y paseaba largas horas por el gran corredor como lobo enfermo de apagada mirada tras de los barrotes de hierro de una tibia jaula. Había cerrado sus cuentas con la vida y se consideraba un cadáver viviente. Un día decidió interpelar a Jakchy y preguntarle qué se disponía a hacer con él, pero acabó renunciando a tal proyecto. Imaginaba y creía adivinar que Jakchy, de un modo u otro, hizo desaparecer o logró que se olvidara su expediente. Y cuando todas las noches Jakchy iba a pasar revista a los presos, a juzgar por la expresión de su rostro y de su mirada, que continuamente lo evitaba, llegó a comprender su deseo de no saber nada de sus asuntos. Su suerte debía de estar confiada a la casualidad. Pero ya no le atormentaba el deseo de libertad y consideraba la vida que había de llevar allí, detrás de aquellos hierros, como un estado curioso y semejante a la verdadera muerte, en el que ya no tenía deseos, recuerdos o pensamientos. Su alma y su cerebro parecían haberse separado durante su estancia en la prisión y yacían en una obscuridad y en un silencio que le parecían un reposo agradable. No deseaba abandonar aquel estado. Con sus compañeros de prisión, con aquellos desdichados a los que amenazaba una triste suerte, no hablaba jamás. Pero, aun en el caso de haberlo deseado, no habría podido hablar con ellos porque los infelices permanecían sentados durante largas horas en un extremo de sus sacos de paja con la frente apoyada en sus manos; o bien, con la mirada obsesionada, paseaban como locos de un lado a otro. Si alguien les preguntaba, no contestaban porque el loco terror de la muerte los hizo enmudecer. Una vez, uno de ellos dijo: «Ayer fusilaron a diecisiete». Estas palabras permanecieron largo rato suspendidas en la pavorosa atmósfera de la estancia, pero a Komlóssy no le dijeron nada.

Dos veces más tuvo que asistir a una ejecución, pero ello no le conmovió porque ya nada penetraba en su alma. Le daba la impresión de que todo lo que ocurría a su alrededor no era más que un sueño inverosímil que sus sentidos se negaban a recibir.

No escribía a nadie ni tampoco le llegaban cartas de nadie. Desde su casa le escribían, pero las cartas se quedaban sobre la mesa escritorio del capitán Majthényi porque su nombre no figuraba en aquel registro.

Gracias a una persona, aun mantenía un pálido contacto con el mundo exterior. Era el asistente del teniente Jakchy, llamado János Polka. Éste iba y venía por el recinto de la prisión y, poco a poco, se acostumbró al rostro de Komlóssy. A veces charlaba con él. Parecía un joven inteligente y bueno, aunque tenía unos conceptos muy confusos acerca de las cosas del gran mundo. Tuteaba a Komlóssy porque no sospechaba siquiera quién podría ser. Y aun lo trataba con cierta superioridad, como hombre libre ante un preso. Pero adivinaba en Komlóssy algo que salía de lo vulgar y,

cuando no tenía otra cosa que hacer, iba a hablar con él.

Una mañana, el capitán Majthényi se decidió a poner un poco de orden entre los papeles amontonados sobre el escritorio. Y entonces, debajo del montón, encontró los documentos de Komlóssy.

—¿Qué es eso? —preguntó al sargento.

—Lo ignoro, mi capitán. Ni siquiera sé por qué están aquí.

—¿Cómo es posible? Este hombre está aquí desde los primeros días de agosto. Llame en seguida al teniente Jakchy.

Poco después entró éste en el despacho.

—¿Hay aquí un desertor llamado Komlóssy?

—De memoria no podría contestarle, mi capitán —replicó Jakchy, impasible.

—Este hombre debiera haber sido mandado ante el tribunal en los primeros días de agosto —exclamó Majthényi.

Jakchy tomó los documentos y los examinó con atención.

—¿Y han llegado ahora estos documentos? —preguntó con la misma impasibilidad.

—¡Ca! ¡Dios sabe cuándo vinieron a parar en mi escritorio!

Pero Majthényi, en cuya conciencia pesaban muchas ligerezas en el servicio, no quiso profundizar aquel asunto.

—Disponga inmediatamente que sea enviado mañana, custodiado, al Margit-Körut.

Jakchy, la misma noche, dio la orden de que, al día siguiente, Komlóssy fuera llevado al Tribunal. Ya no quería preocuparse más por aquel asunto; decíase que hizo todo lo posible al seguir un impulso instintivo de su alma.

Polka estaba presente cuando su oficial recibió la orden. Por la noche, se detuvo ante la puerta de hierro y, con un ademán, llamó a Komlóssy. En voz baja le dijo:

—Oye, mañana por la mañana te llevarán al Margit-Körut.

—¿A mí? —preguntó Komlóssy como si alguien le despertara de un profundo sueño.

—Sí. Oí como el señor teniente daba la orden al sargento. Pero no temas, porque me parece que esta noche sucederán grandes cosas...

—¿Cuáles?

Polka hizo un guiño y un ademán significativo con la mano. Desapareció luego rápidamente porque en el extremo del corredor había oído pasos.

Serían las diez de la noche. Komlóssy estaba muy impresionado por aquellas palabras de Polka. Oprimió la frente ardorosa en las frías barras de hierro de la ventana y miró al patio. Estaba silencioso y desierto. Sólo de vez en cuando lo atravesaba presuroso algún soldado de servicio.

«Mañana te llevarán al Margit-Körut». Esto significaba la muerte. «Pero esta

noche sucederán grandes cosas». Y esto significaba la vida.

La vida y la muerte se presentaron de pronto en aquel silencio y obscuridad en que hasta entonces estuviera sepultado y, ahora, las sentía a las dos con fuerza espantosa. Si Polka le dijera tan sólo que lo fusilarían al día siguiente, no habría parpadeado. Era ya cosa prevista y resuelta desde mucho tiempo atrás. Pero, al mismo tiempo, le murmuró aquellas misteriosas palabras, en las que sintió la palpación salvaje de la vida, y aquellos dos pensamientos, tan próximos entre sí y tan bien adaptados uno a otro, le llenaron el alma de una verdadera tempestad.

¿La revolución? Era imposible. Desde luego, la revolución estallaría un día u otro, porque su espíritu flotaba en el ambiente. Pero eso no podía ocurrir antes de enero. Lo había pensado ya mil veces. Sí, la revolución estallaría precisamente el primero de año, bajo un huracán de nieve. En las calles llegaría hasta las rodillas. Y en Budapest, en la Plaza de la Libertad, surgirían las horcas a las que el pueblo, entre alaridos de júbilo, llevaría a rastras a las víctimas de la revolución. A las abiertas ventanas de las casas que rodeaban la plaza, se asomarían mujeres y niños. También imaginaba aquel espectáculo en Viena y creyó que el teatro de las ejecuciones sería la plaza que había delante de la ópera. Y también nevaría en Viena; muchas veces imaginó las escenas de la revolución, siempre con nieve y el día de Año Nuevo.

Pensó en todo esto como en un suceso que ocurriría más allá de su vida, cuando ya no estuviera entre los vivos. Lo que le había dicho Polka era, sin duda un rumor infundado. Lo cierto era tan sólo que al día siguiente lo llevarían ante el tribunal militar. Recordó en el acto las palabras que unas semanas atrás oyó en boca de un compañero de prisión: «Ayer fusilaron a diecisiete». Él apenas hizo caso, pero ahora comprendía su terrible significado. Volvió a ver el rostro de Napradán el día de su muerte y comprendió que sus últimos instantes serían también así.

Con las manos a la espalda empezó a pasear rápidamente por el corredor, como si lo persiguiese alguien. A veces se detenía, oprimía el rostro contra los barrotes de la ventana y miraba al patio sumido en las tinieblas.

Aquella noche, el teniente Jakchy estaba de revista en el cuartel. Hacia las once entró en su habitación el subteniente Kovássi.

—Vámonos, Pista. Vámonos al Mokros a tomar un jarro de cerveza.

Salieron. El cabo de servicio sabía que, en caso de presentarse el general en el cuartel, debería decirle que el señor teniente pasaba revista a los prisioneros del segundo piso; mientras tanto, un soldado iría a avisar al señor teniente, que estaba bebiendo un jarro de cerveza en el pequeño bar que había a corta distancia.

Jakchy y Kovássi se dirigieron al Mokros. Estaban a medio camino cuando, de repente, oyeron una descarga de fusilería. La salva había sido hecha a lo lejos. Se repitió varias veces, como si en algún lugar se hubiese empeñado una verdadera

batalla.

—¿Qué pasa? —preguntó Jakchy, extrañado.

Kovási se llevó la mano a la cabeza.

—Pues, simplemente, amigo, que aquí empezamos a ver grandes cosas.

Sujetó el sable con el brazo y, calándose bien el gorro, echó a correr en la dirección en que sonaban los disparos. Y, sin abandonar la carrera, volvió la cabeza y gritó a Jakchy:

—¡Quieren ocupar el cuartel!

Jakchy, atónito, permaneció unos instantes en medio de la calle.

La mayor parte de los oficiales del cuartel estaban ya enterados, desde varios días atrás, de lo que se preparaba. Aquellos oficiales, de quienes se sospechaba que, por cobardía o por sentimiento del deber, no se adherirían al movimiento revolucionario, fueron dejados en la ignorancia de lo que iba a suceder. Y, entre ellos, se encontraba Jakchy.

Al ruido de los fusiles, no tardó en sumarse el tableteo de las ametralladoras. Jakchy, corriendo, volvió al cuartel y subió al primer piso, donde el teniente coronel tenía sus habitaciones particulares. Llamó violentamente a la puerta, hasta que abrieron. El teniente coronel, que era soltero, se había acostado ya. Jakchy se detuvo a dos pasos del lecho, se cuadró e hizo el saludo militar.

—Se acercan al cuartel algunos insurrectos, mi teniente coronel, con el deseo de ocuparlo. Le ruego, mi teniente coronel, que me dé instrucciones.

El jefe miró largamente a Jakchy con los ojos desorbitados. Luego, en voz baja, replicó:

—Estoy tan enfermo que ni siquiera puedo levantarme.

—Mi teniente coronel...

—Estoy enfermo —contestó el jefe con voz indicadora de que no admitía réplica.

Jakchy saludó y salió. Se dirigió a su habitación y llamó por teléfono al Gobierno militar de la ciudad. Pero no le contestaron. Mientras tanto, el fuego de fusilería había aumentado en intensidad y violencia. Jakchy comprendió la necesidad de obrar. Los momentos eran preciosos. Ordenó que se diera la señal de alarma e hizo distribuir municiones a los bosníacos. En el cuartel se hallaba un destacamento de granaderos, cuarenta hombres que, al día siguiente, habrían debido partir para el frente italiano. Los distribuyó en el zaguán, entregándoles dos cajas de bombas de mano.

Sólo había cuatro ametralladoras. Las hizo sacar del cuartel, disponiéndolas en la calle, dos de ellas apuntando a la plaza Calvino, y otras dos a la Academia Ludovica. Mandó en diversas direcciones a algunos soldados en bicicleta, pero en vano aguardó su regreso, porque ya no volvió a verlos, como si se los hubiese tragado el continuo ruido de los disparos y el clamor de la multitud.

Apenas había transcurrido media hora desde el comienzo, cuando la plaza

Calvino se vio invadida por una enorme multitud que se acercaba por momentos. Jakchy la miró estupefacto. Esperaba ver un grupo armado, pero notó que aquella muchedumbre estaba compuesta por hombres y mujeres, por burgueses, jóvenes y señores ancianos y bien vestidos, entre los cuales reconoció a un profesor de Universidad que llevaba su sombrero de copa. Entre unos pocos militares vio a algunos oficiales *honvéd* del Estado Mayor. La multitud no observaba una actitud amenazadora. Parecía embriagada y de ella surgían rumores y gritos.

—¡Alto! —gritó Jakchy.

La muchedumbre se detuvo a cosa de dos pasos de las bocas de las ametralladoras. En aquel momento se adelantó un señor con barba en quien Jakchy creyó reconocer a un diputado del Parlamento, aunque no recordó su nombre.

Se volvió a los soldados que, con los rostros contraídos, parecían a punto de disparar, sentados al lado de las ametralladoras. Y, en voz tranquila y afable, dijo:

—Queridos amigos, también vosotros sois soldados húngaros, ha llegado el momento de la emancipación y de la libertad magyar. No venimos contra vosotros y os hablamos como hermanos magyares. Os traemos la noticia de que Hungría ha recobrado su independencia, que la nación húngara no está en guerra, que se ha separado de Austria y de los Habsburgos...

Estas palabras fueron acogidas con un coro de vivas y de aclamaciones que se elevó hasta el cielo.

—¡Vivan los soldados húngaros! —gritaba la multitud, entusiasmada—. ¡Vivan los soldados húngaros!

Los servidores de las ametralladoras permanecieron unos instantes inmóviles, sin separar las manos de las cintas de proyectiles. Luego cambiaron una mirada y, sin pronunciar palabra, se cargaron a los hombros las ametralladoras y se dirigieron al cuartel. La multitud, entre truenos de aplausos y gritos salvajes de júbilo, se dispuso a seguirlos. Al mismo tiempo, y también en el otro extremo de la calle, los soldados que estaban al cuidado de las ametralladoras, cedieron espontáneamente a la multitud revolucionaria, que trató de atravesar la puerta del cuartel.

—¡Entregadnos a los desertores! ¡Queremos libertar a los desertores!

Jakchy, con las piernas abiertas, se plantó en la puerta y, en alta voz, para que todos pudieran oírlo, exclamó:

—Os prevengo que en el zaguán tengo dispuestos a cuarenta hombres provistos de bombas de mano y que, en el patio, espera mis órdenes un batallón bosníaco con las armas cargadas.

—¡No vengas con tonterías, Bandi! ¡Entrega el cuartel! —gritó desde la multitud la voz del subteniente Kovássi.

—Soy un soldado y cumpliré con mi deber —volvió a gritar Jakchy.

Había en su voz tanta energía y rígida dureza, que el diputado se volvió a la

multitud.

—No provoquemos inútiles derramamientos de sangre. Volvamos apaciblemente a nuestras casas, porque ya nadie será capaz de oponerse al curso de los acontecimientos.

La multitud empezó a diseminarse lentamente. Cuando Jakchy volvió la cabeza hacia el interior del cuartel, se quedó como herido de un rayo, observando que ya no estaban allí los soldados provistos de bombas de mano. Y también los bosníacos habían desaparecido del patio. Desde arriba se oía un aullido ensordecedor. Los desertores, que, de un modo u otro, se enteraron de lo que ocurría, empezaron a aullar como fieras y sacudían con fuerza las rejas de hierro. Todo el cuartel parecía un hormiguero en plena confusión.

Así empezó el 31 de octubre de 1918 en el Cuartel de María Teresa.

Alboreaba ya cuando una multitud enorme, en la cual figuraban también gran número de mujeres, al parecer obreras, atravesó la puerta del cuartel y a toda prisa se dirigía a la prisión de los desertores. Ocurrió entonces algo capaz de dejar estupefacto a cualquiera: las poderosas barras de hierro viéronse en un momento dobladas, rotas, arrancadas y destrozadas como si una gigantesca fuerza sobrehumana las hubiese abatido.

A través de las brechas abiertas, salieron uno tras otro los desertores. Y llenó el aire un tumulto de voces agitadas y aulladoras.

Una joven obrera corría de un lado a otro por delante de la reja, retorciéndose las manos.

—¡Jozsi! ¿Dónde estás? ¡Jozsi!

Por último, y al otro lado de la reja, le contestó una voz:

—¡Eszti! ¡Eszti!

Después de unos instantes y por entre las rotas barras, compareció un joven soldado de rostro sucio e hinchado.

Un soldado que había llegado con la multitud, hizo bocina con las manos y empezó a gritar con voz estentórea a la multitud de los desertores:

—¡Somogyi! ¿Está aquí Somogyi? Lo busca su padre.

Mientras tanto, la multitud había derribado las puertas del depósito de armas. Las mujeres, todas vestidas pobremente, como si estuvieran embriagadas por el ardoroso aliento de la revolución, se armaron todas de un fusil y, así, fatigosamente, se dispusieron a salir a la calle. Por debajo del pañuelo o del sombrero sencillo y marchito, colgaban rizos desechos y trenzas sueltas, y en sus ojos relampagueaban turbidas llamas. En el portón los hombres, riendo, les quitaban los fusiles.

Mientras tanto la multitud sacaba a hombros a los desertores y, con gritos triunfales, los llevaba a la calle, ya invadida por la gente. Personas desconocidas, que nunca se vieron recíprocamente, se abrazaban como si fuesen hermanos, gritando:

—¡Ha estallado la revolución! ¡Viva la independencia húngara!

Komlóssy llegó a la calle subido a los hombros de dos desconocidos. Examinó atentamente el rostro del más bajo de ellos; era un hombre de cuello grueso, cara rubicunda y ojos centelleantes que llevaba un bigote negro muy bien rizado y que, sin duda, hasta muy pocos momentos antes estuvo sujeto por la bigotera. Con toda probabilidad debía de ser un zapatero bondadoso. El otro era un cartero. Komlóssy, con el cuerpo inclinado a un lado, sentíase poco seguro en aquella posición, porque el cartero quizá aventajaba en medio metro al zapatero. Hizo alguna tentativa por librarse de aquella situación, pero sus dos portadores, sin dejar de gritar para desahogar su alegría, no le permitieron poner los pies en el suelo. Lo llevaron hasta la calle, y allí, por último, lo depositaron en tierra, de igual modo como se arroja al agua a un pez agonizante.

Arrastrado por la multitud, llegó al comienzo de la calle Rákoczi. La fangosa calle estaba cubierta de un blanco manto de crisantemos que la gente arrojaba a brazadas, profiriendo gritos de alegría. Komlóssy contemplaba aquel espectáculo, pálido y conmovido hasta el fondo de su corazón. De repente también surgió de su garganta un grito de espanto, de maravilla y de júbilo: un pelotón de guardias a caballo acababa de llegar sobre sus monturas estremecidas, y la multitud, embriagada, arrojó sobre ellos una lluvia de crisantemos. Los guardias se inclinaban sobre las sillas y estrechaban las manos de las personas desconocidas que se las ofrecían y, sonrientes, saludaban a todos con gestos afables y cordiales. Era un instante maravilloso y conmovedor de la emancipación, de la hermandad, del encuentro espontáneo y sublime de todos los oprimidos corazones magyares. Un hombre que tenía aspecto de empleado agarró el brazo de Komlóssy.

—Mira, conciudadano. Mira ahí.. Guardias y policías.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Todo aquello parecía a Komlóssy un ensueño magnífico, pero inverosímil. Pensaba que quizá eran aquéllos los mismos guardias, ya envejecidos, que varias veces habían dado cargas contra las manifestaciones de los estudiantes, cuando él, para salvar el gallardete, se metió por un callejón y, casualmente, fue a parar a casa de los Gubai.

¿Sería aquélla la revolución? Camiones llenos de soldados recorrían velozmente las calles; los soldados apuntaban las armas hacia las grises nubes que cubrían el cielo otoñal y el aire se estremecía por el incesante trueno de los tiros de fusil. Bajo el balcón de un hotel se habían alineado los oficiales que, con la espada desenvainada, juraban por la libertad de la Patria húngara. Komlóssy iba adonde lo llevaba la multitud. De este modo llegó al viejo Parlamento. En la tribuna hablaba un caballero que tenía aspecto de profesor. El público no escuchaba sus palabras con demasiada atención porque, a fin de explicar la nueva situación creada por el movimiento

revolucionario contra Austria, abusaba de las frases y cifras demasiado doctas para personas poco versadas en las doctrinas del derecho público.

—Aquel dualismo que sancionó la ley de la Reconciliación...

Una voz cavernosa estalló a corta distancia de Komlóssy.

—Oigamos al condenado a muerte.

Era el individuo de bigote negro y de faz rubicunda que aquella misma mañana lo llevó a hombros cuando salió de la prisión entre el furor de la multitud.

—¡Oigamos al condenado a muerte! —repitió al mismo tiempo que empujaba a Komlóssy.

—¡Que hable! —exclamó la multitud.

—Sube a la tribuna y habla —le gritó un teniente mientras lo cogía por el brazo y le obligaba a seguirlo.

Komlóssy se esforzó en evitar aquella violencia, pero veinte brazos lo empujaron irresistiblemente hacia la tribuna.

En la sala reinó de pronto un profundo silencio. Parecía que aquel soldado de rostro pálido y cadavérico, traje andrajoso, cuyo aspecto exterior tenía algo fatal y cuya mirada parecía haber concentrado fuerzas y energías espantosas, hubiese producido extraordinaria impresión en la multitud.

Komlóssy guardó un momento de inmovilidad y de silencio, palideciendo más aún. Luego, apoyándose con la mano en el borde de la mesa, empezó a pronunciar aquel discurso, cuyas palabras conocía tan bien sílaba por sílaba y un acento tras otro; aquel discurso que compuso en sus épocas de estudiante de la Universidad, mientras paseaba por un sendero del Bosquecillo una mañana de septiembre; aquel discurso que tantas veces declamara ante un espejo, imaginándose que llegaría el día en que podría declamarlo ante una multitud rebelde. Aquel discurso que, por última vez, gritó al cielo, a los bosques y a las montañas cuando se fugó del valle del Piave; aquel discurso que surgía entonces de los más íntimos pliegues de su corazón.

—¡Hermanos húngaros! Ha llegado el momento en que vosotros, hijos de una nación milenaria, libre e independiente, os quitéis el yugo de Austria y de los Habsburgos que, por espacio de muchos siglos, os enviaron al matadero para salvar de la ruina su vacilante trono. Todas las fisuras de aquel trono han sido reparadas con vuestra sangre.

Se oyó un aullido que proferían mil gargantas; muchos, con los puños, golpeaban los bancos.

—Es verdad, tiene razón, nos han mandado al matadero.

Con un ademán de su mano, Komlóssy restableció el silencio y continuó:

—Y, a cambio de eso, nuestro orgullo nacional ha sido pisoteado en el barro y nuestra Constitución milenaria se vio vilipendiada y anulada, en tanto que se abrían numerosas tumbas para todos los buenos húngaros.

Estalló de nuevo el tumulto.

Komlóssy habría querido continuar su discurso, pero ya había agotado el texto que preparara y estudiara en otro tiempo. Por esta razón levantó los dos brazos y gritó:

—¡Viva la revolución húngara!

La multitud, en el paroxismo de la excitación, entonó el himno nacional y, sin dejar de cantar, salió de la sala.

Komlóssy fue festejado con cálidas palabras, felicitaciones y apretones de manos. En aquel momento le pareció vivir de nuevo aquel otro instante, trece años atrás, en que llegaron los jefes de la oposición después de la audiencia que les concediera Francisco José. Entonces él, mísero estudiante de traje raído y viejo, y con voz ronca y temblorosa, a causa de los sollozos, se adelantó gritando: «¡Seremos los primeros en las barricadas!».

Tambaleándose, salió a la calle, sintiéndose presa del vértigo.

XVII

Eran las once de la mañana. Entre la multitud una voz le gritó:

—Hola, Pista.

Se volvió extrañado, pero, entre la gente ruidosa que lo rodeaba, no pudo ver al que lo había llamado. Sintió luego una mano que se posaba en su hombro y le daba amistosas palmadas.

Era Pobrányi, el subteniente Pobrányi, a quien viera por última vez en las trincheras del Piave, cuando encontró a su hermano Sándor.

Dando un grito de alegría, se abrazaron y se besaron. En pocas y agitadas palabras se refirieron mutuamente lo que les había sucedido desde que se vieron por última vez.

Pobrányi había regresado del frente dos semanas atrás y aquel mismo día le habían entregado su licencia.

—¿De modo que estás vivo, amigo? Nosotros nos figurábamos que habías muerto al pie del Montello.

—¿Y qué sabes de los demás? —preguntó Komlóssy mientras se nublaba su rostro.

—Körösi y Posztós fueron hechos prisioneros. Berke recibió una bala en el brazo. Creo que Jóska Oláh desertó. El pobre János Zsibai... creo que ya sabes... ¿por qué no te pones en la manga las estrellas de tu grado?

—¿Crees que me lo devolverán?

—¡Naturalmente! ¿Conoces a Feri Vermes, cuñado mío? Es teniente coronel y está en el Ministerio de Defensa Nacional. Mañana es el primero de noviembre y te prometo que mañana mismo serás capitán. Por derecho te corresponde el ascenso. Y, ahora, acompáñame, porque voy a ver a Feri. Le recomendaré tu asunto.

Los dos se dirigieron al Ministerio de la Defensa Nacional. Pobrányi, a pesar de la gran confusión que allí reinaba, consiguió por fin encontrar a su cuñado. Le presentó a Komlóssy y le expuso su situación. El teniente coronel opinó también que Komlóssy habría de recobrar su grado y prometió encargarse con el mayor interés de aquel asunto.

Mientras bajaba la escalera del Ministerio, Pobrányi, riéndose, miró a Komlóssy.

—Y ahora a comprarte en el acto un traje decente, porque con estos andrajos das la impresión de que acabas de salir de entre las fauces de un mastín...

—Mi querido amigo —contestó Komlóssy—, no tengo absolutamente ningún dinero.

—No importa. Mañana tendrás tanto que ni siquiera con un carro de mano podrás llevarlo a casa. Pero, por el momento, puedo prestarte lo que necesites.

Tomó el brazo de Komlóssy y lo llevó consigo.

Entraron en una sastrería militar y eligieron un uniforme completo de oficial.

El dueño del establecimiento era un viejecillo calvo, que dirigió a Komlóssy una mirada llena de desconfianza. En conjunto no estaba demasiado entusiasmado por lo que ocurría. Preveía que, en adelante, todo el mundo vestiría de paisano y a él le importaba mucho su negocio.

Pobrányi dio una palmada en el hombro del viejo.

—Fíjese bien en este capitán. Si la guerra hubiese durado dos días más habría sido fusilado por desertor. —Y, volviéndose a Komlóssy, añadió—: Y, ahora, alégrate, amigo, porque todo marchará de otra manera.

Komlóssy no estaba demasiado satisfecho de que su amigo lo hubiese mostrado como si fuera un animal raro, pero había en la conducta de Pobrányi tanta ingenuidad, entusiasmo y amistad sincera, que no quiso hacerle ninguna observación.

—Mándelo todo al hotel y a nombre del señor capitán —dijo Pobrányi al dueño del establecimiento.

Con toda evidencia aquella oportunidad de ser árbitro de la situación le parecía muy agradable. Luego salieron a comprar zapatos y ropa blanca, gemelos para los puños, un reloj y, en una palabra, todo lo necesario para que Komlóssy se librara de la porquería de la prisión.

—Un baño para el señor capitán —gritó Pobrányi al portero del hotel, situado a orillas del Danubio, adonde acompañara a Komlóssy. Se volvió a éste, y añadió—: Oye, amigo, ante todo hazte cortar el cabello, porque tu cabeza parece una selva virgen.

Dirigiéndose otra vez al portero, ordenó:

—Mande inmediatamente a un peluquero a la habitación del señor capitán. Pero tenga en cuenta que ha de ser un peluquero artista.

Después de acompañar a Komlóssy a su habitación y de cerciorarse de que la temperatura del agua del baño era agradable, exclamó:

—Bien. Está bastante caliente.

Y se marchó, asegurando que volvería al día siguiente.

Mientras tanto, había llegado el peluquero, y Komlóssy se entregó a sus cuidados. Cerró los ojos y le pareció sentir en el corazón un suave calor. El peluquero intentó empeñar una conversación con él, pero, en vista de que el «paciente» solamente le daba respuestas breves y lacónicas con los ojos cerrados, se decidió a callar.

En cuanto el peluquero se hubo marchado, Komlóssy penetró en el cuarto de baño. El agua tibia lo esperaba con nuevas delicias. Hacía ya más de un año que no se había bañado en un recipiente tan blanco y limpio. Durante los largos meses que pasó en el frente italiano y en casa de Jacopo Renza, sólo pudo lavarse bajo el chorro de agua de la fuente que había en el centro del patio. Luego, después de la batalla del Montello, siguieron los días errabundos cuando, en compañía de Napradán, dormían

bajo la cúpula de los cielos, azotados por los vientos, mojados por la lluvia y sucios de barro mientras atravesaban bosques, estepas, matorrales y cañaverales. Cuando llevaba aquel mismo traje roto y destrozado, cayó en manos de los gendarmes, y en tal estado, con el cuerpo lleno de fatiga, dolorido y golpeado, lo encerraron en el Cuartel María Teresa y, ahora, aquel cuartito de baño, aquellos grifos cromados, aquellas paredes blancas, brillantes y limpias, aquel chorro de agua caliente límpido y humeante, la abundante espuma perfumada del jabón y, en una palabra, todo cuanto le rodeaba, le producía la impresión de que estaba soñando. ¿Sería cierto aquello? ¿Podría, realmente, creer que estaba allí y que delante de la puerta no estarían paseando todavía los «momsí» de estatura jirafa, con las interminables piernas metidas en dos enormes botas claveteadas, que siempre dirigían hacia adelante miradas salvajes, mientras difundían en torno de sus cuerpos el hedor de establo y de estiércol? ¿Sería cierto que si encontrara a Jakchy podría abrazarlo y exclamar?: «Querido Bandi, ¿me reconoces?». Ante todo iría a buscar a Jakchy, porque, en realidad, le debía la vida.

Ésta se había aclarado a su alrededor, como fresca aurora que precede al día. Aquella opresora obscuridad que en el frente agobió su alma con la ansiedad del porvenir, y que le obligaba a preguntarse sin cesar qué ocurriría al siguiente día y si habría nuevos combates, todo ello había cesado, ya no existía, de igual manera como las tinieblas de una noche espantosa, poblada de incubos y de fantasmas, desaparecen al llegar el día. ¿Cuál era su edad? Sólo treinta y dos años. Aun no había pasado la juventud. Todavía podría aspirar al amor de las mujeres y quizá a un matrimonio feliz y puro. Se acordó de Erzsébet, que para él se había convertido en una persona extraña y lejana, como si nunca la hubiese amado y jamás hubiera sido su esposa. Su recuerdo lo llenó de amargura y casi de odio. Le arrebató los años más ardientes y más hermosos de su juventud, haciéndole recorrer las calles que habían ensuciado las inmundicias más abyectas de la vida. Pero recobró la paz al recordar que aquella mujer le había dado un hijo. Pensando en él, su corazón se llenó de calor y de luz. Por él valía la pena de vivir y por aquel hijo podría llevar a cabo algo hermoso y grande. El alma fresca, gallarda y joven de aquel niño, también haría avanzar en el tiempo el ideal y la llama que un día se vería obligado a abandonar en su alma fatigada y vieja. Pero aquel día aun estaba muy lejano; faltaban muchos años para que llegase. ¡Qué maravillosa es la vida! Sumerge a un hombre en la profundidad de tenebrosos abismos, lo pisotea en el fondo de una tumba abierta y luego, de repente, lo levanta, lo envuelve en una luz resplandeciente y lo deja, al fin, en un baño tan tibio y tan blanco como aquél. ¡Qué invento tan extraordinario era el baño!

¿Y cuál sería la mujer que entraría en su vida con su hermosura, su pureza y su bondad, para consolarlo de todo lo que sufriera hasta entonces? Porque, sin duda, la vida tenía bellezas secretas y lejanas que él desconocía aún. En cualquier lugar habría

hombres y vidas que no se hallaban para él a una distancia tan inaccesible como la vida de Bea, a quien su imaginación infantil rodeó de luz suave y misteriosa. Aquella belleza inverosímil quizá no existía siquiera. Pero sin duda había muchas familias de señores húngaros, por ejemplo, la de un propietario o la de un consejero ministerial, que, con gusto, acogerían al capitán István Komlóssy de Nagyberek, también descendiente de la misma raza de señores. Y quizá aquellos hombres no estaban muy lejos de él.

Una vez vestido, pasó largo rato contemplándose ante el espejo del armario. Quedó satisfecho de sí mismo, porque desde el espejo lo miraba un hombre absolutamente nuevo y casi desconocido, pues le daba la impresión de que también se habían transformado sus facciones.

Cuando se acercó a la mesa, para ordenar los objetos que dejara en ella, no pudo dejar de contemplarse una y otra vez en el espejo, porque aquella nueva realidad de su ser lo emocionaba en gran manera. Dos o tres veces se pasó la mano por la nuca, porque le parecía raro el contacto de la piel libre del hirsuto y salvaje pelo que allí creciera. Se miró los pies, pues le parecía andar con los de otra persona. Desde muchos años atrás habíase acostumbrado a las botas claveteadas sin forma, chatas, arrugadas y llenas de barro. Y ahora sus pies, en cambio, le parecían demasiado elegantes. Y también juzgó algo insólito el pliegue rectilíneo de los nuevos pantalones negros que llegaban hasta los zapatos de charol. De sus cabellos emanaba un perfume de agua de colonia que le parecía algo embriagador.

Bajó al comedor con la misma sensación de que continuaba moviéndose en un mundo de ensueño. Estaban sus manos desacostumbradas al contacto de diversos objetos como servilletas, cubiertos de plata, manteles, vasos y, en una palabra, todo. También su oído encontraba extraordinario aquel rumor discreto y agradable que lo rodeaba. Sus miradas contemplaban con extrañeza los colores, los tapices, las cortinas y aun los trajes de las señoras. La comida despertaba las delicadezas de su paladar y se descomponía en mil sabores diversos. ¿Cuándo tomó asiento, por última vez, a una mesa tan distinguida? Sus manos carecían de la habilidad necesaria para manejar los cubiertos. No acababa de saciarse del sabor de los platos que le sirvieron. La última vez que comió algo propio de persona civilizada, fue cuando su madre lo visitó en la cárcel. Pero aun aquel pollo frío tuvo que comérselo sentado en el borde del saco de paja y no pudo saborearlo, porque en la penumbra de la enorme estancia y por todas partes unos ojos ávidos miraban el bocado que llevaba a sus labios, brillantes como los ojos de los animales carniceros, y tan profundo era el silencio, que aun podía oír el ruido de sus dientes al mascar.

Pidió vino y el primer vaso le dio cierto aturdimiento. En la sala, en la vecina mesa, vio a una señora joven y hermosa, que contestó a su mirada de interés con una tranquila ojeada. Las dos miradas se rehuyeron un momento, pero luego se buscaron

y se encontraron de nuevo. Y en la comisura de los labios de la señora apareció una levísima sonrisa.

Ello agitó en extremo el corazón de Komlóssy. No quería nada ni esperaba cosa alguna de aquella mujer, porque al día siguiente se dirigiría a su pueblo, a su propia casa, donde quería pasar, por lo menos, una semana con su familia. Y, sin embargo, la luz de aquella leve sonrisa encendió en él un fuego devorador, porque representaba la luz cegadora de la vida y de la libertad.

¿Qué hora sería? Habían dado las dos. ¿Sería cierto que el día anterior, a la misma hora, con el corazón roído por el temor espantoso de una muerte horrible, estaba sentado sucio y tétrico en una prisión militar de ambiente pesado y hediondo?

Aquella idea lo excitó de tal modo, que, en el acto, interrumpió el duelo juguetón de miradas con su graciosa vecina, porque apartó los ojos de ella. Pagó, salió y tomó el camino del Cuartel María Teresa, con la esperanza de encontrar a Jakchy. Pero, en realidad, lo atraía aquel lugar, de igual modo como el lugar de su crimen atrae al asesino. Al llegar vio en las paredes del cuartel unos cartelones muy grandes, en los que, a toda prisa y con letras casi cuadradas, alguien escribió las siguientes palabras: «Contra los soldados saqueadores pídase auxilio a la fuerza armada de este cuartel».

Aquellas pocas palabras le produjeron cierto disgusto. ¿Cómo? ¿Existían acaso soldados que se aprovechaban del júbilo, de la embriaguez y del sagrado entusiasmo de aquel día maravilloso, para robar y saquear? Absorto en estos pensamientos, subió la escalera y en el acto sintió la opresión de vacío y de abandono, que producían aquellos grandes corredores desiertos. A través de la puerta de hierro destrozada penetró en la prisión. En las grandes estancias de blanqueadas paredes, donde el día anterior, a la misma hora, yacían amontonados los prisioneros, y en cuyas paredes, puertas y bancos se leían aún muchísimos nombres, las maldiciones más triviales, palabras torpes y versos obscenos, no había entonces un alma viviente. Al lado de la pared estaban amontonadas las gamellas sucias y con restos de comida. Sobre algunos sacos de paja vio prendas de ropa sucias y rotas, pañuelos de color inverosímil, paquetes envueltos en harapos, que en el ansia febril de la liberación fueron olvidados por sus propietarios.

Aquel era el estado del lugar en que se vio encerrado. Las paredes exhalaban aún su hedor característico y acre. ¡Cuántas noches y cuántos días pasó allí!

Salió del corredor y, como tantas veces hiciera, miró a través de la reja en dirección al patio, ahora completamente desierto.

Mientras andaba por entre aquellas paredes, tuvo la misma sensación que en su niñez, en una casa de fieras, ante el cadáver de un oso. Aquel cuartel se erguía amenazador, veinticuatro horas antes. Tenía todo lo necesario para distribuir la muerte, de un modo implacable: los aullidos y los mugidos que allí se oían eran capaces de helar la sangre en las venas de los transeúntes, y ahora, en cambio, estaba

sin vida. Habíase desvanecido su fuerza y desapareció su poderío. Las bayonetas, las cadenas, las prisiones, ya no infundían terror a nadie. Era un caserón grande, frío y triste, y, con toda probabilidad, sería transformado en hospital. En breve piadosas y misericordiosas hermanas recorrerían en silencio y con ligero paso aquellos lugares, cuyas enormes losas cuadradas resonaron siniestramente bajo el paso cadencioso de los zapatos de los «momsí».

Por último descubrió a un viejo soldado que estaba barriendo una oficina.

—¿No has visto por casualidad al teniente Jakchy?

El viejo soldado de infantería ni siquiera se quitó la pipa de la boca, y sin dejar de barrer, contestó:

—Desde el momento en que estalló la *libertad*, no he visto a nadie por estos lugares.

Empezaba a obscurecer cuando Komlóssy salió de nuevo a la calle. Sin objeto determinado, se aventuró por el bulevar fangoso y mal iluminado. Sentía cierta tristeza, porque en Budapest no conocía a nadie. Cuando aun estaba en el frente italiano, recibió la última tarjeta postal de Erzsébet, procedente de Viena.

Decidió ir a visitar a su ex suegro. Cuando subía la escalera recordó la noche lejana en que, deseoso de huir de los guardias que lo perseguían, penetró en aquella casa. También entonces corría el otoño. Y en los descansillos de la escalera ardían los mecheros de gas. Recordó la segunda visita que hizo allí, presidiendo la diputación constituida por Zsibai, Grünfeld y Pataki. En el umbral de la puerta del piso los esperaba el maestro Gubai, que les ofreció la mano.

—Gubai, Profesor de música... Entren. Hagan el favor de encender un cigarrillo...

Aquellos antiguos recuerdos acudían tumultuosos a su memoria.

También ahora le abrió la puerta el profesor Gubai. Komlóssy lo vio por última vez seis años antes. Lo reconoció con dificultad, porque había encanecido mucho y su rostro era más pequeño, como si hubiese sufrido una grave enfermedad.

En cambio, Gubai no reconoció a Komlóssy. Consternado, miró al desconocido oficial, y su primer pensamiento fue que tal vez, se proponía detenerlo, porque unos días atrás hizo en un restaurante algunas observaciones ofensivas para la nación húngara. Alguien lo reconvino por ello y le recomendó callar. Y ahora, cuando los húngaros «habían subido al poder», sin duda aquel sinvergüenza de Kormós, que no podía verlo, lo habría denunciado.

—Buenas noches. Adivine quién soy —le dijo Komlóssy, deteniéndose ante él, con las manos en la cintura.

Gubai, que era algo obtuso, tardó bastante en reconocerlo. Luego se arrojó al cuello de Komlóssy y lo besuqueó. Si un momento antes no hubiera estado tan asustado, no hay duda que su acogida no habría sido tan afectuosa. Se dirigió a una

puerta y gritó:

—¡Mamá, ven! ¡Aquí está Pista!

La señora Gubai, al revés de su marido, había cambiado muy poco en los años transcurridos. Seguía siendo una mujer hermosa, esbelta y de fáciles movimientos. Y también se arrojó al cuello de Komlóssy.

Le hicieron entrar en la vivienda, donde continuaba como siempre al lado de la pared el diván con la mancha de grasa en forma de media luna.

Gubai contemplaba, maravillado y admirado, a su ex yerno. Y a través de sus recuerdos, se preguntaba si aquél podía ser el estudiante de otros tiempos, el mismo capitán imponente y soberbio que tenía ante sus ojos.

—¿Qué noticias hay de Erzsébet? —preguntó Komlóssy.

La señora Gubai, emocionada, contestó:

—¡Vendrán! Van a tardar muy poco.

—Pero, ¿qué saben ustedes de ella?

—¿Cómo? ¿No te has enterado? Se casó otra vez.

—¿Con quién?

—Con Hajmeczki.

—¿De veras?

—Sí. Se casaron cuatro meses atrás y son muy felices. Imre ha compuesto una opereta y la han aceptado ya los empresarios. La representarán en Alemania.

Gubai daba grandes pasos por la estancia y, muy satisfecho, se atusaba el bigote, deseoso de dar a entender a Komlóssy que aquel matrimonio era obra suya, un mérito personal, y que sólo por modestia renunciaba al reconocimiento de los demás.

En la mente de Komlóssy reapareció entonces la figura borrosa de Hajmeczki. La noticia de su matrimonio con Erzsébet le pareció sumamente agradable. Estaba contento de que se hubiese casado con él, porque, sin duda, era un hombre muy simpático. Por su parte, y ya desde mucho tiempo atrás, no se sentía ligado con Erzsébet por ningún vínculo sentimental, pero siempre lo conturbó la idea de que ella pudiera caer en el fango de la depravación. Ahora, en cambio, al lado de Hajmeczki se convertiría en una señora intachable y el pequeño Gerzson no tendría que avergonzarse de su madre.

En efecto, llegaron al poco rato Hajmeczki y Erzsébet. Komlóssy observó entonces que, con toda seguridad, Erzsébet se decidió a casarse con Hajmeczki y a apaciguar su vida tormentosa, en el silencio y quietud de un hogar doméstico, a consecuencia de graves crisis morales y de amargas desilusiones amorosas. Tenía los ojos apagados y el rostro sombreado por pequeñas arrugas, pero vestía con elegante sencillez. Y su figura era tan esbelta y juvenil como en otros tiempos. István, al verla, se quedó un momento estupefacto. Ella se arrojó a su cuello y lo cubrió de besos. Luego le hizo dar vueltas para verlo por todos lados.

—Deja que te vea. ¡Dios mío, qué cambiado estás!

Aquel «¡Dios mío!» parecía haber salido de los labios de la Erzsébet de otros tiempos.

Hajmeczki saludó también a Komlóssy de un modo confidencial. Tenía aspecto de hombre satisfecho y de buen humor.

—Estoy muy enojada con tu madre —dijo Erzsébet a Komlóssy.

—¿Por qué?

—Pues porque me roba el afecto del niño.

Pero tales palabras no eran más que una parada hábil, para prevenir cualquier reproche eventual de que ella no hiciera caso del niño.

Decidieron ir a comer juntos a un restaurante. Antes de salir de casa, Gubai, que tenía la conciencia intranquila, se llevó a un lado a Komlóssy.

—Oye, Pista... ¿qué te parece? ¿No me habré metido en un mal negocio...?

—¿Qué mal negocio?

—Como no soy de nacionalidad húngara...

Komlóssy lo tranquilizó, asegurándole que, por este motivo, nadie se atrevería a tocarle un cabello.

—Sin embargo —le advirtió Erzsébet—, procura no insultar a los húngaros.

Gubai, escandalizado, se puso la mano en el pecho.

—¿Yo injuriar a los húngaros? ¿Por qué dices eso?

Y cuando Komlóssy no miraba, dirigió una furibunda ojeada a Erzsébet y, al mismo tiempo, meneó la cabeza con expresión amenazadora.

XIII

Al día siguiente por la mañana, Komlóssy emprendió el viaje hacia su casa. El niño, a quien no había visto por espacio de más de un año, reconoció difícilmente a su padre. El pequeño Gerzson tenía ya seis años y aquel otoño asistió por primera vez a la escuela. Era ya un muchacho fuerte, de bronceada piel, y estaba lleno de arañazos.

—Este mocoso no hace más que pelearse continuamente, aunque sea contra muchachos mayores que él —suspiró Maska.

El niño dirigió una mirada de desprecio a su tía, en tanto que, muy serio y preocupado, jugaba con las charreteras de su padre, el cual le acarició la cabeza.

—¿Es verdad lo que dice tía Maska?

El niño dirigió a su padre sus ojos grandes y negros.

—Tía Maska no dice más que mentiras.

—¡Mal educado! ¡Insolente! ¡A ver si te tapo la boca de un bofetón! —exclamó Maska, que reía con una mano abierta ante la boca, porque amaba a aquel pequeñuelo moreno como si fuese su propio hijo.

La viuda del pastor no se cansaba de contemplar a István y de acariciarle los hombros.

—¡Ay, hijo, cómo has cambiado! Cuando te vi la última vez en aquel cuartel de María, tenías una cara que daba miedo. Te aseguro que el dolor me oprimió el corazón sin dejarme respirar.

Y se le curvaban las comisuras de los labios, como si se dispusiera a echarse a llorar, pero volvió la cabeza y murmuró:

—¡Malditos sean los ejércitos y las maniobras!

No se dio cuenta, sin embargo, de que su hijo István, que antes era un simple soldado, alcanzó repentinamente el grado de capitán. Bien es verdad que, durante los largos años de la guerra, nunca aprendió a conocer las jerarquías militares. Maska, por su parte, hizo mil preguntas a su hermano. Había enflaquecido mucho. Aun llevaba luto por la muerte de su marido y estaba convertida en una de tantas resignadas y apacibles viudas de guerra del país.

En aquellos días, también tuvieron por huésped a la esposa de Sándor, a quien István apenas había visto una vez antes de la guerra. Elsa, porque así se llamaba la esposa de Sándor, era una mujercita rubia, frágil y de facciones delicadas y ojos inteligentes y expresivos. Sin cesar miraba a su cuñado, sorprendida y confusa, porque su marido le decía siempre que era un tipo raro y un anormal. Sabía ya que durante la guerra fue degradado y que también injurió y agredió a un superior. Sándor le había contado la historia, aunque desde su punto de vista. Estaba enterada, igualmente, de que había desertado del frente, de que lo prendieron los gendarmes, y

recordaba que en Viena, Sándor regresó una mañana a su casa pálido como un muerto.

—El teniente Kolosváry acaba de comunicarme lo que le ha sucedido a mi hermano. Acaban de detenerlo como desertor y lo han llevado a Budapest, al cuartel María Teresa.

Y recordaba también que Sándor le dijo:

—Toda su vida ha sido un desgraciado. Ahora ya nada puede salvarlo de morir fusilado.

Ella se figuró encontrar a su cuñado como lo viera la última vez en Budapest, sin afeitarse, vestido de paisano, muy derrotado y bastante salvaje. Y, al revés de todo eso, observaba, con asombro que no podía ocultar, a aquel oficial esbelto y elegante, cuyo rostro, de perfil grave y duro, parecía bañado de apacible melancolía, que hablaba con voz acariciadora y viril, y tenía los movimientos apacibles y distinguidos. La reservada cortesía con que trataba a Elsa, para darle a entender, con la mayor delicadeza, que entre él y su hermano mayor había un abismo moral imposible de salvar, impresionó extraordinariamente a la joven.

Komlóssy se volvió inesperadamente a Elsa para preguntarle:

—¿Cómo está Sándor?

Ella, sorprendida y confusa a la vez, contestó:

—Está muy bien, gracias. En Viena...

—¿Cuántos años tiene tu hija?

—En Navidad cumplirá tres. Ahora está con la abuela. —Luego, dirigiendo una mirada a su hijo y con voz severa de mamá, le gritó—: ¡Jozsika, no tires esa servilleta!

Jozsika, que tenía un año más que Gerzson, era un muchacho de orejas salientes, ojos azules, tez pálida, de modo que al lado del otro pequeño Komlóssy, que parecía de hierro oxidado, daba la impresión de ser un muñeco de madera de abeto.

Unos instantes después se oyeron en el corredor unos chillidos muy fuertes, porque Jozsika pisó sin querer, la locomotora de Gerzson, y éste, al ver que le habían roto su juguete favorito, dio un puñetazo a su primo.

Komlóssy distribuyó equitativamente entre los dos muchachos los juguetes que trajera de Budapest, procuró una reconciliación y luego bajó con ellos al jardín. Elsa, que lo seguía con la mirada, continuaba preguntándose:

—¿Éste es el loco?

Y no se atrevía a confesarse, ni siquiera en secreto, que su cuñado le parecía mucho más interesante, refinado, apacible e inteligente que su propio marido.

Komlóssy, por la tarde, fue a visitar al viejo Zsibai. La señora Zsibai había muerto ya. El anciano señor había abandonado el ejercicio de la abogacía y vivía apacible y retirado. A veces se dirigía al círculo, siempre desierto, y, por espacio de media hora,

jugaba al tresillo con el párroco y el oficial del catastro. Ya no quedaba en él cosa alguna del antiguo y batallador partidario de la independencia, que, en otros tiempos, logró agitar toda la provincia. Desde la pérdida de su único hijo, se había convertido en un viejo silencioso. Estaba a punto de cumplir sesenta y cinco años. Al reconocer a Komlóssy, le echó los brazos al cuello y empezó a sollozar. Luego, con temblorosa mano, le ofreció una silla.

—Siéntate. Enciende una pipa, hijo.

Le volvió la espalda y empezó a buscar en su colección de pipas, hasta que hubo logrado que desapareciesen de su rostro y de su barba blanca las huellas de las lágrimas. Escogió una pipa de delgado tubo y ya muy ennegrecida por el calor y el humo.

—Mira, ésta perteneció a tu padre...

Komlóssy había tomado asiento en un diván tapizado de blanco y era presa de intensa emoción.

—Gracias, tío János, pero no fumo en pipa. Si me lo permite, encenderé un cigarrillo.

El anciano encendió su propia pipa, que se había apagado, y, sentándose frente a Komlóssy, dijo:

—Ahora cuéntame. Dime todo lo que sepas de mi hijo János. Yo solamente recibí la noticia de que había muerto, pero ignoro dónde y cómo. Ni siquiera sé dónde lo enterraron. Por suerte, mi pobre mujer ya había muerto cuando ocurrió la desgracia. ¡Ojalá hubiese muerto yo también...!

Komlóssy empezó el relato en voz baja, con el corazón conmovido.

—El 15 de junio, a las tres de la mañana, comenzó la batalla del Montello...

Y refirió todo lo que sabía de János. Dijo que la noche anterior al comienzo de la batalla, trató de persuadir a János de que huyese con él.

—¿Y por qué no aceptó? —exclamó, muy agitado, el anciano, mirando a Komlóssy con ojos estriados por una red de sutiles venas rojizas.

Komlóssy se encogió de hombros.

—No quiso. ¡Dios sabe qué se había apoderado de nosotros, los húngaros, porque no estábamos dispuestos a dejarnos matar como bueyes en el matadero!

El anciano miró al suelo y, en silencio, meneó la cabeza. Hubo un largo silencio.

—¡Quién sabe si sufrió!

—Nada en absoluto. Murió instantáneamente, al recibir una ráfaga de ametralladora.

En aquel momento, veía con fantástica precisión a su amigo muerto, como lo vio aquella mañana lluviosa, tendido en la orilla de arena del Piave. Bajo el gorro creía ver su nuca y en el codo de la guerrera el remiendo que tanto conocía. Y estaba allí tendido, con los brazos en cruz. Sus dedos, desprovistos de fuerza, dejaron caer el

revólver, pero la mano, vacía e inmóvil, aun conservaba la posición que se adopta para empuñar un arma de fuego. Y volvía a ver su rostro de color gris y ya sumido en la muerte.

—¿Dónde está enterrado? —preguntó afanoso el padre.

—No lo sé —contestó Komlóssy en voz baja. Luego, para cambiar de conversación, preguntó—: ¿Y qué me dice, tío János de estos cambios?

—Ya es demasiado tarde, hijo mío. Demasiado tarde. —Tras de un corto silencio, añadió—: ¡Quién sabe cómo acabará! Yo, gracias a Dios, ya no lo veré.

E hizo un ademán con la mano, para dar a entender que ya en la vida no le interesaba nada.

Cuando Komlóssy se puso en pie, para despedirse, el anciano le detuvo con un ademán. Fué a sentarse a su mesa escritorio y después de escoger una llave del llavero, abrió un cajoncito. Envuelto en papel de seda, sacó un reloj antiguo de plata.

—Toma este reloj. Era de mi hijo János. Quiero que tengas un recuerdo de él.

Y se lo entregó con mano temblorosa.

De regreso de la visita al viejo Zsibai, y una vez solo en su cuarto, Komlóssy paseó largo rato con las manos a la espalda. Detúvose ante el espejo, en cuyo marco continuaba aquella pluma y en la hoja encerada estaban ya tan borrosas las letras que antes fueron doradas, que apenas era posible leer las palabras: «¡Viva el doctor Ferenc Tüchök!».

Tosió nervioso y volvió a dejar aquella hoja en el marco del espejo. En aquel momento, se oyó una voz en el corredor.

—¿Está en casa el señor capitán?

Era Sándor Szamosi, en compañía de quien había hecho el viaje al pueblo, desde Budapest. Era un campesino de la misma población que en la escuela elemental fue su condiscípulo. Szamosi había llegado aquella mañana luciendo su uniforme de sargento, pero, ahora, vestía ya de paisano.

Komlóssy salió y lo recibió en el corredor.

—¿Qué pasa, Sándor?

—Hay un gran tumulto alrededor del castillo, señor capitán.

—¿Qué castillo?

—El castillo Palmai.

Los campesinos llamaban, simplemente, conde Palmai al conde Palmeri-Ahnberg.

—¿Un tumulto?

—Sí, han asaltado el castillo y quieren saquearlo. Disparan con fusiles. Así me lo dijo el jardinero, que se dirigió corriendo a mi casa.

—¿Y dónde están los gendarmes?

—Aquí no hay ninguno. Todos han salido con objeto de guardar el orden en los pueblos. Pero deberíamos hacer algo, porque, de lo contrario, podrían matar a alguno.

—¿Sería posible reunir a unos cuantos hombres?

—Hay un par de húsares que han llegado recientemente a sus casas y han traído sus fusiles. Los caballos, se nos prestarán por ahí.

Apenas había transcurrido media hora, cuando Komlóssy, al frente de una tropa de diez hombres a caballo, galopaba a rienda suelta hacia el castillo Palmeri. La noche estaba ya bastante avanzada, pero la luz pálida de la luna alumbraba el camino.

Al llegar, vieron a una multitud ruidosa, que se disponía a derribar la gran verja de bronce del parque, utilizando gruesas barras de hierro. Eran soldados que acababan de volver al pueblo y que interpretaban así la revolución. Se les habían reunido algunos campesinos y dos jovencitos.

Los húsares se acercaron al galope, dispararon sus fusiles al aire, y eso bastó para que los asaltantes emprendieran precipitada fuga.

Komlóssy se volvió a Szamosi.

—¿Hay alguien en el castillo?

—El jardinero me ha dicho que está aquí toda la familia del conde.

En su alma surgió, de pronto, el recuerdo de Bea, tal como la vio la última vez, en el vagón restaurante. Y el corazón se le llenó de ensueños y de melancolías.

—Me parece que podemos regresar a casa, porque éstos ya no vuelven —observó uno de los húsares.

—Podría darse el caso de que volvieran —replicó Komlóssy con voz excitada, porque le parecía desagradable renunciar, sin más ni más, a aquel papel providencial de caballero andante.

Szamosi se manifestó de acuerdo con él.

—No, muchachos, conviene no hacer las cosas a medias. Puesto que estamos aquí, podemos permanecer hasta mañana.

—En tal caso, encendamos fuego, porque hace un frío de mil diablos —observó uno de los que formaban el grupo.

—Convendría enviar recado al señor conde, a fin de que nos proporcione alguna cosa para comer.

Otro, con la mano, hizo un ademán de resignada renuncia.

—Esa gente debe de estar tan asustada, que, sin duda, se ha refugiado en la campana de la chimenea.

Komlóssy opinaba de igual modo. Sacó del bolsillo un pequeño bloque de papel, arrancó una hoja y escribió:

«Tranquilícense ustedes, porque ya he ahuyentado a esos sinvergüenzas y, ahora, me encargo de la custodia del castillo, en unión de unos cuantos hombres dignos de confianza.»

»Capitán Komlóssy

Dirigió al caballo hacia la gran verja del castillo y gritó en cuanto estuvo frente a la plazoleta:

—¿Hay alguien por ahí?

Pasaron algunos segundos antes de que, en respuesta, se oyese una voz asustada e insegura.

—¿Qué desean?

—Somos habitantes de los alrededores. Acabamos de ahuyentar a los sediciosos y, hasta que lleguen los gendarmes, continuaremos vigilando para impedir que ocurra algo desagradable.

Se acercó a la puerta de la verja un individuo, el mismo que hablara, y que se había rehecho ya de su temor.

—¿De dónde vienen ustedes, señores?

—Del pueblo. Nos ha dicho el jardinero que hablan asaltado el castillo...

—Sí, sí, también dispararon. Sus balas rompieron tres vidrios de las ventanas.

Komlóssy tuvo la impresión de que aquel hombre era el mismo servidor que en el parque los sorprendió a él y a Zsibai, mientras con la boca abierta, contemplaban los chorros de agua de un surtidor. Observó en la penumbra el rostro de aquel hombre y así pudo confirmar su primera impresión. Era el mismo, envejecido en más de veinte años; era aquel hombre de rostro cubierto de granos y de bigote rubio. También ahora, en su traje verde de cazador, llevaba en las solapas unas hojas de encina de plata. Era el mismo que los llevó ante el secretario que se amparaba detrás de sus gafas. Y también el mismo que dijo:

«Señor secretario, he sorprendido en el parque a estos dos muchachos».

En pocos instantes recordó todo eso, mientras, montado a caballo, miraba a través de la puerta de la verja y al parque, donde el otoño había extendido ya un velo de melancolía y la gran escalinata blanca resplandecía suavemente al reflejar la luz de la luna.

—Lleve usted esta nota al castillo —ordenó al servidor.

Después de levantar la mano a la altura de la gorra, hizo dar vuelta al caballo y fue a realizar una inspección en torno de la cerca de piedra que rodeaba el parque del castillo.

Los húsares lo siguieron a corta distancia, hablando entre sí. En el lugar en que una vieja encina se asomaba desde el parque al exterior, creyó reconocer el punto de la cerca que él y Zsibai saltaron para entrar en el parque.

También se acordó de la tarjeta postal que compró unos días después y en la que dos palomas se daban el pico, así como las palabras que escribió con tinta de oro.

Como es natural, la condesita no supo jamás quién le había mandado aquel saludo, como tampoco sabría nunca que en aquella fría noche de luna, alguien, tan

próximo y tan lejano a la vez, le enviaba otro saludo silencioso.

Su caballo habrá dado quizá un centenar de vueltas a la alta muralla de piedra, en la maleza húmeda, mientras que él dejaba caer la cabeza sobre el pecho y hasta se dormía por momentos en la silla.

XIX

Los ex alumnos de la Universidad se reunían, de vez en cuando, en el café «Magyar Világ». Pero ya eran pocos. Gran parte de ellos se había dispersado en las provincias, antes de la guerra. Uno era abogado, el otro médico municipal en algún pueblo, otro funcionario de la administración provincial, y ya no se sabía más de ellos. Muchos, también, habían caído en la guerra. Pútnoki, Pataki, Zsibai, Guszti, Kovács... nombres que figuraban ya, tal vez, en las cruces de madera de algún cementerio militar del frente ruso o del italiano.

Aquellas reuniones de café no tenían carácter político. Más bien se reunían para recordar otros tiempos, cuando, trece años atrás, ellos eran jóvenes de veinte y combatían bajo la misma bandera y por el mismo ideal: separarse de Austria y librarse de los Habsburgos. No tenían entonces la más mínima idea de lo que habría podido hacerse para lograr aquel cambio fundamental en la vida de la nación.

El ideal que alumbraba su juventud era sencillo y puro, como el sol que sentían brillar sobre sus cabezas. Y, para todos, era igual.

Pero, ahora, cuando la guerra había minado tan profunda y violentamente la monarquía y el breve terremoto de la revolución hizo caer en pedazos el terreno, bajo el trono, en las tardes tétricas y lluviosas que siguieron a la revolución de octubre, los ex estudiantes universitarios se reunían en torno de la mesa de café, sintiendo encontradas emociones. Estaba ya realizado el sueño de su juventud y Hungría había reconquistado la libertad y la independencia nacional. Pero ya todos veían y sentían que para aquella independencia que no conquistó la conciencia de la nación al despertar de su largo sueño, sino que se formó por sí misma, como roca que se desprende de una informe montaña, estremecida por la guerra mundial, a cambio de aquella independencia, la nación habría de pagar un precio atroz. Desde el norte, las tropas enemigas ocuparon, una tras otra, las más puras ciudades magyares; en Transilvania, un general rumano se aproximaba a Kolozsvár seguido por su ejército amenazador. Y nadie pedía la defensa de la tierra de sus mayores y de las antiguas fronteras. El nuevo Gobierno nacional parecía estar atontado, en medio de la confusión de los sucesos. Los soldados húngaros se volvían a la patria, desde los campos de batalla; cansados y agotados, arrojaban las armas cuan lejos podían. Y los que, por suerte eran minoría, no las tiraban, las conservaban sólo para reunirse en bandas de salteadores. En la tierra magyar no se respiraba el aire de la libertad, pero, en cambio, se percibía muy bien el deseo de venganza de las multitudes oprimidas.

—Este país puede darse por perdido, amigo mío —exclamó Komoróczy, arrojando al suelo el periódico en que acababa de leer noticias tristes y desconsoladoras.

Grünfeld se ajustó con cuidado a la oreja el cordón de los lentes.

—El lugar del nacionalismo ha sido ocupado por un ideal mucho más poderoso. Y a éste, mi querido amigo, nadie podrá cerrarle el paso.

—El internacionalismo. En Rusia, el proletariado ha abierto ya los ojos.

Golpeó la mesa con el lápiz y, con el mayor fervor, añadió:

—Y, con los ojos abiertos, amigo mío, miran y examinan todo el mundo. No establecen ninguna distinción entre estados vencedores y vencidos. El nacionalismo desenfrenado es el autor de la guerra mundial. La conciencia de toda la humanidad ha tomado otra dirección, y si Hungría...

Komoróczy tocó el brazo de Grünfeld. Se inclinó a éste, de modo que su rostro casi tocaba el de su interlocutor y, con el ceño fruncido, le preguntó:

—¿Te has hecho socialista?

Grünfeld se encogió de hombros y, con las manos, hizo un gesto de resignación.

—Amigo mío... Un hombre que piensa, no puede oponerse a una corriente que transformará todo el mundo.

Komoróczy permaneció unos instantes mirando a Grünfeld con el ceño fruncido, se levantó luego, se puso el sombrero, tomando también el gabán, y, sin saludar a nadie, se alejó. La expresión tétrica de su rostro reflejaba el espasmo de las pasiones contenidas.

—No comprendo a Feri —dijo Grünfeld, muy apurado, a Komlóssy, con quien se había quedado solo a la mesa del café.

—Pues yo lo comprendo muy bien —replicó Komlóssy, con acento impetuoso.

Grünfeld hacia girar el lápiz con los dedos y no replicó.

—Somos de una madera más sólida que tú. En nosotros, el espíritu magyar ha sido absorbido de un modo más doloroso y profundo que en ti. ¿Los socialistas? ¿No recuerdas que trece años atrás pisotearon en el barro la bandera húngara y que, por una mísera promesa de derecho electoral, se vendieron a los Habsburgos? ¿Por qué tuvimos aquella noche una riña con los socialistas? También estabas tú. ¿No te acuerdas ya de tu entierro?

En los labios de Grünfeld apareció una pálida y triste sonrisa.

—Pistuka... Entonces yo tenía diecinueve años y ahora he cumplido treinta y tres. Ignoraba en aquella época lo que era la guerra mundial. Sólo dos veces he tomado parte en un combate. Sin duda te figuras que voy a decir alguna tontería. Pero si alguien, y antes de la guerra, me hubiese profetizado lo que iba a padecer, sin titubear un instante, me habría saltado la tapa de los sesos, porque cualquier sistema nervioso, por ejemplo el mío, era, a mi juicio, incapaz de soportar tales cosas. ¿Qué diferencia hay entre nosotros? Tal vez yo sea en primer lugar hombre y luego húngaro. Vosotros, en cambio, sois húngaros ante todo y luego hombres. ¿Te figuras que estamos en situación de resolver aquí este problema? Ten en cuenta, amigo mío, que, con él, se decidirá la suerte de toda la humanidad.

Komlóssy trató de interrumpir aquel discurso. No quería seguir el curso de los pensamientos de Grünfeld, pero sintió un estremecimiento de horror y que se le helaba la sangre en las venas al recordar lo que le ocurrió en la guerra. Su alma se vio, de repente, rodeada de terrible obscuridad. Una masa enorme de pensamientos gigantescos y confusos lo asediaban de todas partes, y él no podía librarse de ellos. Sin saber qué contestar, bostezó cubriéndose la boca con la mano.

—¿Dónde comes mañana?

—No estaré en Budapest. Salgo hacia Belgrado.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—Por encargo de la dirección de mi periódico, he de acompañar a los delegados del Gobierno, que discutirán con un general francés las condiciones de paz.

Komlóssy se sintió poseído de repentina excitación.

—¿Y no podría acompañarte?

—Tal vez sí. Ya buscaré la manera de que vayas conmigo. Telefonaré esta tarde a la redacción.

Aquella misma tarde, Grünfeld avisó por teléfono a Komlóssy.

—Ven mañana a las ocho a la estación.

Tomaron el tren que había de conducirlos a Belgrado y en el cual viajaban también los ministros. Era un jueves, 8 de noviembre. Por la tarde, a las cinco y media, dos oficiales superiores del ejército serbio comparecieron en el hotel de la Corona, de Belgrado. Buscaban al primer ministro húngaro y le comunicaron que el general francés recibiría a la delegación húngara a las seis de la tarde.

En pocos minutos se preparó el ceremonial de la recepción. Ante todo, el primer ministro se presentaría al general acompañado por los miembros de la delegación; pronunciaría su discurso y, por fin, se retiraría para discutir a solas con el general.

Grünfeld, que fue testigo de la conversación, en cuanto se hubieron alejado los oficiales serbios, dijo a Komlóssy:

—Me parece que podrás formar parte de la delegación. Representarás al cuerpo de los oficiales húngaros...

—¿Cómo?

—No te preocupes. Los tiempos en que vivimos no son apropiados para los que quieren conocer el fondo de todas las cosas. No te separes de mí. —Y al ver que en el rostro de Komlóssy se reflejaba la indecisión, añadió—: Hay aquí otros oficiales y en unión con los periodistas, somos veintiuno. Por lo tanto, también podrás estar entre nosotros.

A las seis de la tarde, la delegación húngara se presentó en la Pozorisna-ulica y se vieron ante una pequeña villa de planta baja, propiedad de un hombre rico de Belgrado, en la cual se había alojado el general francés, a quien se destinaron cinco habitaciones ricamente amuebladas. Ante la puerta de entrada del gracioso y pequeño

edificio de color rojo, estaban de guardia dos soldados serbios con las bayonetas caladas. En el jardín había otros soldados.

Una escalera de piedra conducía desde el jardín a la puerta blanca de la villa, que se abría al extremo de una antecámara estrecha, parecida a un corredor. Y en aquella antecámara estaba colgada de un perchero una gorra de oficial francés, llena de galones dorados y un capote de general forrado de seda roja.

Komlóssy, con los ojos desorbitados, contempló aquellas prendas. Lo sobrecogió una extraña idea: aquella gorra y aquel capote eran la *Entente*, aquella palabra tenebrosa y espantosa, se convertía en realidad. Allí estaba el gorro de oro y el manto de púrpura del enemigo invisible, del fantasma que se había quitado su inquietante antifaz. Y su mano sería la de un hombre; y su mirada sería una pura e inteligente mirada humana.

Una puerta de la antecámara daba a un elegante saloncito francés, en el cual entró la delegación húngara. Komlóssy se vio situado a la derecha del grupo, cerca de la pared. En la estancia reinaba profundo silencio. Todos estaban pálidos y agitados; en el ambiente parecía palpitar violento el corazón de la historia mundial.

Después de cuatro años y medio de guerra, mientras los cadáveres de diez millones de hombres no habían tenido tiempo de descomponerse en su sueño eterno, por vez primera se veían cara a cara los dos enemigos, desarmados. Estaban ya destruidos y aniquilados los frentes donde rugieran los huracanes de hierro y de fuego, y, en cambio, quedaba aquella pequeña estancia, donde se condensaban y ardían enormes e imponderables pensamientos...

En un ángulo de la salita había unas cuantas sillas de raso y una mesita de delgadas patas; en la esquina opuesta se veía un hermoso armario antiguo. Por todos lados, y también amontonados, había numerosos almohadones de seda artísticamente bordados. La gran lámpara de luz eléctrica estaba apagada porque los alemanes habían cortado el cable.

En la pared del fondo, y entre dos cortinas de seda china, se veía una gran chimenea francesa, en cuya repisa ardían dos candelabros de petróleo.

Cuando la delegación húngara entró silenciosa en el saloncito, el general esperaba en pie ante la chimenea. Quizá tenía más de sesenta años, pero ni siquiera parecía haber cumplido cincuenta. Su pequeño cuerpo, grueso y fornido, casi parecía esbelto vestido con la elegante guerrera de color azul gris, cubierta de condecoraciones, cruces, estrellas y cintas multicolores. Dos altísimas botas de charol sostenían su grueso busto como si fuesen poderosas columnas. El cuello, demasiado robusto, soportaba una magnífica cabeza varonil, de viriles facciones, bronceada por el sol, y de tipo semejante al de los zingaros, en la cual se destacaban dos grandes ojos negros, profundos y penetrantes, coronados por enérgicas cejas negras, espesas e hirsutas, que daban a todo el rostro una expresión de rígida severidad. El abundante bigote y el

cabello corto del general eran también negros, pero junto a las sienes se veían ya algunos hilos de plata. Su boca, de labios delgados, y la nariz algo encorvada, revelaban una extraordinaria dureza de carácter y una gran fuerza de voluntad^[12].

Estaba ante la chimenea con la cabeza levantada y un codo apoyado en la repisa de mármol. A su lado se hallaban sus dos ayudantes, un coronel y un capitán franceses.

El primer ministro húngaro, después de haberse inclinado, hizo las presentaciones, primero de sí mismo y luego de los miembros de la delegación. El general, después de oír cada uno de aquellos nombres inclinaba ligeramente la cabeza, mas, aparte de eso, continuaba inmóvil en la misma posición y, al parecer, no estaba dispuesto a dar la mano a sus visitantes.

Aparentemente, algunas actitudes históricas se transmiten por herencia, porque en el cuadro de Sevighan también Atila se halla en una postura semejante en su tienda y en presencia de los embajadores de Teodosio, que fueron a pedirle la paz.

Cuando el primer ministro húngaro observó que los miembros de la delegación habían vuelto a sus puestos y que, a su espalda, ya había cesado todo movimiento, en voz baja y velada, empezó su discurso en francés. Y había pronunciado muy pocas palabras, cuando el general lo interrumpió haciendo un brusco gesto con la mano.

—Le ruego que se sitúe aquí, ante la luz, para que pueda verle la cara.

El primer ministro obedeció y después de exponer su rostro a la luz de la lámpara, siguió hablando. Pero era evidente que el general no escuchaba el discurso. Con escrutadora mirada, parecía estudiar los rostros de aquellos húngaros que estaban algo más lejos de la luz de la lámpara.

En cuanto hubo terminado su discurso, el primer ministro se puso los lentes de armazón de oro para leer los puntos que contenían las condiciones de armisticio. El general pareció dedicar toda su atención a aquella lectura. A veces movía la cabeza de modo violento y brusco, para manifestar su negativa, o bien, con débil y fugitiva sonrisa, inclinaba la cabeza asintiendo, como si quisiera decir: «De eso ya hablaremos». Al oír la lectura de otro punto, hizo con la mano un gesto despectivo y contrariado. Y al notar que la lectura llegaba a su fin, empezó a mitigarse la rigidez de su postura; con la mano izquierda tomó la hoja de papel que había sobre la mesa y sosteniendo con la derecha los lentes ante sus ojos, contestó inmediatamente. Y acompañaba sus palabras con breves gestos enérgicos de la mano que sostenía los lentes.

En el más profundo silencio, los húngaros escuchaban las palabras del general. Komlóssy no hablaba francés, pero lo comprendía bastante; como seguía con los nervios tensos todos los gestos expresivos del rostro del general, apenas se le escapaba una palabra.

—El pueblo francés —empezó diciendo el general—, sentía amistad por los

húngaros, y admiraba los nombres de Rákoczi y de Kossuth, pero este sentimiento disminuyó y se extinguió en 1867. Hungría cayó en la servidumbre alemana, oprimió sus propias nacionalidades y con respecto a esta Hungría, los pueblos de *Entente* manifiestan el mismo sentimiento hostil que les inspira Alemania. Los húngaros se han hecho solidarios de los alemanes y, con ellos, recibirán el merecido castigo.

Alguien trató de protestar, pero el general golpeó enérgicamente el pavimento con un pie.

—*Assez! Assez!* —exclamó dos veces con la mayor violencia. Luego, un tanto calmado, siguió leyendo los puntos que se referían a la manera de resolver la cuestión de las nacionalidades.

Komlóssy no comprendió nada en absoluto de esta parte del discurso. Pudo comprender la primera parte de la respuesta del general, pero ello le costó un esfuerzo cerebral que lo dejó agotado. Además, lo que dijo el general le impresionó profundamente. Con gesto desesperado, se retorció las manos. Aquel hombre, aquel enemigo a quien hasta entonces nunca había visto, logró impresionar su corazón. Aquel hombre pronunció las mismas frases, las mismas palabras que él dijo un día a su hermano Sándor, en pie, al lado de la estufa de su casa, cuando hablaron por última vez. Las palabras de aquel hombre eran el eco de su voz encerrada en el corazón oprimido de la nación magyar; ésta había desertado de la bandera de Rákoczi y de Kossuth y cayó en la servidumbre alemana. Le sobrecogió el deseo loco de dirigirse al general para suplicarle, con las manos unidas, y tratar de convencerle: «Señor, no es cierto, porque el pueblo magyar sigue siendo el mismo de Rákoczi y Kossuth, pero lo han oprimido, encadenado y traicionado... Yo mismo, señor, soy húngaro. He sido rebelde y desertor, y puede creerme si le digo que no soy el único. Hay centenares y millares de húngaros verdaderos... Mi padre... mi abuelo... Somos, señor, víctimas de un terrible engaño, de un fraude inhumano... Escúcheme, señor...».

Su mente afanosa buscaba palabras francesas para poder expresar y manifestar sus pensamientos. Pero, en la terrible excitación que sentía, no se le ocurrió ni una sola palabra francesa. Además, no habría podido hablar, porque allí no tenía ningún título, ni siquiera el derecho de figurar entre los miembros de la diputación.

Mientras tanto, había terminado la recepción. Los jefes de la delegación se quedaron para negociar con el general los detalles del armisticio; los demás, discutiendo en voz baja y excitada, se alejaron de la villa en dirección al hotel.

Komlóssy no fue allá, sino que se quedó en la calle y con las manos a la espalda, empezó a pasear, mirando, de vez en cuando, a su alrededor, como atontado. Desesperadamente buscaba en la memoria algunas palabras y frases francesas, aferrándose, convulso, a la pequeña esperanza imposible de que aquel día aun hubiese podido tener la ocasión de presentarse al general y decirle todo lo que había

en su corazón.

—*Monsieur... Mon père... Mon grand-père...*

Pero con estas palabras se agotaba ya su cultura lingüística francesa.

Aquel idioma extranjero le paralizaba la palabra y eso le comunicaba una sensación de abandono desolado. ¡Oh! ¿Por qué no podría gritar al mundo aquel error terrible y no conseguiría tampoco repararlo? Y el grito desesperado que no podía salir de sus labios se abría un camino interno y le destrozaba el alma.

Aquel sufrimiento era algo parecido al pensamiento de la muerte, que lo perseguía en el horror de la prisión. Quizá ahora sería más profundo, porque se daba cuenta de que no sólo él, sino también su padre, su abuelo y todos sus antepasados eran llevados al patíbulo, cargados de cadenas.

Desde la ventana del hotel, Grünfeld le gritó:

—Ven a hacer las maletas, porque nuestro tren saldrá muy en breve.

XX

El día siguiente por la mañana, apenas hubo regresado del viaje, se dirigió al comisario gubernativo de la Defensa Nacional, nombrado pocos días atrás.

—Vengo a ofrecerte mis servicios —dijo al comisario gubernativo.

—¿Quieres ir a la Hungría superior?

—¿Se han tomado ya algunas disposiciones para la defensa de nuestros territorios septentrionales?

—Vuelve dentro de media hora, porque estará aquí el teniente Barlai, que mañana parte al frente de un destacamento para expulsar al enemigo de las poblaciones húngaras. Hablaré con Barlai para que puedas acompañarle. Él será el comandante, porque ha organizado el destacamento.

—Esto —contestó Komlóssy sonriendo— no será motivo de disputa entre nosotros.

Media hora después, a su regreso, encontró en el despacho del comisario gubernativo, a un joven de figura esbelta y de rostro dotado de energía extraordinaria. Era el teniente Barlai que mandaba el destacamento destinado a la Hungría septentrional. Acogió la petición de Komlóssy con cierto aire de superioridad y expresión glacial. Tomó nota de su deseo y le comunicó que el destacamento saldría a las ocho de la mañana siguiente de la estación del Oeste. Hablaba con Komlóssy con voz apacible y cortés, pero con sus maneras quería dar a entender que el comandante era él y que en todos los casos necesarios, únicamente él daría las órdenes. A Komlóssy le pareció naturalísimo.

Salieron juntos del despacho del comisario gubernativo, y en el corredor Komlóssy le dijo:

—Para evitar toda posible confusión, te advierto que me pongo por completo a tus órdenes. Yo no quiero más que batirme con el enemigo.

Barlai hizo un movimiento de aprobación y replicó:

—Te encargaré el mando de la tercera compañía. Como es natural, no debes pensar siquiera en una compañía con el contingente normal en tiempo de guerra. Ahora consiste únicamente en ochenta hombres... Pero, por el momento, no dispondré más que de unos cuatrocientos soldados...

—Los húngaros del territorio septentrional —contestó Komlóssy, entusiasmado—, vendrán en masa para aumentar nuestro número.

—Ya lo veremos una vez allí —contestó Barlai, encogiéndose de hombros.

Luego le tendió la mano, añadiendo:

—Aun tengo que hacer alguna cosa en contaduría.

Delante de una puerta se despidió de él, sonriendo afablemente.

Komlóssy regresó a su hotel; por el camino adquirió diversos objetos necesarios

para completar su equipo de guerra: maletas, mantas, gemelos de campaña, un revólver de oficial, medicamentos, vendas, una maquinilla para hacer el té y otras varias cosas.

La idea de que al día siguiente volvería a los campos de batalla, le infundió extraños sentimientos. No temía a la muerte, aunque le constaba que llegarían jornadas muy duras. En el frente siempre experimentó una sensación angustiosa de miedo ante la muerte. No porque la temiera en sí, sino porque le asustaba su forma y su cualidad. Desaparecer ignorado, innominado, en alguna fosa calcinada del campo de batalla; estos pensamientos siempre fueron obsesionantes para él. Morir sin ver claramente el fin o la idea a los que sacrificaba la vida. Morir en la horrenda hecatombe de la guerra mundial, morir en tierra extranjera, bajo el mando de generales austríacos y en defensa del trono de los Habsburgos. Jamás consiguió resignarse a esta idea.

Pero la guerra que iba a empeñar era muy distinta. En aquella lucha sería hermoso morir. No se atrevía a confesárselo; pero en secreto esperaba muchas cosas de aquella empresa. Las épocas revolucionarias traen consigo la posibilidad de hacer brillantes carreras a jóvenes completamente desconocidos. Por ejemplo, Napoleón, inició su vuelo como capitán de artillería; Görgei, a los treinta años, ya era general. ¡Quién sabe si también él podría inscribir su nombre en las páginas de la historia húngara! A su paso se abría la puerta de los tiempos, a través de la cual se difundía una luz maravillosa. Y en aquella luz valía la pena de morir.

Al día siguiente, por la mañana, llegó a la estación mucho antes de la salida del tren. Poco tardó en comparecer el destacamento de Barlai, para el cual el Gobierno dispuso un tren especial. Komlóssy se presentó debidamente a Barlai, en su calidad de comandante del destacamento. Pero el teniente, riendo, le tendió la mano.

—Por caridad, te ruego que no me hagas víctima de las ceremonias militares. Ven, te entregaré ahora mismo la tercera compañía.

Las compañías estaban ya dispuestas para subir al tren. Komlóssy experimentó una amarga desilusión al ver a aquella chusma, procedente Dios sabía de dónde. La mayor parte de la tropa de Barlai estaba formada por soldados de marina, pero muchos tenían tipos de mala catadura, vestían de paisano y llevaban en el cinto bombas de mano. También iban provistos de fusil, pero por el modo de llevarlo colgado del hombro, era fácil advertir que muchos no habían sido nunca soldados.

—Señor teniente, no tenemos bastantes cigarrillos —exclamó en la fila un joven de aspecto desagradable, que sobre un chaleco de paño de color pardo llevaba un *smoking* manchado de grasa, lo cual daba a entender que sería un camarero sin trabajo.

—Tened paciencia y se os dará todo lo que haga falta —le contestó Barlai.

A Komlóssy no le gustó el trato que aquellos hombres dispensaban a su jefe. El

espíritu de la tropa era muy distinto de lo que imaginara, pues siempre se figuró que se disponía a defender las antiguas fronteras y que realizaría el último esfuerzo en sepulcral silencio y con el corazón saturado de solemnidad y de valor desesperado. Creyó encontrar enérgicos rostros de soldados, en cuyas facciones se advirtiera la decisión de servir a una causa justa y santa. Pero aquellos hombres se reían en las filas, se empujaban, se pegaban en broma y todos, en fin, parecían muy risueños, como si se dispusieran a llevar a cabo una alegre excursión. Una mirada escrutadora examinó los rostros y le pareció haber visto a algunos de aquellos tipos detrás de las rejas del Cuartel María Teresa, donde estaban encerrados los desertores.

—Volopka, ¿dónde está Volopka? —gritó Barlai ante las filas.

Compareció un sargento, bajito, de pelo corto y nariz achatada, que le daba una expresión huraña y socarrona a la vez.

—El señor capitán tomará el mando de la tercera compañía —le dijo Barlai.

Y apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando lo plantó allí, porque lo asediaban de todas partes con numerosas preguntas y noticias.

Volopka tomó nota con un breve movimiento de cabeza, de la orden de Barlai. Con ojos recelosos miró a Komlóssy, sin saludarlo siquiera. Y faltó muy poco para que Komlóssy le diera un bofetón.

—¿Por qué no me saluda? —preguntó, irritado.

Volopka lo miró por debajo de sus cejas. Levantó un dedo y, con apacibilidad irritante, contestó:

—¡Despacio! Ahora ya no estamos en los antiguos cuarteles.

Miró a Komlóssy otra vez, de los pies a la cabeza, le volvió la espalda y se alejó.

Komlóssy, exasperado a más no poder, se dirigió a Barlai. Se cuadró, le saludó militarmente y también del mismo modo le dio el parte.

—Señor comandante, deseo saber cómo y en qué medida he de mantener la disciplina militar.

—¿Qué quiere decir?

—La voz y las maneras que el sargento Volopka...

—Ya le pararé los pies —exclamó bruscamente Barlai, que se alejó en el acto.

Komlóssy, pocos instantes después, observó que a corta distancia de la cola del tren, Barlai hablaba con Volopka. Mas, a juzgar por sus actitudes respectivas, no era posible creer que él teniente regañara al sargento. Todo lo contrario. Al parecer hablaban en tono confidencial.

Aquello lo alarmó y le produjo sentimientos desagradables. Pero ni siquiera le pasó por la mente la idea de alejarse, sin tomar el tren. En la tercera compañía cuyo mando le había entregado Barlai, había magníficos tipos de soldados veteranos, uno de los cuales, al dirigirle la palabra, se cuadró respetuosamente.

—¿De dónde eres hijo?

—De Háromszék, señor capitán^[13].

—¿Has combatido ya?

—¡Oh, sí!

—¿Y ya sabes que ahora no vamos a Transilvania sino a la Hungría septentrional?

—Demasiado, mi capitán. Pero no importa. Esperaremos que en breve podremos volver a casa. ¿No es verdad, mi capitán?

Otro viejo soldado, que tenía el rostro como si fuese de corteza de encina y la voz profunda, semejante a una campana hendida, intervino tímidamente en la conversación.

—Convendría organizar estas cosas de manera que cada uno combatiese ante sus propias puertas. Entonces no serían necesarias las órdenes ni los mandos, y todo marcharía por sí mismo, como el agua del Maros.

Komlóssy se acomodó en un vagón de tercera clase, donde habían sido instalados los veteranos e hizo el viaje en su compañía. Sentíase como entre hermanos. Con palabras sencillas conversó con ellos, acerca de su patria magyar y de las vicisitudes de este mundo.

—¿No se ofenderá usted, mi capitán, si le ofrezco un poco de tocino? —preguntó respetuosamente uno de los veteranos, ofreciéndole un pedazo de tocino y una rebanada de pan.

Salió de un bolsillo una botella de agua de colonia que entonces contenía un exquisito aguardiente de ciruelas. Aquella bebida resultó muy grata en el vagón desprovisto de calefacción. En el exterior llovía intensamente y soplaba un frío viento de noviembre.

Hacia el mediodía llegaron a la primera población de la Hungría septentrional. Barlai hizo formar las compañías en la estación e informó a los soldados acerca del cuartel en que se alojarían. También les dio permiso para ir de paseo hasta medianoche. Luego se dirigió a los soldados, y añadió:

—El dinero que os dieron ayer os servirá para que os mantengáis a vuestras expensas. Por lo tanto, daré a todos el permiso de llevar los distintivos propios de los sargentos, porque no quiero ver a mi alrededor soldados rasos.

—¡Viva! ¡Viva Barlai!

—Y, empezando mañana por la mañana —añadió el teniente con voz más alta—, cada uno de vosotros recibirá diariamente el estipendio de treinta coronas.

Aquella suma correspondía, más o menos, a la que percibían los oficiales de Estado Mayor. Los soldados acogieron la declaración de Barlai con vivas y gritos más entusiastas. Luego, en desordenados grupos, se dirigieron a la salida.

Komlóssy no quiso acompañar a Barlai, porque temió que acabarían disputando. Aquel asunto no le gustaba, pero se consolaba diciéndose que frente al enemigo todos cumplirían con su deber y que los húngaros de la región septentrional se unirían, sin

duda, a ellos. Además, quizá Barlai tenía razón. En el primer período era necesario animar lo más posible a la soldadesca, aun valiéndose de medios inusitados. Al fin y al cabo, no se necesitaba ninguna fuerza extraordinaria para que todos, después de cuatro años y medio de guerra, empuñaran de nuevo las armas en aquel frío invierno fangoso y otra vez expusieran la vida al peligro de los *shrapnells*, cuando ya todo el mundo gritaba entusiasmado, al advertir la luz rosada de la paz. Sí, era posible que Barlai tuviese razón. Ante todo convenía encaminar bien las cosas y luego ya todo marcharía por sí solo.

Penetró en la población paseando lentamente y deteniéndose para examinar los escaparates, en los que aun parecía reflejarse la tétrica miseria de la guerra. De repente, observó que en la acera opuesta dos soldados de marina habían detenido a un teniente coronel, que pasó a corta distancia de ellos.

—¿Por qué no saluda? —preguntó uno de los marineros al teniente coronel.

Éste miró hacia atrás, porque en aquel momento no se le ocurrió la posibilidad de que le interpelasen a él.

—¡Saluda, payaso! —exclamó el otro marinero, amenazando al teniente coronel con el puño cerrado.

Aquel jefe era un viejecillo pequeño y delgado, y llevaba en el pecho las insignias de la Corona de Hierro. Se detuvo, pálido, ante sus agresores. Llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero los dos soldados que empuñaban revólveres y disponían de bombas de mano le miraron con expresión amenazadora, de modo que el anciano oficial se volvió para alejarse, sin mirar atrás.

Komlóssy presenció la escena desde la acera opuesta, conteniendo la respiración. ¿Qué debería hacer? Le constaba ya la inutilidad de dar parte a Barlai. Creyó preferible hablar de un modo razonable con aquellos dos soldados y tratar de conmovierlos. Pero en aquel momento no se sentía con humor para hacer eso. Además, dudaba de que su intervención alcanzara el fin propuesto y, por otra parte, aquella escena lo irritó de tal manera, que, sin duda alguna, tal conversación con los dos hombres terminaría difícilmente de un modo amistoso. Decidió, por fin, dirigirse allí. Con toda seguridad hallaría también al teniente coronel que recibió el insulto. Convenía escoger muy bien el remedio apropiado, porque no era posible permitir que por culpa de unos cuantos tunantes se estropease y naufragara aquella hermosa empresa.

Pero en el puesto militar de la población no encontró a nadie, quizá porque habían terminado las horas de oficina o porque también allí se hubiese trastornado todo.

Mientras recorría el pasillo y probaba de hacer girar los pomos de las puertas, llegó subiendo la escalera y jadeante un señor ya de alguna edad, vestido con cierto atildamiento.

—¿Dónde está el señor coronel?

—No lo sé. También yo ando buscándolo.

—¡Dios mío! ¡Eso es un horror, una infamia!

—¿Qué ha sucedido?

—Un tal Barlai, teniente, acompañado por un grupo de soldados de marina, se ha presentado en el Municipio y ha impuesto a la población un tributo de guerra de doscientas mil coronas. Quisimos explicarle que no podíamos pagar esta suma, más que por orden directa del Gobierno. Y él, sin pronunciar una palabra más se ha llevado la pequeña arca de caudales. ¿Le parece a usted posible? Perdóneme, soy Zsigmondy, secretario del Ayuntamiento.

Komlóssy, en compañía del secretario, se encaminó directamente al Municipio. Al llegar observó que el corredor del Ayuntamiento estaba ya lleno de señoras que lloraban y de comerciantes desesperados. Los soldados de Barlai habían saqueado establecimientos y viviendas particulares.

Komlóssy se dirigió al teléfono, para conferenciar con Budapest y dar cuenta de lo ocurrido al comisario gubernativo. Pero la central le contestó que durante toda la mañana había tratado, en vano, de comunicar con Budapest. Todos los aparatos del Ministerio estaban constantemente ocupados. Komlóssy salió entonces en busca de Barlai, decidido a reconvenirlo enérgicamente y quitarle el mando del destacamento.

Durante su camino llamó a sus propios soldados para preguntarles si habían visto a Barlai. Después de inútiles pesquisas, encontró a un hombre que le dijo que lo había visto en una callejuela, acompañado de diez o doce soldados de marina. Y se ofreció a acompañarlo a la villa en la que habían entrado.

En cuanto Komlóssy llegó al lugar indicado, vio ante la puerta de la villa un carro muy grande. Los soldados de marina salieron cargados con muebles antiguos, tapices persas y lo cargaban todo en el carro. Barlai estaba al lado del vehículo y dirigía aquella faena.

Komlóssy se fue a él, muy excitado, y con acento rudo y fijando la mirada en aquel hombre, le preguntó:

—¿Qué sucede aquí?

En los labios pálidos y sutiles de Barlai apareció una sonrisa fría y sarcástica. Sostuvo, impassible, la mirada de Komlóssy, en tanto que con la fusta se golpeaba las altas botas. Parecía haberse quitado la máscara y sin ocultar su propia expresión, miraba, tranquilo, irónico, frío y provocador a Komlóssy.

—¿Qué pasa aquí? —repitió éste con ojos llameantes.

Barlai, sin alterarse y con sonrisa mefistofélica, le contestó:

—Te aconsejo que regreses cuanto antes a Budapest.

Komlóssy, instintivamente, se volvió, al darse cuenta de que tenía a alguien a su espalda. Vio en efecto a dos marineros, que apoyaban las manos en las culatas de sus revólveres y tenían los ojos fijos en Barlai, como si esperasen una orden muda.

Permaneció Komlóssy indeciso por unos instantes y luego se alejó. Ya no había duda de que Barlai era un salteador vulgar. Se dirigió al pequeño hotel, donde se había citado con los veteranos, arrojó la gorra a una mesa y se dejó caer en una silla. Estaba muy pálido.

—¿Qué pasa, señor capitán? —preguntó uno de los veteranos al observar su rostro descompuesto.

—En el tren de la tarde volveremos a Budapest.

No quiso comunicar a sus hombres las cosas que había averiguado y ellos no le preguntaron nada. Se hicieron cargo de la orden con un simple movimiento de su cabeza.

Aquella misma tarde Komlóssy emprendió el regreso a Budapest con sus veteranos. Llegaron de noche a la capital y Komlóssy se dirigió acto seguido al Ministerio, con la esperanza de encontrar al comisario gubernativo, pero el portero le dijo que media hora antes había salido para ir a cenar.

Lo buscó largo rato en los restaurantes que le indicó el portero y, por fin, a las dos de la madrugada, lo encontró en su casa, ya acostado.

El comisario lo recibió en el dormitorio y escuchó su relato haciendo esfuerzos para mantener abiertos los ojos hinchados de sueño. Pero estaba tan cansado, que el codo que apoyaba en la almohada parecía hundirse continuamente bajo su peso. A veces y mientras hablaba Komlóssy, se le cerraban los ojos y empezaba a roncar. Luego se despertaba sobresaltado y dirigía a su alrededor una mirada de consternación. Se advertía en su rostro la fatiga que sentía y por último se durmió definitivamente, mientras Komlóssy le refería el saqueo del Ayuntamiento.

Komlóssy, atónito, se quedó mirando al dormido. Experimentaba intensa angustia en el corazón y lo oprimía un sentimiento raro y atormentador, pues le pareció que detrás de aquella máscara de hombre dormido, dormía también la conciencia mortalmente agotada de su infeliz raza.

XXI

En aquellas oscuras y lluviosas tardes de otoño solía sentarse a solas con Grünfeld, al lado del cristal de la ventana del café que daba a la calle Luis Kossuth.

Entre todos los antiguos amigos de la Universidad, sólo quedaban ellos dos. Los otros se habían dispersado en el mundo o, no frecuentaban ningún café, porque les molestaba Grünfeld que, francamente, declaraba haberse convertido al socialismo. Komlóssy abandonó el lujoso hotel de la orilla del Danubio, donde Pobrányi, en el paroxismo de su entusiasmo, lo instaló el primer día de la revolución y tomó en cambio dos habitaciones en el Vár, a corta distancia del Ministerio de la Guerra, adonde había sido destinado. Comenzó su nueva vida con una ligereza y ambición hasta entonces desconocidas para él. Por vez primera se sentía verdaderamente libre e independiente, no sólo por lo que se refería a los cuidados materiales, sino también por las demás circunstancias de la vida. Antes de la guerra, cuando aun estaba enamorado de Erzsébet, aquel amor lo envolvió como una red que le sujetó las manos y la cabeza de igual modo como la yedra rodea una estatua de piedra. Y no fue capaz de librarse de ella hasta que aquel amor, poco a poco, empezó a secarse aun en sus raíces y así cayeron las ramas que rodeaban su vida.

Pero aun prescindiendo de aquel amor fatal, hasta entonces siempre fue esclavo de alguien o de algo. Cuando trabajaba en el bufete del abogado Tezárovich, no fue, en realidad, más que el siervo de aquel leguleyo derrotado y sin clientela. Luego vino el año de servicio voluntario, después la guerra, durante la cual siempre y por todas partes se vio sujeto a voluntades extrañas y estúpidas.

Aquellos cepos y trampas habíanse inutilizado ya. En el Ministerio, donde su sección se ocupaba en recoger e inventariar las armas de los *honvéd*, el jefe de su oficina era el teniente coronel Nyáry, que con maravillosa habilidad sabía ocultar el hecho de que era el superior de sus subordinados, sin excluir a su ordenanza. Ante las imperfecciones humanas daba muestras de gran comprensión. Y, sin duda, partía de un punto de vista filosófico superior para armonizar sus propias deficiencias, tan abundantes en el campo material como en el moral, con las exigencias del mundo, con el cual aun él y en su calidad de oficial *honvéd* se sentía en deuda aunque fuese una minúscula parte de aquel todo. Con semejante jefe, las horas de oficina eran un verdadero pasatiempo agradable. Además, István encontró en el Ministerio a varias personas cordiales. Aquellos oficiales húngaros llevaban impresas en sus ojos, en sus frentes y en sus rostros, todas las buenas cualidades del alma húngara; tal vez por eso eran hombres de buen humor y habría sido difícil hablar con ellos de cosas serias. Pero tal vez por eso vivir en su compañía era fácil y divertido.

En la pequeña casa de Buda él era el único inquilino. No disponía allí más que de dos pequeñas habitaciones, de una cocina transformada en baño, y en el patio había

un local destinado a almacén, que en otro tiempo debió de servir de cuadra o de cochera. En un rincón del patio se alzaba un viejo manzano encorvado por los años, que con sus ramas cubría casi todo el patio, ya que éste era tan pequeño que apenas ofrecía bastante sitio para un arriate de flores. No había portero, de modo que, por las noches, al volver a casa, no se veía obligado a dar la propina acostumbrada, ni a esperar media hora a que le abriesen la puerta. Su asistente, muchacho muy joven, y que, por lo tanto, apenas tuvo ocasión de conocer la guerra en el valle del Isonzo, se instaló en la taberna. El servicio que prestaba a su oficial ni siquiera con la mejor voluntad del mundo hubiera podido calificarse de perfecto, porque en algunas cosas mostraba extraña tenacidad, pero Komlóssy estaba de tan buen humor, que nada lo molestaba ni lo irritaba.

Solía pasar los domingos en su pueblo natal y en su casa. Había un tren que salía a las cuatro de la tarde y llegaba a las nueve, de modo que los sábados se alejaba de Budapest y regresaba el lunes por la mañana. Llegaba a la oficina hacia el mediodía, pero a Nyáry eso le parecía naturalísimo y nunca le hizo la menor observación.

Gracias a Nyáry que lo presentó, pudo frecuentar la sociedad. Las señoras a quienes conoció lo acogieron desde el primer momento con el proyecto de casarlo, pero, corrientemente, aquellos intentos terminaban de otra manera, porque aun las mismas que, con el mayor entusiasmo, le describían el matrimonio como el único edén de este mundo, acababan por abandonarse a cualquier fácil aventura, sin darse cuenta de que ellas mismas y de un solo golpe, destruían todos los argumentos persuasivos que le habían presentado. Y en las tardes otoñales que con tanta rapidez se disuelven en la obscuridad de la noche, comparecían con gran secreto «sólo por tomar una taza de té» en la pequeña casa de Buda, donde la puertecilla chirriante se abría con frecuencia a las misteriosas visitantes.

El mismo Komlóssy se extrañaba, quizás, de recibir determinadas visitas; si dos días antes alguien le hubiese dicho, por ejemplo, que la bellísima esposa del mayor Zerge, de maneras tan aristocráticas y reservadas, acudiría a su habitación de soltero y, lo que parecía más increíble aún, que la señora Pusztaszery, aquella belleza de cuello de cisne y aspecto de niña, que apenas llevaba dos años casada y que se escandalizaba de las bromas más inocentes y de quien todos aseguraban que vivía con su marido en la concordia más perfecta e ideal, habría sido más increíble, repetimos, que aquella mujer, una tarde obscura, llamara con su enguantada manecita a la puerta de su habitación; de haberle asegurado que ocurriría eso, él mismo protestara contra la infame e injuriosa insinuación: aquellos amores fáciles y efímeros, que no llegaban nunca a ser pasiones ardientes y devoradoras, le ocasionaban pequeños estremecimientos, leves celos, y a veces dulces languideces; y para él eran casi una recompensa, una indemnización de cuanto sufriera en sus años juveniles. Aceptaba, pues, a aquellas mujeres, como dones ofrecidos por la vida, pero no les entregaba

nada de su alma.

Entre las señoritas no encontró ninguna que supiera conquistarlo o, por lo menos, impresionar su corazón. Y, sin embargo, en aquella sociedad que frecuentaba casi diariamente, había familias húngaras que, con toda justicia podían alabarse de llevar un nombre hermoso: propietarios, oficiales superiores y funcionarios ministeriales; en una palabra, pertenecían al grupo de personas en quienes soñó el primer día de la revolución, cuando, al salir de la cárcel, en la tibia delicia del baño, se imaginó la vida que podría llevar en lo venidero. En ningún lugar encontró lo que buscaba: el dolor y la consternación verdaderos y profundos que habían penetrado en su alma a causa de los sucesos históricos y muchas veces llegó a creer que llevaba en sí mismo el tormento al preocuparse por la suerte de su raza, pues aquello era casi un poco extraño y embarazoso. Al principio, todo le causó desilusión, pero luego se vio solicitado por mil agradables sorpresas, de modo que su vida se sintió libre y radicalmente transformada y, al fin, acabó por adaptarse al modo de pensar y de sentir de la gente con la que vivía, y a contentarse con las diversiones y distracciones que aquella vida de sociedad, substancialmente huera, le ofrecía.

—No temas, que ya te proporcionaré una esposa —le dijo muchas veces el mismo Nyáry, sin darse cuenta de que aquella promesa no alegraba a Komlóssy, sino que lo dejaba consternado, porque se había dado cuenta de que el mismo Nyáry trataba con sin igual condescendencia a su propia mujer, mujercita de espléndidos ojos negros, una verborrea incansable y a veces licenciosa.

La única persona con quien solía hablar de cosas serias era Grünfeld, quien le decía:

—Los hombres, mi querido amigo, se mueven y andan a nuestro alrededor con los ojos cerrados. Nadie quiere comprender lo que se forma bajo las cosas visibles y tangibles. Y este mismo mundo hará saltar un día todo lo que nos rodea...

Hablaba triste y serio a la vez. Komlóssy, que había notado la circunstancia de que, para Grünfeld, eran familiares ciertos nombres, pensamientos e ideas que él desconocía por completo, le dijo una vez:

—Préstame algunos libros. También yo quisiera ocuparme en serio de estas cosas. Cuando tomo los periódicos, tengo, a veces, la sensación de haberme quedado rezagado en el camino.

Aquella misma noche Grünfeld le mandó obras escogidas de Weitling, Lassalle y Marx. Komlóssy se arrojó sobre aquellos libros con la impaciente avidez de un alma sedienta y, con frecuencia, leía hasta el amanecer. Y desde el momento en que aquellas obras estuvieron sobre su mesa, empezó a olvidar la sociedad que frecuentaba.

Abríanse ante él nuevos horizontes y se le revelaba un mundo desconocido.

Al leer aquellos libros, experimentaba la misma sensación que en el hospital,

cuando, por vez primera, pudo ser testigo de una grave operación en el abdomen. La mano y el bisturí del médico abrieron el misterioso mecanismo del cuerpo humano y apareció a la luz del sol una confusión rara de intestinos, viscosas membranas, vasos sanguíneos, todo un artilugio maravilloso y complicado, vida y función de materias y de cosas, acerca de las cuales sólo supo hasta entonces que existían, pero sin haberlas visto jamás. El cirujano, que le dio permiso para presenciar la operación, al observar en su rostro la extrañeza y la consternación, le susurró:

—Vea cuántas cosas están ocultas debajo de un chaleco.

Ahora experimentaba la misma sensación, con la diferencia de que su pensamiento era la mesa anatómica en la que yacía toda la sociedad humana. Solamente entonces empezaba a comprender realmente las palabras de Grünfeld: «Los hombres andan con los ojos cerrados e ignoran cuáles son las fuerzas que obran por debajo de las cosas». Todos se limitan a mirar el chaleco y sobre éste los botones y, a veces, también la cadena del reloj. Pero nadie ve ni se preocupa por ver los órganos que funcionan por debajo, o cuáles son los pensamientos poderosos y tremendos que, como nubes tempestuosas, cruzan por debajo de las frentes de la humanidad. Eso no preocupa a nadie; a excepción de unos pocos que penetran en las profundidades de la literatura social.

Tomó el primer libro con desconfianza y acorazándose de antemano con un puntilloso escepticismo.

—Sólo quiero saber qué es el socialismo —se dijo la primera noche que se quedó en casa y apoyando el codo en la almohada, porque estaba en la cama. Y así empezó a leer.

Habíase decidido a examinar aquellos libros para discutir con Grünfeld cuando se reunían por las tardes en el café; deseaba mantener sus propios principios, porque en el curso de las conversaciones, gracias a su erudición, lo obligaba a enmudecer y él, realmente, se sentía inerte ante sus argumentos.

Con una extrañeza muy grande por su parte, en el primer libro no se encontró a sí mismo. El nombre de Weitling le hizo sospechar a un sabio engreído y pedante: y estaba preparado a digerir un volumen lleno de pensamientos exprimidos de una filosofía árida, que pierde de vista la realidad de la vida y se adapta a las necesidades y a las exigencias de un partido. Pero, en cambio, en aquella obra, alentaba la fantasía ingenua y casi infantil de un pobre aprendiz de sastre, de Magdeburgo; y le fue fácil seguir el curso de las ideas, porque en muchos aspectos coincidían con lo que proclamó tantas veces su padre desde el púlpito de la iglesia. Y, sin embargo, el reverendo pastor estaba muy lejos de creerse socialista.

«Queremos ser libres como los pájaros del cielo; sin afanes, y en apacibles grupos y en suave armonía queremos, como ellos, volar por la vida».

Así exclamaba aquel soñador aprendiz de sastre, dirigiéndose a las grandes masas

oprimidas por la miseria y por los horribles cuidados de la vida.

Quería aplicar hasta la más mínima parte de sus lecturas a su propia vida y solamente la aceptaba cuando ya la había experimentado sobre sí mismo. En él jamás pudo el dinero ejercer atracción o influencia y aun se sintió feliz cuando no tenía un céntimo. Pero sentía envidia o amargura al pensar que otros poseían grandes riquezas.

Al día siguiente, llegó a su casa antes de lo acostumbrado, para leer la tesis de doctorado de Jaurès, que bien merece ser llamada el himno de la felicidad, tan radiante es en ella la alegría de vivir y el sublime optimismo.

Una noche, al volver de casa de Erzsébet, a quien iba a visitar con alguna frecuencia, y donde también Hajmeczki lo acogía afablemente, se dirigió a la parada de los tranvías. Quizá serían las nueve. La noche de febrero sólo estaba iluminada por los hornillos de los vendedores de castañas. Entonces, en Budapest, eran muy raros los faroles encendidos en las calles. Los escaparates de los establecimientos estaban oscuros y vacíos.

En dirección a la calle Népszínház, oyó numerosos disparos. La obscura calle se llenó de gente. Algunos grupos tumultuosos corrían hacia el lugar en que alguien disparaba. Cuando Komlóssy llegó ahí una fila de guardias había cerrado la calle. En una obscura callejuela lateral continuaba el fuego de fusilería sin ninguna interrupción.

—¿Qué pasa? —preguntó alguien.

—Que los comunistas disparan desde los tejados contra los guardias —contestó una voz.

Komlóssy, de repente, sintió que alguien lo cogía por el brazo. Era Komoróczy que, muy pálido, fijaba los ojos en la obscura calle.

—¿Qué me dices de esos sinvergüenzas? —exclamó con sofocada voz.

Komlóssy no contestó. Dirigió una larga mirada a los ojos de Komoróczy, dándose cuenta de que sus respectivas almas eran muy distintas. Para él, y en el funcionamiento febril de su cerebro, aquella escena aparecía modificada y transformada; veía en lo alto, en los tejados oscuros de las casas, cómo estaban tendidos centenares y centenares de Napradán, con el fusil en la mano; y de los cañones de aquellos fusiles sentía salir, sonoras, deformadas y estruendosas, en la vastedad del tiempo, las palabras del aprendiz de sastre de Magdeburgo.

XXII

Una mañana encontró a Komoróczy en un corredor del Ministerio. Komoróczy, que, antes de la guerra había solicitado el reingreso en el servicio, salió por una puerta, con un gran fajo de documentos bajo el brazo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sorprendido.

—Me han trasladado a este lugar y ayer empecé mi nuevo servicio —contestó Komoróczy, a toda prisa, como si tuviera que ocuparse en muchas cosas urgentes.

Pero Komlóssy tuvo la impresión de que no quería prolongar el coloquio.

—Ése tiene algo contra mí —pensó. Y recordó luego que, una tarde, mientras estaba sentado en un café con Grünfeld, Komoróczy pasó por delante de la ventana. Y ellos tuvieron la impresión de que había desviado intencionadamente la mirada, para no verse obligado a saludarlos y Grünfeld observó:

—Creo que si estuviera en su poder, me haría ahorcar.

—¿Por qué?

—Porque soy socialista.

Komlóssy recordó aquella escena, a la que entonces no atribuyó ninguna importancia. «Komoróczy es un buen muchacho —pensó—, pero tiene una cabeza de hierro y como ya una vez dijo que los socialistas son unos sinvergüenzas traidores a la patria, cree innecesario desviarse de esta convicción».

Ciertamente él no observaba al socialismo a través de la filosofía de Weitling y de Marx, sino a través de la rabia que sintió en sus años de estudiante el día en que los socialistas pisotearon la bandera nacional y, enfrente del Círculo del Partido de la Independencia, hubo aquel fuerte altercado con los socialistas. Y con toda evidencia, Komoróczy se mostró muy reservado con él, recordando la amistad que lo unía a Grünfeld.

Mas no por eso sentía ningún odio contra Komoróczy. Por lo menos tenía una convicción. Y, al fin y al cabo, una convicción alimentada por fuentes dignas de mayor respeto. Komoróczy sentía en sí mismo, de manera dolorosa y apasionada, la decadencia de su propia raza, y aquel sentimiento lo conducía a una idea precisa: combatir hasta la muerte los principios socialistas. Pero ¿dónde estaba la fuerza capaz de oponerse al empuje violento y continuado del socialismo? ¿En el sentimiento patriótico de los húngaros? Sí, en el caso de que todos ellos fuesen tan resueltos como Komoróczy.

Pero allí tenía a sus compañeros de oficina, en el Ministerio. Todos eran oficiales, muchos del Estado Mayor y casi todos se hallaban en servicio activo y pocos pertenecían a la reserva. Sin duda todos eran buenos húngaros. Pero, en la vida y en la conciencia de cada uno, faltaba la sensación de orgullo de ser húngaros, sentimiento vivo, doloroso y generador de ideas y de actos.

Los discursos habituales de Jozsi Eke, por ejemplo, eran éstos:

—Imagínate, amigo, que en el Teleki-tér he comprado los muebles de un saloncito... casi regalados. En mi dormitorio aun falta el armario. ¿Sabéis cuánto piden en el Klauzal-tér por una sencilla lámpara de madera?

Aquel hombre tenía todos los pensamientos fijos en su propia vida. La de los demás no le interesaba. Y si por casualidad, la conversación se refería a este asunto, callaba y escuchaba, como si se tratara de algo extraño y abstracto y superior al nivel de su inteligencia. Había pasado cuatro años en la guerra y en las trincheras o en los abrigos. Su imaginación y su mundo sentimental hallaban ahora honda satisfacción entre los paños de los muebles y las lámparas de madera. Después de cuatro años terribles, con instinto inconsciente, se acomodó a aquella nueva vida. Al volver de la guerra se casó. Y ahora quería vivir y descansar. Primero había sido empleado de administración de una extensa propiedad hasta que solicitó el reingreso en el servicio. Finalmente, había llegado la paz y gozaba de ella, temeroso de todo lo que pudiera conturbar su mente.

Y, más o menos, también les había ocurrido algo parecido a los restantes. Mogyorós, Kovács, Soldos y todos los demás. En el fondo, sólo una cosa despertaba su interés: el aumento del sueldo. Antes de la revolución el de un capitán era de doscientas cincuenta coronas. El Gobierno revolucionario lo había aumentado al doble y circulaba la voz de que habría otro aumento y, con vibrante expectación, lo aguardaban todos.

¿Quizá todo eso significaba que en el cuerpo de oficiales húngaros se había desvanecido por completo el entusiasmo que pudieran despertar en ellos otros ideales más nobles? Posiblemente, eso habría sido una afirmación injusta. Lo que faltaba era la conciencia de un fin determinado, la fuerza potencial de una idea grande, pero, sobre todo, un gran estadista o un gran jefe militar capaz de sujetar con puño de hierro todas aquellas conciencias y aquellas débiles voluntades.

Komlóssy veía claramente todo eso y experimentaba la mayor angustia.

Una vez, antes de Navidad, elaboró en secreto un plan de combate. Aquel proyecto lo agitó de tal manera que, por espacio de tres días no pudo cerrar los ojos. Basándose en los datos estadísticos que se procuró en el Ministerio, calculó cuántos hombres aptos para el combate, cuántas armas y municiones quedaban en el país. Luego dividió aquellas fuerzas en grupos, para llevarlos a la conquista de los territorios húngaros invadidos. Había imaginado apoyar toda la campaña en las fuerzas fundamentales del socialismo y, en primer lugar, haría figurar la abolición de títulos y grados, la distribución de los latifundios y la concesión de derechos políticos a los propietarios. Pero, teniendo en cuenta el modo de pensar del campesino húngaro, creyó necesario respetar en lo posible la propiedad privada.

Ante todo mostró su voluminoso trabajo a Mogyorós, por considerarlo el más

inteligente entre todos sus colegas del Ministerio. Mogyorós era capitán de artillería, joven huesudo, de rostro anguloso y piel bronceada por el sol, con pequeñas arrugas móviles y suaves. Komlóssy estaba en pie ante la ventana y fumaba nervioso, en tanto que Mogyorós, con los codos sobre la mesa, leía atentamente aquel proyecto de memoria. Komlóssy no podía verle la cara. Sólo conseguía descubrir la nuca que, de vez en cuando, se estremecía por algunos golpes de tos. Por esto y por las palpitaciones de la nuca, habría querido deducir el efecto que en aquel hombre producían los pensamientos que nacieron en él, en las largas noches insomnes y en un estado de excitación febril. Transcurrió quizá media hora, hasta que Mogyorós llegó al final de aquella extraña lectura. Al terminar, se puso en pie y, con las manos a la espalda, se detuvo al lado de la pared. En su rostro se advertía que mil pensamientos agitados y turbulentos se agolpaban a su cerebro. Komlóssy llevó el cigarrillo a la boca con mano temblorosa y, con los párpados entornados, contemplaba a su amigo. Se hizo un silencio tan profundo que Komlóssy no se atrevió a interrumpirlo. Luego Mogyorós se acercó a él, le puso las manos sobre los hombros y lo miró, sonriendo, a los ojos.

—Pista, estás loco de remate —le dijo.

Luego empezó a pasear por la estancia, como si lo asaltaran de nuevo las ideas suscitadas por la lectura. Era fácil advertir que no había quedado convencido de si aquellos proyectos eran el parto de un cerebro desequilibrado o bien algo muy bien meditado y realizable en absoluto. Luego se detuvo cerca de la pared, se encogió de hombros y, por último, formuló su opinión con estas palabras.

—Muéstralo a Gebhard...

Todos sabían que el mayor Gebhard, y él mismo lo proclamaba así, era comunista.

—¿A Gebhard? —preguntó Komlóssy, extrañado, recordando que éste era un comunista encarnizado y que, ciertamente, no aprobaría aquel proyecto, cuya corteza, si bien era socialista, tenía por médula una substancia nacionalista.

—Sí, a Gebhard —repitió Mogyorós—. Ten en cuenta que entre nosotros es el más instruido. Y opino que es el único entre los oficiales de Estado Mayor que tiene imaginación y que sabe atreverse y obrar.

—Yo había pensado en convocar una conferencia de veinte o veinticinco oficiales y exponerles mi...

Mogyorós hizo con la mano un gesto de desaprobación.

—Ten en cuenta, querido amigo, que la mayor parte de los hombres está ahora muy ocupada por los cuidados de la existencia y cada uno de ellos es feliz si en este desenvolvimiento general encuentran alguna cosa, una base, un punto de apoyo al que pueda sujetarse. En resumidas cuentas, y durante cuatro años y medio, se han visto obligados a eludir la amenaza de los proyectiles mortíferos. ¿Te extraña, pues,

que piensen así?

Komlóssy llevó a cabo un rápido examen en su interior y, mentalmente, pasó revista a los nombres de los oficiales. Tuvo que convencerse de que su proyecto tenía pocas probabilidades de alcanzar la aprobación y el entusiasmo generales. Le pareció que sus ideas habrían chocado contra una barrera de miradas de fatiga y de aburrimiento.

—Sí, tienes razón. El cuerpo de oficiales no se ocupa en estas cosas ni piensa en ellas. Y si algunos se preocupan de eso, se convierten en tipos semejantes a Gebhard o a Komoróczy. Y entre tipos tan opuestos, ¿cómo sería posible imponer un pensamiento único y concordante?

Mogyorós, —con la mirada fija en el techo, le dijo—: Lo peor es, querido amigo, que el Gobierno revolucionario ha despedido de pronto a todos los generales. Sí, es verdad, entre ellos había muchos ineptos e incapaces. Pero no debieran haber aplicado tal medida a todos por igual. Con el cuerpo de generales, en último análisis, han retirado y pensionado la ciencia y la experiencia militar, las tradiciones de la disciplina y la dignidad de la casta militar. Pero te diré más: también han pensionado y retirado al verdadero amor patriótico. Entre ellos había algunos ejemplares magníficos de viejos aristócratas. Seamos justos. Nosotros, los jóvenes, tenemos hambre de la vida, hambre que nos ha comunicado la guerra. ¿Es verdad o no? Pero los viejos están ya más allá de estas cosas. Fíjate, si no, en la gentecilla que hay por aquí. Contempla, por ejemplo, al nuevo ministro de la Guerra. Te aseguro, muchacho, que el viejo general Csermely no lo habría aceptado siquiera en calidad de asistente...

Aquella conversación con Mogyorós hizo disminuir un tanto el entusiasmo de Komlóssy, que, al fin, acabó siguiendo su consejo y entregó el memorándum a Gebhard, que era el substituto del jefe de la sección de táctica militar.

—Lo leeré esta misma noche —le dijo Gebhard que, por otra parte, observaba con sus colegas una conducta muy reservada.

Tenía la costumbre de mantener siempre la cabeza erguida y ligeramente inclinada a un lado, y de oprimir la lengua contra los dientes, así como de silbar un aria cualquiera de modo apenas perceptible. Ordinariamente notaba en el último instante los saludos que le dirigían, como si despertara de sus profundos pensamientos. Casi todo el mundo lo consideraba un original, un tipo raro y excéntrico, y todos sabían que en él se ocultaba, multiplicada e intensificada, la cualidad más sobresaliente de los oficiales del Estado Mayor, o sea una ambición desmesurada, la decisión de derribarlo todo para alcanzar sus propios fines. Pero poseía aptitudes extraordinarias, como reconocían todos, aun sus adversarios.

Al día siguiente, Gebhard entró en el despacho de Komlóssy y dejó el memorándum sobre la mesa.

—No lo tomes a mal, amigo, pero en tu proyecto hay tantas ingenuidades que uno

se queda consternado al leerlas. Vosotros, los juristas militarizados, os figuráis que la ciencia militar es una bagatela sin importancia...

Se interrumpió de repente, como si se diera cuenta de que acababa de ofender a Komlóssy con sus palabras.

—Pero, en todo caso, merece alabanzas el hecho de que un oficial se ocupe de tales cosas. Su confección, a pesar de todos sus defectos, vibra de entusiasmo y su dialéctica conmueve y convence. No hay duda de que...

Luego, sin esperar que Komlóssy se rehiciera de la perplejidad que sentía y pudiese contestar, le volvió la espalda y salió. Komlóssy oyó sus pasos que se alejaban, acompañados por el acostumbrado silbido.

Tuvo la sensación de que Gebhard, intencionadamente, dejó de hablar del fondo político del proyecto.

—Bueno —dijo.

Arrojó el escrito dentro del cajón. Aquella había sido la última vez que había vaciado el alma y la fantasía en pensamientos más elevados que los de la vida diaria. Aquella derrota lo descorazonó, mas no por eso quedó destruida en él la fe en su propia convicción. Continuó sus lecturas y todos los días se encontraba con Grünfeld y pasaba con él largas horas discutiendo en el café.

Sus lecturas, que lo conducían a un mundo abstracto, lo convirtieron, en los últimos meses, en un hombre misántropo. Con la sociedad que frecuentara en otros tiempos, apenas tenía algún trato. Pero, a veces, transcurrían dos sábados seguidos sin que fuera a su casa, en el pueblo natal. En tales ocasiones recibía siempre una carta de su hijo. Probablemente Maska guiaba la mano del pequeño Gerzson porque, en las líneas ascendentes de las letras grandes como huevos, la pluma recalcitrante pinchó varias veces el papel. «Papá, ven a casa». Tal era siempre el texto de la carta, a la que faltaba la firma.

Aquellas cartas le producían el efecto que una persona sumida en confuso duermevela experimentaría al sentir el contacto de una cálida manecita infantil. Y le daba la impresión de que aquella diminuta mano le tocaba el rostro para asegurarse de que estaba bien y de que continuaba vivo.

En la sofocada atmósfera, inquieta e incierta, de aquellos tiempos, él dejaba pasar los días con el alma indecisa y trastornada. En él se amontonaban, con violenta fuerza, pensamientos, deseos de acción, dolores y sordas cóleras que no podía satisfacer o aplacar de ningún modo. Todo eso lo condujo al punto de sentirse en contradicción consigo mismo.

Cierta noche, mientras atravesaba el Lánchid para dirigirse a su casa, se vio frente a frente de Mogyorós.

—¿Ya sabes la novedad?

—¿Que han nombrado a otro ministro de la Guerra, una vez más?

—Cambio de Gobierno.

—¿Cómo?

Mogyorós, muy excitado, empezó a darle cuenta de los sucesos.

—El jefe de la misión de la Entente ha entregado una nota que impone la cesión de nuevos territorios...

Komlóssy se llevó una mano a la cabeza. Aquella noticia lo hería como un rayo, porque significaba que incluso su pueblo natal...

—¿De quién has sabido estas cosas?

—Ahora vengo del Ministerio. El ministro ha llamado a todos los jefes de sección para comunicarles el contenido de la nota y les ha preguntado también si sería posible obedecer.

—¿Y qué?

—Los jefes de sección han dicho al ministro que ningún húngaro que aún conserve el sentimiento del honor, puede ceder a tales pretensiones y que, con las armas, es preciso impedir la ocupación enemiga.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —exclamó Komlóssy con ímpetu apasionado—. Yo lo había dicho.

—Ahora, óyeme. Al gobierno dimisionario seguirá otro que, en interés de la resistencia armada, buscará un aliado...

—El soviét ruso.

—Eso es. Por lo tanto...

—Lo comprendo, lo comprendo todo. Tendremos un gobierno socialista.

—No sólo un gobierno puramente socialista, mi querido amigo, sino que, además, habrá dos o tres ministros comunistas. Tal es el precio de la integridad territorial del país.

Komlóssy se golpeaba la frente.

—Y, sin embargo, me tratasteis de asno. Gebhard, vuestro famoso Gebhard, me dijo que yo era, simplemente, un jurista...

—En tu proyecto no había una sola palabra que se refiriera a la alianza rusa.

—Pero, ¿no dije que la reconquista de los territorios húngaros sólo podría lograrse gracias al socialismo?

—Es igual. Ahora no hablamos ya de eso. Lo pasado, pasado. El primer acto del nuevo gobierno será ordenar la movilización general y empezar inmediatamente las operaciones bélicas. Eso significa, querido amigo, que dentro de dos días nos veremos de nuevo en el campo de batalla...

—Hay algo terriblemente hermoso —dijo Komlóssy exaltándose—, el hecho de que la suerte húngara pueda resolverse con ayuda de las grandes ideas humanitarias. Lo que dijo Weitling...

Mogyorós ya no lo escuchaba, porque sus ideas se habían fijado en otras cosas.

—¡Qué idiota fui, dos semanas atrás, al vender mis gemelos de campaña! Pero ¿quién demonio podía imaginar que volvería a necesitarlos?

Pasearon largamente por la orilla del Danubio en la fría y ventosa noche de marzo. Y, agitados, discutieron los sucesos que se podían esperar, aunque cada cual desde su respectivo punto de vista.

—La emancipación del proletariado —decía Komlóssy— significará la emancipación de la nación proletaria. Y ten en cuenta, querido amigo, que la nación húngara ha sido la proletaria de las demás naciones europeas.

—Por fortuna —le contestó Mogyorós—, he impedido que mi mujer regalase mis botas al portero.

—Lo que Marx dice del proletario como individuo —añadía Komlóssy—, puede también aplicarse a nosotros como nación. Éramos los siervos de Europa y, con nuestra sangre y con nuestro sudor, se alimentaban nuestros vecinos...

Mogyorós apenas aguardaba a que Komlóssy terminase las frases porque, antes lo interrumpía:

—Mandaré a Jolan y a los niños a Viena. Me parece la mejor solución...

Al día siguiente el teniente coronel Nyáry hizo llamar a su despacho a todos los oficiales de la sección. Les expuso la situación, como hiciera Mogyorós la noche anterior cuando habló con Komlóssy. Éste escuchaba estupefacto las palabras de Nyáry. Nunca hubiera sospechado que aquel hombre tuviese tanto ánimo y seriedad. En su persona había algo emocionante. Sus palabras no eran ni daban la impresión de formar frases huera. Estaba en pie al lado del escritorio, sobre el cual apoyaba una mano. Su rostro aparecía pálido. Esperó a que reinase absoluto silencio y sólo entonces empezó a hablar.

—El paso que vamos a dar es peligroso. Pero nos vemos ya abandonados de todos, porque todo el mundo se ha conjurado contra nosotros para destruir y anular nuestra patria milenaria. En las tierras antiguas de nuestro país, regadas por la sangre de nuestros padres, han puesto ya el pie las tropas extranjeras. No nos queda otra solución que ésta. O nos dejamos suprimir por completo o bien nos aliamos con la Rusia comunista. Yo, por mi parte, y sin vacilar, elijo la segunda solución.

Y añadió con vibrante voz:

—Estoy dispuesto a aliarme con quienquiera que sea para defender a mi patria. Pero no quiero imponer a ustedes mi resolución. Ruego únicamente que cada uno reflexione bien si en las circunstancias actuales está dispuesto a seguir sirviendo...

Los oficiales, a coro, contestaron:

—Queremos servir a nuestra patria. Venga la movilización. Vayamos al frente.

Jóska Eke, que había gritado más que sus compañeros, se adelantó, acercándose a Nyáry. Gesticulando y con voz conmovida, dijo:

—Señor teniente coronel: Apenas llevo cinco meses casado y mi mujer está

encinta. He pasado treinta y dos meses en la guerra y me han herido cuatro veces, pero quiero ser el primero en ir al frente.

Alguien le sujetó por el brazo y lo obligó a retroceder unos pasos, porque su impetuoso entusiasmo casi resultaba cómico. Todos hablaban a un tiempo y, en aquel ruido, no era posible distinguir ninguna palabra. Komlóssy gritaba con toda su fuerza:

—¡Por fin tendremos una guerra en la que todos sabremos por qué luchamos!...

Únicamente Komoróczy estaba pálido y mudo. En cuanto se hubo calmado un poco el ruido, se adelantó para detenerse frente a Nyáry. Todos fijaron sus miradas en él.

—Señor teniente coronel, le anuncio respetuosamente que no me siento en condiciones de poder servir...

Hubo en la estancia un largo silencio. Nyáry permaneció unos instantes examinando el rostro inmóvil de Komoróczy y luego, con un leve movimiento de cabeza, se limitó a contestar:

—Tomo nota.

Komoróczy se inclinó y, sin mirar a sus compañeros, salió de la estancia. Los que se hallaban frente a la puerta lo dejaron salir sin decirle nada y, en cuanto se hubo cerrado a su espalda la puerta de madera, Ménessy susurró entre dientes a Soldos:

—Para él eso es fácil. Es muy rico y no le importa el sueldo de oficial.

—Te equivocas —contestó Soldos—. Komoróczy ha obrado por convicción.

Nyáry hizo un ademán con la mano para imponer silencio.

—Y ahora a trabajar, señores. Por el momento esperaremos las próximas órdenes.

La misma noche, y con la rapidez de un incendio alimentado por el viento, se difundió la noticia de la constitución del nuevo Gobierno. Pero aquel cambio traía consigo una gran sorpresa. Todo el poder fue asumido por los comunistas, que, repentinamente, proclamaron la dictadura del proletariado.

A la mañana siguiente, cuando Komlóssy entró en el Ministerio, vio en el descansillo a Gebhard de paisano que, al parecer, hablaba dándose mucha importancia con otros dos paisanos desconocidos que vestían con gran descuido. Y uno de ellos gritó a Komlóssy:

—¡Compañero!

Cuando Komlóssy se volvió, sin imaginar que aquel apelativo le hubiese sido dirigido, el desconocido, vestido de paisano, lo llamó con un gesto. Komlóssy, con las mandíbulas cerradas, se acercó dando largos pasos a aquel individuo que tenía aspecto de artesano. Su voz y su impertinencia lo habían exasperado. Se acercó a él, cara y cara, y lo miró con expresión provocadora.

El «compañero» que había comparecido en el Ministerio como delegado político, tenía una mano metida en el bolsillo del pantalón, mientras con el índice de la otra hacía unos gestos en el aire:

—Quítese las estrellas.

Komlóssy miró al mayor Gebhard como si le pidiera una aclaración, porque, en aquel momento, creyó habérselas con un loco.

—Sí, sí —replicó Gebhard—. Es preciso que te quites las estrellas. ¿No has visto el aviso que hay abajo, en la puerta? Hoy se ha publicado un decreto aboliendo todos los grados militares.

Komlóssy les volvió la espalda y se alejó.

En su habitación encontró a Mogyorós en mangas de camisa. Estaba en pie, cerca de la ventana, y con un cortaplumas desprendía cuidadosamente del cuello de la guerrera las estrellas de oficial. Miró a Komlóssy y le dijo:

—No pongas esa cara. Hazme el favor de prestarme tu cortaplumas porque el mío no corta.

XXIII

Todo el cuerpo de oficiales estaba persuadido de que el Gobierno de los Soviets, al día siguiente de la proclamación de la dictadura del proletariado, ordenaría la movilización general y comenzaría la campaña por la liberación de los territorios invadidos de la patria.

El primer día, y después de comer, permanecieron largo rato en torno de la mesa. El humor general parecía deprimido. Por encima de los cuellos de las guerreras, ya desprovistos de estrellas, los rostros tenían un aspecto extraño. Aquellos cuellos desnudos daban la impresión de que los oficiales acababan de salir de la sastrería y se sentaron a comer con las guerreras puestas, no acabadas todavía, sin más objeto que probárselas.

—Nada importa el traje que llevemos —dijo el mayor Kenyeres—. A mí me importa un pito. Aunque nos vistan de deshollinadores.

Pero las estrellas perdidas influían mucho en la depresión de ánimo que se observaba en todos.

Hablaban de los resultados probables de la campaña que iba a comenzar. La fuerza armada del Gobierno se basaba en los restos del antiguo ejército austrohúngaro. La mayor parte de los oficiales y los soldados habían servido durante la guerra. Naturalmente, la situación hubiera sido muy distinta si el Gobierno de la revolución de octubre no hubiese disgregado el ejército; obligó a tomar el retiro a todos los generales y, así, arrebató a las fuerzas armadas sus antiguos y más expertos jefes. Al mismo tiempo dio a entender que los coroneles no tardarían en correr la misma suerte, pero eso no bastó, porque se dio la orden para desarmar completamente al ejército. No se habría podido promulgar un decreto más fácil de cumplir que aquél, puesto que permitía a todos tirar las armas. Y para que aquella orden se ejecutara perfectamente, en las estaciones fronterizas se habían creado comisiones encargadas de quitar las armas a los licenciados de la guerra.

—Eso ha sido necesario —observó Ménessy, que aprovechaba toda ocasión para defender al gobierno de octubre— porque el Gobierno era esencialmente pacifista y, de no haber hecho lo que tanto se le censura, se viera en oposición consigo mismo y con el espíritu del momento.

Nyáry hizo un gesto de conmiseración.

—Eres muy ingenuo, mi querido amigo. ¿Sabes por qué han tratado así al ejército? Porque temían que un comandante enérgico de las tropas que se repatrían pudiera acabar con el Gobierno, ayudado por las armas. ¡Pacifismo! ¡Y un cuerno! Has de saber que todo Gobierno defiende, en primer lugar, su propia piel, y luego los intereses de la nación.

Acerca del particular se empeñó una gran discusión. En aquellas polémicas Nyáry

solía quedarse solo con su amarga opinión, hija de la valoración de la substancia de las cosas.

—Así no se puede ni se debe pensar —exclamó impetuoso Komlóssy y golpeando la mesa con un extremo del tenedor—. Eso, en conclusión, significaría que no podemos confiar ni siquiera en nuestro propio gobierno, en el momento en que sólo existe una cosa capaz de hacer resurgir al país: la fe. La fe en cualquier cosa o en cualquier persona. Todo Gobierno tiene sus defectos y sus errores, pero hemos de suponer que el nuestro no carece de cierta base ética...

Los demás aprobaron sus palabras. Nyáry, al parecer, no prestaba oído a tales observaciones. Con sus ojos claros, azules y contraídos, miraba ante él, sin fijarse en cosa alguna y, como si reflexionara en voz alta, siguió hablando:

—Pero, ¿cuál es la realidad? La guerra perdida ha estremecido al ejército. Los jefes de la revolución quisieron substituir ese ejército desmoralizado por una fuerza armada que, en primer lugar, asegurase las conquistas de la revolución. Decid lo que queráis, pero éste es un hecho indiscutible. Ordenaron, pues, la llamada de las cinco quintas más jóvenes, o sean las más indisciplinadas. Como es natural, sólo acudieron al cuartel las personas que ya se esperaba: los sin trabajo de las grandes ciudades y los campesinos que carecen de tierras. ¿Quién dirigió a esos jóvenes? Los consejos militares. Éstos habían extinguido ya su espíritu patriótico y les inyectaron los bacilos de la política, de la indisciplinada, de la indiferencia con respecto al deber y del desorden.

—Vosotros llamáis bacilos a las ideas del socialismo —replicó Komlóssy que, con frecuencia, y cuando se trataba de tales discusiones, observaba sorprendido que adoptaba las mismas palabras y frases que Grünfeld—, pero el ideal socialista viene desde lejos y desde muy hondo y ha conquistado todo el mundo.

Kovács, que era un hombrecillo regordete, de cara de color de rosa y de cuello tan grueso que amenazaba constantemente con hacer saltar el botón superior de la guerrera, participaba muy pocas veces en aquellas discusiones. Y, si hablaba, daba a entender que, por su parte, no tenía ninguna opinión.

—Komoróczy jura que los comunistas nos engañarán...

—¿Qué dices? —preguntaron tres o cuatro a la vez.

—Dice que no habrá movilización. Que los comunistas no tienen siquiera la idea de emprender la guerra. Todo ello no ha sido más que un pretexto para apoderarse del poder.

—¡Tonterías! —exclamó Ménessy—. El Gobierno está decidido a emprender la guerra ofensiva. Y, o se atenderá a ese proyecto, o caerá. La situación del gobierno de octubre era completamente distinta, porque aquél había llegado al poder proclamando el pacifismo.

Penetró en la sala el teniente coronel Adám, jefe de la sección de táctica militar

del Ministerio de la Guerra. Tomó asiento en su puesto y, a toda prisa, empezó a comer. Parecía hambriento. Sus bigotes, negros como el carbón y erizados a la moda húngara, contrastaban de un modo raro con el color blanco azulado de su calva cabeza.

—¿Dónde has estado ahora? —le preguntó un oficial.

—Hablando con el comisario del pueblo para la guerra —contestó Adám distraído, mientras seguía comiendo—. István, ¿quieres darme la sal?

—¿Y cuándo se dará la orden de movilización? ¿Qué crees tú?

—Mi impresión actual es que la sala de espera del ministro, antes llena de generales, está ahora ocupada por repugnantes tipos judíos, de cabello rizado y de cuellos sucios. Al entrar había allí tal escándalo, que me pareció haber entrado en una feria de prenderos.

—¿Y qué ha dicho el comisario del pueblo?

—Nada. Ha pedido noticias de la situación.

En la misma incertidumbre transcurrió el segundo día, y luego el tercero y el cuarto. Al octavo aun no se había dado la orden de movilización y, al parecer, el Gobierno comunista no tenía ninguna intención de empezar una guerra para reconquistar los territorios perdidos. Toda su actividad consistía en dar, con abundancia verdaderamente maravillosa, órdenes y decretos, enfáticos y arrogantes que, por su tono, habrían parecido encaminados a trastornar y destruir el mundo antiguo.

Una mañana, Mogyorós encontró en el corredor a Komlóssy y se lo llevó a su lado.

—Komoróczy tenía razón —le dijo—. Ésos sinvergüenzas nos han engañado.

A mediados de abril empezó la ofensiva enemiga. El ejército del Gobierno, mal equipado, desprovisto de artillería y dispuesto ante el enemigo en una línea larga y sin consistencia, a la primera presión empezó a retroceder.

Mientras tanto, en Budapest, se mostraba más feroz que nunca el terrorismo de los «hijos de Lenin».

En vano fue que Komlóssy se ofreciera para dirigirse al frente. Una noche, después de cenar, estuvo un rato paseando por los Bastiones. La pálida luz de la luna iluminaba el Vérmezö y una aterciopelada brisa de primavera acariciaba las colinas de Buda.

Por último, y hacia las diez de la noche, llegó a su casa, donde encontró aún despierto a su asistente, el cual, con acento misterioso, le dijo:

—Ha venido a buscarlo una señora, mi capitán.

—¿Qué señora? —preguntó sorprendido Komlóssy.

—¡Caramba! Una señora, una señora muy fina.

—¿A qué hora vino?

—La primera vez hacia las cinco, luego volvió casi cada hora. Me preguntó dónde podría encontrar al señor capitán, porque tiene algo muy importante que comunicarle. Hace media hora estuvo aquí por última vez y ha dicho que volvería después de las diez. No me ha dado su nombre.

Komlóssy hizo mil conjeturas. ¿Quién podría ser? ¿La señora Zerge? ¿La señora Púsztaszery? Imaginó la posibilidad de que se hubiese producido un escándalo, tal vez por culpa suya. Y la pobre mujer, en su desesperación, habría acudido a su encuentro. Con la frente arrugada, empezó a reflexionar.

—¿Cómo era esa señora?

—Pues... muy fina.

—¿Morena o rubia?

—Me parece que tenía el cabello de color castaño claro.

—¿Alta o baja?

—Me ha dado la impresión de que era alta. Una mujer muy guapa.

No podía ser ni la Zerge ni la Púsztaszery. Ésta última era muy alta, pero también muy rubia. En cambio, la Zerge era muy bajita. Empezó, pues, a registrar y a hurgar en su memoria. ¿Cuál entre las mujeres que conocía tenía el cabello castaño? De repente se obscureció su rostro. Maska. No podía ser otra.

El asistente continuaba delante de él, erguido, mientras observaba preocupado el rostro nublado de su oficial. Komlóssy le preguntó con voz sorda:

—¿Era una señora gruesa?

—No. Era esbelta como un junco.

Así, pues, no era Maska, porque ésta últimamente había engordado mucho.

Komlóssy tomó asiento en una silla y arqueó las cejas, lo cual significaba que su imaginación se había agotado ya y no tenía la menor idea de quién pudiera ser la misteriosa visitante.

—¿Y ha prometido volver?

—Sí, señor.

—Está bien. No te acuestes.

Una vez solo, trató de leer, pero era incapaz de concentrar la atención en la lectura. Se puso en pie y empezó a pasear por la estancia. Aun no había transcurrido un cuarto de hora cuando el asistente entreabrió la puerta y, casi asustado, hizo una seña.

—Señor capitán, aquí está esa señora.

—Hazla pasar.

Un momento después entró en la estancia una señora alta y esbelta. Un sombrero de paño oscuro sombreaba su rostro; en la mano enguantada llevaba un paraguas inglés de corto mango. Vestía con la mayor sencillez, pero en toda su persona se advertía una distinción natural, sin amaneramiento y sin afectación. Y se detuvo algo

indecisa y con voz sofocada saludó:

—Buenas noches.

—Hágame el favor de pasar —dijo Komlóssy, confuso a su vez, sin presentarse y sin intentar siquiera estrechar la mano de la misteriosa incógnita.

Aquella señora tomó asiento en un sillón inmediato a la mesa escritorio. Komlóssy se sentó frente a ella. Observaba a su visitante nocturna con los ojos muy abiertos, porque era presa de una agitación que apenas lo dejaba respirar. La luz de la lámpara del escritorio iluminaba de lleno el rostro de aquella señora. Sí, él lo había visto en algún lugar y la conocía. Pero, ¿quién podría ser? Aquel rostro parecía fatigado y dolorido. Sus grandes ojos, de color ámbar, se posaron tranquilos, pero llenos de infinita tristeza, en Komlóssy.

—Sin duda le extraña a usted que venga a molestarlo a una hora tan insólita. Por eso mismo se dará cuenta de que se trata de algo vital. Soy la señora Kallisztratusz, la esposa de Rudolf Kallisztratusz...

Y al advertir por la expresión del rostro de Komlóssy que aquel nombre no le decía nada, añadió:

—Tal vez se acordará si le digo mi nombre de soltera.

Pero antes de que ella pudiera continuar, Komlóssy hizo un gesto de estupor, porque acababa de reconocerla.

Era Bea.

—Sí, sí, ya sé... —dijo.

Y la miró con rostro tan alterado y conmovido que casi tenía aspecto cómico, de modo que en los labios de la condesa se dibujó una pálida sonrisa.

—¿En qué puedo serle útil? —preguntó Komlóssy, atrincherándose en un tono frío y reservado, porque no dejó de observar la sonrisa de su interlocutora.

Bea empezó a hablar con voz tranquila, como si no refiriese desventuras:

—Como ya sabrá, nuestra propiedad ha sido ocupada...

—¿Continúan allí sus padres?

—¿Mis padres? —Los ojos de color de ámbar se fijaron un instante en Komlóssy—. Mamá murió durante la guerra y papá antes de Navidad.

—Dispénseme, pero llevo ya mucho tiempo lejos de casa. ¿Y ahora ha venido usted con su marido a Budapest?

—Sí, hace dos días. En el monte de la fortaleza y en la segunda calle está nuestra casa de Buda. Más de una vez advertí a mi marido que en estos tiempos borrascosos no era prudente ir a Budapest; pero él temía por los valores que tenemos aquí y, además, añadió que nunca había intervenido en política...

—¿Y qué ha sucedido?

—Hacia las cuatro de la tarde llegaron los «hijos de Lenin» diciendo que les habían dado la orden de detener a mi marido, y se lo llevaron. Llegaron a casa en

automóvil.

—¿Y adónde lo han llevado?

—No me lo han dicho. Pero un criado que volvía entonces a casa lo preguntó al chófer. Procedían del palacio Batthiány...

Komlóssy empezó a tamborilear con los dedos. Esto expresaba una preocupación angustiosa y fue comprendido por la condesa. Su rostro, que manifestaba un cansancio infinito, palideció aún más. Con voz débil, que apenas resultaba audible, preguntó:

—¿Qué se podría hacer?

Komlóssy consultó el reloj. Eran las once menos cuarto. Quizá Gebhard estuviera aún en su oficina. Ordinariamente permanecía allí hasta medianoche. Gebhard estaba en contacto directo con los terroristas que se reunían en el palacio Batthiány y aun había indicios de que él les daba órdenes y disponía lo que convendría hacer. Komlóssy se dirigió a la puerta y llamó al asistente.

—Ve a buscar inmediatamente un taxi.

Volvió al lado de la condesa y añadió:

—Quizá podamos encontrar aún en el comisariado de la guerra, al mayor Gebhard, el cual, en todo caso, podrá sernos útil. Si quiere acompañarme, condesa...

—¡Oh, desde luego! —exclamó ella muy animosa.

En la estancia reinó un silencio. La condesa, que había cerrado los párpados, se volvió de pronto a Komlóssy con ojos en los que se advertía extraordinario terror.

—¿Cree usted que puede haberle ocurrido alguna desgracia a mi marido? —preguntó.

—De ningún modo —replicó Komlóssy sin la menor vacilación. La condesa, apoyándose en el escritorio, tenía la mirada fija en la alfombra y hubo otro largo silencio. Mientras tanto, Komlóssy miraba fijamente a la joven señora.

Era ya muy distinta que cuando, muchos años atrás, la vio por última vez en el vagón restaurante. Entonces le pareció verla envuelta en una atmósfera de helada aristocracia y de la cruel imposibilidad de aproximarse a ella, de conocerla y de hablarla. Entonces, aunque era más real y verosímil, la vio en contraste con la imagen que él creara en sus años de estudiante, cuando estaba en la cama con el cobertor hasta las orejas y pensaba en ella desesperado, abrazando la almohada; o bien comparándola asimismo con la visión que llevó a su casa de la lección de botánica dada por el profesor al aire libre; o quizá también la comparó con aquel retrato ampliado y rodeado de un marco que tantas veces contempló en el escaparate del fotógrafo...

Y ahora la tenía frente a él, en su despacho. Y en aquella mujer no había nada inverosímil ni tampoco inasequible... Era una mujer como otra cualquiera... No, un poco diferente tal vez; muy distinta de las Zerge y de las Púsztaszery. Las fantasías de

su infancia lo rodeaban aún... Sí, era mucho más hermosa e interesante que todas las mujeres que había conocido hasta entonces. Su boca tan bien dibujada era espléndida, magnífico su cuerpo, de una esbeltez inverosímil. Su rostro era quizá de facciones algo acentuadas, germánico, casi duro, pero en sus grandes y cálidos ojos había tanta luz, tanta inteligencia y sentimientos... Eran ojos que iluminaban y que al mirar parecían dar calor... Quizá pudiera conseguirla... Tal vez podría convertirse en su amante... La vida estaba abierta... Cabía en lo posible que se enamorase de él... ¿Y su marido? La suerte de aquel hombre estaba en sus manos. Y él, él precisamente, ¿habría de salvarlo? Estaba dentro de lo posible el hecho de que un día se convirtiese en su mujer. ¿Por qué no? Gebhard era un hombre duro y, sin duda, para librarse de él, le dirigiría algunas palabras tranquilizadoras. Pues bien, si se cumplía el destino del conde Kallisztratusz, ¿qué le importaba a él? Nunca tendría ocasión de reconvenirse por lo que ocurriera... Pero, aquella mujer... Era preciso hacerla suya a toda costa.

Al llegar a tal punto de sus pensamientos, se dijo que aquel modo de desembarazarse de una persona era bajo e infame. En resumidas cuentas, ni siquiera amaba a aquella mujer.

Con voz perfectamente tranquila le preguntó:

—¿Sabe usted si su marido tiene algún enemigo envidioso que haya sentido interés en denunciarlo?

La condesa, después de una breve reflexión, contestó:

—Sospecho que se trata de un criado a quien despedimos después de estallar la revolución. Mi marido, que suele ser hombre reflexivo y apacible, cometió la imprudencia de golpearlo, porque él le había contestado de un modo impertinente y amenazador.

Pronunció las últimas palabras en voz baja, al observar que Komlóssy ya no prestaba atención y que pensaba en otras cosas.

Después de una corta pausa, él volvió a preguntar:

—Haga el favor de decirme, condesa, cómo se le ha ocurrido recurrir a mí en esa grave situación. ¿Cómo sabía siquiera que yo estaba en el mundo? ¿Y quién demonio le ha proporcionado mis señas?

Lo miró la condesa y en sus labios apareció una débil sonrisa que le dio casi aspecto infantil. Bajó la voz y en tono suave dijo:

—El billete que mandó usted aquella noche al castillo sólo iba firmado por su apellido, y esto me gustó mucho. Al día siguiente conseguí averiguar su nombre. Y le escribí una carta. ¿La ha recibido?

Komlóssy la miró muy extrañado.

—No. ¿Adónde la dirigió?

—A Viena. Y, si no recuerdo mal, a la Seilerstrasse...

Komlóssy se inclinó hacia la caja de los cigarrillos para ofrecer uno a la condesa. Aquel movimiento le sirvió para ocultar la turbación que sintió de repente. La condesa estaba persuadida de que había ido al encuentro de Sándor. Sin duda oyó decir que aquel oficial que en los primeros días de la revolución de octubre ahuyentó a la canalla de los alrededores del castillo era el capitán Komlóssy. Y con este nombre sólo conocía a Sándor, puesto que él mismo había alcanzado el grado de capitán pocos días antes y durante la guerra apenas había ido a su casa por unos días.

La condesa se descalzó un guante y aceptó su cigarrillo. Tenía las muñecas muy robustas, casi cuadrangulares. Probablemente a causa del deporte que practicaba. Y, sin embargo, parecían frágiles. Las hermosas manos blancas y fuertes no llevaban sortijas, pero en los dedos se advertían sus huellas. Aspiró el humo del cigarrillo con el característico movimiento espasmódico de los labios, propio de los grandes fumadores, y mientras con largo y delicado movimiento de la mano separaba el humo de su rostro, exclamó con mucho calor, pero sin huellas de sentimentalismo:

—Únicamente ahora se me presenta la ocasión de darle las gracias. ¿Se da usted ya cuenta de la razón de que, con toda confianza, haya acudido a usted? Me han afirmado que sus sentimientos son antirrevolucionarios. —Antes de que Komlóssy tuviese ocasión de contestar, la joven se inclinó hacia él y lo miró con sus ojos penetrantes—. ¿Qué sabe de su hermano? Es terrible para una familia que uno de sus individuos sea así. Aquel amigo mío que lo conoce y a quien no nombro porque me ha referido de usted cosas muy hermosas, me habló también de su hermano, diciéndome que durante la guerra fue desertor y ahora se ha convertido en un peligroso comunista.

Komlóssy miraba a la condesa con las cejas fruncidas, cual si no comprendiera bien lo que acababa de oír. Ella interpretó aquella mirada como si a su interlocutor le resultara desagradable hablar de su hermano y, para cambiar de conversación, dijo:

—¡Dios mío, qué cosas suceden en estos tiempos!

En aquel momento entró el asistente anunciando que esperaba el taxi a la puerta. Komlóssy, mientras guiaba a la condesa por el oscuro patio, iluminaba el camino con la lamparilla de bolsillo. Y para que no tropezara con los pedruscos del suelo, la cogió por el brazo. Aquel contacto le comunicó una sensación de calor y de embriaguez que penetró hasta su corazón.

Cuando el taxi llegó a corta distancia del edificio del Ministerio, Komlóssy asomó la cabeza por la ventanilla y dijo:

—Aun está Gebhard arriba, porque veo iluminada la ventana de su despacho.

En la enorme fachada oscura del edificio aparecían diez o doce ventanas, como resplandecientes rectángulos amarillos en la profundidad de la noche.

—Espere en el taxi —dijo a la condesa.

Se metió en el edificio ante cuya puerta había unos soldados de guardia, y,

corriendo, subió la escalera hasta el segundo piso, donde se hallaba el despacho de Gebhard. Lo encontró rodeado de montones de papeles y envuelto en una densa nube de humo de tabaco y con el cabello desordenado.

—¿Qué pasa? —preguntó casi irritado el ex mayor.

Komlóssy se plantó ante la mesa, tratando de mirar a los ojos de Gebhard, pero no lo consiguió porque el otro estaba leyendo una página escrita a máquina.

—Hoy, por la tarde, los terroristas llevaron al conde Kallisztratusz al palacio Batthiány...

Gebhard hizo un nervioso ademán con la mano, pero no levantó los ojos.

—Mira, hazme el favor de dejarme en paz y no contarme historias semejantes.

Pero Komlóssy añadió:

—Tienes el deber de examinar este asunto y si...

Gebhard se encogió de hombros.

—¡Pero, hombre, un conde más o menos...!

Hubo unos instantes de silencio. Gebhard continuó como si Komlóssy no estuviera presente, quizá para darle a entender que le molestaría mucho toda discusión ulterior sobre ello.

Komlóssy se mordió los labios y permaneció inmóvil mirándolo. En aquel momento sintió que le invadía el cerebro algo que parecía un aullido de fiera herida. Con gusto se arrojaría contra Gebhard para matarlo, antes que regresar al lado de aquella mujer en el taxi para decirle que no había conseguido nada.

Pero no sólo esta idea lo llenaba de furor, porque sus sentimientos por aquella gente, desde el primer día, cuando notó que habían sido engañados y que no habría movilización, también trataban de exteriorizarse en aquel momento. La amargura y el furor que hasta entonces lo oprimieran vibraban violentos en sus puños y en su garganta.

De repente apoyó el puño en la mesa y se inclinó hacia Gebhard hasta rozarle el rostro. Su voz estaba saturada de espantosa excitación cuando le gritó a la cara:

—Pues bien, has de saber que no me tendréis por cómplice de esos crímenes. Haced lo que os dé la gana, matad a todos los indefensos e incapaces de defenderse. ¿Qué delito ha cometido Kallisztratusz? Contéstame. ¿Acaso el de haber nacido?

Tenía los ojos inyectados en sangre y fijos en Gebhard.

—Mira, no grites —contestó éste, perplejo.

Levantó los ojos hacia Komlóssy, pero no pudo resistir su mirada. Volvió a fijar la atención en el documento que tenía delante y para interrumpir aquel silencio sofocante y desagradable, empezó a silbar como tenía por costumbre. En el fondo, no se sentía ofendido por la conducta de Komlóssy. Le gustaban aquellos caracteres rudos y violentos, así como la explosión de las pasiones impetuosas y arrolladoras de que no era capaz. A él le habría gustado ser así, pero no era más que un hombre cruel.

Hasta entonces nadie se había atrevido a imitar la conducta de Komlóssy y esto le agradaba.

Silbó un poco más, alargó una mano y oprimió el botón del timbre.

Entró en la estancia un hombre de mirada fosca, rostro largo y cuello corto. Gebhard escribió algo y, sin mirar a aquel individuo, le entregó el escrito.

—Vaya usted al palacio Batthiány, Szúcsek, y entregue este billete al comandante de la guardia.

Luego, volviéndose a Komlóssy, le dijo con voz áspera:

—Espero que ahora me dejarás en paz.

Komlóssy saludó rápidamente y salió. Una vez en el corredor tomó el escrito de manos del compañero Szúcsek.

—Déjame que lo vea un momento...

En la hoja de papel y con lápiz azul estaba escrito:

«Poned al detenido Rudolf Kallisztratusz a disposición del compañero Komlóssy. —Gebhard».

En una esquina de la hoja vio dos letras: «S. T.». Komlóssy sabía que aquellas letras secretas se cambiaban cada hora y servían para demostrar la autenticidad de la orden.

Hizo subir al taxi a Szúcsek, que fue lo bastante modesto como para ocupar el asiento plegable. Por otra parte, no parecía dispuesto a pedir informes a la señora que, muda y asustada, se había refugiado en el ángulo del vehículo.

En cuanto éste se puso en marcha, Komlóssy dijo a la condesa:

—Todo se arreglará...

La condesa comprendió, por su voz, que aquellas palabras no sólo estaban destinadas a tranquilizarla, sino que expresaban algo más.

Durante todo el trayecto, Komlóssy sólo habló dos veces y con el único propósito de interrumpir aquel silencio penoso y opresor.

Cuando el taxi atravesaba el Lánchid, dijo:

—Parece que se acerca la primavera.

—Sí —confirmó la condesa con voz débil.

En la avenida de Andrásy exclamó:

—¡Qué mal iluminadas están ahora las calles!...

El automóvil se detuvo a la esquina de la calle, porque ante el palacio Batthiány la calzada estaba interceptada por una barricada en toda su longitud. Detrás del parapeto había dos ametralladoras. Dentro del edificio, que imita el estilo del palacio Strozzi, se hallaban los «hijos de Lenin» con sus capotes de pieles y el cinto lleno de bombas de mano. En aquel mismo instante se detuvo ante la gran puerta iluminada y resoplando un camión también lleno de «compañeros» cubiertos con capotes de pieles, que regresaban entonces de su cacería nocturna.

—Quédese aquí —dijo Komlóssy a la condesa.

Y se dirigió a la puerta del palacio. Pero el centinela le cerró el paso, sin dejarlo entrar. En cambio, no se opuso a que lo hiciese Szúcsek, a quien conocía personalmente. Los dos se saludaron con una mirada.

Komlóssy permaneció ante la puerta esperando y así pudo ver que los terroristas hacían apeaar del camión a dos jóvenes vestidos de paisano. No pudo distinguir sus rostros porque los «capotes de pieles» los tenían rodeados para ocultarlos a todo el mundo. Los dos fueron acompañados hacia las cantinas.

El compañero Szúcsek volvió poco después con un hombre de rostro afeitado que se cubría con un gabán pardo y oprimía nervioso en la mano el sombrero flojo, en tanto que con sus ojos miopes miraba receloso a derecha e izquierda. Era evidente la atroz inquietud que lo atormentaba, porque el compañero Szúcsek, a pesar de sus reiteradas preguntas, no quiso comunicarle qué iba a hacer con él.

—Hacia el automóvil —indicó el compañero Szúcsek.

La condesa se había apeado ya del taxi y se dirigió a su encuentro. Y pronunció su nombre con voz lacerante.

—Rudolf.

Le echó los brazos al cuello y, por unos instantes, permanecieron inmóviles. Luego, a toda prisa, subieron al automóvil.

Komlóssy, que se sentía agitado por sentimientos encontrados e indefinibles, se dirigió a pie a su casa. Ni siquiera miró al automóvil, que aun continuaba en el mismo sitio.

De repente se abrió la portezuela y la condesa se apeó. Volvió la cabeza a derecha e izquierda, buscando con la mirada en la desierta calle. Y al ver a Komlóssy echó a correr hacia él.

—Le ruego... Komlóssy... Le ruego...

Le agarró la mano. En su rostro brillaban todavía las lágrimas derramadas en los pocos momentos que pasó con su marido en el automóvil.

—¿Cómo podré agradecer lo que ha hecho?

Komlóssy se inclinó y le besó la mano, que retuvo entre las suyas. Y, sonriendo con cierta tristeza, le dijo:

—Condesa... yo no soy Sándor Komlóssy, sino István Komlóssy. Soy aquel que desertó durante la guerra y que ahora está al servicio de los comunistas. No obstante, soy el mismo que escribió el billete aquella noche de octubre...

Saludó y, antes de que la condesa tuviese tiempo de rehacerse de la sorpresa, se alejó rápido en la obscuridad.

XXIV

Al día siguiente, y al volver a su casa desde la oficina, encontró una carta en la mesa escritorio. Y al advertir el carácter femenino que no conocía, adivinó su origen. Decía así:

«Le agradecería muchísimo que mañana por la tarde, hacia las cinco, viniese a verme y a tomar una taza de té. — Bea Kallisztratusz».

Dejó la carta en el cajón, tomó asiento en el sillón inmediato a la estufa y se entregó a sus pensamientos. Poco después se puso en pie, tomó de nuevo la carta y examinó minuciosamente sus caracteres. Eran grandes, claros, enérgicos, escritos por una mano firme, y a veces parecía retorcerse y levantar un rasgo, como si quisiera manifestar un pensamiento o un sentimiento. Sin querer pensó en el carácter de letra de Erzsébet, sutil, incierto, en el que las letras parecían esforzarse para no caer. Y recordó también la letra redonda de Maska, parecida a diminutas cochinillas aplastadas, pero perezosas como la misma Maska, de modo que, al mirarlas, se tenía la impresión de que infundían el sueño.

La hermosa letra de Bea vivía, llameaba, parpadeaba y recorría el papel como el vuelo de extraña ave fabulosa. En el sobre aparecía su nombre escrito así: «Komlosi», y también esto lo impresionó^[14].

Volvió a guardar la carta en el cajón, aunque para tomarla de nuevo y examinarla otra vez unos instantes después.

Sentía a su alrededor la intensa vida real de las palabras, de los movimientos y de las miradas de aquella mujer desde el momento en que la noche anterior entró en su habitación. Como si todo hubiera continuado vivo allí, en el ambiente: las palabras cálidas y voluptuosas, los ojos de color de ámbar, cuyas largas pestañas hablaban un lenguaje misterioso, y los movimientos a veces serpentinos de los largos brazos.

Aquellos recuerdos penetraban en él de manera tal que se abandonaba a ellos sentado en el sillón con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados, cual si fuese víctima de un ícubo delicioso.

Mas no permaneció largo rato en tal estado de ánimo, porque se vio invadido por otro sentimiento. Se puso en pie, y salió. Sentía la necesidad de moverse. Fuera, en los bastiones, bajo los castaños de Indias, se dijo que su vida no se había enriquecido desde el día anterior, cuando conoció a aquella mujer. Creyó odiar los recuerdos de la infancia que tanto habían perdurado en él, porque, al fin y al cabo, no eran más que una humillación, tanto en el momento en que, en unión de Zsibai, fue expulsado del castillo, como en época posterior, en Budapest, cuando ya era estudiante universitario e iba a contemplar el retrato de la joven en el escaparate del fotógrafo. Todo aquello

no fue más que un sueño huero y tonto, del que muchas veces se había avergonzado. En la juventud todos los hombres pintan con la imaginación una vida más hermosa y pura, y sus fantasías giran a veces en torno de una persona desconocida, de un rey, de un artista, de un mecenas o de una actriz a la que se conoce únicamente por su fama. Así sueñan todas las costureras y todos los estudiantes pobres. Sinceramente, no podía enorgullecerse mucho de los sentimientos que lo ligaban a aquella mujer.

¿Y ahora? Había ido a su encuentro porque lo necesitaba, y fue a verlo creyendo que hablaría con su hermano. Recordó las palabras que había pronunciado: «Es terrible que en una familia haya individuos así». Luego se dio cuenta del error y ni siquiera se preocupó de escribir bien su nombre. Simplemente escribió: Komlosi. Y en eso le pareció observar algo ofensivo. Ella debía saber que su apellido era Komlóssy y que detrás de aquel nombre, había siglos y combates de «kuruc» y guerras turcas, en las que los Komlóssy participaron combatiendo como esforzados héroes.

Pero se dijo que tales ideas eran pueriles. Sin objeto fijo se encaminó hacia la ciudad, decidido a no hacer caso de la invitación para el día siguiente.

En el fondo de su alma sentía cierta confusión. De no haber ocurrido la revolución y el trastorno consiguiente, quizá no llegara a conocer nunca a la condesa. Su situación le permitía rechazar aquella cita.

Se dirigía ya hacia Pest cuando observó que se reunía una gran multitud hacia el Parlamento. Los tranvías sólo avanzaban metro a metro, porque de ellos se habían colgado innumerables individuos. Muchas personas llegaban en coche. En los carruajes abiertos, y uno al lado del otro, los curiosos estaban en pie. Muchos, para ver mejor, se habían subido a la parte superior de la carrocería. En la escalinata principal del Parlamento iba de un lado a otro un fotógrafo cojo, que disponía en grupos a los soldados firmes ante la máquina fotográfica, o con las armas levantadas, como si las apuntasen.

La multitud, que acudía cada vez más numerosa, daba señales de impaciencia.

—¿Qué sucede? —preguntó Komlóssy a una mujer que tenía al lado.

—Van a fusilar a un paisano —le contestó ella, que estaba en una fase avanzada de su embarazo.

Un hombre de rostro granujiento y con unos ojos salientes que parecían los de una gamba, vestido con unos pantalones de tela y calzado con botas militares, daba la mano a sus dos hijos de corta edad. Al llegar al lado de un coche, se volvió a un joven que estaba en pie y que sin duda era periodista porque sostenía un bloque de papel en una mano y, de vez en cuando, tomaba notas.

—Dispense, ¿me permite que los niños suban al coche? Así, los pobrecillos no verán nada.

El periodista le miró desde arriba y meneó la cabeza.

—Pero, ¿no le parece que este espectáculo es muy poco apropiado para los niños? Éste es un caso terrible.

Pero el padre levantaba ya a uno de los niños, a fin de subirle al automóvil. Entonces, alguien le gritó ásperamente:

—¡Fuera con esos niños! ¿No le da vergüenza?

El padre de rostro granujiento se asustó, cogió las manos de sus hijos y se alejó del coche. Por unos instantes permaneció pensativo y vacilante y luego subió a sus dos hijos sobre una caja de basura, con objeto de que pudieran ver mejor.

Mientras tanto habíase presentado el comandante de los terroristas en la parte inferior de las escalinatas. Era un hombre alto, ancho de hombros, que calzaba unas botas magníficas de piel amarillenta. En el escándalo que allí reinaba no se podía oír su voz. Sólo se advertían los enérgicos gestos con sus manos mientras daba órdenes y disposiciones. Alrededor de un banco del que habían bajado ya todos los que estaban encima, se produjo un gran tumulto. Una muchacha de sombrero rojo y rostro muy pintado buscaba el bolso que había desaparecido de su mano.

—¡Compañeros! Devolvedme mi bolso. Dentro no había nada más que mi caja de polvos.

Empezó a registrar al joven que tenía al lado y le metió la mano debajo del capote.

—¿Me lo ha quitado usted? No bromeé y devuélvame.

—No me toque, porque me hace cosquillas.

Una viejecilla desdentada que había logrado subirse de nuevo al banco, reía con voz que parecía un relincho.

—¿Quién ha visto mi bolso?

Un compañero, de aspecto obrero, contestó, para hacerla rabiar:

—Lo he visto yo. Hace muy pocos instantes dos mosquitos se lo llevaron colgado de una viga de hierro.

Todos se echaron a reír. Sobre un carro de basura se había subido tanta gente, que las ruedas se hundieron en el asfalto, pastoso a causa del calor. Algunos dieron un empujón y la vacilante torre humana se derrumbó entre maldiciones, insultos, gritos y carcajadas. Fué llevado allí el condenado. Llegó, en un taxi cerrado, entre dos guardias con la bayoneta calada. Komlóssy tuvo la impresión de que era uno de aquellos jóvenes a quienes viera la noche anterior en el palacio Batthiány escoltado por los «hijos de Lenin».

Al mismo tiempo llegó a la plaza el coche fúnebre, en el cual había un ataúd viejo y negro. Tiraban del vehículo dos caballos grises de una espantosa delgadez. Y alguno, entre la multitud, observó:

—Ésos dos caballos están tan flacos que con facilidad podríamos colgar todos los sombreros en los huesos de sus ancas.

En la escalinata estaban ya dispuestos unos recipientes de agua y una escoba de ramitas de abedul. También estaba esperando y vestido con una chaqueta azul descolorida un viejo barrendero municipal, que tenía la misión de lavar la escalera cuando todo hubiese terminado.

Sólo era posible ver lo que sucedía, porque el escándalo de la multitud impedía oír cosa alguna. Al oír una orden que desgarró el aire, los soldados empuñaron los fusiles. Entonces, un hombre vestido de paisano leyó algo en una hoja de papel. Aquello fue muy breve, pues apenas duró unos segundos. Luego, dos soldados acompañaron a la víctima, haciéndole subir la escalera hasta lo alto, frente a la enorme multitud que desde todos los puntos de la inmensa plaza y también desde las ventanas y balcones de las casas circundantes, observaban la escena con ardientes miradas. Millares de ojos estaban fijos en él con expresión hostil, de igual modo como los seis cañones de los fusiles del pelotón que ya lo apuntaban.

Un momento después, las seis armas dispararon a un tiempo. La víctima se cayó al suelo como si fuese un tronco de madera.

Al ruido de los disparos, unas palomas, asustadas, emprendieron el vuelo por encima de la plaza.

La multitud, empujándose con gran confusión, alegre y risueña, empezó a diseminarse. El individuo de rostro granujiento hizo bajar a sus hijos de la caja de basuras y se alejó. La muchacha del sombrero rojo seguía gritando:

—¡Compañeros! ¿Quién ha visto un bolso negro?

Komlóssy regresó a Buda y fue a sentarse en un banco solitario, a orillas del Danubio. Experimentaba un asco intenso, una amargura extraordinaria, no sólo por lo que acababa de ver, sino por toda su vida, por todo el universo y por toda la humanidad, que se le aparecía repugnante en su desnudez.

—El hombre siempre es un animal —se dijo—, cualquiera que sea su situación social.

Recordó entonces las palabras de Weitling: «Queremos ser libres como los pájaros del cielo, sin afanes, en grupos apacibles y en suave armonía queremos revolotear por la vida...».

Aquellas palabras que poco antes conmovían su corazón como pura melodía de lejanos violines, se le aparecían ahora vulgares, estúpidas e irritantes. Pensaba que solamente se había desarrollado la ciencia de los hombres, pero que su alma continuaba siendo primaria. El poderoso garrote del hombre primitivo se había transformado en ametralladoras y en cañones de largo alcance. Del pedernal y del eslabón han surgido grandes fábricas y gigantescos talleres, pero el alma humana no se ha transformado. Buda, Cristo, Mahoma, Weitling y todos los demás sólo eran ingenuos soñadores.

En tal estado de ánimo, sombrío y amargo, volvió a su casa, después de haber

cenado en un restaurante, en el cual y con repugnante uniformidad, ya no daban más que calabazas, calabazas y calabazas.

Al día siguiente, por la tarde, e inesperadamente, decidió visitar a la condesa. Sentía que tanto su propia vida como el mundo entero eran tan áridos, insulsos y vacíos de todo contenido, que aquel encuentro, del que no esperaba nada, le parecía el único punto del que pudiera asirse.

La puerta principal del palacio Ahnberg daba a una de las principales calles del Var. La antigua casita de un piso, de la época del rey Matías, sólo tenía cuatro ventanas en el primer piso. En la planta baja no las había. Sólo había allí el viejo portalón de arcos. El patio era largo y ancho. A la altura del primer piso y alrededor de toda la fachada anterior corría una magnífica terraza de estilo Renacimiento. En el zaguán, la escalera se dirigía a la izquierda; las paredes, pintadas al óleo, estaban adornadas con grabados ingleses que representaban escenas de caza. En aquel ambiente fino y aristocrático, causaba un efecto muy raro ver al lado del portalón un armario de cocina muy sucio, sobre el cual estaban amontonados diversos objetos y utensilios modernos, entre los cuales había una pequeña artesa de amasar, en la que aun se veían algunas huellas de harina y una mesa de planchar, quemada en varios puntos.

Una camarera introdujo a Komlóssy en la habitación de la condesa; mas, para llegar allí, viéronse obligados a pasar por el cuarto de baño, que con sus gigantescos frascos de cristal y diversos utensilios de plata y de níquel, así como con las enormes esponjas, parecidas a extrañas flores exóticas, y sus perfumes cálidos y extraños, le produjo el efecto de una sala destinada a la alquimia.

La condesa no se hizo esperar mucho. Compareció vestida con una especie de bata fina de color amarillo oscuro y mangas muy anchas y largas. Calzaba zapatillas de seda, de una brevedad increíble.

Al tenderle la mano, el contacto de aquella epidermis fresca, delicada y sedosa, hizo pensar a Komlóssy en perfumados pétalos de lirio y de rosa.

Desde el primer instante se sintió aliviado de sus ideas desagradables y de la sensación de embarazo que lo sobrecogió por el camino. La condesa, en su casa, parecía más apacible y más sencilla.

Había tal naturalidad en todos sus actos, tanta sinceridad y tal espontaneidad, que, a su lado, aun quien la viese por vez primera, sentíase ya como si fuese un antiguo amigo. Y ella obtenía este resultado sólo con su mirada extraordinariamente límpida y cálida, con sus leves sonrisas luminosas, y eso sin que jamás se mostrase confidencial o provocadora.

Cuando estuvieron sentados uno frente a otro encendieron cigarrillos, y la condesa arregló, con gesto natural, los dobleces del quimono. Y, por un instante, Komlóssy, a través del tejido adherente y transparente de la media de seda, pudo ver

la rosada rodilla de su interlocutora. Pero él movimiento fue tan natural, que nadie hubiese podido descubrir en él la más pequeña intención de coquetería.

—Me alegro mucho de que haya venido usted —dijo a Komlóssy, que se había puesto unos pantalones negros recién planchados y se calzó además sus zapatos de charol.

Ella, después de unos momentos de silencio, añadió:

—Lo que me dijo anoche me sorprendió muchísimo y me alegraría saber algo más de usted, de su vida...

—En mi vida no hay puntos oscuros.

—Pues, en tal caso, cuéntemelo todo.

Apoyó los pies en el sillón, haciéndolos desaparecer bajo su quimono, y se acurrucó en un ángulo del asiento. Cruzó luego los brazos sobre el pecho y así se dispuso a la delicia de escuchar.

—No puedo negar que he sido desertor —empezó diciendo Komlóssy—, y también es cierto que ahora sirvo al Gobierno comunista.

Brevemente, y sin ampulósidades, le refirió todo lo que le había sucedido en la guerra, desde el momento en que insultó al mayor. No usaba palabras grandilocuentes ni frases rimbombantes, de modo que, en vez de ampliarlos, simplificaba los acontecimientos, porque se daba cuenta de que su oyente sabía completar con la imaginación los detalles que no le daba.

Hablando de la guerra, se detuvo largamente al tratar de Zsibai. Poco a poco, la figura de éste surgió, viva y real, en su memoria. Sabía imitar maravillosamente los gestos, el modo de hablar y aun la voz de Zsibai. En cuanto hubo llegado en su narración a la noche anterior a la batalla del Montello, cuando él trató de persuadir a Zsibai de que lo acompañara en su fuga, y luego cuando, al día siguiente, por la mañana, lo vio tendido de cara al suelo y lo reconoció por el bigote y por el remiendo que llevaba en el codo de la guerrera, observó que la condesa lo miraba fijamente con los ojos brillantes de lágrimas.

Narraba los sucesos sin atenerse a un orden cronológico. Cuando llegó a tratar de la revolución de octubre y de los detalles de su liberación, dio un gran salto atrás y empezó a hablar del papel que desempeñara en movimientos universitarios. Y siempre, en primera línea, presentaba a Zsibai. Cuando oyó la descripción de la primera visita que hicieron a casa de los Gubai, la condesa profirió una alegre carcajada.

En todo su relato, Komlóssy insistió deliberadamente en presentar a Zsibai como héroe de su relato. Por una parte, le ofrecía el argumento más interesante y también más angustioso de la historia; por otra parte, en Zsibai, y a través de él, quería aproximarse a los años de su infancia.

—¿Y usted me había visto ya en otras épocas de su vida? —le preguntó la

condesa.

—La primera vez con ocasión de una cacería de ciervos.

—¿Cómo?

Komlóssy empezó a referir que una vez, cuando aun eran pequeños estudiantes del Instituto, él y Zsibai salieron un domingo por la mañana a cazar ciervos, y de qué manera consiguieron corromper al gigantesco perro gris.

—¡«Bindi»! —exclamó la condesa, acariciando suavemente con la voz la memoria del fiel animal—. Era «Bindi». Murió muchos años atrás.

Luego le refirió cómo, mientras iban por entre las matas, descubrieron el camino, el cochecillo, en el cual iba una señora muy gorda, quien ocupaba los dos asientos posteriores y hablaba una lengua extranjera.

—¡Ah! *Madame* Lulla —exclamó la condesa con el mismo tono de voz que recordó al can—. *Madame* Lulla vive todavía. Ahora está en casa de una prima mía...

Continuando su narración, Komlóssy describió con el mayor detalle la escena cuando, mientras estaban absortos en la muda contemplación de aquellas maravillas, el criado de los cabellos rojos y rostro granujiento los agarró por los hombros para someterlos al interrogatorio del secretario.

Mientras tanto, la condesa oprimió el botón de un timbre sobre la mesita. Entró en la habitación un hombre de rostro huesudo y cabellos ya grises. Tendría quizá cincuenta años y su cara y la frente estaban llenas de granitos.

—¿Era éste? —preguntó la condesa, señalando al criado que se detuvo silencioso en el umbral.

Komlóssy lo miró y no pudo contener una alegre carcajada.

—Sí, era él.

Era evidente que el criado no tenía la más ligera idea de lo que se trataba y la condesa se lo explicó.

—El señor capitán dice que, veinticinco años atrás, lo expulsó usted del parque en unión de otro muchacho amigo suyo.

—No es imposible, ilustrísima —contestó el criado con modesta sonrisa—. En aquella época yo pertenecía al servicio exterior y muchas veces tuve que sacar intrusos del parque...

—¿Y no se acuerda usted de mí? —preguntó Komlóssy.

El criado examinó atentamente su rostro.

—Sí, señor. El otoño pasado, durante la revolución, el señor capitán se presentó una noche ante el castillo con sus soldados. Y recuerdo que me encargó entregar un billete a los señores.

El criado, después de un instante, se inclinó y salió.

—Aquel día me enamoré perdidamente de usted y, desde luego, sin esperanzas —añadió Komlóssy—. Yo tenía entonces cerca de doce años y usted quizá tuviera siete.

Cuando, más tarde, me establecí en Budapest...

—Espacio, espacio —interrumpió alegremente la condesa—. No puedo permitir que trate tan ligeramente este asunto que merece todo mi interés. Cuénteme, pues, con el mayor detalle cuáles eran sus sentimientos.

Aquella conversación divertía a Komlóssy.

—Después de algunos días le escribí con tinta dorada una tarjeta postal que representaba a dos palomos dándose el pico. Después de tres noches de insomnios conseguí componer una frase: «Te saluda quien piensa en ti. Adivina quién es...».

La condesa lo interrumpió con un ademán y dijo:

—Espere.

Se puso en pie y, muy agitada, abrió un cajoncito de un armario de cerezo, lleno de fajos de cartas atadas con cintas de diversos colores.

—Siempre he guardado con el mayor cuidado las cartas de amor... Sin duda también está aquí esa tarjeta postal. La recuerdo muy bien porque varias veces ha caído en mis manos y, por otra parte, fue la primera que recibí en toda mi vida. Y le confieso que, entonces, me causó grandes emociones.

Empezó a buscar entre los pliegos de cartas, hundiendo en ellas los antebrazos hasta los codos y, por fin, con una exclamación de triunfo, exclamó:

—¡Aquí está!

Komlóssy tomó la tarjeta postal en la que aparecía ya muy borrosa la tinta dorada y la contempló unos instantes.

—Haga el favor de devolvérmela, condesa —dijo luego, emocionado.

Pero ella se la arrebató de las manos y, mientras la guardaba de nuevo en el cajoncito, le miró por encima del hombro y le dijo:

—¡Pobre amigo mío! ¡Cuán poco conoce el alma de una mujer!

Poco después, él se puso en pie para despedirse y ella le dijo:

—Espero que, en adelante, ya no será necesario mandarle invitaciones. Venga cuando quiera, porque siempre me alegraré mucho de verlo. Estoy sola, porque mi marido consiguió salir ayer para refugiarse en Viena. Con sus visitas hará usted una obra de caridad y, así, de vez en cuando, compartirá conmigo su soledad. Somos vecinos; por consiguiente, puede venir todos los días si quiere. —Luego, en tono de voz más ligero, añadió—: Ahora, habrá usted de salir a través de mi santuario, el cuarto de baño, porque la mitad de mis habitaciones me las han requisado, para la familia de un soldado rojo. —Con un ademán de la mano dio a entender lo que para ella significaba aquella compañía y riendo, añadió—: Desde luego, el armario de cocina que hay al lado de la puerta de entrada, no forma parte de mi mobiliario.

Komlóssy le besó la mano y atravesó el cuarto de baño.

Una vez en la calle, pudo observar que su rostro estaba encendido y en sus labios había una sonrisa que traicionaba su agitación interior y que en vano trataba de

ocultar a los ojos de los transeúntes.

XXV

Había visitado a la condesa la tarde del miércoles y pensaba volver a la misma hora del sábado. Pero el viernes, después de comer, Bea se presentó de improviso en su casa. Al parecer estaba muy excitada.

—No me siento segura —dijo, después de haberse sentado en el sillón inmediato a la mesa escritorio, el mismo que utilizó en su primera visita.

—¿No se siente segura? ¿Qué quiere decir? —preguntó Komlóssy, en tanto que en sus ojos aparecía una aprensión angustiosa, porque en los últimos días, tuvo repetidas ocasiones de convencerse personalmente de las bestiales y sanguinarias proezas de los «hijos de Lenin». Y también pudo convencerse de que la situación del conde Kallisztratusz había sido mucho más peligrosa de lo que pudo imaginarse su mujer. Fué una verdadera fortuna que hubiese podido devolverle la libertad. De no haber encontrado a Gebhard en su oficina a aquella avanzada hora de la noche y de no obligarlo con tanta energía, Dios sabe lo que hubiera podido ocurrir en aquel tristemente famoso sótano del palacio Batthiány. Y si ahora la condesa estaba inquieta otra vez por algo, era muy posible que en el fondo de aquella inquietud hubiese un peligro mayor de lo que ella misma imaginara.

—Ya le he referido —dijo Bea— que los comunistas me han requisado una parte de mi vivienda. Como es natural, eso me ha molestado mucho, pero he debido resignarme a la fuerza. En estos tiempos horribles en que vivimos era lo menos que podía ocurrirme. No me he asustado de mis inquilinos, porque, en general, no soy asustadiza y, además, creo saber tratar a toda clase de personas.

—¿Cuáles son sus inquilinos?

—Me han enviado a un soldado rojo con su mujer y dos hijos. El hombre fue, en otra época, obrero de una fábrica de calzado y parecía una buena persona. Trabé amistad inmediata con los niños, no para conquistar la benevolencia del padre, sino porque, realmente, son muy bonitos y divertidos. Sucios, desde luego, pero muy bonitos. La niña, Juliska, tiene tres años, y Pista, su hermano, cuatro. Los dos niños iban continuamente a mis habitaciones y saltaban a mi alrededor como si fuesen dos perritos. En cambio, no sentía el mismo entusiasmo por la madre. Llevaban ya seis días en casa y aun no he tenido con ellos ningún disgusto. Sin embargo, anoche, y por segunda vez, vino el hermano de la mujer, un tipo semejante a Rinaldo Rinaldini, de aire descarado, envuelto en su capote de piel, que me dirigía miradas truculentas como si yo hubiese asesinado a su padre y a su madre. Ese individuo se presentó también anoche, y los tres estuvieron hablando en voz baja hasta las dos de la madrugada. No quiero decir que hayan pronunciado mi sentencia de muerte, pero lo cierto es que cuando llega a mi palacio aquel «capote de piel», mi soldado rojo cambia por completo. Antes me saludaba siempre muy respetuoso, y esta mañana, en

cambio, no me ha saludado siquiera. No creo que sean imaginaciones mías, pero, aun en este caso, la situación no es agradable. Es menos lamentable que la asesinen a una cuando duerme que vivir durante semanas enteras sumida en una angustia continua, temiendo siempre que, en un momento determinado, alguien derribe la puerta de la habitación...

Las últimas palabras las pronunció ya riendo, pero, por su voz, se advertía que el Rinaldini del capote de piel había alterado profundamente su tranquilidad.

—Yo le aconsejaría —dijo Komlóssy, después de breve reflexión—, que también usted se marchara a Viena...

La condesa, con ademán nervioso, puso en su sitio un rizo de color castaña dorado que se había desprendido del peinado, junto a la sien.

—No puedo hacerlo por dos razones —contestó—: en primer lugar, estamos de acuerdo con mi marido en que yo permaneceré en Budapest mientras exista la más mínima posibilidad de llevar a Austria mis caballos de carreras. Tengo diecisiete y representan una verdadera fortuna...

—No creo posible —contestó Komlóssy, meneando la cabeza— que los comunistas permitan la salida de los caballos.

—En fin, si fuese necesario, renunciaría a los caballos, pero, además, en mi casa de Buda tengo toda mi fortuna, en parte en joyas y también en dinero, puesto que, ahora, no podemos dar ningún valor a nuestras propiedades. El dinero y las joyas, que representan una fortuna considerable, no puedo llevarlos conmigo, pero tampoco dejarlos aquí. Mi marido, en Viena, está buscando al hombre capaz de sacar de Hungría estos valores como sea. Tal es la razón de que yo deba continuar en Budapest.

—En tal caso, podría usted cambiar de vivienda.

—El dinero y las joyas las hemos escondido en la pared y, como comprenderá usted, no puedo llevármelo a otra parte.

Komlóssy empezó a pasear de un lado a otro por la estancia, se detuvo ante la ventana y, con la frente arrugada, miró a la desierta calle. Y, con rostro ceñudo, dijo luego:

—Dada la situación, me parece muy difícil solucionar este asunto...

Bea, al parecer muy agitada, fumaba un cigarrillo con los ojos fijos en el techo.

—Tengo una idea —dijo de pronto, apoyando el brazo en el alto respaldo del sillón.

—Estoy persuadido de que la idea será excelente —contestó Komlóssy, sonriendo—, porque ya veo que tiene usted una habilidad extraordinaria en conocer a los hombres y, además, es usted muy emprendedora. Oigamos, pues, la idea.

—Venga usted a vivir conmigo —dijo Bea con voz apacible y natural. Y, como notara la sorpresa y la consternación de Komlóssy, se apresuró a añadir—: Yo creo

que esto es muy fácil y sencillo. Usted tiene una vivienda de dos habitaciones. A mi soldado rojo le han asignado igualmente dos habitaciones en mi casa. Los intereses de los proletarios no sufrirían ningún daño si el compañero Karanchi se trasladara aquí con su familia, a esta habitación, y usted, en cambio, ocupara dos habitaciones en mi casa. Y el cambio no sería desagradable para usted, porque mis criados lo servirían de un modo intachable. En una palabra, sería un cambio conveniente para todos, y no hablo de mí, que ya me sentiría tranquila y segura, puesto que no temería que, por la noche, me atacara con un cuchillo de cocina o derribara el muro para robarme las joyas...

Komlóssy se encogió de hombros y, arrugando la frente, dijo con cierta ironía:

—¡Quién sabe! En estos tiempos no se puede confiar en nadie. Han transcurrido muy pocos días desde que usted, sentada en ese mismo sillón, me dijo que yo tenía un hermano menor que deshonoraba a mi familia.

Antes de contestar, Bea mantuvo los ojos fijos en Komlóssy, con mirada profunda y seria.

—¿Y esto le causa dolor todavía? En tal caso le ruego que me castigue, para hacerme purgar mi culpa.

—Me parece que ya por sí misma —contestó Komlóssy, riendo— se ha impuesto el castigo al disponerse a tomarme como inquilino. En breve se persuadirá de que soy un hombre molesto y raro. Y si en algún cuarto de hora de aburrimiento me concede el honor de charlar conmigo, se convencerá también de que, por nuestro modo respectivo de juzgar la vida y los hombres, nos separa todo un mundo.

—Me gustan mucho los hombres que tienen una convicción —contestó Bea en voz baja—, y eso aun en el caso de que sus ideas difieran de las mías. Pero, ahora, hablemos en serio. ¿Cree usted posible realizar ese cambio de habitaciones? ¿Tiene usted alguna influencia en la Oficina de los alojamientos?

—Sí —contestó Komlóssy.

Había pensado en Grünfeld, que trabajaba en la oficina que se encargaba de aquellos asuntos, en el edificio del Parlamento, como substituto del Comisario del Pueblo. Pero sabía también que reinaba allí tanta confusión que le sería muy difícil llegar hasta Grünfeld.

Fué a verle aquella misma noche a su casa. Grünfeld anotó los datos y le prometió hacer lo necesario.

A la mañana siguiente comparecieron provistos de una orden urgente unos empleados de la Oficina de alojamientos y trasladaron al compañero Karanchi, juntamente con su familia, a la habitación de Komlóssy. La condesa, al despedirse de sus alojados, dio a entender que sentía muchísimo aquel traslado.

Cuando Komlóssy, después de cenar, se dirigió a su casa, encontró las dos habitaciones ya muy transformadas y dispuestas para él. Y apenas había dirigido una

mirada a su alrededor, cuando alguien llamó a la puerta.

—Su Excelencia la señora condesa ruega al señor capitán que vaya a verla —dijo el criado de los cabellos rojos agrisados.

Komlóssy entró en la salita de Bea.

—Si tiene algo que hacer, dígamelo sin reparo —exclamó Bea, ofreciéndole la mano—. Le he rogado que viniese con el único propósito de charlar un rato.

—No tengo nada que hacer, y tampoco me proponía salir.

Cuando estuvieron sentados frente a frente, Bea guardó unos momentos de silencio. Luego, después de haber mirado largamente a Komlóssy, con voz baja, pero clara, le dijo:

—Confiese usted que no ha formado una opinión demasiado lisonjera de mí al aceptar mi proposición de trasladarse a esa casa. Mi marido está lejos... Le ruego que no proteste ni me interrumpa. Ahora hablo yo en su lugar. Me gusta manifestar, sencilla y claramente, mis pensamientos. Debe usted convencerse de que si yo buscara una aventura amorosa, habría encontrado la manera de atraerlo de modo que usted conservara el máximo respeto por mi virtud femenina y aun tal vez sentiría remordimiento por mi nueva situación. Esto lo saben hacer muy bien todas las mujeres, de modo que también podía haberlo hecho yo. Pero no me interesan esas aventuras y confío en que será usted lo bastante caballero para creerlo sin reservas.

Komlóssy comprendió que con aquella mujer era preciso hablar claro, sin reticencias, porque su mirada muda penetraba más allá del sentido superficial de las palabras. Y, así, le manifestó sinceramente lo que pensaba.

—Confieso que cinco minutos atrás tenía la impresión de que usted era simplemente una mujer como las demás y mi fantasía empezó a elaborar los más atrevidos sueños. Pero por el hecho de que se lo confieso con toda sinceridad, quiero demostrarle que, después de lo que acaba de decirme, mi opinión es completamente distinta.

Bea afirmó inclinando la cabeza para indicar que la situación era ya clara entre los dos y no era preciso hablar más de aquel asunto. Sentada y con el busto erguido en el sillón reposaba el cuerpo en el respaldo, manteniendo inmóviles sus hermosos brazos. Y, en aquella posición de semiabandono, tomó de nuevo la palabra.

—Me interesa usted muchísimo. Tengo la impresión de que en usted se debate un alma en continua lucha consigo misma. Huyó de la guerra, pero tengo la seguridad de que no lo hizo por cobardía. Además, el sentimiento o la decisión de una persona que no quiere morir, no puede llamarse cobardía.

Komlóssy meneó lentamente la cabeza.

—Yo no deserté por ese motivo.

—Ya lo sé. La última vez me habló de eso. Opinaba usted que la nación húngara se desangraba en defensa del trono de los Habsburgos, a quienes odia...

—¿Que odio a los Habsburgos? Como personas, no. Creo que si alguno de ellos fuese a encontrarme en una situación crítica, los defendería con el mismo interés que cuando dispersé a la canalla que asediaba su castillo. En cambio, he odiado desde lo más profundo de mi corazón sus instituciones, el estado que han formado y, si volviesen, estaría dispuesto a tomar parte y aun a organizar contra ellos conjuras y revoluciones. En la guerra mundial han perecido miserablemente seiscientos mil soldados húngaros. ¿Por qué? ¿Creerán nuestros sucesores que esta guerra ha sido la guerra de la nación húngara? Ahora nos separamos de Austria, ¿y por qué no nos separamos el día de la declaración de guerra? ¿Qué habría ocurrido si hubiésemos sido neutrales? ¿Quién contestará a estas preguntas?

—Han sido contestadas ya.

—¿Por quién?

—Por los héroes caídos en la guerra. Yo se lo aseguro.

—¿Cómo?

—En las tumbas de los seiscientos mil muertos no se puede cambiar la cruz y en aquellas cruces está escrito: «Murió heroicamente por la patria». Y usted, en cambio, quisiera escribir sobre esas cruces: «Murió heroicamente porque era un idiota». ¿No se da cuenta de que eso es irreverente y una impiedad horrenda con respecto a los muertos?

En aquel momento Komlóssy hubo de pensar en Zsibai, y sintió tal emoción que se puso en pie y, con voz sofocada, dijo:

—Si alguien sabe verdaderamente lo que significa la memoria de estos muertos, soy yo. No quiero cambiar la inscripción de sus tumbas, pero nadie puede pretender que yo sienta y diga: «Así ha estado bien y así debía ser». Nadie puede pretender que yo embalsame a esos muertos en la mentira cuando ésta no puede serles útil y me exige mi renuncia definitiva al espantoso reconocimiento de la verdad, o sea del único camino posible para iluminar la conciencia rodeada de tinieblas de mi raza. Dijo usted antes que, en mí, se agita un alma en lucha consigo mismo. Y tiene razón. No quisiera emplear palabras huecas y altisonantes, pero puede creerme cuando le digo que me avergüenza vivir aún. Y me avergüenzo ante ellos. No los he dejado para seguir viviendo, sino con objeto de ser útil a todos con mi vida. Y, en cambio, aquí estoy, impotente, desprovisto de todo, engañado y terriblemente desilusionado por dos revoluciones. Y no por las ideas, sino por los hombres...

—Llegará un día en que también las ideas lo desilusionarán.

—Nunca. Nadie conseguirá persuadirme de que la organización de la sociedad humana era buena antes de la guerra. Pero, por lo demás, eso me importa de un modo relativo.

—He leído todas las obras socialistas que han caído en mis manos —dijo Bea en voz baja y muy seria.

Pero se calló, prestando oído en dirección a la ventana abierta.

Oíanse pasos y voces, de hombres que se aproximaban. En aquella quieta y silenciosa calle de Buda, en la noche de verano, solitaria y oscura, pasaba una patrulla militar y, de repente, se oyó la interrupción de sus pasos. Acto seguido, y a muy corta distancia, se oyeron dos o tres ensordecedores disparos de fusil, que resonaron hasta gran distancia. Los proyectiles fueron a clavarse en las persianas de la ventana y, por encima de la cabeza de los dos, se rompió, ruidoso, un adorno de cristal de la araña que pendía del techo.

Komlóssy, de un salto, se dirigió a la lámpara encendida en la mesita y la apagó. Luego, en voz baja, dijo en la oscuridad:

—Esos tiros iban contra nosotros. Habíamos olvidado que después de las diez hay que apagar las luces.

Bea, con una mano sobre su corazón, estaba inmóvil al lado de la pared. Komlóssy se acercó:

—¿Se ha asustado?

Bea no le contestó. En la habitación oscura sólo se oía su afanosa respiración. Komlóssy repitió la pregunta, dando a su voz la mayor dulzura que le fue posible.

—¿Se ha asustado mucho?

Bea, con voz sorda, en la que vibraba indecible terror, respondió:

—Vienen acá...

—No vendrán.

—¡Oh, sí! Ya vienen...

Komlóssy se dirigió a la ventana y miró al exterior. La patrulla se había alejado y, con toda probabilidad, buscaba otra ventana iluminada para enviarle el poco amistoso mensaje del gobierno de los Soviets.

—No vienen. Fíjese. Están ya lejos —y, riendo, añadió—: Al fin y al cabo tenían razón. Los culpables éramos nosotros, porque estábamos faltando al reglamento... — Volvió al lado de Bea, que seguía temblorosa al lado de la pared—. No tenga miedo, porque no sucederá nada.

Bea se dirigió a la puerta y, desde allí con voz apenas inteligible, dijo:

—Buenas noches.

Su mano estaba fría e inerte.

Komlóssy se dirigió a su habitación, pero no se acostó inmediatamente. Con los ojos cerrados permaneció largo rato sentado en un sillón. Aquélla mujer le daba mucha compasión e infinita tristeza. Al poco rato oyó que llamaban a la puerta y no tardó en oír la tímida voz de Bea.

—¿Se ha acostado ya?

Komlóssy abrió la puerta y vio a Bea junto a la pared, en la oscuridad y temblando de miedo. Y, con voz insegura, susurró:

—Estoy excitada... Me da miedo la soledad.

Regresaron al saloncito. También allí reinaba la obscuridad, pero la luz de un farol de la calle que se filtraba a través de la blanca cortina de la ventana iluminaba débilmente una parte de la estancia. Aquella luz tenue que se reflejaba en la pulida superficie de un cenicero de cobre difundía un leve resplandor rojizo.

Bea se acurrucó en un ángulo del diván y se rodeó de grandes almohadones de seda. No se oía su voz ni su respiración, sino únicamente el roce ligero de la tela de los almohadones. En la obscuridad se veían sus cabellos alumbrados por un leve rayo de luz, y que resaltaban sobre el fondo oscuro del respaldo del diván. Después de largo silencio observó en voz muy baja:

—¡Qué extraña es la vida...!

Komlóssy no contestó. Sus pensamientos jadeaban en la obscuridad yendo de un lado a otro y evitándose con el mayor cuidado. Komlóssy tenía la impresión de que los grandes ojos de color de ámbar estaban fijos en él, a pesar de que no podía distinguir el rostro de la joven.

Unos instantes después, él se puso en pie y fue a sentarse al lado de ella y, entre las suyas, tomó la fría mano de Bea.

—¿Tiene miedo todavía?

Ella volvió la cara hacia Komlóssy sin contestar. Permaneció en silencio, sin esforzarse en libertar su mano. A él le pareció que el silencio los rodeaba en la obscuridad con insinuaciones misteriosas. Atrajo hacia sí a Bea, y la besó en la boca.

Aquella noche, Bea se convirtió en su amante.

XXVI

Apenas había transcurrido una semana desde que se instalara en la casa de Bea, pero aquellos pocos días bastaron para unirlos estrechamente como dos náufragos arrojados por las olas a una isla solitaria.

Una mañana, a las ocho, mientras Komlóssy se afeitaba ante el espejo, alguien llamó a la puerta de su cuarto. Creyó que sería el criado que a aquella hora acostumbraba a llevarle el desayuno.

Pero la puerta se entreabrió lo suficiente para dar paso a un brazo femenino del que pendía la manga adornada de encajes de un traje de seda de color morado. El brazo femenino le entregaba una bandeja de plata y en ella estaba el desayuno. Detrás de la puerta se oyó la voz de Bea.

—Hágame el favor de tomar la bandeja. Mis criados se han visto obligados a ir a la oficina de reclutamiento.

Komlóssy tomó la bandeja sin mirar siquiera la abertura de la puerta.

—Buenos días.

La puerta se cerró de nuevo. Otra vez llegó un telegrama de Viena. Buscó a los criados —en la casa había dos hombres de servicio y la cocinera—, pero no encontró a ninguno. Llamó a la puerta de la habitación de Bea, pero tampoco obtuvo respuesta. Por último, dio dos golpecitos a la puerta del cuarto de baño. Bea, en efecto, estaba bañándose; salió del baño y entreabrió la puerta lo necesario para que Komlóssy pudiese entregarle el telegrama.

Durante el día conducíase siempre como si, por las noches, no ocurriese nada entre ellos. Este noble pudor gustaba mucho a Komlóssy. De día, la vida de los dos, uno al lado del otro, hacíase cada vez más afectuosa, cordial e íntima, aparte de sus noches, como si la luz del día los transformase por completo.

Con frecuencia sucedía que Bea llamara a Komlóssy a su habitación, diciéndole:

—Venga, porque hoy le invito a comer conmigo.

Mientras comían, aquella atmósfera de intimidad que se creaba entre ambos proporcionaba a Komlóssy una suave y pura sensación de alegría.

Sentía que aquella mujer tenía un carácter macho más firme y definido que el suyo propio y que su cultura no era superficial ni fruto de algunas lecciones de institutrices francesas, de misses inglesas y de profesores particulares o de maestros de música, sino una luz que emanaba de ella y con la cual sabía iluminar las cosas más sencillas y más complicadas. Poseía una mente superior, apacible y serena y no le ocurría, como a él, que se dejara arrebatar por la llama de las pasiones que a veces llenaban de sombras su ánimo.

Aquella mujer era mucho más culta que él, pero no era su cultura un amasijo de datos y de fechas, y ella misma confesaba su incapacidad de recordar un dato

histórico o el nombre de cualquier personaje famoso.

Durante sus largas conversaciones y discusiones, él tomó la costumbre de ceder siempre. Bea, por su parte, parecía esforzarse en apoyar y vigorizar los argumentos de Komlóssy, pero, cuando éste se sentía muy seguro de su construcción ideal, ella derribaba su castillo con pocas frases, claras e irrefutables. Y cuando Komlóssy se había quedado exánime bajo aquel montón de ruinas, ella le tendía la mano, lo levantaba y le ofrecía una pequeña salida que le permitiese alejarse de aquel desastre.

No tardó Komlóssy en darse cuenta del juego, y, una vez, le dijo:

—Obra usted conmigo como yo, durante mi infancia, jugaba con una comadreja. Le ataba una pata con una cuerda, pero me guardaba muy bien de matarla, porque de lo contrario, ya no habría tenido ningún juguete.

—¿Y cómo acabó aquella comadreja?

—Una vez cogí la cuerda que la sujetaba, la hice girar rápidamente por encima de mi cabeza y la arrojé a lo lejos, como si fuese una piedra.

—Desde luego, fue una buena solución —contestó Bea, riéndose—. ¿Y no pensó nunca en educarla y domesticarla?

Levantó el rostro, en espera de la respuesta de Komlóssy, a quien miraba a través del humo del cigarrillo, con ojos entornados.

—Nunca —contestó él con la resolución de quien ha comprendido muy bien el sentido oculto de las palabras que le dirigen.

No. No capitularía nunca ante aquella mujer. Y no cedió siquiera un milímetro, aunque, después de discusiones semejantes, se retirara a veces a su cuarto derrotado y agotado.

—Verdaderamente, lo envidio —le dijo Bea en cierta ocasión después de cenar, mientras recogía los pies en el diván y, a través de la boquilla de cristal azul, aspiraba la primera bocanada de humo de su cigarrillo.

—¿Que me envidia? —preguntó Komlóssy, deseoso de descubrir el secreto de un cortacigarros del conde Kallisztratusz, cuyo botón oculto no encontraba, aunque Bea se lo había mostrado varias veces. Y Bea, en tono melancólico, dijo:

—Por lo menos usted tiene una convicción, cosa que no me sucede a mí. Quizá porque soy mujer.

Al cabo de un rato empezaron a hablar de la forma del Estado monárquico.

—Me parece —empezó a decir Bea— que la forma del Estado, en el cuerpo de una raza o de una época, es algo semejante a un traje. Éste importa muy poco, porque lo interesante es el cuerpo que cubre.

—Observo que quiere usted volver a empezar con los Habsburgos —replicó él, sonriendo levemente.

Por un momento, Bea guardó silencio. Luego fijó la mirada en la de Komlóssy y, con voz llena de reproche, porque le irritaba que aquel rebelde, como para sí llamaba

a Komlóssy, hubiese adivinado tan pronto su juego, dijo:

—Me refería a otra cosa, mi querido Komlóssy.

Durante tales discusiones, el «querido Komlóssy» significaba siempre que Bea, por algún motivo, estaba seriamente resentida. Su voz trataba de ser muy cortés, pero alcanzaba el efecto contrario. Su mirada se hacía dura y fría, y en sus mejillas aparecían dos manchas de color de rosa, que aun aumentaban su belleza.

Komlóssy, con un gesto, dio a entender que se rendía. Bea aspiró profundamente el humo de su cigarrillo y, mientras recobraba el color natural del rostro y la normalidad de la voz, añadió:

—¿Cuál fue la causa de que apareciese la primera monarquía? El instinto político del pueblo romano, ya desilusionado de la democracia.

—En eso tiene usted muchísima razón. Pero aquel instinto no creó el imperio. El primer príncipe romano gobernó con el senado y con los comicios del pueblo.

Bea golpeó el almohadón que tenía en las rodillas.

—¡Por el amor de Dios! Ya vuelve a asirse a la forma exterior de las palabras. Llámelo jefe del Estado, soberano y como quiera, pero aquel magnate romano era, en conclusión, un rey en toda regla. Y, además, su cargo era vitalicio.

—Se equivoca. Solamente lo elegían por cuatro años.

Bea, en vez de contestar, se puso en pie y se encaminó a la biblioteca. Tomó un volumen de una enciclopedia y, con manos rápidas, empezó a hojearlo, en tanto que su mirada parecía la de un perro de caza que acecha la perdiz en el momento en que va a emprender el vuelo. Luego, con amenazadora voz empezó a leer:

—«El *princeps*, que al mismo tiempo era *pontifex maximus*, era elegido para toda su vida...».

Cerró el libro con tal violencia que el ruido repercutió en la estancia. Volvió a su puesto y, hundiéndose otra vez en los almohadones del diván, recobró la posición primitiva.

Cuando era preciso recurrir al testimonio de los libros, en la mayor parte de los casos, ella tenía razón. Y, para no perder la ventaja adquirida en tales combates, jamás iniciaba una discusión si no estaba muy segura de conocer el asunto a fondo. De otro modo, y con la mayor habilidad, evitaba el duelo.

Una vez, mientras hablaba del destino de la raza húngara, Komlóssy le dijo:

—Dispéñeme usted, pero, en este asunto, es muy natural que no podamos avanzar por el mismo camino. Usted no puede ver el fondo de la cuestión, porque, en realidad, no es una verdadera húngara.

—¿Cómo? —exclamó Bea casi enojada.

—Es muy sencillo. Su padre, el conde de Palmeri-Ahnberg, es de origen alemán. Y, en realidad, en toda la aristocracia húngara se ha infiltrado la sangre alemana.

En las mejillas de Bea reaparecieron las dos manchas de color de rosa.

—Yo, y por mi madre, pertenezco a una de las más antiguas familias magyares. He vivido siempre en Hungría y me siento y considero ser húngara cien por cien.

—Pero todos sus pensamientos se inclinan hacia los alemanes.

—Usted afirma que la influencia alemana y nuestras relaciones con los alemanes nos han hecho llegar a este punto.

—No solamente lo afirmo, sino que, además, puedo demostrarlo.

—Los húngaros, mi querido amigo, seguirían llevando botas de caña y tal vez se hubiesen convertido en una horda balcánica, y, en la actualidad, no tendrían siquiera su lenguaje propio si la civilización alemana y el «anticonstitucionalismo» alemán no los hubiese salvado.

Komlóssy, con mucha calma, le contestó:

—El caso es, condesa, que este asunto se parece mucho al ejemplo que voy a dar. Suponga usted que un individuo es atropellado por un automóvil y que las ensangrentadas ruedas del vehículo lo arrastran unos momentos por la calle. Las crueles ruedas le destrozarán las manos y los pies y, cuando ya está medio muerto en el polvo de la carretera, alguien se acerca a él, se inclina sobre su ensangrentado cuerpo y le dice: «Mi querido amigo: no hay duda de que Dios tiene por usted gran predilección. Imagínese cuán horrible habría sido para usted morir, por ejemplo, de tuberculosis...».

—Es extraordinario observar la mala fe con que elige usted sus argumentos contradictorios.

—¿Por qué? ¿Será capaz de negar que la amistad con los alemanes ha sido la causa de nuestra ruina? Para demostrarlo no hay necesidad de buscar pruebas, porque, a nuestro alrededor, las hay evidentes y tangibles. Pero, ¿existen, en cambio, otras pruebas de que sin los alemanes habríamos descendido al nivel de un pueblo balcánico? Eso no es más que una suposición.

—No, señor, porque lo demuestran así todas las páginas de la Historia.

Komlóssy hizo un movimiento con la mano, casi de conmiseración.

—En las páginas de la Historia todo el mundo lee lo que tiene por conveniente. Por lo menos, yo leo otras cosas muy distintas. El pueblo húngaro está destinado a dominar, y si, a su tiempo, hubiesen traído los confines del Asia hasta Viena, hoy también seríamos la nación dirigente, en una confederación danubiana.

Bea dirigió una larga mirada a Komlóssy, y luego, en tono de reto, le preguntó:

—¿Me permite que yo también me declare húngara, a pesar de que, a causa de mi padre, corra por mis venas cierta proporción de sangre extranjera?

—No ha comprendido bien mis palabras —dijo Komlóssy, excusándose.

—Da lo mismo. El caso es que me acepta y me reconoce como húngara. En tal caso, óigame bien. Ahora estamos a solas y podemos comunicarnos con toda libertad nuestras opiniones acerca de nosotros mismos. —Encendió otro cigarrillo y añadió—:

Nosotros, durante nuestra permanencia en Asia, por espacio de veinte mil años, hemos podido ver que nuestras tribus disputaban continuamente entre sí y se destruían unas a otras. Eran guerras entre tribus hermanas. Observe usted ahora, en todo su curso, la historia húngara o bien contemple la vida actual de los húngaros. Podría citarle los nombres de antiguas familias húngaras o de personajes ilustres y gloriosos que, aun en nuestros días, se profesan un odio inextinguible. Fíjese usted en una asamblea o en una elección parlamentaria. Y ¿afirma usted que esta nación ha nacido para dominar y que habría podido ser la que dirigiese una confederación danubiana? —Hablando en voz baja, añadió—: No, es inútil hacerse ilusiones.

Komlóssy había escuchado aquellas palabras con rostro ceñudo y, después de largo silencio, replicó en tono sordo:

—Lo que acaba de decir usted significa que el pueblo húngaro, como raza y como nación, está condenado a desaparecer. —Se puso en pie y, con una mano, rechazó la silla. Hablaba casi en tono hostil—. Mas, por fortuna, usted no es húngara. No, no lo es. Lo siento con certeza. Y ésta es la última discusión que hayamos tenido acerca del asunto.

Así, erguido, hizo un movimiento de cabeza, orgulloso y hosco, y, con mirada casi de desprecio y de odio, permaneció inmóvil, cual si le costase mucho reprimir el impulso de sus intensas pasiones.

También en las finas cejas de Bea serpenteó el ímpetu de una rebelde pasión. Arrojó al lado un almohadón y, volviendo el rostro dijo:

—Mi querido amigo, a veces se figura usted que con una grosería se puede resolver cualquier cosa.

Él no contestó. Incluyó el cuerpo y salió de la estancia. Estaba rabioso. Se acostó y apagó la luz. Pero no podía dormirse. Con los ojos fijos miraba a la obscuridad.

Hacia media noche, despacio y sin ruido, se abrió la puerta de su habitación. Cubierta por su ligero y fino traje y envuelta por una nube de suaves y embriagadores perfumes, entró Bea y se aproximó a su lecho.

XXVII

Un domingo por la tarde, mientras paseaba por la orilla del Danubio, encontró a Grünfeld. Habría querido seguir andando, sin detenerse, pero su amigo se acercó. Aquel hombre, de alma frágil y sensible, se sentía muy a gusto al lado de Komlóssy. Sentáronse en un banco y empezaron a hablar. Refrescaron los recuerdos de sus años juveniles como si, instintivamente, se refugiaran en el pasado para no hablar del presente, en el cual los dos se sentían engañados y fuera de lugar.

De repente, Grünfeld dio un codazo a Komlóssy.

—Mira, ahí viene Komoróczy.

Éste pasó por delante de ellos sin verlos o fingiendo que no los veía.

—Quisiera hablarle —dijo Komlóssy a Grünfeld.

Y echó a andar en pos de Komoróczy. En cuanto lo hubo alcanzado, le puso una mano en el hombro y en voz baja y confidencial, lo saludó:

—¡Hola!

Komoróczy se detuvo y miró a Komlóssy, con expresión fría y rígida. Luego se fijó en la mano que le ofrecía su antiguo compañero, le volvió la espalda y se alejó con rapidez.

Komlóssy se puso tan pálido como un muerto. Con los ojos y las mandíbulas contraídos, se quedó mirándolo, hasta que su esbelta y alta figura se perdió entre la muchedumbre dominical.

Con rápido ademán se metió en el bolsillo la mano que le había tendido, como si acabara de recibir en ella una herida y miró a su alrededor, para cerciorarse de que nadie había presenciado aquella escena.

Pasó un buen rato antes de que volviera al banco en donde le esperaba Grünfeld. Éste lo había visto todo, pero se esforzó en disimular ante Komlóssy. Y por eso dejó transcurrir unos minutos antes de preguntarle, con fingida indiferencia:

—¿De qué habéis hablado?

Komlóssy no contestó. Miraba ante sí, con los ojos inflamados y agitado por las pasiones. Poco después, Grünfeld, impresionado, se puso en pie y se despidió.

Komlóssy permaneció allí largo rato. Sentíase irritado como nunca.

La reciente discusión con Bea no dejó en él ninguna huella, aunque tal vez aun lo confirmó en su fe, o, por lo menos, así lo creía, pero aquel encuentro con Komoróczy le desgarró profundamente el corazón.

De repente recordó a su madre que, mujer sencilla y dejándose guiar por el instinto, siempre sintió aversión por la política del padre. Recordó también a su hermano Sándor, a quien viera por última vez en las trincheras del Piave; y creyó oír de nuevo las palabras de Bea en su última discusión y le parecía que los ojos inteligentes de la joven lo miraban suplicantes. Volvió a ver a Zsibai en su

conversación de aquella noche fatal y anterior a la batalla del Montello cuando, en la obscuridad saturada de fría lluvia, permanecieron largo rato, silenciosos, uno al lado del otro, en tanto que cada uno de ellos era agitado por una tempestad de pasiones y, por último, Zsibai, en voz baja y temblorosa de infinita melancolía, le dijo:

«Haz lo que te parezca, yo me quedo».

Todo lo que ocurrió desde entonces sólo sirvió para destrozar como un martillo pilón aquel ideal en cuya fuerza redentora creyera tan ciegamente: la revolución de octubre, cuya pompa límpida e iridiscente se había transformado en un pantano fangoso y repugnante, gracias a las tunanterías de Barlay y de sus acólitos, el advenimiento de la república de los Soviets, que prometía la alianza de la nación rusa y la inmediata guerra de liberación, y de la cual, hasta entonces, cosa que no quiso confesarse ni siquiera a sí mismo, y prescindiendo de algunas almas puras de soñadores, sólo había surgido una banda de ladrones y asesinos vulgares. Y, en vez de respirar en la nueva vida húngara, experimentaba el frenesí impaciente de la venganza. En vez de la realización sublime de la idea, y de una férvida elegía de la vida redimida, se oía el gruñido amenazador de los mastines sanguinarios en torno del oso.

Sentía, clara y dolorosamente, que Zsibai tuvo razón, que no existía otro altar y que también él habría de perecer en aquella hoguera encendida por la mano de Dios para el destino de la raza magyar.

Otras veces había sufrido crisis semejantes de abatimiento y desesperación y, en tales casos, pensaba en su hijo. Mas, ahora, aun este recurso supremo parecía próximo a abandonarlo. ¿Quién le garantizaba que su hijo habría tomado a su cargo aquella llama para llevarla delante y alimentarla, aquel fuego en que él ardiera y que lo había reducido a cenizas? Incluso su hermano Sándor se había alejado de aquel camino que siguieran su padre y su abuelo. Y, sin embargo, Sándor era un verdadero húngaro. Y en las venas de aquel niño, de su hijo, corría, por el contrario, la sangre de los Gubai, o sea sangre checa.

De regreso a su casa y en el corredor, encontró a Bea. Apenas se sintió de humor para saludarla. Ella se impresionó al advertir la expresión de su rostro: lo siguió con la mirada y en cuanto se hubo encerrado en su habitación, se acercó a la puerta, como si quisiera escuchar. Luego llamó suavemente.

No obtuvo respuesta, mas, a pesar de esto, entró. Komlóssy estaba sentado en un sillón, con la cabeza apoyada en el respaldo, los ojos cerrados, inmóvil y tan pálido como si se hubiese desangrado.

Bea, sin ruido, tomó asiento a su lado y, conteniendo la respiración, lo miró largo rato. Luego, suavemente, tomó entre las suyas la mano de Komlóssy que colgaba inerte y, en voz baja, le preguntó:

—¿Qué le sucede?

Su voz era suave, afectuosa y cálida, como la lágrima que apenas se asoma a los ojos, cuando el sentimiento es muy intenso.

Komlóssy no abrió los ojos y, con la cabeza, hizo un movimiento vago. Bea comprendió que deseaba estar solo.

Se puso en pie, sin ruido, y salió de la habitación. Pero, a partir de entonces, el criado de los cabellos rojizos llamaba cada media hora, con alguna excusa, a la puerta de Komlóssy; le preguntaba si quería dar algo a planchar, porque había llegado la planchadora, o le decía que Su Excelencia la señora condesa deseaba saber si cenaría en casa.

A la mañana siguiente, antes de salir, Komlóssy habló unos momentos con Bea. Él mismo se esforzó en encontrarla. Se mostró tranquilo y aun alegre, como si le avergonzara su debilidad de la noche anterior, a la que Bea no se refirió con una sola palabra, únicamente en su mirada se advertía el gozo que sentía por ver a su amigo en un estado de ánimo tan cambiado.

Por la noche, Bea volvió a casa de su excursión por la ciudad, presa de la mayor agitación. Ya en la puerta, preguntó al criado:

—¿Está en casa el señor capitán?

—En su habitación...

—Dígale que haga el favor de ir a la mía.

Pocos momentos después, Komlóssy entró en el saloncito.

—Siento una inquietud terrible —dijo Bea—. Aseguran que los comunistas andan buscando joyas por todas partes. Han sabido que casi todo el mundo ha ocultado en los muros los cofrecillos que contienen objetos preciosos. En la vivienda de un director de banca, después de derribar dos paredes, han encontrado joyas ocultas. Luego, han detenido y se han llevado a toda la familia. Tengo el presentimiento de que también vendrán aquí. Convendría buscar algún medio. Tenga usted en cuenta que esas joyas y ese dinero representan toda mi fortuna. La única cosa que me sostiene es la seguridad de que aun no me las han quitado. Y en ese dinero y en esas joyas se basa hoy toda mi esperanza y mi porvenir.

Komlóssy se quedó pensativo unos instantes.

—¿Entre sus servidores tiene alguno que le merezca absoluta confianza?

—Sí, desde luego. Aunque bien sabe Dios que ya no me fío de nadie. No sé qué sentimientos habrán podido infiltrarse en el ánimo de esa gente, si bien, en realidad, no tengo ningún motivo para dudar de ellos. He pensado que tal vez convendría enterrar los cofrecillos en algún lugar de las afueras de la ciudad, pero, como es natural no tengo ninguna experiencia.

—¿Cuántos cofrecillos son?

—Tres. Dos contienen las joyas y el otro el dinero.

—Es un asunto difícil y lleno de peligros —observó Komlóssy—, pero podríamos

probar.

—Yo he pensado meter los cofrecillos en una espuerta y disfrazarme de campesina. Sin duda mi camarera tendrá algún traje apropiado. Usted, en el patio, en la leñera, encontrará sin duda una pala. Alejaré a los criados...

Mientras Bea cambiaba de traje, Komlóssy se dirigió a la leñera, donde, efectivamente, encontró una pala. Separó el hierro del mango y ocultó el primero debajo de la chaqueta. En cuanto al mango, lo empuñó como si fuera un bastón.

Mientras tanto, Bea se había disfrazado. Con medias gruesas de algodón, zapatos de tacón bajo, la falda mal cortada y el sombrerito de paja sencillo y desprovisto de adornos, nadie habría reconocido en ella a la gran dama aristocrática. También habían cambiado su actitud y la expresión de su rostro. Llevaba en la mano un cesto de junco trenzado, en el que transportaba ocultos los tres cofrecillos.

—Vamos —dijo temblando de emoción.

Se dirigieron hacia Hübösvolgy. Empezaba a anochecer, pero brillaba la luna, de modo que no había temor de extraviarse. Komlóssy, a medida que continuaban su camino, se fijaba en la dirección seguida y, especialmente, notó la situación del árbol que escogieron en una parte abandonada del bosque.

Sacó el hierro de la pala que llevaba escondido, lo fijó al mango y cavó una fosa de un metro de profundidad. Metió allí los cofrecillos, cuidadosamente envueltos en un grueso hule.

Tuvo la impresión de que había sepultado algo vivo. No podía liberarse de la idea de que, en la tremenda borrasca que destrozaba el país, todos los valores se refugiaban bajo tierra, no solamente las joyas y el dinero, sino también las alegrías y los valores de las almas.

Era ya noche avanzada cuando emprendieron el regreso. Bea tropezó con una piedra y aprovechó aquella ocasión para agarrarse del brazo de Komlóssy. Así continuaron, cogidos del brazo. En aquella parte del Hübösvolgy, aunque fuese ya noche oscura, encontraron algunas parejas silenciosas. Y Bea estrechó el brazo de Komlóssy, murmurando:

—Apostaría cualquier cosa a que también éstos han venido a enterrar algo.

Al día siguiente por la mañana, al entrar en su oficina, Komlóssy fue acogido por sus compañeros con una noticia inesperada:

—Vamos a luchar contra el enemigo.

El Gobierno de los Soviets, hasta entonces, no se había mostrado demasiado deseoso de iniciar la guerra de liberación. La organización del ejército se efectuaba con gran lentitud. Con la alianza rusa, prometida por los comunistas y que, en los primeros días, procuró al Gobierno de los Soviets la colaboración de los oficiales húngaros, o que, por lo menos, los indujo a continuar en sus puestos, ya no se podía contar en el caso de una campaña ofensiva. Por esta razón, tomar la iniciativa de una

guerra significaba dar un paso temerario y desesperado. Pero el cuerpo de los oficiales solicitó que se tomara aquella resolución extrema, convencidos de que, para libertar al país, era preciso intentar lo imposible. El Gobierno no obraba por iguales motivos: únicamente se daba cuenta de la necesidad de ocupar de alguna manera la atención de todos, porque, de otro modo, la amargura y la desilusión habrían dado al traste con todo.

La fuerza armada de Hungría componíase de unos cincuenta mil hombres.

Pero mucho peor que aquel número exiguo era que las tropas no estaban compenetradas de la idea de la guerra libertadora que había de excitar su ardimiento y su entusiasmo. Los comandantes superiores ni siquiera sabían qué táctica convendría adoptar con aquellas tropas, hasta qué punto podían contar con ellas y qué ocurriría en cuanto se oyesen los primeros ayes de los heridos. Además, era ya un caso de conciencia evitar inútiles derramamientos de sangre, porque, al fin y al cabo, se trataba de sangre magyar. Por otra parte, cada uno de los comandantes arriesgaba su propia cabeza porque el menor paso en falso o una desgracia imprevista, significarían para él la comparación ante el tribunal revolucionario.

La noticia de aquella próxima ofensiva sirvió para dar un poco de alivio y proporcionar un rayo de luz a la obscuridad de los ánimos deprimidos. Los oficiales se alegraban de que, finalmente, hubiese llegado la hora suspirada de ir contra el enemigo y de librarse de aquel ocio forzoso que los envilecía. Solamente así, con las armas en la mano y en el campo de batalla, podrían decir con la cabeza muy alta: «Para eso hemos continuado al servicio de los Soviets».

La primera idea de Komlóssy, apenas le hubieron comunicado la gran noticia, fue pensar en lo que diría Komoróczy.

La esperanza de ir al frente, también le dio nuevo ánimo. A hora avanzada volvió a casa, porque aquella noche pasó largo rato de sobremesa discutiendo. Como es natural, hablaban de los sucesos que podían esperarse en la fase inicial de la guerra y discutieron también la mejor dirección de la ofensiva.

Una vez en casa, sacó del cajón y extendió sobre la mesa los mapas militares y trató de imaginar qué camino seguirían las tropas en su avance. Aquella primera campaña, la consideraba como de preparación, porque sólo después se empeñaría la batalla más hermosa, grande y salvaje, cuando las tropas húngaras se hubiesen formado en orden de combate —todo eso lo había dibujado ya en el mapa militar siguiendo el camino que corre por detrás de la Berkenyepuszta, desde el lindero del bosque hasta la fuente en que se abrevaban las ovejas y, a través del bosque de Varjas, adonde una vez él y Zsibai se dirigieron a la caza del ciervo. Y avanzarían derribando todos los obstáculos hasta el borde del canal, porque, probablemente, ésta sería la línea ocupada por el enemigo. Una vez expulsado de allí, esperarían la llegada de las tropas de reserva y, así, con sus fuerzas aumentadas, irían a reconquistar la población.

Conocía muy bien todos los senderos, todas las matas y todos los árboles alrededor de su pueblo natal y sabía cuál sería el emplazamiento de la artillería enemiga —sin duda el lecho seco y poblado de juncos del lago Kerek que ofrecía un excelente abrigo—, y sabía también dónde se instalarían las ametralladoras, en el sendero de los álamos de la propiedad de los Karvaly, donde una vez Pista Réz se batió a pistola con Laji Neumann, el propietario del «Café del Águila de Oro», porque Neumann se atrevió a dudar de que Pista Réz cumpliría su palabra y saldaría su deuda de juego de setenta florines. Se abofetearon mutuamente y, por lo tanto, se concertó el desafío, que no terminó de un modo trágico, porque las pistolas fueron cargadas con terrones de azúcar. Pues bien, allí, en aquel sendero de los álamos, el enemigo dispondría sus ametralladoras y el asalto —porque sería formidable— se llevaría a cabo entre vivas aclamaciones en aquel terreno indeterminado que formaba parte de las propiedades del conde, y si, con la ayuda de Dios, podían alcanzar el campo de Gergely Pomázi, se harían ya dueños del pueblo.

Su mente se llenó de mil recuerdos: los álamos de su país, los gigantescos almiarés de paja oscurecidos por la lluvia que se elevaban uno al lado de otro, los pozos de báscula con sus largas pértigas al aire, los bosques de acacias y las lejanas montañas que cortaban el horizonte con una línea azul de tono suave, los caminos llenos de carros y cubiertos de polvo, el vuelo ondulado de las urracas que se posaban en los hilos del telégrafo, las bandadas de cornejas que, como si fuesen nubes, oscurecían el cielo, la mancha blanca y esbelta de un campanario lejano en cuya cruz centelleaba el sol, como si una extraña y mística luz irradiase de la cumbre de la casa de Dios... El alma se le llenó de mil voces y colores: el lejano sonido de las campanas, el suave susurro del viento en los cañaverales, el melancólico y bronceado tañido de las esquilas de las reses que encerraban en los apriscos. Y, en aquel irresistible flujo de sentimientos, aun la muerte se le aparecía hermosa y deseable.

Empezaba a alborear y él continuaba sentado a su mesa escritorio.

Durante la noche escribió una larga carta y en su sobre escrito sólo figuraban tres palabras: «A mi hijo».

XVIII

Abrió los ojos y vio las vigas del techo ennegrecidas por el humo y tan bajas que, estirando el brazo, casi habría podido tocarlas. Estuvo contemplándolas largo rato con su mirada fija e imprecisa y como si las líneas caprichosas de las rajaduras de la madera de abeto absorbieran toda su atención.

Sólo más tarde, su mente empezó a verse libre de la niebla y sus pensamientos se agruparon despacio y fatigosamente.

Oyó el ladrido de un perro y luego el gruñido de un cerdo. Esto le pareció la expresión confidencial de la perfecta satisfacción de sí mismo, como si, de una infinita lejanía, llegara hasta él la voz de la realidad y de la vida, llena de ponderada superioridad y acompañada de una risa de sabia beatitud.

Ignoraba dónde estaba y por qué se veía tendido en la cama. Pero el hecho de que sus pensamientos girasen de un modo tan confuso en torno del gruñido de aquel cerdo y que él elevase a tan etéreas alturas aquella voz, muy terrenal, le dio a entender que tal vez sufría una intensa fiebre. Pero no sentía el calor, quizá porque tenía la impresión de haberse convertido en algo inmaterial.

¿Por qué despertó de aquel sueño tan sedante que, en vano, trataba de recordar?

Sin duda lo despertó una causa exterior, que aun permanecía a su lado, pero que no lograba sorprender.

Sólo después de unos minutos sintió un olor penetrante, al que atribuyó la culpa de haberse despertado. Poco después notó que aquel olor procedía de una piel de carnero, casi podrida, sobre la que estaba tendido.

Su mente, que se aclaraba por momentos, hacía desesperados esfuerzos por romper aquella oscuridad que rodeaba su conciencia. ¿Por qué estaba allí y cómo había llegado a tal lugar? ¿Cómo, cuándo y por qué se interrumpió el hilo de su conciencia? ¿Con quién había hablado por última vez?

Comenzó a recordar y oyó la voz de Zsibai.

Sí, sí. Zsibai era la última persona con quien había hablado. Y oía sonora y real su voz, que le decía: «Haz lo que quieras, pero yo me quedo». En la oscuridad no podía ver la figura, la expresión del rostro o la mirada de su amigo y, por eso, tales palabras, pronunciadas en tono de infinita tristeza, no le impresionaban mucho.

Así, pues, ayer, fue la noche que precedió a la batalla del Montello. Pero, ¿fue realmente ayer? Le parecía que desde entonces lo separaba algo, una niebla gris y opresora, en la cual sus pensamientos eran inciertos y estaban desalentados como si se vieran ante un misterio inexplicable.

Quiso sentarse, pero un dolor agudo y lacerante que sintió en la región gástrica, un dolor que no se parecía a ninguno de los que experimentara hasta entonces y que era extraño y angustioso, lo obligó a caer, extenuado, en la yacija. Aquel dolor, que

saturaba su cuerpo, como si fuese alcohol ardiente, le devolvió la claridad del juicio. Ya lo recordaba todo muy bien. Aquella noche en que permaneció sentado hasta el alba, ante su escritorio, dirigió una larga carta a su hijo y en el sobre trazó estas palabras: «Para abrir sólo en caso de mi muerte». Al día siguiente, por la mañana, comunicó a Bea que se iba al frente. Vio el rostro de la joven, cuyas finas cejas se arquearon a causa de la extrañeza y de la sorpresa en tanto que su mirada le manifestaba un sentimiento que él no pudo comprender y que tal vez fuese de pasión, de cólera, de desesperación o de desaliento, y que continuó sin explicarse hasta el fin de su conversación, pero que, de todos modos, lo impresionó vivamente.

Luego vino la partida en dirección al frente. Aquel sentimiento insólito e incierto, que invadía, en el nuevo ambiente las tropas de trabajadores. Los comisarios, que les pusieron al lado, se dirigían continuamente a ellos, recelosos, cual si temiesen que el sentimiento patriótico se expresara en palabras y en hechos, a pesar de que ellos mismos sabían y comprendían que aquélla y no otra era la fuerza capaz de mover el ejército, llevarlo adelante, hacia el combate.

¡El ataque! No, no, aquella acción del ejército rojo y su comportamiento en el campo de batalla fueron un miserable juego de niños, al lado de lo que viera en la guerra mundial. Ésta fue un torrente de sangre, cuyas ondas mugidoras llevaban mezclada la sangre de millares de hombres; la guerra roja era como un charco fangoso, que aun perdura después del chaparrón y en el cual juegan los niños con barquitas de papel. Allí no se podía pensar en un combate al arma blanca. La mayor parte de los soldados rojos no habían olfateado nunca el olor de la guerra y no estaban dispuestos a avanzar. Dábanse únicamente pequeños y rabiosos duelos de artillería, que, ya de antemano, decidían la suerte del combate. Si una de las partes retrocedía, avanzaba la otra para ocupar sus posiciones. Él se figuró que las manos, semejantes a tenazas de acero, agarrarían los cañones de los fusiles y que las miradas se habrían fijado contra el enemigo, agudas como si fuesen bayonetas y que la arrolladora fuerza de la idea arrebataría a los hombres para formar con ellos una barrera viva y formidable, pero lo cierto es que no pudo ver la fuerza de la batalla y el ímpetu del ataque.

Los soldados rojos, al oír, por vez primera, la voz de los cañones, empezaron uno tras otro a pedir permisos y a dar razones para retirarse del frente. Desde los primeros tiempos resultó que la disciplina de las organizaciones sindicales sólo bastaba para organizar desfiles, manifestaciones, huelgas y otras cosas semejantes, pero que en la guerra no servía para hacer avanzar las masas.

Con tales tropas, resultaba triste y envilecedora la misma victoria.

Pero, ¿qué sería aquel dolor en la región gástrica? Sin duda lo habían herido. Pero no recordaba dónde y cómo perdió el conocimiento. Probablemente lo hirió una metralla, porque el último día no hubo fuego de fusilería. Se tocó, dándose cuenta de

que tenía un vendaje entre el estómago y los riñones. Con toda probabilidad los camilleros lo habían llevado a aquella cabaña de campesinos durante el movimiento de avance.

¿Lograría curar? Esta pregunta lo atormentaba dolorosamente. De su aniquilamiento espiritual surgía un vapor de recuerdos de la vida que desaparecía disolviéndose. ¡Cuántos recuerdos! Y, ¡de qué manera se encienden en las proximidades de la muerte! Cuando yacía en el bosque galitziano, entre las hojas secas de encina, que difundían un intenso olor de tanina... Cuando, después del asunto Küberger, pasó toda la noche despierto, a la luz de una vela metida en el cuello de una botella de cerveza... Cuando, en el Cuartel María Teresa, apoyó la frente en la reja... También entonces lo asaltaron los recuerdos. El abuelo con su casquete bordado en la calva cabeza, con su calzado de suela de algodón y su larga chaqueta, de cuyos bolsillos salían las puntas de un pañuelo enorme azul y también el cordón de la petaca. Y en la mano que casi parecía una rama seca, sostenía un matamoscas de mango consumido, con el cual, sentado al lado de la estufa, de vez en cuando y acompañándose con golpecitos de tos, hendía el aire con gesto fatigado y resignado a la vez, cual si fuese incapaz de otro movimiento cualquiera. Y en torno a la decrepita figura del abuelo surgían los recuerdos confusos de la guerra de Independencia, del cuarenta y ocho. Cierto era —¡qué extraño que aquellos datos estadísticos acudiesen entonces a su mente!— que en el cuarenta y ocho (visto con ojos de niño le había parecido el huracán más terrible de todos los tiempos) habían perecido, en conjunto, veintiséis mil húngaros, en tanto que en la guerra mundial, en la que él tomó parte perecieron seiscientos mil. ¡Seiscientos mil húngaros!

Sus ojos miraban inmóviles el techo ennegrecido por el humo. En aquel momento le parecía que todo lo ocurrido hasta entonces sólo podía ser una alucinación, tan breve y efímera se le aparecía su vida.

Se presentó la figura de su padre, de noble frente y rostro moreno y hermoso, rodeado de juveniles cabellos rizados. Oía con claridad el sonido de su voz fuerte e impetuosa, y veía su mano mientras se ponía la servilleta al cuello y su bigote, que se movía al masticar, cosa que siempre excitó su risa. ¡Pobre padre! ¡Pobre y buen padre, inflamado siempre por su intensa pasión, que murió tan joven! Y el periódico de la población escribió una vez que personificaba la ignorancia aulladora en la forma de un hombre y de un demagogo. Naturalmente, eso lo escribió algún chupatintas vendido, en el periódico del gobierno subvencionado: y cuando leyó aquel periódico sólo experimentó una rabia desdeñosa. Ahora, en cambio, en el umbral de la muerte y bajo el montón inmenso de ruinas de su propio mundo interior, aquella frase estúpida que, hasta entonces, jamás había recordado, surgía, de nuevo, en él, como duda atroz y desgarradora. Y era la duda angustiosa de la eternidad de su raza, del significado de toda la vida y aun de la existencia de Dios.

También recordó a su madre, que iba de un lado a otro por las bajas y amplias estancias de la casa paterna, como si creyera su deber y su misión estar continuamente asustada y escandalizada por la marcha de las cosas y se esforzaba inútilmente en ocultar tales sentimientos a su marido, que aun se irritaba más oyendo sus excusas: «Te aseguro que no estoy enojada, querido». O bien: «No me he dado cuenta de que estuviese preocupada». Es maravilloso que ante el misterio de la vida, el instinto de las madres es más grande y profundo. Pero son incapaces de expresar en palabras esta irradiación del instinto que rebosa de su alma, para convertirlo en argumento persuasivo; y siempre son pequeños seres ineptos de mirada asustada, condenados al silencio ante la sabiduría indiscutible de los hombres, que saben expresarse y también obrar. Y ellas se refugian en el plano secreto y si alguna vez se deciden a hablar, sus palabras son inútiles e incapaces de persuadir.

Volvía a ver a su madre de este modo: cerró los ojos al recordarla sentada en el Cuartel María Teresa y en la oficina del teniente Jakchy. La veía al entrar allí, mientras ella lo miraba, primero con incertidumbre y extrañeza, al mismo tiempo que se ponía en pie y le echaba los brazos al cuello; y con la boca temblorosa, pero en tono ligero y forzado, le decía: «¡Qué flaco estás, hijo mío...!»». Volvía la cara porque no había podido contener las lágrimas; y con los dedos se oprimía la boca desdentada, como si quisiera empujar hacia dentro el llanto que a su pesar se le había escapado. Creía verse a sí mismo, pálido, con la mirada ardiente, la barba de muchos días, con el traje y el alma descoloridos y sucios, allí en presencia de su madre, ignorante de que sólo el milagro podía salvar a su hijo de morir fusilado.

Así veía ahora a su madre. Siempre le pareció extraña su alma y, sin embargo, ahora la sentía tan cerca, que los ojos, detrás de los párpados cerrados, se le llenaron de lágrimas.

Su hermano... El alma de su hermano jamás la sintió cercana.

Aun ahora su recuerdo era fugaz y se fijó únicamente en la escena ocurrida en las trincheras del Piave, cuando lo vio por última vez, mientras hablaba con Pobrányi: sólo entonces se cruzaron sus miradas, mas no se reconocieron sus almas. Y sentía en sí aquel recuerdo como un vacío terrible, en el que desapareció y se aniquiló la suerte incierta y divergente de su raza.

Maska, la bondadosa Maska, siempre indecisa, cuya perezosa gordura cerraba los ojos ante toda visión o dificultad de la vida. Y Erzsébet, flor marchita de su juventud, que en su floración fue como la rama de un manzano inclinada hacia él; aquella rama florida creció acercándose al suelo y al fin desapareció de su vida sin dejar huellas y casi ningún recuerdo; en la arena de los años apenas dejó una leve señal, como ligera pezuña de un cervato en la arena de la orilla de un río.

Cuando, por último, pensó en su hijo, se mostró injusto. Ciertamente que en sus venas corría también la sangre del profesor de música Gubai, pero era indudable el hecho de

que, como hijo suyo, sería el continuador de sus ideas, ya prontas a extinguirse para siempre. Mas eso era lo que esperaba y creía; no habría podido ver ni imaginar la figura o el mundo interior del hombre en que se convertiría su hijo. Aun era un niño. Y un niño es como una saeta que está en el suelo. Nadie sabe qué arco y qué cuerda la dispararán a la vida, qué dirección tomará y adónde irá a parar.

¡La vida! Grünfeld y Komoróczy, Jakchy y Pobrányi, Tezárovich, Pútnoki, el mayor Küberger, Hajmeczi y Naláczy, Napradán y Zsibai, nombres, rostros, hombres que ahora se revolvían en su memoria en espantoso desorden. El esbelto campanario de Refrontolo, la enorme jaula de pájaros de la *Antica Trattoria Piol*, el diván de la habitación de Gubai, el saco de paja reseca y sucia del Cuartel María Teresa, el cañaveral donde se ocultó al lado de Napradán, el almuerzo donde conoció a la señora Zerge... objetos, situaciones, fechas, horrible almacén de andrajos obsesionantes, incoherencias, inmundicias de la vida terrena, en donde un resto de salchichón se encuentra, a veces, al lado de la hoja desgarrada de una carta de amor, y quizá el frasquito que contenía un medicamento se halla al lado de una bala disparada por un revólver; todo eso le parecía inmenso y, al mismo tiempo, infinitamente pequeño. Y por encima de todas aquellas cosas, lejanas como la lejana Vía Láctea, acá y acullá, algunos grandes ideales y hechos humanos: la Guerra y el Socialismo, el Cristianismo y la Ciencia, y la enorme masa de estas ideas, imprecisa e invisible, como la de las estrellas que forman la Galaxia.

¿Bea? Tan próxima y, sin embargo, tan lejana e inaccesible, confidencial, pero también fría. Y al contemplar su vida, próxima a extinguirse, aquella mujer le aparecía como la mayor y la más cercana fuente de luz.

¿Qué sentiría al recibir la noticia de su muerte? Seguramente algo más que si le comunicaran la muerte de un conocido o de un buen amigo. Ahora le parecía ver en su alma que era misteriosa sin proponérselo, y que en aquella alma se hallaba él mismo como en el fondo de un espejo. Sí, ciertamente había logrado penetrar en el alma de ella. Su último encuentro, el último apretón de manos y la última mirada fueron puros y profundos.

Esta última idea pareció infundirle el calor de la vida. ¡Bea! Y lloró con la dolorosa nostalgia de la vida fugitiva, lamentando no haberla encontrado antes.

Y estaba saturado de esta idea cuando la fatiga lo obligó a dormirse profundamente.

Al despertar vio que lo rodeaban varias personas. Un médico le tomaba el pulso y lo miraba sonriente. Cual si comprendiera el significado de la mirada del herido, se echó a reír y, meneando la cabeza, dijo:

—No tema, porque no morirá. Le he extraído ya el fragmento de metralla. Y en cuanto al pulso, es excelente... —Se volvió a los soldados que estaban detrás y les ordenó—: Transportadlo al tren hospital.

La misma noche llegó a Budapest. Al día siguiente recobró por completo el conocimiento, pero la fiebre traumática le impedía reflexionar. Unos días después se presentó en el hospital su asistente y le llevó el correo recibido en su ausencia.

Dos cartas eran de su madre. También Maska se había decidido a escribirle una más extensa; asimismo había otra del pequeño Gerzson: y en ellas se limitaban a decir que en casa todo iba bien.

En un sobre reconoció la escritura de Bea. Lo abrió y leyó:

«Querría recibir noticias de usted. Ayer despedí a todos mis criados y abandoné la casa a su suerte; yo misma, y después de un viaje bastante lleno de aventuras, he llegado a Viena, donde permaneceré hasta que cambien las cosas. Le ruego que me comunique sus noticias».

Durante un buen rato consultó aquellos caracteres grandes, de rasgos optimistas. Había esperado algo más de aquella carta, unas expresiones más hermosas y grandes. Cerró los ojos y abandonó la mano sobre el cobertor.

XXIX

Inmóvil en el bulevar, observaba aquel desfile tan fantástico como el sueño de una noche febril. A veces miraba hacia arriba y veía los tejados de las casas y las nubes que atravesaban el cielo estival, las muestras de las tiendas y las ventanas conocidas, como para darse cuenta de que todo lo que ocurría era verdaderamente real.

El bulevar de Budapest, donde trece años atrás los jóvenes estudiantes llevaron de un lado a otro el nuevo gallardete de seda, que pasó de mano en mano, con objeto de que todos los estudiantes pudiesen transportarlo, por lo menos, un cuarto de hora; el nuevo gallardete de seda, que, en aquella tarde otoñal, él pudo salvar de las manos de los guardias, al refugiarse en la vivienda de los Gubai; el paseo de Budapest estaba lleno de ruido de los carros de los campesinos; millares y millares de carros pequeños al lado de los cuales trotaba con la campana al cuello el potro joven, hijo expatriado de los pueblos y de las granjas húngaras. Los mismos propietarios guiaban los caballos y tiraban continuamente de las riendas, porque a cada momento aquella fila interminable de vehículos se detenía y era preciso parar.

Millares de carros pequeños, propiedad de los campesinos, que transformaban de modo maravilloso el paseo de Budapest, como si en algún lugar hubiese estallado un terremoto espantoso derrumbando milenarias cadenas de montañas; millares de pequeños carros de campesinos en el paseo de Budapest y cada uno de aquellos vehículos lleno y excesivamente cargado de soldados cubiertos con casco de acero y vistiendo uniformes de color de tierra; eran soldados de las tropas de ocupación, que se sentaban en el fondo del carro o en los bordes, dejando colgar las piernas como si se tratara del cortejo de una fantástica y horrible fiesta nupcial húngara.

Aquella infinita teoría de carros era interrumpida, a veces, por las tropas de caballería y de artillería. Cañones y arcones negros de humo y de calor, pasaban retumbando por el paseo de Budapest. Y aquellos innumerables carros campesinos, que fueron recogidos en los pueblos y obligados a dirigirse a la capital para transportar la infantería enemiga, daban la impresión de un cuadro renovado de la Edad Media, de la época de los tártaros o de los turcos, cuando los húngaros se veían cargados de cepos.

Komlóssy formaba parte de la multitud y no podía separar la mirada a derecha ni a izquierda, sino sólo hacia adelante, a sus caballos. Por nada del mundo habría vuelto los ojos atrás, para fijarse en los soldados sentados en su carro; su rostro tenía una expresión conmovedora de dolor y de vergüenza, como nunca se habría podido observar tan intensa en el rostro sereno y taciturno del campesino húngaro. Y a Komlóssy le dio la impresión que mediante aquella mirada una línea interminable de antepasados observaba el bulevar de Budapest.

Él, confundido en la multitud, miraba, pálido como un muerto y con el alma trastornada. Pero, ¿habría en aquella multitud de curiosos alguien capaz de comprender lo que sucedía? Un anciano caballero, como si hubiese leído tal pregunta en el rostro de Komlóssy, que estaba a su lado, exclamó con temblorosa voz:

—Es horrible... Créame, es espantoso.

Las tropas enemigas de ocupación entraron en Budapest. Los pequeños carros de los campesinos invadieron toda la ciudad, sin evitar siquiera los lugares más elegantes de la orilla del Danubio. El asfalto del paseo quedó sucio de paja y de basura. Los caballos fueron atados al lado de los carros, como en las grandes ferias de los alrededores de las pequeñas poblaciones de la Gran Llanura Húngara.

Komlóssy, unos días más tarde, se enteró de que las tropas del ejército nacional, después de salir de Szeged, atravesaron el Danubio y se dirigían a Siófok. Esta noticia le devolvió la fuerza de vivir. Tomó el primer tren y se dirigió a Siófok. Pero allí aun no había nadie, porque las tropas del ejército nacional aun estaban a varios días de marcha del Balaton. Al siguiente, después de haber pasado varias horas encerrado en el hotel, como ya no pudiera resistir la angustia de la espera, a medianoche se dirigió a pie por la carretera que habrían de seguir las tropas del ejército nacional.

Vestía el traje de oficial, al que se hizo coser otra vez las estrellas de capitán y llevaba ya varias horas de marcha, bajo el ardiente sol de verano y en la carretera llena de polvo, donde raras veces se encontraba con algún viandante. No había ni rastro de automóviles o coches, como si se hubiese paralizado la vida en aquella región. A veces la carretera se encaramaba por las vertientes de las colinas y, en el fondo brillaba constantemente, plateado y sereno, el inmóvil espejo del Balaton. Serían las tres de la tarde cuando, a lo lejos, vio una densa nube de polvo. Quizá sería la vanguardia del ejército. Unos momentos después pudo divisar la tropa que marchaba en fila de cuatro en fondo. La mandaba un oficial a caballo. Al verlo, Komlóssy apresuró el paso y luego echó a correr, incapaz de dominarse. ¡Ya estaban allí! ¡Ya llegaban! Aquel ejército era la última esperanza y la tropa la mensajera y la precursora de la resurrección húngara, el último manantial de vida que le quedaba a la nación desangrada. Estaban allí, ya llegaban. Aquellos jóvenes, entre los cuales había, sin duda, algunos compañeros suyos, podían con alma pura y fuerte tomar cualquier dirección para salir de aquella espantosa obscuridad, aunque él no se hallaba en igual caso, porque su alma estaba ya destrozada. Ir con ellos, combatir en su compañía y morir a su lado. Esos impulsos se le aparecían como continuación de lo que ya experimentó cuando, a los veinte años, en la manifestación estudiantil, le entregaron el nuevo gallardete de seda, para que también lo llevase durante un cuarto de hora. Aquellos eran húngaros que venían de lejos, casi del pasado magyar y eran hombres cuyos instintos y sentimientos procedían del fondo del alma, pero no con

calidad personal, sino de toda la raza, que no puede ser suprimida por ninguna fuerza o poder. Aquellos jóvenes eran sus hermanos consanguíneos y después de tanto sufrimiento podría abrazarlos otra vez.

¿Quién era el oficial a caballo que mandaba la vanguardia? Komoróczy. Sí, Komoróczy. El oficial a caballo era, realmente, Komoróczy.

Cubierto de polvo, jadeando por la carretera y agotado, con el rostro aun pálido y descompuesto por su reciente enfermedad, pero con ojos llameantes, se detuvo en plena carretera y estaba tan conmovido que no pudo pronunciar una palabra. Sólo alargó los brazos, como si quisiera estrechar contra su pecho a toda aquella tropa redentora.

Komoróczy lo reconoció en el acto y su rostro se nubló. Paró el caballo en seco, se inclinó sobre la silla, como para observar mejor a aquel hombre y luego retrocedió y, señalando con el brazo extendido, exclamó:

—¡Detened y atad a ese comunista!

En cuanto se rehízo de la primera sorpresa y pudo recoger sus pensamientos, se vio con las manos atadas, siguiendo a la tropa y en compañía de diez o quince hombres de paisano, mudos, asustados y, como él, atados. Entre ellos, algunos tenían aspecto de ser agricultores y obreros, pero otros parecían más refinados.

La fuerza continuó el camino hacia Siófok. La marcha duró cerca de dos horas, y no se hizo ninguna parada. Komlóssy no miraba a ningún lado ni tampoco a nadie. Tenía la visión fija en sí mismo, y, exteriormente, no se daba cuenta de lo que tenía delante. Luego su atención pareció concentrarse en la espalda del individuo que lo precedía, en aquel capote de paño negro, blanqueado por el polvo de la carretera y cuyas manos estaban atadas con una gruesa cuerda; los dedos habían adquirido un color azulado. Miraba, pues, las manos y la espalda de aquel hombre, mas no habría podido decir qué miraba o qué veía. En sus labios se dibujaba una débil sonrisa, extraña y casi propia de un loco.

Cuando, después de dos horas de marcha, llegaron a Siófok, fueron confiados a la custodia de algunos soldados y tuvieron que esperar hasta la noche, al pie de los árboles de la orilla del lago. Luego, los llevaron a una especie de almacén, donde pasaron el resto de la noche sin poder tenderse.

Serían las once de la mañana cuando compareció un suboficial. Y, leyendo una hoja de papel que llevaba en la mano, gritó:

—¡István Komlóssy!

Lo condujo a una posada, ante la cual, y sentado a una mesa, en compañía de otros oficiales desconocidos, que estaban muy ocupados, pudo ver a Pobrányi.

Cuando éste vio a Komlóssy, se puso en pie, acudió a su encuentro, le tomó por el brazo y se lo llevó aparte, sin que los demás se fijaran en ellos.

—Oye —le dijo fríamente Pobrányi, sin mirarlo siquiera a los ojos—, esta noche

he hablado largamente de ti con Komoróczy. Con gran dificultad he logrado que te permitan regresar a Budapest. Pero, en tu propio interés, te aconsejo que hagas cuanto puedas para que no te vean...

Komlóssy, pálido e inmóvil, escuchaba a Pobrányi. En sus labios se dibujaba aquella extraña sonrisa del día anterior, cuando tendió las manos para que se las atasen. Parecía como si se hubiese congelado en sus labios.

No pronunció una palabra. Cuando Pobrányi, aquel mismo Pobrányi que el día de la revolución lo llevó consigo por toda la ciudad, lo vistió y lo alojó en el hotel, para llevarlo luego al Ministerio, aquel Pobrányi que ahora se pavoneaba con su gorro de blanca pluma, con su guerrera flamante, con bandolera, parecida a la del uniforme de los oficiales de los Aliados, terminó su breve discurso con un gesto que parecía decir: «No hay duda de que las cosas son así, querido amigo, pero yo no tengo la culpa...», Komlóssy retrocedió rápidamente y se alejó sin pronunciar una sola palabra.

Tomó el primer tren y regresó a Budapest, donde sólo permaneció el tiempo necesario para preparar el regreso a su pueblo natal. Cuando echó a andar el tren que lo llevaba, comprendió que nunca más volvería a Budapest.

Su madre lo recibió con alegría y extrañeza a un tiempo, y lo miró como hiciera un año antes, en el Cuartel María Teresa, en el despacho del teniente Jakchy. Pero aquella mirada, a pesar de sus esfuerzos, no pudo disimular el dolor y el horror que le causaba la presencia de su hijo. Tenía el rostro espantosamente flaco y la mirada confusa y extraviada. Apenas logró que pronunciase algunas palabras y se notaba su esfuerzo por parecer tranquilo y normal. Su madre le dirigió numerosas preguntas mientras secaba las lágrimas que no podía contener. Maska, en cambio, que sabía algo más que su madre, miraba a su hermano con los ojos secos; quizá se asustara de ser capaz de mirar con tal inmovilidad a István, en el cual trataba de reconocer al niño con quien jugara en el jardín de la casa paterna.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí? —preguntó la señora Komlóssy, acariciando con una mano los hombros de su hijo.

—Aun no lo sé —contestó él en tono evasivo.

Llamó a su hijito, le tomó sobre las rodillas, le estrechó, bromeando, la nariz y lo miró con aquella sonrisa helada en los labios. Su madre, después de tratar, en vano, de despertar el interés de su hijo hacia varias cosas, se inclinó para preguntarle en voz baja:

—¿Sabes lo que le ha sucedido al viejo Zsibai? Esa gente nueva lo ha apaleado de un modo terrible, porque el viejo salió de su casa y, por el camino, gritó no sé qué. Lo condenaron a veinticinco bastonazos, pero en cuanto hubo recibido dieciséis se desmayó. Y no es de extrañar, pobre hombre, porque ya tiene setenta y tres años.

El mismo día, por la tarde, Komlóssy fue a visitar al viejo Zsibai. Lo encontró en la cama, con la cabeza y el brazo derecho vendados. Después de saludarse, el anciano

fijó los ojos empequeñecidos y arrugados en Komlóssy. Hablaron de la sequía de aquel año, más acentuada que la del anterior, y de los estragos hechos en la caza porque, en aquellos turbulentos tiempos, todo el mundo cazaba sin permiso y los soldados que volvían al campo disparaban contra las liebres con sus *mannlicher*^[15]. Y estuvieron de acuerdo en que no valía la pena de cultivar la viña, porque ya no daba ningún rendimiento.

Ninguno de los dos habló de sus propios asuntos, pero, de repente, el viejo Zsibai dijo:

—Tú eres joven y aun puedes empezar de nuevo la vida. Podrías recogerlo todo, pero yo... moriré como un perro apaleado. —Después de breve pausa, añadió—: ¿Cuáles son tus proyectos? —Y en vista de que Komlóssy no contestaba, continuó—: Voy a decirte algo, Pista. Toma mi bufete de abogado. Si te dedicas a estudiar con empeño, dentro de dos años podrás licenciarte, cosa que no has hecho todavía y así, por lo menos, tendrás seguro el pan. Además, me harías un favor, porque mis antiguos clientes no quieren ir a ningún otro abogado y vienen a molestarme, aunque esté en la cama. Ya ves, pues, que sería conveniente para ti tener un bufete en plena marcha.

La conversación con el anciano lo libró, en parte, de su letárgica postración. Sí, aun podría vivir y trabajar.

Al día siguiente tomó la dirección del bufete. En el patio de la casa de Zsibai conocía todos los árboles y las matas como en su propia casa.

Por las mañanas, al acudir a su despacho y abrir la puerta de la calle, siempre tenía la sensación de ver correteando bajo los árboles a Juanito Zsibai, inclinándose al correr hacia una pierna, para estirar su andrajosa media que se le caía y cuya ligacama de goma la tenía siempre perdida. Sus medias se le caían hasta los zapatos, dejando desnudas sus pantorrillas. Llevaba el pelo siempre cortado al rape, menos en la región frontal, si bien aquel largo mechón despeinado de color de azafrán era todo menos que un peinado oportuno, pues al pegarse con otros muchachos, brindaba un punto por donde agarrarle. La cara, la tenía siempre enrojecida por estar agitado de continuo a raíz de un sin fin de motivos diversos, y en su mirada remolineaban constantemente las típicas emociones de aquellos adolescentes por los que los padres se ven obligados a medrar, temiendo verles caer un día del tejado, en el pozo o desaparecer con la primera compañía de circo ambulante.

En aquel patio y en aquella calle, a Komlóssy siempre le visitaban, cual duendes, intensos y tenaces, los recuerdos de su infancia. Y en esos últimos tiempos, le gustaba hallarse a solas con aquellas apariciones lejanas.

Unas semanas después, a pesar de todo, tuvo que ir a Budapest para un asunto del bufete. Llevaba ya tres días en la capital cuando, una mañana, dos señores que llevaban abrigo negro, entraron en su habitación del hotel.

—¿István Komlóssy? —preguntó uno.

—Soy yo.

—Nos envía el jefe de policía. Haga el favor de seguirnos.

—¿Yo?

—Sí.

—¿De qué se trata?

—Lo ignoramos. Haga el favor de acompañarnos pacíficamente.

Bajó la escalera muy tranquilo. Aquel asunto no despertaba su inquietud. Sabía que en aquellos tiempos todos los que tuvieran alguna participación en las revoluciones, veíanse molestados por la policía. Se fijó en que uno de los agentes no iba con ellos, sino que se quedó en su habitación. Sin duda estaría haciendo un registro.

El jefe de policía le dijo:

—Se ha presentado una denuncia contra usted y ya llevamos dos semanas buscándolo.

—¿De qué se trata?

—El conde Rudolf Kallisztratusz...

Komlóssy dirigió una mirada interrogadora al oficial de policía.

—Según la denuncia, fue usted el único testigo en el momento en que la condesa enterró una noche en el Hübösvolgy tres cofrecillos de hierro. Y éstos, ahora, no han podido ser encontrados.

Komlóssy creyó que se iba a caer. Recordó que aquella noche, al regresar con Bea a casa, lo molestó incesantemente la idea de haber dejado casualmente alguna señal reveladora cerca del escondrijo de los cofrecillos. Y también le pasó por la mente la idea de que si alguien descubriera el escondrijo y robara aquella fortuna oculta, quizá Bea pudiese pensar... ¿No se le ocurriría la sospecha de que él fuese el ladrón, puesto que nadie más conocía el secreto? Pero, entonces, abandonó todo temor, seguro de que Bea no llegaría a pensar tal cosa de él.

Las palabras del funcionario de policía lo dejaron anonadado. Apenas podía tenerse en pie. Con la mano hizo un gesto.

—No comprendo...

—¿No tiene nada más que decir?

—No.

—Haga el favor de esperar hasta que lo llame.

Hizo una seña al agente que lo había acompañado allí, para que siguiera vigilándolo. Permaneció sentado casi una hora y media, y, de repente, entró el oficial de policía, diciendo:

—Vámonos.

En la calle subieron a un automóvil, que los llevó a Hübösvolgy. Al llegar se

dirigieron al pie de un árbol donde había un hueco recientemente excavado. Los esperaban cinco o seis hombres y entre ellos un oficial superior de policía, que tenía en la mano el bosquejo que él entregó oportunamente a Bea. Un poco más lejos creyó reconocer a Kallisstratusz, envuelto en un abrigo de piel, de color botella, que le llegaba a los tobillos. El conde estaba algo separado y miraba en otra dirección, como si aquel asunto le resultara desagradable y penoso. En el señor ya anciano de encorvado cuerpo, que llevaba lentes y con el cual hablaba el conde, creyó reconocer al «señor secretario». Aquel mismo secretario que, veinte años atrás, los interrogó a él y a Zsibai cuando fueron sorprendidos dentro del parque.

El consejero de policía oyó el parte del capitán y luego se volvió a Komlóssy, preguntando:

—¿Qué tiene usted que decir?

Komlóssy, en vez de contestar, empezó a mirar entre los árboles, con los párpados entornados, como si estudiara el terreno. Miró por tres veces a su alrededor y era evidente, a juzgar por su expresión, que en su memoria empezaba a perfilarse un recuerdo. Sin embargo, se volvió al consejero de policía y con acento poco seguro, le dijo:

—Hagan el favor de acompañarme.

Echó a andar seguido por los demás. Avanzaba en línea recta, sin mirar hacia atrás, aunque oía los pasos de sus acompañantes al pisar las hojas secas. Volvió al lugar en que bifurcaba el camino. Luego se aventuró otra vez por el sendero que había recorrido ya, sin mirar a sus compañeros. Guiábase por la memoria, aunque ésta parecía haberse debilitado.

De pronto se internó en el bosque y echó a andar por entre los árboles. Los demás lo seguían en silencio. Se detuvo al fin, se volvió y, muy sereno, como si pensara en otra cosa, tendió la mano al consejero de policía, diciendo:

—¿Me permite ver mi bosquejo?

Le dirigió tan sólo una rápida ojeada y luego ya resuelto y con seguros pasos, se dirigió a un árbol. Dio dos o tres vueltas a su alrededor, mirándolo atentamente. Señaló un punto del terreno y dijo:

—Excaven aquí.

Empezaron a trabajar los picos. Reinaba profundo silencio. Entre el follaje se oyó el trino de un pájaro que echó a volar asustado. Unos instantes después uno de los picos tropezó con algo duro y todos se acercaron a la excavación.

Uno tras otro aparecieron los tres cofrecillos de hierro.

Un individuo se destacó del grupo y echó a correr para comunicar la buena noticia al conde. Kallisstratusz sacó unas llaves del bolsillo del chaleco y se retiró a su automóvil, con los tres cofrecillos. Se apeó poco después, excusándose, muy agitado y empezó a explicar algo al comisario de policía, que inclinaba repetidamente

la cabeza, afirmando. Luego el comisario se dirigió a Komlóssy, que aun estaba entre los agentes.

—El señor conde está desconsolado por la confusión que ha ocurrido y le presenta sus sinceras excusas. Y yo también, por mi parte...

Komlóssy saludó con el sombrero, y sin esperar la terminación de la frase dejó plantado al comisario de policía.

Aun no había dado veinte pasos, cuando el anciano secretario lo alcanzó corriendo.

—Dispéñeme, soy el doctor Held... —exclamó, jadeando a causa de la carrera.

En sus ojos se advertía una sincera desesperación suplicante, en tanto que el viento agitaba sus largos cabellos grises, antes muy bien peinados.

—El señor conde desearía hablar con usted... —añadió, retorciéndose las manos.

Komlóssy, ya dueño de sí, observaba sonriente la desesperación del buen viejo y, en tono persuasivo, le dijo:

—Hágame el favor de comunicar al señor conde que no se apure, porque yo, en su lugar, hubiese obrado de igual manera.

Saludó y se internó de nuevo en el bosque.

Mientras se dirigía a la parada del tranvía, no sintió cólera ni despecho. Se había apagado una luz en su alma, la que hasta entonces fue Bea para él. Habría podido impedir aquella escena vergonzosa, pero, ¿quién podía saber cuáles fueron sus pensamientos al convencerse de que se habían perdido los tres cofrecillos? ¿Quién era Komlóssy? «En nuestros tiempos no se puede confiar en nadie». Quizá tenía razón al pensar así de él. Pero, al obrar de aquel modo, volvió a tomar todo lo que recibiera de ella en pensamientos sublimes y en secretos recuerdos... ya tan inverosímiles.

También aquello había pasado. Más le preocupaba la idea de lo que hubiese ocurrido en caso de que no encontraran los cofrecillos. Fué una ligereza por su parte la intervención en aquel asunto.

Se imaginó la cara de Kallisztratusz cuando refiriera lo ocurrido a su mujer, y sonrió.

Al llegar a su pueblo, desde Budapest, encontró en su casa una carta de Bea. La leyó rápidamente, fijándose en alguna que otra frase o palabra, porque ya se imaginaba el contenido.

«... *mi estado de ánimo... es verdaderamente horrible... Usted, a quien... Rudolf obró sin que yo lo supiera...*».

Rasgó en mil pedazos la carta y los tiró. Mentía. Era indudable que marido y mujer obraron de perfecto acuerdo.

En el sobre, su nombre aparecía otra vez mal escrito: «Komlósi». Le pareció que esto solo bastaba para caracterizar a una mujer.

Pero se resignó a todo, serenamente, sin dolor ni emoción. Todos los pensamientos, todos los recuerdos que lo unieron a Bea estaban ya destruidos.

Andaba por entre las vides y así llegó a la carretera. De vez en cuando se detenía para contemplar la llanura. Las nubes del cielo de abril cubrían el paisaje con sombra ligera y suave. A lo lejos, en el horizonte, se inclinaba en tono azul el bosque Varjas. A corta distancia, y al pie de los álamos, vio unos almiares, que se levantaban en el pequeño campo de Gergely Pomázi.

Durante sus largos paseos solitarios pensaba en Zsibai.

¿La vida? ¿Las mujeres? ¿Erzsébet? ¿Bea? Nada. Nada quedaba ya de ellas.

¿Podría empezar para él otra vida más pura? ¿Se le ofrecerían nuevos propósitos, otros ideales por los que valdría la pena luchar? El doctor Fazekas le comunicó recientemente, y en tono confidencial, que, en breve, se constituiría un nuevo partido, el «Partido Húngaro» y que existía el propósito de nombrarlo secretario general.

Maska se esforzaba en inclinarlo a casarse. ¿Quéle decía sin cesar? Que Rózsi Feyés estaba enamorada... Sí, ya había notado que aquella muchacha lo miraba a hurtadillas con frecuencia. ¿Y aquella otra, esbelta y morena, la Bonyhádi? El otro nombre no lo recordaba. ¡Ah, sí! Viola... Eso es: Viola. Hermosa muchacha. Su mirada era modesta y pura, así como su frente.

¡Quién sabe! Quizá aquellas muchachas pudieran llevarle la promesa de una vida serena.

Siguió con la mirada a las cornejas que emprendían el vuelo una tras otra, desde los mojones de la carretera, a medida que él se acercaba.

Una noche decidió ir a pasar un rato al Café Central. Deseaba ver al doctor Fazekas que, por las noches, y después de cenar jugaba allí unas partiditas de naipes. Desde su regreso de Budapest, no había estado en ningún establecimiento del pueblo. Evitaba la compañía de todos y no se movía de su despacho, más que para ir al Tribunal o al Catastro.

La luz clara y pura de la luna iluminaba la plaza que a aquella hora, cerca de las diez de la noche, estaba ya desierta. Sólo aparecían iluminadas las ventanas del Café Central. Y, al mismo tiempo que la luz, llegaba hasta la plaza la música nostálgica de los zingaros.

Atravesó la plaza como un sonámbulo. Ante todo le llamó la atención el pedestal desocupado de la estatua de Kossuth. Fué derribada en los primeros días de la ocupación extranjera. Rodearon la figura de bronce de Kossuth con unas cadenas: el héroe tenía la diestra levantada al cielo y su espada estaba cubierta de cardenillo; ataron a los extremos de las cadenas seis parejas de bueyes y de este modo derribaron

el monumento. Se lo habían contado tantas veces en voz baja y con mil detalles, que ya no le llamaba la atención, pero aquel pedestal desocupado, que había visto muchas veces de día, a la luz lunar le dio la impresión de un inmenso catafalco espectral.

Entró en el café, donde los zingaros tocaban música clásica, cuya melodía era, a veces, interrumpida por el choque de las bolas de billar. En el café, el ambiente era muy desagradable, porque estaba saturado de humo. En dos personas que jugaban al dominó, reconoció a Mányoki, el veterinario, y a Pali Fejér, el abogado. A otra mesa jugaban a los naipes. Los rostros de los jugadores eran muy conocidos para él, pero no recordaba sus nombres. Miró a su alrededor, en busca del doctor Fazekas, pero sin duda no había llegado aún. Tomó asiento a una mesita inmediata a la pared y pidió una botella de cerveza. Casualmente miró a otra mesa lejana y sus ojos se desorbitaron de extrañeza. Allí estaba sentado un señor, en posición negligente y contemplaba las espirales de humo de su cigarro. Ante él tenía medio litro de vino y una botella de agua de seltz.

Era Sándor.

En el acto comprendió lo ocurrido. Por la tarde, al volver a su casa desde el bufete, vio una colilla en un cenicero. Preguntó a su madre quién había estado allí, pero ella confusa, no le contestó y salió de la estancia. No quiso insistir, creyendo que Maska habría encontrado un pretendiente que fue a visitarla.

Sin duda había sido Sándor el visitante misterioso. Fué a ver a su madre, pero no quiso encontrarse con él y prefirió alojarse en el Hotel Central.

Miró fijamente a su hermano, que no había notado su presencia. Le pareció muy cambiado y envejecido desde la última vez que lo viera. Luego volvió el rostro a otro lado.

Poco después se abrió la puerta y con ruidoso tintineo de sables entraron unos cuantos oficiales. En conjunto eran cinco y llevaban el uniforme del ejército de ocupación. Sin duda iban ya cargados de vino, porque entraron riendo y gritando. Un subteniente fue a sentarse en la mesa del billar, donde, entonces, se jugaba la partida más emocionante, entre Mór Honvéd y Guszti Salamon, el nuevo farmacéutico. Los jugadores se apresuraron a soltar los tacos y, sin que los viesan, salieron del café. Probablemente tenían ya sus razones para obrar así.

El subteniente empezó a golpear la mesa del billar con los pies colgantes, calzados de espuelas y a llamar a gritos al camarero en tanto que, con las manos, hacía correr sobre la mesa las bolas de marfil.

Mientras tanto, sus cuatro compañeros tomaron asiento a la mesa principal que se les había reservado y pidieron champaña. En el café reinaba silencio extraordinario. No se oían más que las palabras rápidas y extrañas de los oficiales. Sin duda el tema de la conversación era muy divertido, porque se reían con frecuencia y ruidosamente. Uno de ellos, gordo, de rostro rojizo y papada, y de cabellos negros, como si los

hubiesen lustrado, sufría accesos violentos de risa estridente y jadeaba porque le faltaba el aliento.

El subteniente que se había sentado en el billar, vació el vaso que le llevó el camarero y lo tiró a lo lejos.

El vaso fue a caer sobre la mesa de Sándor Komlóssy y se rompió. Sándor, pálido como un muerto, se puso en pie y miró a su alrededor, asustado. Luego, con ademanes nerviosos, empezó a quitarse los fragmentos de vidrio del traje. Hecho eso, tomó del perchero el sombrero, se echó el gabán al brazo y, con presurosos pasos, se dirigió a la salida.

—¡No salgas! ¡Vuelve a tu sitio! —gritó el subteniente.

István Komlóssy, con los ojos llameantes, contemplaba la escena. Sándor, por un momento, pareció titubear y luego, dándose cuenta de que se las había con un borracho, se dirigió otra vez a la puerta. El subteniente, entonces, se dirigió a él y, agarrándolo violentamente por la chaqueta, le gritó a la cara:

—¿No has oído? ¡Atrás!

En aquel momento, István Komlóssy, que se había puesto en pie, se reunió con ellos. Clavó la mirada en el subteniente y le gritó:

—¡Déjalo!

El oficial soltó a Sándor. Luego extendió el brazo y dio un golpe a Komlóssy en la nariz. Pero inmediatamente después cayó al suelo con la cara ensangrentada, tal fue el vigor del puñetazo de Komlóssy, que le dio debajo de un ojo.

El público del café emprendió una fuga desesperada. Los zingaros, empujándose y pisoteándose, se precipitaron hacia la puerta, muy asustados. También desapareció Sándor, quizá sin haber reconocido a su hermano, a causa de su propia agitación.

Los cuatro oficiales restantes abandonaron sus asientos y desenvainaron los sables. Mientras tanto, el subteniente se había puesto en pie. Komlóssy apenas tuvo tiempo de retroceder hasta la mesa para asir la botella de agua de seltz que dejara Sándor.

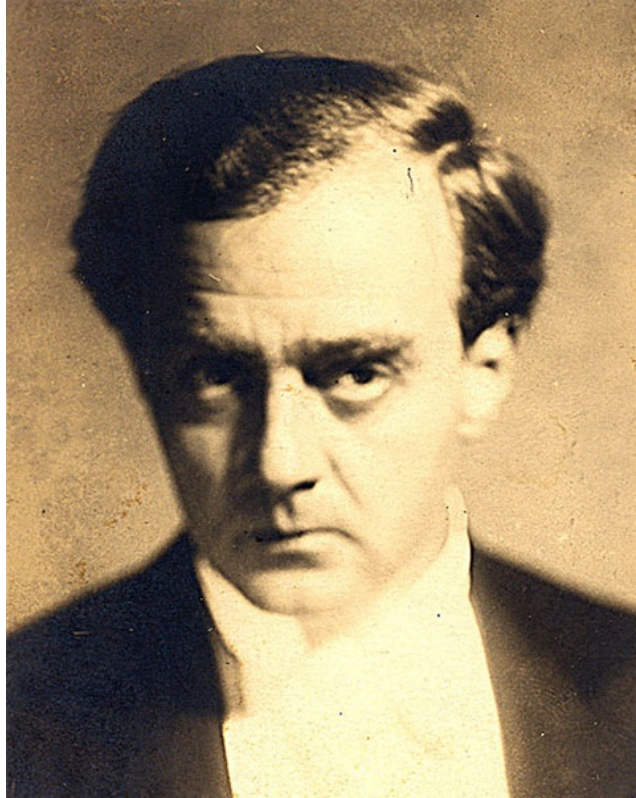
Se originó una reyerta espantosa, acompañada de gritos y aullidos. Komlóssy no tenía más armas que la botella de agua de seltz. Batíase con ella, haciéndola voltear como si fuese una maza cubierta de hierro. Pero, de pronto, y al recibir dos sablazos, la botella se rompió. Komlóssy continuó defendiéndose con el cuello metálico. La sangre corría abundante en su rostro y le ofuscaba la vista, pues había recibido un sablazo en la frente. Luego sintió que dos manos le oprimían la garganta. Tuvo todavía fuerzas suficientes para evitar aquella presión, dando una sacudida salvaje. Y rechinando los dientes, mientras profería un aullido semejante a un estertor, volvió a golpear a todos sus adversarios con el resto de la botella de seltz. Luego se cayó al suelo, porque un sable le había atravesado el pecho. Y ya en tierra, haciendo el último esfuerzo, consiguió morder de modo salvaje la mano de alguien. Pero desde lo alto

continuaban lloviendo sablazos sobre su cuerpo y su cabeza.

Unos instantes después, el café quedó desierto. El muerto, en un lago de sangre, permaneció largo rato solo. Su rostro no mostraba ninguna agitación. La muerte le quitó el color natural, dándole un tono gris. En la diestra, tendida en el suelo, como el brazo de una cruz, aun sujetaba el cuello metálico de la botella, como si fuese un revólver de forma extraña, ya casi abandonado por los dedos sin fuerza. Su posición se parecía mucho a la de Zsibai, que cayó sin vida en la orilla arenosa del Piave, entre cargamentos de granadas y armas dispersas, a pocos pasos del fragor del río, cerca del Montello, envuelto en humo y en llamas, donde rugía el infierno de los infiernos.

Yacía así, con el rostro vuelto al suelo, como Zsibai. Pero su mano extendida en la muerte, tocaba una pata del billar y estaba tendido entre los fragmentos de vidrio y de porcelana, así como de algunos restos de comida caídos de una mesa volcada y de piezas de dominó dispersas en el suelo.

FIN



LAJOS ZILAHY (Hungría 1891 - Serbia 1974) Narrador y dramaturgo húngaro. Dotado de una minuciosa capacidad de observación que dejó plasmada en casi todos sus escritos, destacó sobre todo por un puñado de novelas que, traducidas a muy diversos idiomas, se difundieron como auténticos best-sellers por todo el mundo durante la primera mitad del siglo XX.

Sus primeras inquietudes literarias le llevaron a enfocar su reveladora lente novelesca sobre los problemas morales y las vicisitudes sociales que envolvían a las clases burguesas europeas del período de entreguerras, aunque posteriormente se fue decantando por el análisis de otros grandes grupos sociales de poder, como la aristocracia y las altas esferas financieras.

Finalmente, en una tercera etapa de su producción novelesca, coincidente con la fase de su vida que se desarrolló en los Estados Unidos de América (en donde fijó su residencia a partir de 1948), Lajos Zilahy cultivó una prosa bastante menos ácida en su sátira social, ahora suavizada por la evocación nostálgica de tierras lejanas y tiempos pasados.

Entre las principales narraciones extensas del escritor húngaro figuran algunos títulos que, traducidos al castellano, hallaron un amplio eco entre la crítica y los lectores españoles. Así ocurrió con *Primavera mortal* (1922), *Las cárceles del alma* (1927), traducida también como *Los dos prisioneros*, *Algo flota sobre el agua* (1928) y, muy especialmente, *El desertor* (1930), una interesante reconstrucción novelesca de las experiencias vividas por el propio autor durante su intervención en la

I Guerra Mundial. Además de estas obras, Lajos Zilahy escribió otras novelas de gran interés, como las tituladas *El alma se apaga* (1932), *El ángel enfurecido* (1953) y *El siglo feliz* (1960).

Pero sus habilidades en el cultivo de la prosa de ficción no se limitaron a la redacción de narraciones extensas, ya que también cosechó grandes elogios con sus brillantes relatos breves. La mayor parte de los cuentos de Lajos Zilahy vieron la luz a través de varias recopilaciones, entre las que sobresalen las tituladas de *Gran dilema*, *El velero blanco* e *Idilio de pescadores*. Por último, en su faceta de dramaturgo, el escritor estrenó en su país varias piezas teatrales que también contribuyeron a acrecentar su prestigio literario; entre ellas, cabe recordar las tituladas *Luce el sol* (Süt a nap), 1924, *El general* (A tábornok), 1928 y *El pájaro de fuego* (Tüzmadár), 1932.

Notas

[1] El gran cardenal primado de Hungría que llevó a cabo la Contrarreforma. (*N. del T*). <<

[2] «Alföld» es el nombre que recibe la gran llanura húngara. (*N. del T.*) <<

[3] Distinción húngara que, antes de 1914, concedía el rey a propuesta del gobierno.
(*N. del T.*) <<

[4] Diminutivo cariñoso de István. (*N. del T.*) <<

[5] En Hungría los estañadores ambulantes suelen ser de nacionalidad eslovaca y hablan muy mal el húngaro y con acento extranjero. (*N. del T.*) <<

[6] Gran figura política, Regente de Hungría, que en 1848 intentó separarse de Austria y fue derrotada por la alianza austrorrusa en 1849. Kossuth murió en el destierro, en Turin. <<

[7] Otro diminutivo cariñoso de István. (*N. del T.*) <<

[8] Gran político conservador, artífice de la famosa Reconciliación entre Hungría y la dinastía, apodado *el sabio de la Patria*. (N. del T). <<

[9].Refectorio en el cual los estudiantes pobres pueden comer gratuitamente o a precios muy módicos. (*N. del T.*) <<

[10] Según la prensa de aquel entonces. (*N. del A.*) <<

[11] En Budapest, los que no sean inquilinos de una casa deben pagar al portero por cada subida en el ascensor. (*N. del T.*) <<

[12] Histórico. El autor describe aquí la entrevista del conde Mihály Karoly con el mariscal Franchet d'Esperey. (*N. del T.*) <<

[13] Provincia del país *sículo*, Transilvania. Los *sículos* son una raza antiquísima y aguerrida que se cree descendiente de los hunos de Atila. (*N. del T.*) <<

[14] Es la forma «plebeya» de ese apellido manyar. La doble ss y la y griega denotan nobleza. (N. del T). <<

[15] El *mauser* de la Europa Central. (N. del T). <<